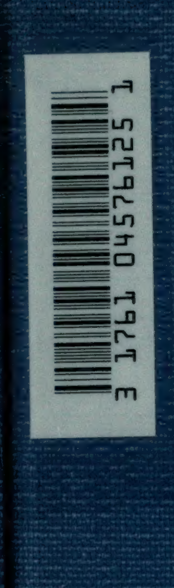
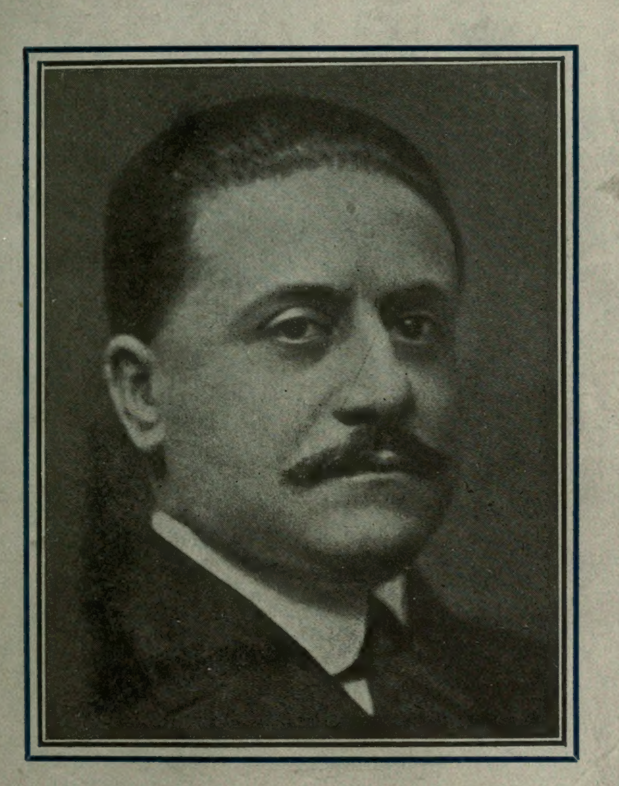

3 1761 04576125 1

EL PORVENIR DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA



MANUEL UGARTE

3 pesetas

PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 33.-VALENCIA

MANUEL UGARTE

EL PORVENIR DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

LA RAZA.—LA INTEGRIDAD TERRITORIAL
Y MORAL.—LA ORGANIZACIÓN INTERIOR

EDICIÓN DEFINITIVA, CORREGIDA
Y AUMENTADA POR EL AUTOR



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 33.—VALENCIA

OPINIONES DE LA PRENSA

Esta obra, llamada á producir una gran sensación, saca su autoridad de las convicciones del autor y del calor de su estilo, á la vez claro, preciso y elocuente.

La Revue, París.

Esta obra precisa, meditada, profunda, donde vibra, grita, canta, llora, tiembla y se enorgullece el alma entera de la raza latina, tiene tanto alcance moral y es de un interés tan intenso, que no podía escapar al triunfo que ha merecido.

M. COMIGNAN GAILLARDE.
La Française, París.

Manuel Ugarte nos ofrece un libro de alta trascendencia, que es un homenaje, no á una república determinada, sino á todos los pueblos latinoamericanos.

FRANCISCO CONTRERAS.
Mercure de France, París.

El grito de alarma de Manuel Ugarte será oído desde las sierras peruanas hasta los llanos del Brasil y desde los Andes chilenos hasta los desiertos del Chaco. Y más allá de la nueva frontera que se prepara, la Unión latina se levantará, se fortificará bajo todas las formas.

HERA MIRTEL.
Le Soleil, París.

Los latinos del Nuevo Mundo comprenden el peligro, como lo atestigua la elocuente obra de Manuel Ugarte. Europa se arrepentirá quizá de no haber visto tan claro como él.

JEAN HERBETTE.
Le Siècle, París.

El porvenir de la América Española es un libro ardiente de pasión y de fe, como obra de un poeta, y atestado de hechos y de argumentos indiscutibles, como obra meditada de un hombre de Estado.

PROF. GIOVANNI NASCIMBENI.
Il Marzocco, Florencia.

Manuel Ugarte, ese espíritu serio é independiente, ese bello talento cuyo ardiente patriotismo argentino se ensancha y se eleva hasta un vibrante sentimiento de solidaridad latina, llega á las mismas conclusiones que yo. Deplora el estado actual de la América del Sur, en que cada una de las veinte repúblicas prosigue aisladamente su ruta sin preocuparse de sus hermanas y vecinas y proclama la necesidad de una *entente* permanente, de una vinculación orgánica entre ellas.

DR. MAX NORDAU.
La Nación, Buenos Aires.

Fuerte y sereno como esos hombres que escalan lentamente las montañas, Ugarte nos presenta su proyecto, que debe fundirse con el alma de nuestras banderas.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.
El Tiempo, Montevideo.

Manuel Ugarte ha triunfado una vez más.

La Capital, Rosario de Santa Fe.

La obra de Manuel Ugarte está llamada á producir sensación en la América latina.

El Día, Montevideo.

Manuel Ugarte ha conseguido, sin desplantes ni gestos, mover la opinión de todo un continente, y sobre todo mover la voluntad de toda la juventud centro y sudamericana.

Mundial, París.

La obra agita cuestiones capitales para el Continente y todos los estadistas hispanoamericanos, profesores, periodistas y demás intelectuales que se preocupan de nuestro porvenir, deben leerla y meditar sus páginas saludables y previsoras.

Colección «Ariel», San José de Costa Rica.

El porvenir de la América Española es un libro utilísimo; debieran leerlo, estudiarlo, todos los hombres de gobierno, así los de nuestro país como los de las otras repúblicas.

Sibila, Buenos Aires.

Con verdad, con una exposición cruel pero necesaria de nuestros males, nos da Manuel Ugarte el remedio, nos lo señala, sin atenuaciones, virilmente. Que sea de hoy en adelante su libro la Biblia de los hispanoamericanos.

AMADO J. FERNÁNDEZ.
La Unión Española, Habana.

El libro de Manuel Ugarte es sincero y valeroso. No trata de esconder los defectos de los pueblos latinos de América. En su fuerte y poética visión, trata más bien de subrayarlos para determinar nuevas ascensiones.

A. DE GOUBERNATIS.
Il Popolo Romano, Roma.

El porvenir de la America Española desde su portada alegórica hasta el último renglón reviste todos los caracteres de algo sensacional, que ofrece tanta importancia política como de otras clases.

R. D. PERÉS.
El Diario de Barcelona.

El nombre de Manuel Ugarte figurará en la historia de las nacionalidades sudamericanas al lado de los Bolívar, de los Sarmiento, de los San Martín y otros nombres ilustres que van unidos al progreso de las libertades americanas.

B. MORALES SANMARTÍN.
El Mercantil Valenciano.

Urge que todos los intelectuales que hablan español, todos los hombres de buena voluntad, den la voz de alerta secundando al benemérito escritor y despertando de su marasmo á aquellos pueblos.

CONSTANTINO PIQUER.
El Correo, Valencia.

Esta obra nos parece destinada á enorme resonancia.

El Diario Español, Buenos Aires.

Algunos tacharán de romántico el libro de Ugarte, pero así debe ser para despertar el ideal fuerte que haga vibrar los trozos hasta ahora dispersos de la América latina; los poetas han levantado siempre á los pueblos, y tras de los sembradores de ideas y los forjadores de sentimientos han surgido los hombres de acción.

FEDERICO RAHOLA.
Mercurio, Barcelona.

Hasta ahora no se ha publicado en la América de origen español nada que tenga un espíritu tan continental y que tan de cerca toque los intereses y la vitalidad del conjunto.

Heraldo de Madrid.

El porvenir de la América Española es un libro antorcha, un libro proa, un libro timbre de alarma y hasta un libro Evangelio.

ALEJANDRO SUX.
La Actualidad, Barcelona.

A este libro se deberá acaso la unión de las naciones de la América del Sur ante los obstinados avances del imperialismo yanqui.

El Telégrafo, Guayaquil.

Dentro de esta obra, bajo su estilo ágil y artístico de poeta, late el amor á la patria como un corazón enamorado dentro del pecho de una reina antigua.

JOSÉ FRANCÉS.
Por esos Mundos, Madrid.

Léase, pues, este libro de Manuel Ugarte, por todos aquellos que sientan latir en sus arterias sangre de O'Higgins, Duarte, Bolívar, San Martín, y ante la visión estupenda del porvenir, juremos todos impulsar el desarrollo de nuestra América.

PRIMITIVO HERRERA.
Hispania, Santo Domingo.

Libro muy bien escrito y hondamente pensado.

El Comercio, de Lima.

El libro del señor Ugarte es un libro para lo porvenir, que pone los jalones de una vasta concepción política.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.
El Imparcial, Madrid.

Para tratar las diversas cuestiones que toca Manuel Ugarte en su interesante libro, sería preciso escribir varios volúmenes.

JULIO CALCAÑO.
El Tiempo, Caracas.

El libro de Ugarte no sólo es un buen libro; desde el punto de vista de los intereses de la civilización latina, es sin disputa una buena acción.

Revista Popolare, Roma.

Libros tan bien pensados y escritos, inspirados en patrióticos fines y nobles ideales, merecen algo más que la sensación de momento causada en el espíritu público y el aplauso que se les tributa; merecen ser estudiados y meditados hondamente por las clases directoras, por los elementos políticos, intelectuales y productores de los pueblos á quienes afecta por vital manera la evolución de esos grandes problemas.

JUAN BUSCÓN.
La Vanguardia, Barcelona.

Es una obra notable por el pensamiento que la informa y por su trascendencia política y sociológica.

La Tribuna Popular, Montevideo.

Pocos libros hablan al alma del latinoamericano con más viva sugestión de su porvenir que este que acaba de publicar Manuel Ugarte, y que está llamado á producir honda conmoción en la conciencia de nuestros pueblos.

El Fígaro, Habana.

Obras como estas son las que necesitamos, obras que nos digan nuestro exponente de raza y nos estimulen hacia el porvenir.

La Prensa, Buenos Aires.

Con mirada previsora se adelanta Manuel Ugarte á los acontecimientos probablemente un medio siglo.

La Mañana, Santiago de Chile.

Manuel Ugarte agita en este libro con talento y habilidad varias tesis de real importancia.

Jornal do Commercio, Río de Janeiro.

Esta obra del célebre escritor argentino tiene un interés especial.

The Japan Daily Herald, Yokohama.

El eminente escritor argentino Manuel Ugarte incita á las repúblicas centro y sudamericanas á defenderse de la absorción.

The Literari Digest, Nueva York.

Manuel Ugarte ha escrito un excelente libro, tranquilo, lógico y completo.

The Evening Mail, Nueva York.

Por su mérito y por la reputación del autor, merece ser estudiado atentamente *El porvenir de la América Española*.

New York Times, Nueva York.

El autor es un espíritu completamente independiente. Se trata de un hombre cuyas manifestaciones merecen tanta mayor estima, cuanto que son resultado de sus propias observaciones en Norte América. Este libro, hábilmente escrito, debiera ser traducido al alemán y estudiado con celo por nuestros políticos y economistas, porque seguramente ejercerá una influencia en la solución de los grandes problemas americanos.

Export, Berlín.

Manuel Ugarte es uno de los escritores más populares y más notables de la América latina. Su libro tiene una importancia particular.

Interviú de *Paris-Journal.*

Nos gustaría que un editor tradujera este libro al francés, para hacerlo accesible á la mayoría de nuestros compatriotas, porque estamos persuadidos de que puede prestar más de un servicio á nuestros publicistas y á nuestros hombres de gobierno.

PROF HENRI LORIN.
La Dèpêche Coloniale, París.

El porvenir de la América Española es un grande, tremendo grito de alerta. Su autor se ha propuesto poner en guardia á todo un continente, y ya la actitud misma es un magnífico acto.

ALCIDES ARGUEDAS.
El Tiempo, La Paz, Bolivia.

El porvenir de la América Española es un bello libro y un buen libro. En esas páginas se siente la fiebre de un gran entusiasmo. Nadie ha comprendido hasta ahora como Ugarte el patriotismo americano.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.
Bulletin de la Bibllotéque Americaine de la Sorbonne, París.

Yo recomiendo sincera y fervorosamente este libro del notable pensador á los que todavía no han visto morir ideales patrióticos y anhelos de dignidad en la atmósfera de codicias y de pasiones en que se agita la vida política de nuestros pueblos. Es un gran libro.

JOAQUÍN N. ARAMBURU.
El Diario de la Marina, Habana.

En su esencia, esta obra, que es una obra muy seria, es un llamado á la consolidación de las repúblicas latinoamericanas. Hay más argumentos y menos cólera en lo que el señor Ugarte nos dice que en todas las opiniones emitidas sobre este tema últimamente. El autor habla como ciudadano de la América del Sur, y defiende al conjunto de esos países con tanta elocuencia, que no sabemos á qué república pertenece. El libro demuestra un conocimiento extenso y exacto de la mayor parte de las naciones latinoamericanas, de su ideal, de su mentalidad, y se recomienda especialmente á los partidarios y á los enemigos de la doctrina de Monroe.

The Times, Londres.

EL PORVENIR DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Cuando publiqué este libro, en 1911, la América Española acababa de sufrir las humillaciones de Nicaragua, se retorcía bajo la amputación de Panamá y mantenía fresco el recuerdo de la guerra de avidez y de felonía que obligó á España á arriar su bandera en los últimos dominios, presagiando una dolorosa suplantación de su influencia espiritual en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, abundaban en las repúblicas ultramarinas los políticos ingenuos que, á pesar de las evidencias, violentando toda lógica, me reprocharon mis entusiasmos y hablaron del desinterés de los Estados Unidos, proclamando la necesidad de acentuar una política de fraternidad, porque «es seguro—decían—que sólo altas necesidades geográficas y estratégicas han podido llevar á ese país á cometer ciertos actos que marcan el límite de su empuje y el comienzo de la reconciliación.»

Después hemos asistido, conteniendo la cólera, á las invasiones que los Estados Unidos trataron de imponer por el Paso y por Veracruz hasta el corazón de México; más tarde hemos presenciado el incalificable atentado cometido contra la pequeña república de Santo Domingo, gobernada hoy de

la manera más arbitraria, contra todo principio de derecho y de justicia, por un capitán de la marina norteamericana; hemos seguido, por fin, las incidencias de la maniobra de intimidación y de matonismo internacional mediante la cual durante la guerra se trató de doblar nuestras autonomías, obligándonos á servir intereses extraños, y al publicar ahora una nueva edición de la misma obra de combate, debo comprobar desgraciadamente que los políticos ingenuos de 1911, lejos de haber desaparecido del escenario hispanoamericano, se han multiplicado en 1920.

Esta tendencia desgraciada reviste diversas formas que se traducen en los tres razonamientos que paso á enumerar:

a) El peligro norteamericano no existe. Lo de Panamá fué una necesidad de la civilización. Lo de México una respuesta á las provocaciones. Lo de Nicaragua y Santo Domingo... ¿para qué ocuparse de esos turbulentos países?

b) Nuestra frontera no ha sido tocada aún. Lo que ocurra en otras repúblicas hispanoamericanas no nos concierne, porque nuestra política continental se limita a las relaciones del país en que vivimos con los Estados Unidos y éstas no pueden ser mejores. Prueba palpable de su amistad hacia nosotros es el ímpetu que les lleva á perjudicar á las repúblicas rivales.

c) Es el destino manifiesto. ¿Para qué intentar imposibles resistencias? Lo más sensato es someterse y disfrutar del bienestar y la abundancia que difunde el invasor. Aceptemos á los Estados Unidos como conductor y como guía, que de no acojerlos de buen grado, tendremos que acatarlos por la fuerza.

En medio de esta lamentable atmósfera de complacencias y renunciamientos que sublevan al patriotismo exaltado de una juventud fiel á los antecedentes nacionales, sigue naufragando insensiblemente la personalidad de la América Española. Los años pasan, el peligro acrece y la salvación se hace cada vez más difícil.

Cada cual siente la amenaza. No hay quien no vea la

realidad. En forma de pesimismo ó de inconsciencia todos los espíritus traducen, aunque sea vagamente, la obscura comprobación; pero por un convenio tácito, cuando se trata de hablar, nadie ha visto nada, nadie sabe nada.

Interroguemos á los ministros, á los cancilleres, á los presidentes, á cuanto personaje timonea la vida en las pequeñas capitales de la mayor parte de las repúblicas hispanoamericanas. Asistamos á las sesiones de los Parlamentos. Leamos los periódicos. Nadie ha visto nada, nadie sabe nada.

Y si por imposible suponemos que es la prudencia diplomática la que inspira esa reserva sigilosa y que en la sombra de las cancillerías se han tomado acuerdos previsores para salvaguardar la existencia colectiva, basta observar las decisiones contradictorias de los gobiernos, la desafinación en las gesticulaciones, la elección de personal y la falta de simultaneidades oportunas, para comprender que hoy como ayer nos hallamos diplomáticamente en plena anarquía y que lo de Panamá, Nicaragua y Santo Domingo podrá repetirse mañana en cualquier latitud del Continente, sin que se desarrolle la menor acción conjunta; porque los oídos y los labios están cerrados, y pase lo que pase, nadie habrá visto nada, nadie sabrá nunca nada.

La pasión subalterna de hacer dinero, la avidez de las fracciones que se disputan el poder y artificiosas querellas de límites entre pueblos hermanos que sin haber colonizado lo que poseen reivindican por puro apetito visual estériles territorios desiertos ó inaccesibles picachos en la montaña, acaparan la inquietud y las vibraciones nacionales.

Por otra parte, la información telegráfica nos distrae diariamente con el cinematógrafo de lo que pasa en Europa, y el público se interesa por acontecimientos que no pueden influir sobre su vida ó su porvenir, mientras el verdadero drama colectivo, el que debía apasionar á todos, aquél de cuyo desenlace depende la existencia nacional, sigue desarrollándose en la sombra, ajeno á la atención de los mismos que en él se juegan el porvenir.

El ambiente distraído favorece la infiltración económica, intelectual y moral de los Estados Unidos, que aparecen en todas las encrucijadas de la vida diaria imponiendo prestigios de todo orden, desde la inevitable estatua de Wáshington hasta los regalos de libros á las Bibliotecas, pasando por el cinematógrafo y los automóviles. Y como los ecos de la actividad de otros países hispanoamericanos sólo llegan de tarde en tarde y en forma artera para cultivar el desprestigio y el desdén, vivimos en realidad recluídos en patriotismos minúsculos y en vanidades subalternas, cultivando discordias de vecindario con las otras repúblicas para dar empleo á la primitiva armazón diplomática y justificar los precarios armamentos que nos dan apariencia de nación.

Si César llegó á dominar las Galias, fué con ayuda de los mismos galos, cuyas querellas y divisiones suicidas supo aprovechar como hábil conquistador, ofreciendo á unos grupos ayuda para sobreponerse á otros. Si Hernán Cortés se apoderó de México, fué apoyándose en las tribus de la costa, que se dejaron fascinar por la promesa de suplantar en la hegemonía á las tribus de la antiplanicie, con lo cual quedaron burlados todos. La falta de previsión y solidaridad entre las repúblicas hispanoaricanas, que se desinteresan del conjunto y llegan hasta solicitar el concurso de fuerzas extrañas para afianzar una situación política dentro de sus fronteras ó para perjudicar á un vecino fuera de ellas, está llevando gradualmente á la América española á la misma situación.

¿De dónde sacarían los Estados Unidos la eficacia de su acción, la fuerza de sus penetraciones, el éxito inagotable de su perpetua intriga, sino de la avidez de nuestros hombres de negocios, de la ambición subalterna de nuestros políticos, de la falta de conciencia superior de los pequeños grupos nacionales, de las disensiones entre las repúblicas hermanas, de nuestro caos social en fin, donde todos dentro de la ciudad aspiran á gobernar, donde todas las regiones dentro de la nación se disputan la primacía, donde todas las naciones dentro de la América hispana se despedazan en la inconscien-

cia de un delirio fratricida que nos lleva á abrir las puertas al enemigo de afuera para saciar rencores, apetitos o represalias en detrimento del hermano?

Unas repúblicas porque obedecen al orgullo y á la jactancia de su rápido encumbramiento y desprecian á las demás, olvidando que ante las grandes naciones todas están sujetas por su debilidad á la misma órbita de rotación; otras porque, gobernadas con la cara vuelta hacia las rivalidades de la ciudad y no hacia los intereses superiores, se hallan en poder de grupos minúsculos que se creen principio y fin de la vida, tanto más vanidosos cuanto más exiguas son sus luces, tanto más ensoberbecidos cuanto más pequeño es su radio de acción; otras, en fin, porque sólo conservan de la autonomía el inofensivo juguete de la Presidencia y de las Cámaras para dar empleo á las interminables caravanas de postulantes que obstruyen las antesalas de Wáshington mendigando la apariencia del poder á cambio de un girón de la bandera; y aquí por error en la orientación política, allá por pueril autoritarismo, más lejos por clara abdicación, nuestras naciones de origen hispano, florecientes, estancadas ó exangües, acentúan día á día su desamparo ante la ola que las cubre, las circunda ó las amenaza.

Solo el general Carranza, actual presidente de México, ha tenido el valor de afrontar el problema á plena luz, oponiéndose abiertamente á las diversas formas de sujeción, intriga ó intimidación, rechazando la doctrina-protectorado de Monroe y proclamando en todo momento la absoluta intangibilidad moral y material de la república.

También es cierto que la historia de México, desde su independencia, ha sido un calvario doloroso. Los que en América ó en España dudan del peligro norteamericano y repiten los sofismas corrientes al rededor del panamericanismo; los que rindiendo culto á cierto modernismo elegante y distraído se manifiestan partidarios de facilitar la obra de los Estados Unidos, considerándola favorable para el desarrollo de nuestras nacionalidades; los que por desconoci-

miento de la realidad ó por ambición impaciente se hacen turiferarios del imperialismo triunfante y proclaman la necesidad de inclinar almas y banderas ante la fuerza dominadora, no conocen seguramente la historia de México y no han seguido las zozobras porque ha atravesado esta valiente nación durante los últimos tiempos.

Predestinada por su situación geográfica para ser el campo más directo de la expansión norteamericana, pero preparada por el volumen de su población, su riqueza y su civismo para afrontar la formidable crisis, ha recorrido, sin que un instante desfallezca su fiereza, todas las etapas de la lucha, desde la guerra, con su doloroso resultado y las amputaciones territoriales de 1845 y 1848, hasta el duelo fino y sutil de notas diplomáticas que ha sido la característica de los últimos años. Es una batalla que dura desde los orígenes de la nacionalidad, un esfuerzo de todos los minutos para sofocar la discordia y la guerra civil fomentada desde afuera, para burlar los lazos que tiende una diplomacia florentina, para evitar la captación económica, para mantener comunicaciones directas con el resto del mundo, para solucionar los conflictos que el enemigo suscita con otras naciones, para tener en jaque las continuas invasiones sin llegar á un nuevo choque fatal, para defender la reputación del país de la calumnia y el desprestigio sembrados universalmente, para seguir respirando y viviendo á pesar de la presión formidable que una nación de ciento veinte millones de habitantes, dueña del cable y por lo tanto de la opinión mundial, factor principal en la política europea y por consiguiente adulada por todos los pueblos, desarrolla sobre un país de diez y ocho millones que no tiene más defensa ni más apoyo que su deseo de vivir y su amor á la libertad.

El caso de México es, á mayor ó menor distancia, con más ó menos intensidad, el drama de toda la América española. Desmigajadas y dispersas, nuestras repúblicas se hallan ante el dilema de inclinarse como Cuba ó de resistir como México, de aceptar el protectorado con todo su cortejo de

humillaciones ó de condenarse á una resistencia heroica y desesperada. Sólo la unión espiritual y el concierto diplomático de todas ellas podría dar nacimiento á la fuerza de equilibrio que debe poner á cubierto los desarrollos futuros. Si esto no se realiza, las regiones más débiles irán cayendo gradualmente bajo la irremediable esfera de acción de los Eatados Unidos, las más fuertes se mantendrán por algún tiempo rodeadas y aisladas como peñascos en el mar, extremando su esfuerzo hasta que un huracán más recio que los otros las derribe, y del inmenso imperio que España fundó en el Nuevo Mundo, de la amplia y noble esperanza que Bolívar y San Martín abrieron en las tierras nuevas, no quedará mas que el recuerdo de un inconmensurable fracaso y la angustiosa agonía de núcleos dispersos que verán desaparecer sus tradiciones, su idioma, sus costumbres, bajo una irrupción extraña que lo barre todo.

Un político *ad usum* es, por definición, un hombre que dice las cosas oportunas que pueden serle útiles. Un escritor, en la alta acepción de la palabra, es todo lo contrario: dice las cosas necesarias, aunque éstas puedan perjudicarle.

Cuando el autor de este libro lanzó su primer alerta, costó trabajo admitir que lo que decía lo decía á sabiendas, sin ignorar que se lastimaba en su carrera y en su actuación política, dentro de su patria y en el Continente. Claro está que para llegar al éxito y á los honores el camino es otro. No hay ejemplo de que un hispanoamericano haya podido desarrollar sin graves dificultades su acción en las letras, en el comercio, en la diplomacia ó en el gobierno, si se ha declarado enemigo de la influencia norteamericana. Los que se inclinan y la sirven son los que más fácilmente se encumbran. De aquí la perplejidad de algunos ante la campaña que me llevó en 1911 á desarrollar el tema en más de cien conferencias, pronunciadas en todas las capitales de la América española, durante un viaje de dos años pagado de mi peculio personal y realizado contra la voluntad de casi todos los gobiernos. Yo sabía también que iba contra mis propios in-

tereses; pero hay una obra superior á las conveniencias individuales, y esa obra es la de revelar á nuestros pueblos la noción de su verdadero estado y el convencimiento de que sólo la unión puede ponerlos á cubierto de la amenaza imperialista.

La mejor prueba de ello es que á pesar del aislamiento, las hostilidades y las abyectas calumnias vuelvo á editar este libro, seguro de que cumplo con un deber, convencido de que las nuevas generaciones de América, destinadas á pasar mañana por hondos conflictos si quieren salvar del torbellino sus banderas, comprenderán la lealtad y el patriotismo con que he puesto al servicio de un ideal continental todas mis facultades, modestas acaso, pero inspiradas en la más pura sinceridad y la más acrisolada honradez.

La forma en que ha terminado la guerra europea entrega á los Estados Unidos, sin contrapeso de ningún género, la hegemonía comercial y política en el Nuevo Mundo, y no ha de tardar la América española en advertir, según las zonas y el volumen de cada república, un recrudecimiento de presiones diplomáticas, conflictos internos ó rudas intervenciones militares que le hagan sentir la absoluta sujeción tributaria que es el ideal de los políticos de Wáshington.

Lejos de cerrar los ojos ante el problema, urge estudiarlo en todas sus fases, ejercitando el derecho legítimo que tienen los pueblos á investigar los caminos del porvenir y á dilucidar los asuntos que pueden comprometer su existencia. Ver en ello desacato ó provocación, es admitir una subordinación definitiva. En los Estados Unidos se habla abiertamente de contrarrestar los posibles planes del Japón. En la misma Alemania vencida se discute la mejor manera de tener á raya la presión de los aliados. ¿Quién puede negar á los hispanoamericanos desposeídos de sus tierras y de sus tradiciones, el derecho de examinar la situación general del Continente y discutirla en voz alta, cuando en Puerto Rico sucumbe hasta el idioma español desalojado por la acción invasora, cuando en Nicaragua se aclimatan los mandones impopulares soste-

nidos por Norte América, cuando en Santo Domingo se perpetúa la ocupación militar que viola los más sagrados derechos, cuando el canal de Panamá extiende sus tentáculos sobre las repúblicas vecinas, cuando México espera por instantes el aluvión que puede sumergirlo, cuando la América española, en fin, siente que vacilan sus cimientos y que hay en la atmósfera como un presagio angustioso que anuncia todas las catástrofes?

Nunca como en el momento actual ha sido urgente agitar estos asuntos. No faltan en la misma España políticos prestigiosos que sostienen la necesidad de «aceptar las realidades» y entenderse con los Estados Unidos para un imposible reparto de influencia en el Nuevo Mundo. Y aunque la legendaria hidalguía española es garantía suficiente de que jamás prosperarán tales proyectos, bastaría el síntoma para hacer reflexionar á los que todavía parecen desconocer la verdadera situación.

Todo ello da oportunidad viviente á la nueva edición de este libro, publicado en el noble solar hispano, donde ha encontrado el autor la hospitalidad más amplia y auspiciosa y dirigido por igual á los españoles y á los hispanoamericanos que no se resignan á ver desaparecer en el Nuevo Mundo la gloriosa civilización de los que lo descubrieron y el ensueño de los patriotas separatistas, toda nuestra historia de ultramar, divergente acaso en apariencia, pero estrechamente unida y solidaria si la consideramos por encima de las incidencias políticas, en la vasta amplitud de su significado en el mundo y en los siglos.

De aquí la modificación del título primitivo, un poco vago, sustituído ahora por otro, que mejor expresa el pensamiento del autor.

MANUEL UGARTE

Alicante.—Marzo 1920.

PREFACIO [1]

Debemos considerar á los pueblos como contemplamos el mar: no en el detalle de sus olas, sino en el conjunto de su grandeza. Los paisajes cambian según la extensión que abarcamos, y un todo no es una simple superposición de fragmentos. Hay un poder oculto que transforma los componentes de las acumulaciones enormes, hay algo misterioso que juega con las realidades: una gota de agua es blanca y el Océano es azul.

Este libro tendrá que parecer inexacto y paradójico si lo juzgamos desde el punto de vista especial de cada república sudamericana ó si lo leemos sin salir de la atmósfera de las preocupaciones locales, porque no puede ser copia de cada partícula del territorio ni reflejo del espíritu que predomina en cada ciudad. Una síntesis aplicable á todos no coincide jamás con cada una de las unidades que la inspiran. Pero abarquemos el conjunto, rompamos nuestras limitaciones y tratemos de saltar por encima de los prejuicios. Al ponernos de pie en medio de la raza, surgirá la visión de los verdaderos horizontes.

Las cosas más ínfimas, cuando las miramos de muy cerca, parecen superiores á las grandes. Un guijarro colocado á la altura de los ojos nos impide ver una montaña. Sólo libre del peso de sus engranajes accesorios logra ascender el hombre hasta las cúspides. Derribemos los muros inmediatos y resplandecerá la verdad. Nuestra patria superior es la América española, nuestra nacionalidad final es el conjunto de hábitos, recuerdos y preferencias que arrancan de un origen común, obedecen á iguales concepciones y se articulan en el mismo idioma. Lo que no parece traducir en detalle los rasgos de cada comarca, da un bosquejo en relieve de todas ellas. Poco importa que aquí ó allá tenga que parecer la frase parcial ó pesimista. En tan vasta zona los altibajos son múltiples. Lo que es síntoma característico en un país, se esfuma en otro hasta perderse. Lo que aqui clama, allá murmura. Pero en bloque, con la fidelidad que permite un conjunto de

---

(1) Al frente de la primera edición del PORVENIR DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA figuraba este prefacio que ha sido mantenido en ediciones sucesivas y que conservamos hoy en esta edición definitiva, corregida y aumentada por el autor, porque traduce al margen de toda actualidad la concepción inicial y durable de la obra.

veinte millones de kilómetros cuadrados habitados por más de ochenta millones de hombres, este libro se aplica á toda la América hispana.

Los que han visto alguna vez una ciudad desde una altura, saben que lo que monopoliza la atención cuando andamos por las calles es lo que desaparece primero. Las fachadas, las vitrinas, los coches y los transeuntes se desvanecen en la atmósfera. Los baches se equilibran. Las proporciones se alteran. El color muere. Y sólo se ve una mancha gris sobre la cual surgen los campanarios y las torres, dominando las grietas bruscas de las calles. Se han perdido los arabescos. Se ha roto el microscopio que nos permitía observar los detalles del hormiguero humano. Se ha tendido entre la Babel y el hombre una cortina espesa de tul. Sin embargo, aunque parezca paradoja, vemos mejor. Antes sólo abarcábamos una encrucijada ó una avenida. Ahora lo medimos todo: los barrios opulentos con sus bulevares anchos y sus jardines rectangulares; la *city* con sus edificios enormes; las afueras con sus quintas y sus arroyos, y los arrabales con su solemne obscuridad bajo el humo asfixiante de las fábricas. Nos hallamos muy lejos, muy lejos, pero nos parece tener la enorme metrópoli en la mano. Sus bulevares, sus demarcaciones, su importancia, todo lo que á ras de tierra apreciábamos sucesivamente con ayuda de un escalonamiento de visiones, aparece de pronto á nuestra vista, en el relámpago de una síntesis. La distancia que nos aleja parece ponernos en contacto con todas las fibras de la agrupación.

Así he querido ver yo á la América española. Quizá no he hecho en favor de mi tesis un esfuerzo definitivo. Quizá no he logrado traducir las inquietudes que me oprimen. Sin que mi humildad sea tanta que me impida medir las proporciones de la obra que realizo, comprendo que las fuerzas hayan flaqueado al remover tan grandes bloques de humanidad y de doctrina. Pero este volumen, que es un interrogante en el umbral del siglo, no ha sido escrito para que lo aplaudan, sino para que lo completen. Mi único mérito consiste en haberme inclinado sobre las debilidades de los míos, para investigar con ellos el rumbo que nos destina el porvenir. Que otros discutan los detalles. Ningún autor puede apreciar su empuje, porque ó se agiganta al conjuro de la contradicción, ó se empequeñece en las fluctuaciones inevitables que nos arremolinan el espíritu y nos hacen leer mañana con desdén lo que ayer emprendimos con entusiasmo. Soñar es el superlativo de hacer. Expresar la verdad es disminuirla. Aprisionar la belleza es quitarle el polvo de oro de las alas.

Y el único medio que se ofrece al que escribe para defender su engendro, es decir buenamente lo que se propuso, sin cobardía y sin vanagloria, como conviene á los que tienen la conciencia de lo que son.

Al bosquejar estos capítulos, donde grita toda mi sinceridad, he creído hacer un bien á la región en que nací y á la porción de humanidad con la cual estoy en contacto. Hombre de mi siglo y de mi raza, con todas las cualidades y los defectos del grupo, me he propuesto estudiar la atmósfera en que me desarrollo moralmente á pesar de la ausencia y de los viajes. Por encima de los tumultos de nuestra vida inquieta, he querido ver dónde están los peligros que nos amenazan y cuáles son los ideales ó las brújulas que deben conducirnos. Pero de más está decir que al deletrear nuestro estado para comprenderlo mejor, sólo aspiro á inventariar el alma de los hechos, trazando un cuadro general de los problemas que nos sitian. A los que arguyan que no hay aquí nada nuevo, les contestaré que mi propósito no ha sido sorprender al lector con paradojas, sino sintetizar lo que todos pueden ver conmigo. A los que se asombren de no encontrar ideales absolutos, les confesaré que he olvidado lo que yo desearía que fuera, para no pensar más que en lo que buenamente puede ser. Y á los que me acusen de escribir á destiempo sobre problemas trascendentales y de provocar alarmas inútiles, les recordaré que vale más prevenir que lamentar y que no es posible seguir haciendo blanda literatura cuando se quema la casa y todos estamos, más ó menos directamente, en peligro.

No ignoro que mi manera de razonar y algunas de las afirmaciones que formulo están lejos de coincidir con las convicciones que predominan en determinados centros. Las tradiciones funestas y los orgullos prematuros tienen que oponerse á una concepción altruísta y continental. Pero si la tarea del que escribe consistiera en corear los errores en auge, si la pluma fuera un útil para hacer genuflexiones ante la opinión, valiera más renunciar á toda tentativa de pensamiento. He escrito esta obra porque creo que después de un siglo de independencia, cuando empezamos á recoger el fruto de las mejores luchas, cuando el progreso adquirido nos hace pensar constantemente en un porvenir de luz, tenemos el deber de recogernos un instante para medir nuestros músculos y dialogar con la conciencia.

El estado social de la América española es contradictorio. Quedan resabios de lo que murió y palpitan fragmentos de lo que vendrá. Considerarla en su estado actual, al margen

de los antecedentes y las consecuencias, es tener una visión insegura y precaria. Los años se eslabonan de tal suerte, que los hechos empiezan antes de haberse producido. Ninguna época vive por sí; todas realizan la vida que les impuso la anterior y preparan lo que consumará la siguiente. De aquí el título. Sólo hemos encarado la realidad de ayer y la de hoy en cuanto ambas sirven para hacer fatal la de mañana.

Aunque la primera parte resulte en cierto modo inactual, era necesario pasar por ahí para recordar cuáles son las bases del edificio, antes de definir las contigencias que lo amenazan y antes de soñar los minaretes que lo pueden coronar.

La segunda agita un asunto que en cierto modo me pertenece, porque nadie lo ha removido con tanto tesón en América y en Europa. Desde hace diez años, desde los orígenes de mi vida literaria, insisto sin cesar sobre él. La campaña que emprendí en *El País* de Buenos Aires en 1902, que reanudé en *La Epoca* de Madrid en 1907 y que he continuado en 1909 y 1910 en *La Revue* y en el *Courrier Europeen* de París, encuentra ahora su expresión amplia y su síntesis final.

En cuanto á la última parte, sólo tiende á definir las reformas útiles para la victoria del conjunto. El libro no es, en conclusión, más que una síntesis vertiginosa de lo que, á nuestro juicio, distingue á la América española, de los peligros que la acechan y de la obra que se impone para darle un empuje definitivo. De más está decir que no creo haber agotado el tema. Aquí sólo hay ensayos y sondajes para un trabajo más hondo, que alguien emprenderá acaso algún día. Pero incompleta, insegura, deficiente, con todos los baches de lo que ha sido compuesto á saltos, aprovechando los veraneos y las fugas á la montaña, esta obra, dedicada á la juventud que está sedienta de ideales, tiene por lo menos el mérito de la absoluta sinceridad.

Repito que preveo las hostilidades que puede levantar en algunas repúblicas. El patriotismo consiste para la mayoría en cerrar los ojos. Los pueblos jóvenes, como las mujeres coquetas, no pueden respirar sin la lisonja. Y la América del Sur no está á cubierto de ese mal. Se ha insistido de tal suerte sobre nuestro empuje, se ha exagerado tanto el ímpetu innegable que nos arrebata, que ingenuamente creemos haberlo alcanzado todo. Lo que era relativo, resulta concluyente. Lo que sólo indica una posibilidad brillante, lo hemos interpretado como una prueba tangible. Y la nociva atmósfera se ha difundido á tal punto, que á muchos han de parecer rudas nuestras afirmaciones y osados los argumentos que

vamos á exponer. Pero las naciones muy prósperas, como las solteras muy ricas, tienen que desconfiar de la aprobación completa y del aplauso excesivo. Hay que reaccionar contra la costumbre de decirnos frases alambicadas y vacías. Lo que piden nuestras repúblicas—y nuestra raza entera, hoy relegada á un lugar que no es el que le corresponde—son verdades como latigazos que le traigan la sangre á la superficie.

Salta á los ojos que quien traza estas líneas está lejos de considerarse desligado del conjunto y de sacar su severidad de la indiferencia ó del despego. Un hombre no puede vivir fuera de la patria más que en forma de paréntesis. La plena posesión del ser no la recupera hasta estar de nuevo en contacto con su atmósfera y con sus paisajes. Todo lo que existe dentro de nosotros, toda la acción directa ó indirecta de que somos nervio, ha de desarrollarse en la región en que nacimos, al servicio de las fuerzas que fatalmente debemos representar. De aquí que, á pesar de la distancia, me halle tan cerca del manantial y del origen, que no trepido en decir «nosotros» al designar los errores que dificultan nuestro triunfo. Por lo demás, poco importan los ataques. El sólo hecho de aspirar al porvenir indica que renunciamos al presente. Sin perseguir coronas, que nunca se sabe si son de laureles ó son de espinas, y sin pretender descansar sobre la muchedumbre como un pájaro que abre las alas sobre el mar, debemos recibir todos los golpes en silencio, acaparados como estamos por la inmensidad de una obra superior á las consideraciones humanas. Las inquietudes personales desaparecen ante la urgencia de ser útil al grupo cuya suerte compartimos, y nada justificaría que nos detuviéramos á considerar nuestros intereses, mientras la enorme caravana que conduce la mezcla social de que formamos parte avanza por el camino pedregoso, dando tumbos, á la merced de todas las contingencias.

Creo, como Ibsen, que «la cultura de la patria no es más que una etapa del espíritu humano». Tiempos vendrán en que el hombre, libre de todas las barreras, se emancipará también del egoísmo regional. Pero mientras forzamos ese límite, hay que defender la base de todos los desarrollos futuros. No es posible saltar por encima de los siglos. La patria es para las colectividades, lo que para el hombre es la voz. Cada grupo representa un ensayo de genio autónomo que se expresa con ayuda de un órgano independiente. Una bandera dentro de los tumultos internacionales, equivale á un partido dentro del hervidero de la nación. Aquí es un conjunto de ideas, allá un haz de reivindicaciones, más lejos una corriente de

simpatías, y en todas partes un programa. Tener patria es tener silueta en lo que se refiere á las cosas individuales y opinión en lo que toca á la política superior del globo. Brazo y escudo, la necesidad de las épocas en que los primeros hombres se agruparon en piña solidaria para prevenir la arremetida de otras hordas, subsiste aún bajo apariencias diferentes y fundamentos nuevos. Al instinto de conservación se une la inquietud de poner en salvo el patrimonio moral y material de todos. Amenazado en sus pensamientos, en sus esperanzas y en sus costumbres, el individuo se agrupa con los que viven, piensan y esperan como él. Mientras no cambien los resortes humanos, mientras no nos elevemos á las esferas en que desaparece el mal, la patria seguirá siendo en este sentido, un instrumento de independencia y una condición indispensable para el desarrollo integral del hombre.

Claro está que no me refiero á los fanatismos de provincia, que sólo son parodias de un sentimiento más alto. La patria no depende de nuestra voluntad; es una imposición de los hechos. Limitarla, reducirla, hacerla nacer artificialmente, es tan difícil como renunciar á ella en toda su plenitud cuando existe. Hablamos de las demarcaciones hondas como la que divide al Nuevo Mundo en dos mitades. Nadie puede poner en duda que la frontera de México es un límite entre dos civilizaciones. Al Norte resplandece el espíritu anglosajón, al Sur persiste la concepción latina. Son dos entidades antagónicas que sintetizan un divorcio de intereses y de atavismos en un dilema histórico y geográfico que nadie puede conciliar. Lo que separa y limita no es un mojón antojadizo colocado al azar de una victoria de cancillería, sino una incompatibilidad que toca á las raíces de cada uno de los bandos. El problema de saber si los anglosajones de América deben reinar sobre el Continente entero ó si los hispanos, más mezclados con las razas aborígenes y más viejos en la ocupación, conseguirán defender de Norte á Sur su lengua, sus costumbres y su carácter en las grandes colisiones de dos mundos irreductibles, no puede dejar indiferente á nadie. ¿Cómo desinteresarnos de lo que tan de cerca nos toca? No somos un pueblo independiente, porque tenemos aquí y allá una bandera en un asta y una demarcación en el mapamundi, sino porque dentro de nosotros existe una diferenciación, un alma fundamentalmente propia, y porque aun bajo el despojo, después de borrada la entidad nacional, conservaríamos los rasgos inalterables que nos personalizan.

Ese es el patriotismo superior que emana del estado actual de nuestro Continente. Vistas desde Europa, con el cariño

ensanchado de los que vivimos lejos de la región en que nacimos, todas las repúblicas de la América española se aunan en un solo bloque que proviene del mismo empuje, habla la misma lengua y conserva iguales costumbres. Quizá es porque nos sentimos perdidos en las Babeles enormes, quizá es porque la distancia restablece las realidades, pero es lo cierto que sin dejar de conservar fervorosamente el recuerdo de nuestra patria directa, nos improvisamos con el conjunto de las naciones hispanas una especie de patria total, cuyos intereses finales son una prolongación de nosotros mismos. Nos proclamamos argentinos, uruguayos ó chilenos, pero ante todo somos americanos de habla española, es decir, brotes paralelos de una revolución que se sienten unidos por semejanzas fundamentales y entienden defender en conjunto su independencia y su misión histórica.

A ello se añade otro sentimiento más moderno: el de la *posibilidad* de la patria. No basta que ésta exista; es necesario que pueda vivir. La nacionalidad, como el derecho, es una abstracción si no está apoyada en una vitalidad, en un volumen y una fuerza que garantice su desarrollo. Cuba independiente con dos millones de habitantes, á pocas horas de La Florida, hubiera sido fenómeno. La autonomía de Panamá es un sueño. Para que un país perdure es necesario que por sus dimensiones y por su población esté al abrigo de la influencia de los vecinos tiránicos. ¿Tienen todas las repúblicas hispanoamericanas la salud y los músculos indispensables para desarrollar un organismo propio? ¿Es posible que Nicaragua pueda subsistir mucho tiempo, dadas las circunstaucias que la circundan? ¿Hay probabilidades de que los ochenta millones de indohispanos, fraccionados en veinte repúblicas indiferentes ú hostiles, logren contener de extremo á extremo el avance de los cien millones de anglosajones unidos y solidarios? ¿No resultan algunas de nuestras patrias visibles imposibilidades históricas? Las naciones que como la Argentina, el Brasil, México ó Chile son ya, á causa de su situación y su desarrollo, sólidas entidades independientes, ¿pueden ver con desdén la conquista de los pueblos afines? ¿Cuál será la suerte de la América española si no interviene una alianza que anude su voluntad? ¿No está en la unión el secreto de todas las victorias?

Tales son las inquietudes y las esperanzas que vamos á exponer en este libro. Ciertos puntos exigirían un volumen para ser tratados con el detenimiento que merecen. Otros no alcanzan acaso á llenar las fronteras de su capítulo. Pero quien diserta sobre la suerte de una nación tiene que tener más de

poeta que de especialista. Para decir «la raza está en peligro», no era indispensable escribir un tomo adusto, erizado de llamadas y de glosas. Cuanto más ingenuo sea el volumen, resultará más eficaz. Y éste ha sido compuesto para que lo comprendan todos, porque sólo en la sencillez está el secreto de las palabras definitivas y porque los hombres van por instinto al que formula escuetamente las verdades que les inquietarán mañana.

De más está decir que no aspiro á ejercer sobre los grupos la más lejana influencia personal. Si los hombres de pensamiento se apoderaran de la opinión, como los hombres de negocios se han repartido la tierra, y dijeran aquello me pertenece y esto es mío, merecerían ser considerados como un flagelo. Una verdad interesada sólo es verdad á medias. Para que el ímpetu conserve su virtud es necesario que surja sin pesar las ventajas ni los dolores. Y estos capítulos se hallan vírgenes de todo *cabotinage*. Han sido escritos en las alturas donde no llegan los vientos contaminados, y estoy seguro de que hasta los que me han combatido en otros puntos comprenderán el propósito impersonal que me guía.

Claro está que todo grito de polémica tiene que levantar objeciones. Unos censurarán la desconfianza, que nace acaso de la contradicción entre el valor inapreciable de nuestro porvenir y la debilidad que nos imposibilita para defenderlo. Sois—nos dirán—como el niño que ha cogido una mariposa y la aprieta en el hueco de la mano á riesgo de destruirla. Otros criticarán el optimismo, brote espontáneo de una concepción batalladora y enérgica de la vida. Las montañas más ásperas y más obscuras — murmurarán — parecen siempre azules desde lejos. Los más hostiles pondrán en tela de juicio el interés del estudio. Los más hábiles le darán un alcance que no tiene. Estos lo motejarán de antipatriótico. Aquéllos verán en él un síntoma de imperialismo. Y condenada aquí á una circulación silenciosa por las conspiraciones inútiles, levantada allá por las olas confusas de las divergencias, la obra estará siempre lejos de conseguir una aprobación unánime. Pero lo que se diga del autor es un detalle secundario. Lo esencial es que la inquietud del porvenir nos muerda y nos empuje á revolver la casa y á hacer un cómputo de lo que somos y de lo que podemos ser. Una debilidad conocida es un comienzo de fortaleza. Y un pueblo que se interroga y se ausculta no está muy lejos de triunfar.

París.—Diciembre 1910.

LA RAZA

I

El descubrimiento

Cuando, después de luchas difíciles, logró salir Colón de las costas ibéricas llevando su esperanza, por ser grande, en tres navíos, la Edad Media, cerrada por la historia, se prolongaba aún en los hechos, en las costumbres y en la atmósfera social del Continente. Las demarcaciones que numeran los lustros y rotulan en lingotes el metal en fusión de los siglos, sólo tienen el alcance de un tajo dado en una selva donde las raíces se prolongan en entrelazamientos indescifrables. Al dividir la ruta en capítulos, olvidamos que la vida se resiste á las clasificaciones y que no es posible fraccionar el pasado como coloreamos los países de un mapa-mundi. En realidad, no hay escalonamientos, no hay épocas. No cabe medir las horas por kilómetros y dar de tiempo en tiempo un corte brusco. La respiración no se interrumpe hasta la muerte, la savia es una, y en el tiempo y en el espacio sólo existen mareas que crecen ó se atenúan, según un ritmo paradójico y ocasional.

En 1492 la marea de sangre nos salpicaba aún, Hacía doscientos años que los restos de la última cruzada habían abandonado para siempre la Judea, la Reforma no asomaba aún y Crómwell estaba por nacer. El símbolo de la civilización seguía siendo una espada. Así se explica que los que multiplicaron la extensión del mundo y empujaron el límite de las estrellas, zarparan con el fin de imponer una verdad á los cuatro vientos. Hijos de su siglo y prisioneros de la concepción caduca, sólo esgrimían como presente de rencor y de represalias su valor y su terquedad. Al verlos desde la miseria, con la infinita amargura de los que sobreviven á sus ideales, el descubridor del Nuevo Mundo maldijo acaso el ímpetu que le llevó á sacarlo de la sombra. Su adivinación dejaba libre ruta á la avalancha. Los territorios cuyos límites iban de sol á sol, resultarían pequeños para saciar la codicia de los que forzaban las direcciones esenciales de la gigantesca empresa para lanzarse en un delirio nebuloso, hacia el confín de la locura.

El Continente empezó á vestir así el color de la atmósfera en que había visto la luz, como los niños, según los astrólogos, toman las virtudes de la estrella bajo la cual han nacido. Lejos de ser un mundo verdaderamente nuevo donde, al margen de la historia, sin la presión de los cadáveres, reaccionaban los hombres contra el pasado para crear una vida inédita, las vastas extensiones vírgenes resultaron, privadas de todo contralor, una agravación gigan-

tesca de la barbarie social de Europa. Al ser transplantados al desierto, los vicios cobraron una frondosidad rara. El aire se inficionó, y el mundo maleable que surgía en plena aurora tuvo el estigma de la vejez antes de darse cuenta de la vida.

Pero á pesar de todos los crímenes, el descubrimiento fué la más noble victoria del espíritu humano, la remoción más formidable de lo existente. Al encallar en la tierra desconocida, la humilde carabela se trocó en catapulta del espíritu nuevo. Todo tembló al anuncio de la fabulosa proeza. Las ciencias naturales, el comercio, la industria, la navegación, las costumbres, la religión misma, tuvieron que rehacer sus silogismos y que rectificar sus axiomas para no estar en contradicción flagrante con las perspectivas insospechadas que hacía nacer en el fondo de las conciencias la sorprendente revelación. Comprobar la existencia de otro mundo era abrir una ventana sobre la libertad. Un viento de audacia, de confianza en las fuerzas propias penetró en las celdas antiguas donde agonizaban los cerebros bajo una preocupación única. Todo se renovó paralelamente, desde la alimentación con los productos exóticos, hasta la posición del mundo, con el sol que pasó á ser eje central del universo. Las razas nuevas, los pájaros desconocidos, los ritos insospechados, los tesoros inverosímiles y las verdades pasmosas surgieron bruscamente de la obscuridad, dejando á los seres tan atónitos en medio de sus limitaciones ó sus principios en ruinas, que en un estremecimiento de angus-

tia, presas de la imaginación al ver rodar los imposibles, muchos se preguntaron quizá si era aquel el comienzo de una inagotable serie de prodigios que debían ensanchar indefinidamente el planeta y multiplicar su volumen hasta absorber los astros.

Desgraciadamente el ensueño no lo consumía todo. Mientras los poetas barajaban constelaciones y los geógrafos delineaban toscamente los perfiles de las costas que acababan de surgir, los jefes atestaban de metales los barcos que debían volver á la Península. Comenzaba el vértigo. Pero las minas fabulosas y los cofres de Atahualpa y Guatemozin fueron detalles en comparación con lo que escapaba á los ojos de los recién llegados. El oro que perdura no era aquel. La verdadera riqueza de América estaba en la gradación de los climas, que la hacían apta para todos los cultivos, en la situación insustituíble que la colocaba en el centro del mundo, en la vegetación lujuriosa que la cubría como un mar, en los llanos fertilísimos donde bastaba dejar caer el germen para recoger la fortuna y en los ríos caudalosos y navegables que la vivificaban como venas, y la flexibilizaban como músculos, permitiéndole enviar las palpitaciones más íntimas hasta la boca del Océano. Ese era el tesoro inagotable que una generación tenía sin saberlo en el bolsillo. Al abrir á las necesidades y á las ambiciones la prodigiosa extensión donde la Naturaleza pletórica se prodigaba en racimos de juventud y de savia, los hombres del siglo XV captaban la fuente de riqueza más formi-

dable que haya existido en todos los tiempos. Si no supieron ofrecerla en seguida á la humanidad para aumentar el beneficio y la gloria, contribuyendo á la abundancia y al bienestar común, fué porque no era posible arremolinar las épocas. En el comercio, como en el régimen, imperaba aún en el mundo el detalle, la prohibición y la estrechez. Pero la muralla estaba rota y sobre las almenas deshechas asomaba ya el triunfo de que en algunas regiones nos enorgullecemos hoy.

Porque cuando vemos salir de los puertos del Sur los enormes navíos mercantes que van á dispersar por el mundo el excedente de riqueza de ciertas repúblicas; cuando admiramos las pirámides de trigo que se elevan y se escalonan hasta el incendio del crepúsculo; cuando el ferrocarril nos conduce durante días y días á través de llanuras feraces y cultivadas, y cuando asistimos al arribo de las multitudes que vienen de los cuatro puntos cardinales deslumbradas por la prosperidad y el fasto de la tierra nueva, comprendemos que la victoria regional irradía sobre la especie y que el hervidero vivificador de esas ciudades populosas, la facilidad con que cunde en ellas el progreso y la vorágine de improvisaciones que las arrebata desde que el separatismo les dió una personalidad como la conquista les había dado un territorio, pueden hacer en el porvenir de la América hispana algo así como una oasis y una mano extendida.

Pero antes de formular previsiones, abordemos

en esta primera parte el problema de la raza, examinando los diversos componentes en notas brevísimas, para deducir después, en síntesis, la orientación general.

II

Los indios

Ninguna usurpación ha revestido caracteres más enérgicos que la conquista de América. Se puede decir que los heroicos aventureros que desafiaron los peligros de un viaje fantástico tenían almas de hierro. Hijos de un siglo que dignificaba la matanza, llegaban á las tierras vírgenes adiestrados para la violencia y el exterminio. Todo era justo contra los «infieles». No había crimen en ultimar á los hombres de diferente color que habitaban la tierra desconocida.

Considerados desde nuestro siglo, nada más monstruoso que esos atropellos. Pero juzgados con la conciencia de la edad sanguinaria en que todavía no se había borrado la memoria de las crueldades de Palestina y en que se preparaba la obscura Saint-Barthelemy, nada resulta, en cierto modo, más lógico. La noción del bien y de la equidad con que se honró el cristianismo de los primeros mártires se había esfumado completamente y sólo se respiraban

las doctrinas y el ejemplo del régimen feudal. Nadie discutía la esclavitud. El fuerte tenía derechos naturales sobre el débil. La sociedad era una torre de tiranías concéntricas. Y como todos sabemos, las manchas de la conquista no son las de una nación, son las de un siglo, porque España sólo era en aquel instante el reflejo más glorioso y más alto del estado social de un Continente.

Los indios, que habían presentido en la sombra muchas verdades futuras, tenían otra idea de la solidaridad, y en un corazón más sensible, mayor aptitud para el altruísmo. Nadie ignora hasta qué punto usaron de esa circunstancia los que se presentaban como huéspedes y se erigían en dominadores después. Algunos llevaron la fiereza hasta ensangrentar las fiestas que se daban en su honor y asesinar al rey que les tendía la mano. Otros fueron perjuros muchas veces, contaminando á los vencidos con las enfermedades que les devoraban el alma. Y desde las cúspides de la justicia absoluta no es aventurado considerar el descubrimiento como una catástrofe, aunque desde el punto de vista de la grandeza humana resulte la empresa más heroica que acometió jamás raza alguna. Porque si nada es comparable á la crueldad que hicieron prueba los titánicos aventureros, nada iguala tampoco la intrepidez con que forzaron el límite de lo que puede alcanzar la voluntad del hombre.

Una vez establecida la dominación y sancionado el despojo, quedaron en lucha dos fuerzas despro-

porcionadas y antagónicas: aquí el haz minúsculo y amenazante de los triunfadores, allá la masa innumerable y sometida de los conquistados.

Los primeros sólo atendían al principio á apoderarse de las riquezas y dejaban al aborigen una libertad relativa, más ó menos limitada según el carácter de las tribus ó el capricho del jefe que gobernaba la región. Pero cuando los tesoros comenzaron á enrarecer, fué necesario recurrir al subsuelo. Y como los invasores se atribuían una superioridad olímpica, no pensaron en recoger ellos mismos los metales con que debían enriquecerse. Entonces comenzó el atentado más lamentable que recuerda la historia. Grandes rebaños sumisos removieron la tierra que les pertenecía y la sangraron para hacer brotar ríos de oro en beneficio de virreyes y monarcas extranjeros. Y como las innumerables rebeliones á que el sistema dió lugar fueron sofocadas en flor, porque el indio, alimentado con fábulas, creía ver en la conquista un castigo de sus dioses, la esclavitud se estableció de lleno en el Continente y el mundo vió el espectáculo inverosímil de un grupo exiguo que disponía á su antojo de multitudes inmensas.

También es necesario recordar que la invasión empleaba dos arietes. Junto á los soldados incontrarrestables que blandían el terror, avanzaban los misioneros predicando una doctrina en singular consonancia con la sencillez de aquellos hombres. Al resplandor de los arcabuces fructificó la fe. Se hicieron milagros. Y el paria abandonó sus viejos

ritos, porque perder la libertad equivale casi siempre á enajenar la conciencia.

Pero de más está decir que de la religión sólo percibió lo más inmediato y asimilable. Su cristianismo fué una idolatría que se corrompió gradualmente en la atmósfera viciada de la esclavitud. Á ésta se unieron, como causas de disolución, la inmoralidad, que desbarató los grupos, el alcohol, que entorpeció los cerebros, y la ignorancia, que acabó por debilitarlos, de tal suerte que las mismas tempestades de la independencia no consiguieron hacer revivir un empuje de reconquista ó predominio.

Se dejaron morir con la resignación de los pueblos del Asia, porque el americano tenía mucho del fakir. Después de haberlo esperado todo de las fuerzas celestes, en el derrumbamiento de sus dioses, vencido y despreciado en su propia casa, sin que nada en la Naturaleza contestase al llamamiento impotente de su angustia, el indio se convirtió en hoja que los vientos llevaron á su capricho.

De las antiguas civilizaciones sólo quedan hoy en determinados lugares algunas ruinas célebres y un mar de hordas somnolentas que cultivan los campos al margen del ferrocarril, en los confines últimos. En su realidad, en su fondo, el dueño de ayer no existe. Si la primitiva pujanza tomó un tiempo la forma de bandolerismo, si el hijo de América se desencadenó en una nube de caballos en desorden sobre las aldeas minúsculas para arrasarlo todo y desaparecer con los cautivos entre una au-

reola de sangre, bajo el dosel del día, sólo fué porque no hay muerte sin convulsiones y tenía que dar forma á la suprema crispación de la raza. Pero en su esencia había muerto ya.

La Tenochtitlan de los aztecas con sus monolitos gigantescos, su Caoteocalli donde habitaban siete mil sacerdotes, sus canales anchos y su código célebre; los mayas de Yucatán con sus instituciones sabias, su comunismo agrario y su concepción europea del casamiento y la familia; los araucanos indómitos de que nos habla el escritor chileno don Tomás Guevara en su *Historia de la civilización;* los incas, los nahuals y los toltecas han sido barridos ó estrangulados por una mano de sangre. Las limitaciones impuestas á los sobrevivientes de las primeras hecatombes y la esclavitud á que se les sometió después, han disminuído el número en una proporción tan brusca, que se puede decir que en los territorios donde levantamos las ciudades no hay un puñado de tierra que no contenga restos de las víctimas de ayer. Algunos arguyen que desde el punto de vista del porvenir hispanoamericano debemos felicitarnos de ello. Pero hoy no cabe el prejuicio de los hombres inferiores. Todos pueden alcanzar su desarrollo si los colocamos en una atmósfera favorable. Y aunque las muchedumbres invasoras han minado el alma y la energía del indio, no hay pretexto para rechazar lo que queda de él. Si queremos ser plenamente hispanoamericanos, si queremos ser los argentinos, los chilenos, los mejicanos de hoy, la resultante lógica de

los antecedentes y los fenómenos históricos que determinaron nuestro acceso á la vida, si queremos situarnos y alcanzar una significación definitiva en el tiempo y en el mundo, el primitivo dueño de los territorios tiene que ser aceptado como componente en la mezcla insegura de la raza en formación.

III

Los españoles

Ya hemos dicho que como España fué la nación que se instaló primero en América y la que dominó más vastos territorios, todas las maldades que por entonces se cometieron tomaron, por así decirlo, su nombre y se escudaron bajo su gloria. Pero el español, considerado dentro de aquel siglo, no era ni más egoísta ni más cruel que los ingleses, los portugueses ó los holandeses, que también se hallaron victoriosos en la tierra virgen, reyes omnímodos de una inmensa muchedumbre humillada. Por otra parte, lo que desembarcó en las indias fué, con raras excepciones, más que el ejército de una nación tal y cual lo concebimos hoy dentro de las formas modernas del servicio militar, una horda de audaces aventureros que, no pudiendo respirar á plenos pulmones en su patria, se lanzaban al mar, ávidos de botín, en una edad de fanatismo y de piratería.

Veamos el papel que representó el grupo en los primeros tiempos.

Dueño absoluto de la tierra y de los hombres en los centros poblados, guerrillero feroz en las llanuras, cuando le hostilizaban las tribus insumisas, y ensoberbecido en todas partes por las victorias y por la independencia de que gozaba por primera vez, el español exigió de todos un respeto que degeneraba en culto; mantenido en eterno alerta por las incursiones de los que no se resignaban á la derrota, inquietado por las rencillas de los caudillos que se disputaban la dominación y sitiado por las asechanzas de la Naturaleza, que parecía combatirle también con sus animales venenosos, sus inundaciones bruscas y sus tormentas formidables, alcanzó desde los comienzos las más altas cimas del valor moral; pero esclavo de los prejuicios de su tiempo, que abandonaban las tareas de la instrucción, la industria y el bienestar común á los vasallos, sin la noción clara de sus responsabilidades, engreído por una fortuna excepcional bajo un clima propicio á todos los abandonos, se dejó ganar por la incuria y renunció al avance, estableciendo así un trípode y escalonando en la historia, como montañas enormes, su orgullo, su valor y su pereza olímpica.

Si, haciendo gala de cierto autoritarismo desdeñoso, plantó la vid, instaló algunos molinos y difundió en ciertos centros la ciencia insegura de los seminarios, fué urgido por las órdenes reales ó las incitaciones del clero. Nunca tuvo el propósito de anclar en la tierra nueva. Venía á hacer fortuna.

Su sueño era regresar á España en medio lustro. De aquí el desgano para embellecer en torno la existencia. Sin embargo, las congregaciones difundieron sus industrias. Algunos atrevidos solicitaron autorización para importar lo urgente. El arado fué el cepo del indígena. Y la vida empezó á surgir en medio de la soledad y de la noche.

Las escuadrillas mercantes que apoyadas, por temor á los corsarios, en buques de guerra, salieron anualmente del Río de la Plata ó del Perú llevando las barras de metal, el dinero de los jefes y los tesoros con que las colonias fomentaban el fasto de la monarquía, intensificaron después las pulsaciones. De etapa en etapa nació una semicivilización especial que tenía notable parentesco con la que los romanos imponían á los países en tutela, pero que no pudo competir con la de los indios, que en algunas regiones poseían hospitales y mercados enormes. También es verdad que la dualidad de poderes obstaculizó el progreso de los virreinatos, donde los que ejercían poder absoluto en nombre del rey se inclinaban ante las reprimendas del Santo Oficio. Pero la causa principal del estancamiento fué la altivez y la acritud puestas al servicio de dos fuerzas: el sacerdote y las armas.

Base y origen de la nueva variedad que se acumula, el español aclimató en resumen las grandes cualidades de firmeza y resolución, sin precedentes en la historia, que le dieron el predominio, pero no dejó, ni en germen, la perseverancia, la inventiva y

la independencia que en algunas regiones empieza á determinar el triunfo actual. Estas características se han superpuesto, como veremos más adelante, bajo la presión de inmigraciones múltiples.

Entre ellas figura, en proporción notable, la del español moderno, que llega á las antiguas colonias sin las prerrogativas de antaño y da la medida de su valer en una sociedad más equilibrada y más libre. En este orden de ideas, se podría decir que España nos ha inyectado lo mejor de su sangre después de la separación. Los conquistadores venían ebrios de un empuje tiránico que les imposibilitaba para crear. Los que han llegado después con el propósito de dar rienda libre á sus tendencias generales resultan superiores como elementos de vida, de cultura y de prosperidad.

Insistimos sobre ello porque abrigamos la certidumbre—y aquí cabe rebatir el pensamiento de algunos—de que ninguna inmigración puede ser hoy más favorable para el desarrollo de la América española que la que acude de la antigua metrópoli, no sólo porque ninguna concuerda más exactamente con nuestro carácter, sino porque pocas traen una honradez tan comunicativa y tan franca.

No cabe injusticia más dolorosa que la que se comete al insinuar que el aturdimiento de que dan prueba ciertas repúblicas deriva de los atavismos insepultos. Los que reniegan del origen, doliéndose de no haber nacido con otras características, dan forma acaso á la incertidumbre que les roe ante el

porvenír de un continente dividido, pero no expresan el fondo de su convicción ni los anhelos más íntimos de su alma. Castilla nos entregó el territorio más grande que haya sido librado jamás á la actividad de un pueblo, nos dió una tradición gloriosa y puso en nosotros el ímpetu y el desprecio á la muerte que inmortalizó á sus soldados. ¿Qué le podemos reprochar sin injusticia? ¿El mal empleo que hicimos de las cualidades buenas? ¿La incertidumbre inevitable de las primeros pasos? ¿Las etapas dolorosas que tienen que recorrer los grupos antes de dominar la vida?

En buena ley, sólo debemos lamentar dos cosas: la obscuridad en que nos mantuvo España para dominarnos mejor y la testarudez incomprensible, el absolutismo contraproducente mediante los cuales provocó una independencia que en algunas regiones tenía que resultar prematura. Porque si ciertos virreinatos, como el del Río de la Plata, habían alcanzado un desarrollo que hacía indispensable una emancipación más ó menos completa, otros se hallaban aún en plena niñez y la libertad fué para ellos un accidente que esterilizó la acción de medio siglo. En esta precocidad hay que buscar el origen de los errores que entorpecen la ascensión de Sud América. En cuanto á los recursos que España empleó para prolongar su imperio, basta recordar que en pleno siglo XX, á pesar de las atenuaciones á que obliga la atmósfera, encontramos bajo la bandera de los paises más gloriosos la misma táctica inexcusable. ¿Cómo hacer un crimen á un pueblo de los vicios que

se perpetúan en todas las latitudes como supervivencia del encono ancestral?

Lejos de quejarnos de nuestra filiación, enorgullezcámonos de ella; porque lo que hace la fuerza de los grupos es la constante comunión con los antepasados, la solidaridad que prolonga el esfuerzo de unos en otros, haciendo que cada cual, al sentirse sostenido por los que le preceden, halle en el orgullo de lo que éstos lucharon por él la fuerza indispensable para servir de luz á los de mañana. No cabe alzar bandera donde cada individuo está desligado de los que le anteceden ó le siguen. El poder de los núcleos estriba en la prolongación de un esfuerzo central á través de las generaciones y en la estrecha fusión, dentro del progreso, de un pasado que se hizo presente con un presente que aspira á transformarse en porvenir.

Todo lo que tienda á romper la cadena se traduce en desmigajamiento. Por eso es por lo que, aun después de la Revolución, tenemos que considerarnos como parte misma de España, cuya personalidad moral, rehecha por el clima y las inmigraciones, aspiramos á prolongar triunfalmente en el mundo. No datamos de 1810; somos hijos de una elaboración larga y difícil que arranca de las tinieblas y nos trae de luz en reforma, seleccionando matices á través de siglos y transformaciones sucesivas é interminables. No es posible renunciar á una etapa del ser anterior sin destruir el puente que nos lleva de polo á polo de los tiempos.

Del español ha heredado nuestro gaucho la llaneza y el amor propio; del español sacamos la virtud de la hospitalidad, el horror á la hipocresía y hasta la abundancia verbosa y grandilocuente. Todo ello forma el hueso de la nacionalidad. No pongo en duda que lo asimilado después ha traído una contribución formidable. Pero ¿cuál pudo ser el punto de tracción y el núcleo inicial en las repúblicas nacientes, sino el hijo de español nacido en las colonias? Las inmigraciones internacionales no hicieron más que agruparse alrededor de lo que existía, modificando el ambiente sin alcanzar á transformarlo. Y así como los Estados del Norte, sostenidos por el ideal inglés, están hoy por sus características más inclinados al Reino Unido que á cualquier otra nación, la América española, creada y amamantada por la civilización ibérica, tiene que conservar el sello de su origen.

A los que hablan de decadencia española, contestaremos que están atrasados de noticias y olvidan el magnífico resurgimiento actual; pero aun en el caso de que esa decadencia existiera, la edad del padre no marchita la juventud de los hijos, y en los tumultos de una vida nueva conviene recordar el punto de partida de la curva que se pretende describir. Todo esfuerzo para atarnos á la suerte de otros grupos, equivaldría á la incertidumbre de los fracasados que cambian de vocación y acaban por no saber lo que esperan. Ya se trate de los hombres, ya de los pueblos, el triunfo pertenece á los que, consecuentes consigo mismos, asumen la responsabilidad de sus

errores, luchan por vigorizar sus aptitudes y acaban por imponer su personalidad. Sobretodo en un caso como el presente. La América española ha heredado las distintivas superiores de una nación que llegó á dominar el mundo y que marca en la historia después de los romanos la expansión más universal de un espíritu fecundamente civilizador. Como hispano-americanos, nuestro mayor orgullo tiene que consistir en descender de España.

IV

Los mestizos

Aparte del indio puro que guarda más ó menos visibles sus caracteres, asoma la categoría intermedia nacida del roce entre los conquistadores y los conquistados. En los arrabales de los puertos cosmopolitas ó en las vastas haciendas que prolongan á veces en el Nuevo Mundo las costumbres patriarcales de otros tiempos, pulula la herencia doliente que impusieron á las indias vencidas los aventureros victoriosos.

Condenado á vivir entre dos contradicciones, con los atavismos indolentes de su origen y muchos de los orgullos del europeo, postergado en ciertas repúblicas por el blanco como inferior, considerado en otras por el indio como espúreo, el mestizo vegeta y se multiplica en zonas vagas que su misma falta de ilustración hizo quizá fatales. Porque contrariamente á lo que ocurre en ciertos paises—Alemania, por ejemplo, dividida como un mueble, en cajones que corresponden á cada grupo—, en la América española todos los líquidos, sea cual sea su densidad,

se confunden en el mismo vaso. Las diversas variedades no se hallan apriscadas en provincias. Y el mestizo y el extranjero se codean en todos los puntos del territorio, acentuando una promiscuidad que hace más visibles las discordancias.

Sin que intervenga el odio de los hombres, se ha establecido así dentro del campo social un escalonamiento de barreras que confinan al componente que nos ocupa en determinado radio y le abandonan cierto género de actividades. Como algunas labores no concuerdan con su temperamento al propropio tiempo altivo y servil, ha resultado gendarme o sirviente, cuando—para dar rienda libre á sus instintos y libertarse del medio que le ahoga—no ha vuelto á recorrer los llanos enormes como conductor de majadas, domador de caballos salvajes ó mayoral de diligencia. Con la fortuna pierde muchas de sus distintivas. Pero las elevaciones no redundan en beneficio común, porque los que llegan á emanciparse son á menudo los que adoptan con más estrechez los prejuicios del grupo que los acoge. Además, el mestizo carece casi siempre de iniciativa. Aun en las regiones donde compone un núcleo considerable, prolonga su ensimismamiento y se abandona á una existencia muelle, bajo el cielo azul, en un clima tibio donde todo es fácil. También es verdad que el salario se reduce á veces á una suma irrisoria. De aquí las dos corrientes conocidas: la que lo induce á la pereza y á la superstición sin límites y la que lo empuja á romper con la legalidad y con la ley para

desafiarlo todo, salir campo afuera y entregarse á una vida de aventuras.

Tal fué el origen de los salteadores que asombraron un tiempo con su audacia y tuvieron en jaque á las milicias, en un vértigo de valor. Vencidos por la civilización creciente, los viejos centauros huyen. Pero aun queda el recuerdo prestigioso de aquellas fuerzas rudas que, en un borbollar de heroicidades, rompían las convenciones y las cortapisas para lanzarse, hambrientos de libertad, al sacrificio inútil.

En la Argentina, en México, en Chile y en algunas otras regiones, hallamos al mestizo menos blando. Sin embargo, el gesto persiste. Encerrado en tareas de poca monta, ensordece las calles discutiendo injurias imaginarias. La falta de instrucción, unida á la conciencia de su estado, le tornan hosco y susceptible. Pero el carácter, contradictorio, flota entre las orgullosas fierezas del indio y el acatamiento de la domesticidad en que se desarrolla. Cuando «se entrega», pone su sangre al servicio del amo y se complace en su encumbramiento y su felicidad. De aquí que en los simulacros de elección sea á menudo el que arremete y se hace matar para obtener triunfos que nunca remueven ni metamorfosean su vida.

Porque, aunque los contratos sociales de los diferentes Estados sólo reconocen hombres libres, se puede decir que, en realidad, la mayoría de los mestizos no lo son. La ley les hace ciudadanos. Nadie ha roto con los principios de 1789, que fueron

la fuente de inspiración de las Constituciones. Pero en algunos países nadie quiere ceder tampoco las riendas del gobierno á una multitud heterogénea y poco segura de sí misma. De aquí una solución que permite guardar las formas. Se acuerda al mestizo, como al idio y como a todos, la facultad de elegir representantes, «á condición de que sepa leer y escribir». Algunos ven en ello una habilidad para empujarlos á las escuelas. Y en cuanto se refiere al porvenir, acaso tienen razón. En lo que toca al presente, sólo se consigue privar de sus derechos á una categoría de hombres. La instrucción se ha improvisado en las últimas décadas. Cuando eran niños muchos de los que hoy podrían gobernarse, no había maestros más que en las ciudades populosas. El pueblo expía los herrores—ó la impotencia—de los mismos gobernantes que le castigan. Por otra parte, muchos grupos viven aún en pleno campo. ¿Cómo excluirlos de la colectividad? Si dada la latitud del territorio y la población escasa no cabe abrir un tinglado al alcance de cada alumno, tampoco puede ser exigible la instrucción como requisito indispensable para timonear la vida.

Los mestizos fueron, después de todo, los que engrosaron, especialmente en el Río de la Plata, los primeros escuadrones de la independencia y los que después del separatismo dieron su sangre á Artigas, Ramírez ó Quiroga para tener en jaque la tiranía de los puertos y el espíritu absorbente de sus representantes. Aventureros ó bandidos, resultan los colosos

borrachos de la edad de piedra americana, los que trajeron el ímpetu que dió á las revoluciones su perfil épico y pasó en cabalgatas de demencia sobre las llanuras enormes, despertándolas para la civilización. Poco importa que al hacer resonar de Norte á Sur el galope de sus caballos indómitos aprovecharan las luchas locales para dar libre empuje á sus instintos. Envueltos en el poncho indígena y armados del cuchillo reluciente, sembrando ya el pavor, ya el entusiasmo, vivificaron los desiertos como una inyección de sangre nueva. Si agitaron odios pueriles, si guerrearon sin programa, si se dejaron fascinar por el kepis de los ambiciosos, fué porque sentían deseos confusos de mejorar su estado. Al luchar contra el gobierno creían medirse con toda la masa de opresión acumulada sobre sus espaldas. Pero desde el punto de vista de la nacionalidad, les debemos la mitad de lo que somos.

Después de la derrota ó del triunfo, volvían á caer en su amargura. La displicencia de una vida sin horizontes tornaba á apoderarse de los seres primitivos, solicitados por la acción autónoma de los desiertos y acorralados, sin embargo, por una fatalidad trágica, en un laberinto de barreras. Lo que pudo parecer transitorio, se ha transformado en vida normal. Los alzamientos se hacen cada vez más difíciles. Las llanuras se cubren de inmigrantes que difunden la gimnasia del trabajo salvador. Los desiertos se transforman en jardines bajo la mano del hombre. Y en las comarcas que antes eran presa de

las luchas brutales, el mestizo asiste absorto á la improvisación de un mundo.

Unos adoptan de buen grado la nueva manera de ver. Otros mastican sus delirios con cierta rabia fatal. Los primeros se confunden con los regeneradores ó se someten á ellos. Los segundos se anulan en un último gesto de rebeldía, y emprenden, en los campos, al salir de la taberna, batallas insensatas con los gendarmes de ronda, hasta que caen como un paquete de carne sobre las ancas del caballo que se aleja hacia la prisión. Pero dentro de la mezcla hirviente de la futura raza subamericana, el mestizo será uno de los elementos más aprovechables si, rompiendo la ignorancia que lo encorva, le hacemos levantar la frente y lo elevamos á la igualdad.

V

Los negros

Desde los comienzos de la ocupación los españoles tuvieron que luchar con un obstáculo. Faltaban hombres sumisos. Las tareas coloniales exigían seres más flexibles que los indígenas. La servidumbre se desbandaba así que ponía el pie en la tierra nueva. Se hubiera dicho que la atmósfera devolvía al hombre su dignidad. Hasta los que desempeñaban los oficios más viles se descubrían sangre de cruzados al pisar las llanuras donde no existía más ley que la independencia. Había quizá también un soplo de regresión hacia la barbarie. Los pálidos desertores de patrias meticulosas, que eran un corsé para los sentidos, experimentaban deseos de echar á correr, sin director ni guía, por las vastas extensiones insospechadas. De aquí que los almirantes, cansados de luchar con el europeo, que se tornaba irreverente, y con el indio, que se mantenía desganado y hostil, buscaran en el africano un instrumento más dócil.

De Guinea y del Congo salieron barcos carga-

dos de carne humana. El rey dió el ejemplo haciendo transportar en 1516 una jauría para sus territorios. Un solo traficante obtuvo el privilegio de vender todos los años cuatro mil negros. En el espacio de tres siglos atravesaron el mar quince millones... Pero los crímenes de la esclavitud son como los de la conquista. Nuestras libertades eran sueños. Las Casas justificó el delito. Y hasta la Revolución francesa, después de proclamar los derechos del hombre, se detuvo más tarde amedrentada ante el límite.

Según los partidarios de la esclavitud, el negro estaba sujeto en Africa á una carnicería permanente. Encadenarle era preservar su existencia. Olvidaban que también en Europa se exterminaban los hombres con pretextos quizá más accesibles, pero igualmente culpables, y que en la misma América, ensangrentada por los apetitos, se sucedían los choques entre jefes ávidos de oro y de privilegios.

Los que en este orden de ideas nos reprochan hoy, en el trópico, nuestra inestabilidad gubernamental, ignoran á su vez que las emociones son obra acaso de la naturaleza, que al engendrar se retuerce, rememorando las luchas de elementos antagónicos en las tinieblas del mundo en formación. Europa ha pasado por esas latitudes. ¿Qué fué el feudalismo sino la niñez de una sociedad desorientada que busca rumbo y tropieza en grandes vuelcos de injusticia y de sangre?

Pero los que por entonces empujaban aquellos rebaños eran incapaces de razonar. Ante los hombres de mentalidad más elevada que hoy los juzgan desde las alturas de la historia, resulta también en cierto modo una raza subalterna. Los únicos que podían comprender eran los príncipes, los cortesanos ó los sacerdotes. Y si nadie protestó fué porque en favor de esos magnates se conquistaban territorios y se hacía correr un estremecimiento de pavor sobre el mundo. Los atentados que los de arriba toleraban á sus lugartenientes, eran recompensas otorgadas en cambio del crimen general que todos consumaban en beneficio de ellos. La injusticia cundió hasta los limites. Abandonados á la embriaguez del triunfo, los piratas felices exigieron de su servidumbre vasallaje idéntico al que tributaban á su rey. Porque el hombre tiende á menudo á vengar las humillaciones que recibe con las que procura, y en muchos casos la injusticia de que es víctima, lejos de inspirarle horror, le induce á servirse á su vez de ella contra los inferiores. El castigado defiende el castigo si se le acuerda el goce de castigar y si se le anexa al escalonamiento de jefaturas, que ha servido de armazón á todos los imperios y que puede ser comparado á una pirámide de tiranías concéntricas que se superponen hasta unirse en la cúspide en una final que es la que al mismo tiempo las sostiene y las utiliza todas.

El negro quedó naturalmente en la base, y en

esa condición vegetó durante siglos, hasta que el progreso de las ideas le dió la libertad. Nada sería más interesante que examinar su estado en medio de las sociedades confusas del coloniaje. Pero á lo largo de esta exposición rapidísima sólo queremos, como hemos dicho, trazar la silueta moral de los componentes y bosquejar los trances por que pasó la mole en su marcha hacia el porvenir.

Durante las luchas de 1910, muchos esclavos fueron militares y algunos se hicieron célebres por actos de nobleza ó de heroísmo. Pero la emancipación de las colonias no significó en todas partes —pese á uno de los escritores hispanoamericanos de más indiscutible mérito, don Rufino Blanco Fombona, que ha combatido en un brillante estudio esta tesis— ni una profunda insurrección de ideales, ni un vasto movimiento hacia la igualdad. No creemos desvirtuar su eficacia ni disminuir su alcance si decimos que fué en cierto modo el nuestro un empuje económico. En las regiones desbordantes de riqueza, que se veían ceñidas por el monopolio, los primeros teóricos de la Revolución sólo aspiraron por lo común á la autonomía. Las verdades que sancionó el estallido de 1789 entraron en algunos lugares como complemento, porque la clase acomodada que sirvió de quilla al ímpetu deseaba abolir los privilegios que le eran contrarios, pero no los que la favorecían. Por eso se puede decir que si el separatismo fué «popular», por cuanto solicitaba el apoyo de las masas para imponerse, fué conservador en el sentido de que

se negó á modificar de lleno el andamiaje y las características de los virreinatos.

Más tarde, en las luchas caóticas de las repúblicas en fermentación, el negro tomó á menudo partido por un bando ó por otro. Pero lo hizo más por fidelidad que por independencia. Su carácter le llevaba á preferir la labor ruda. No rugían en él los atavismos del indio. Y la atmósfera le había maniatado de tal suerte, que carecía de personalidad, como lo prueba el hecho de que, con excepción de las que tuvieron por teatro las Antillas, sólo hubo insurrecciones pequeñas en plantaciones remotas donde la tiranía de un empresario se transformaba en flagelo.

Cuando una ley discutida le concedió la libertad, el esclavo abrió los ojos, sin alcanzar á ver. Muchos se negaron á abandonar la cárcel y prolongaron su servidumbre. El ser humano se adapta á todo. Pero es necesario recordar también en qué condiciones se encontró el liberto. Se abría para él la época más dolorosa. No estaba á las órdenes de ningún hombre, pero su situación de inferior no había cambiado. ¿Adónde ir? ¿Qué intentar? ¿Cómo rehacerse una existencia? Acostumbrado á obedecer, carecía de audacia para abrir rumbo. De aquí que la mayoría continuara sirviendo en casa del amo mediante la ínfima retribución que sólo sirvió para salvar las formas. Otros se emborracharon de libertad durante algunos días, hasta que, mordidos por el hambre, tuvieron que volver también. Y aquellas muchedumbres inmensas que la avaricia de los hombres preci-

pitó sobre el Nuevo Mundo, modificadas por el ambiente, multiplicadas por los años, diseminadas por las revoluciones, pero invariablemente atadas al origen, prolongaron, primero políticamente y después étnicamente, en plena democracia, la situación inicial. Se habían extraviado en la tierra. El país en que trabajaban y nacían era una patria de adopción. Formaban un haz aparte que no podía confundirse porque llevaba el distintivo en la cara. El hijo del extranjero emigrado es criollo al cabo de una generación. Nadie logra descifrar su procedencia. Pero ¿quién arrancaba al negro su nacionalidad aparente? Los siglos de arraigo muy poco le servían, como lo prueban las épocas actuales, en que le vemos en las Antillas y en otras regiones mezclado á la vida nacional, con posición y con fortuna á veces, pero diferenciado del conjunto por un aspecto que no corresponde en muchos casos á su mentalidad y á su cultura.

VI

Los mulatos

Más orgullosos y más altivos que los negros, menos preparados para la lucha que los españoles, con tendencias y gustos contradictorios, los mulatos fueron una fuerza irresoluta, áspera é impotente que flotó al azar de los reflujos, herida por las mismas humillaciones que el esclavo y separada de él por una vanidad pueril y culpable. Como los mestizos, vivieron en una situación incierta. Alejados del blanco y mal vistos por el negro, á quien desdeñaban á su vez, formaron á igual distancia de ambas agrupaciones un nuevo escalón, que resultó en cierto modo artificial, pero el grupo predominante los confundió al principio á todos en un mismo plano subalterno.

Decir al conquistador que el mulato era obra suya, hubiera sido asombrarle grandemente. Tal es la inconsciencia con que se realizan ciertos actos —inconsciencia alimentada por la costumbre y por la falta de responsabilidad individual—que sólo advierte el autor su obra cuando se la muestran.

Á veces llega hasta ponerla en duda. ¿Cómo? ¿El capricho de un minuto había dado nacimiento á un matiz donde se confundía la sangre patricia con la del esclavo? ¿Lo que cada uno creyó excepcional era un sistema? ¿Por qué prodigio se habían acumulado tantos millones? ¿Esos bastardos eran descendientes del conquistador? ¿Con qué lógica les reprochaba éste entonces una media raza que él mismo les había impuesto?

Pero, ya lo hemos comprobado, los sentimientos que nos parecen elementales, resultaban por aquel tiempo doctrinas subversivas, como las que hoy condena nuestra generación, sabiendo de antemano que serán el abecedario moral de la siguiente. Las ideas tienen que librar tantas luchas antes de triunfar y de tal suerte se eslabonan los tiempos, que las mentiras de hoy son verdades de mañana y las herejías de mañana evangelios del porvenir, en un entrelazamiento de cosas rechazadas por los padres y aceptadas por los hijos, que forma como el surco que va dejando la humanidad en su marcha ascendente hacia la luz.

Los dominadores de antes y después de la independencia no podían desgarrar sus horizontes. El terreno que van ganando los ideales estaba ocupado por los egoísmos. Por otra parte, la moral religiosa acumulaba sobre los nacidos fuera del matrimonio una leyenda obscura que no podía menos que aterrorizar á los hombres. Quizá por eso mismo debieron éstos abstenerse. Pero el misticismo usual

permitía tranzar con la conciencia. Las malas acciones no existían si se consumaban en secreto, y todo era lícito á condición de arrepentirse después.

El mulato aceptó su situación con incuria y flojedad, limitando su orgullo enfermizo á cosas pequeñas y secundarias. Es lo que asombra cuando se considera el estado social del Nuevo Mundo en aquellos años. Ninguna de las grandes agrupaciones sometidas, ningún individuo dentro de ellas llegó á tener la noción de su derecho. Sentían un vago malestar y una inquietud creciente que se traducía en movimientos bruscos, pero nadie alcanzaba á darle forma en el pensamiento. En los instantes de mayor ímpetu sólo conseguían debilitarse más, librándose á conmociones que les sangraban en beneficio de sus adversarios. Lejos de abarcar el conjunto y solidarizarse, los grupos inferiores se combatían entre sí. Un tejido de odios mutuos los arrastraba á luchas pueriles. El mulato se juzgaba superior al negro, el meztizo superior al mulato... No hubo, como en Europa, esos remolinos y coligaciones que anuncian un principio de personalidad. En Lyón estallaron huelgas formidables en el siglo XVI. En la América del Sur no hubo nada. Cuando á principios del siglo XIX se inició la campaña de la independencia recién encontraron todos una salida legal para sus rebeliones.

Pero las guerras de la emancipación americana

venían casi á raíz del terremoto social de 1789, del cual eran en parte reflejo. De aquí que haya entre ambos acontecimientos algunas analogías. La América del Sur imitó de Francia la primera parte del empuje hasta 1791. En este período hallamos igual apresuramiento del pueblo para contribuir á la caída del régimen, idéntica confusión de programas y parecidas fórmulas. Se puede decir que así como la Revolución francesa se realizó desde el punto de vista económico en beneficio de la clase acomodada del país, la de la América del Sur se consumó en provecho de una especie de «élite» colonial (1), más ágil que la de la Metrópoli, pero igualmente personalista.

No pretendemos amenguar las glorias. En el estado en que por aquel tiempo se hallaba la América del Sur, no era quizá posible otra solución. Toda tentativa de verdadera democracia hubiera sido un suicidio. Pero apuntamos al pasar el detalle, porque él permite establecer que algunos de los grupos de que venimos hablando tuvieron que soportar desde los comienzos dos clasificaciones superpuestas: la de la raza y la de la posición social.

A medida que fué prevaleciendo el naciente espíritu criollo sobre las supervivencias de la colo-

---

(1) Don José Gil Fortoul, en su notable *Historia constitucional de Venezuela*, va más lejos aún y habla de «oligarquía conservadora».

nía, se esfumaron los prejuicios, y en ciertas épocas el mulato se elevó parcialmente hasta la dirección de los negocios, encarnado en hombres que consiguieron imponerse. Dado el tiempo en que tuvieron lugar, estas ascensiones pueden ser interpretadas como victorias del espíritu nuevo. La América española marchó así á la vanguardia del soplo emancipador que tiende á atenuar las desigualdades y á devolver á todos los hombres su dignidad dentro del Estado.

Lo ponemos de relieve con tanto mayor placer cuanto que en algunas páginas, al dedicar cuatro líneas á cada grupo social, hemos podido herir las suceptibilidades del Continente en que nacimos. Claro está que la ansiedad y la inquietud con que interrogamos el porvenir basta para probar nuestro amor al terruño. Pero aunque á algunos pueda parecer inútil, séanos permitido repetir que, al condenar ciertas formas de dominación, lo hacemos siempre desde el punto de vista universal. Las mismas leyes, costumbres ó preocupaciones han existido en Europa. Si las reprobamos especialmente en América es porque á ello nos obliga el asunto y el cuadro. Pero por encima de las fronteras sólo vemos en estos casos dos ejércitos que se entrechocan en todas las naciones á la vez, dos brazos que se disputan la primacía en el mundo, desde los imperios más remotos: aquí los que se declaran satisfechos del estado social y allá los que pretenden perfeccionarla hasta el infinito, en una guerra fecunda que

nos elevará, de cerro en picacho y de montaña en cúspide, por el escalonamiento de cimas hechas con siglos futuros que se superponen y se enlazan hasta confundirse con el sol.

VII

La variante portuguesa

Las luchas que desgarraban la Península y las rivalidades que desde el siglo XII aumentaban entre los lusitanos y los habitantes del resto del territorio, se reflejaron naturalmente en el Nuevo Mundo, donde ambas fracciones trataron, por medio de los navegantes, de difundir y de afianzar su imperio. Los pilotos portugueses, que ya habían realizado en las costas de África los prodigios que Camoëns cantó después en versos inmortales, trataron de imponer en las Indias, en lucha con los godos, el prestigio y la gloria de los descendientes de Enrique el Joven.

Así nació el Brasil, que presenta desde luego síntomas propios dentro de la América latina. Las modificaciones acumuladas á lo largo de los siglos á ambos lados de las sierras históricas se reflejan en el Nuevo Mundo confirmando una variante especial. Pero las grandes direcciones subsisten, puesto que la nación de la cual desciende esa república

sólo es en resolución un fragmento de la gran España.

La desviación deriva más bien, según algunos, de la independencia. Mientras los virreinatos del Río de la Plata, de Nueva Granada ó del Perú se lanzaban á la libertad en un empuje desordenado y confuso, el Brasil permaneció inmóvil. Juan VI, expulsado de Portugal por los ejércitos de Napoleón, pudo venir á refugiarse en Rio en 1808. El separatismo sólo estalló allí algunos años más tarde, cuando Bolívar, después de agotar los recursos de su perseverancia y de su genio, estaba á punto de abdicar. Esta parsimonia supone más reflexión que la que observamos en otros países, cuya sacudida prematura fué particularmente dolorosa. Poco importa que los adversarios de la unión vean en ello un indicio de la forma de gobierno que debía adoptar la colonia independizada. Es innegable que ésta fué, entre las doce ó quince que después de la rebelión se constituyeron de una manera autónoma, la única que adoptó la monarquía. Pero al levantar un imperio donde todos se habían organizado al calor de teorías más altas, no cedió á nuestro juicio el Brasil á la tentación de desligarse del resto de América, sino al deseo de evitar los desórdenes que desencadenaba la ambición entre aquellas muchedumbres tórridas.

No es este un libro docto, lleno de llamadas, epígrafes y paréntesis, y nos abstendremos de enumerar las razones que destruyen una concepción tan injusta como peligrosa. Porque es evidente que

así como ningún americano imparcial puede reprobar la mesura y el buen tino con que graduó el Brasil su desarrollo y se mantuvo al margen de la anarquía por la cual atravesaron las antiguas colonias, nadie apoyará conscientemente tampoco la inclinación á transportar al Nuevo Mundo la política de Europa y á desunir los fragmentos, creando un estado en que las conveniencias locales prevalezcan sobre el interés del Continente y de la raza.

Los sudamericanos de origen portugués y los de origen español han pasado por idénticos trances, se han modificado al influjo de una misma naturaleza virgen y han sufrido la influencia de inmigraciones equivalentes. Las discrepancias iniciales, lejos de agravarse, se atenúan. Además, iguales peligros, paralelas esperanzas y un porvenir común empujan á las nuevas repúblicas en un grupo estrecho por un camino único. El Brasil forma parte integrante del haz hispanoamericano y su destino como nación es inseparable del del resto del Continente. En un mundo donde todo cambia, sería artificioso perpetuar los resentimientos que el fundador de la dinastía portuguesa pudo tener en 1112 contra su suegro Alfonso VI, rey de Castilla. Las querellas históricas y las diferenciaciones secundarias desaparecen ante las vastas perspectivas y los problemas vitales que se abren ante nosotros al comenzar el siglo.

Por eso es por lo que al hablar de la América española entendemos tratar también de la variante portuguesa, que no desentona en el conjunto y cuyos

fundamentos morales son los mismos. Ya tendremos oportunidad de establecer que hay más diferencia entre dos provincias de una nación de Europa que entre cualquiera de nuestros países. El creciente intercambio acabará quizá por equilibrar la temperatura de una manera definitiva, difundiendo las cualidades de cada subdivisión y unificando el espíritu de tal suerte, que la serenidad del Brasil y su innegable aptitud para las luchas de la diplomacia se combinen en los tiempos por venir con el ímpetu de las demás naciones, dando nacimiento á un gran todo que será á la vez una amplificación y una síntesis.

VIII

Los criollos

Cuantos estudien—aunque sea superficialmente, como lo hacemos aquí—el movimiento de la emancipación americana, se asombrarán de que los que proclamaron la república conservasen y mantuviesen la distribución de la propiedad, cuyo origen eran «mercedes reales» del monarca desposeído. Parece evidente que una conmoción que se proponía poner fin á la arbitrariedad de la Metrópoli y destruir la obra de sus delegados, debía empezar por atacar los privilegios de soberanía sobre el territorio, privilegios que el rey había concedido á sus agentes en pago de servicios especiales ó de exacciones múltiples. Pero esta contradicción resulta lógica, como veremos después.

Nada es más fácil que desenredar el origen de la propiedad en América. Generalmente, el aventurero que desembarcó en una costa y tomó posesión de la comarca en nombre del rey de Castilla recibió poder y títulos para disponer de la región, trazar ciudades y repartir tierras á sus soldados, creando

feudos que se prolongarían á través de las generaciones como títulos de nobleza. Pero á veces el nuevo propietario era hombre disipador que se cuidaba poco de conservar su fortuna y prefería la abundancia inmediata á las seguridades de una vejez tranquila. Entonces vendía su heredad y el campo se añadía al de un vecino ó caía en poder de un nuevo poblador que llegaba de la Metrópoli. Transmitida en unos casos por vía hereditaria, en otros por transacciones ó intercambios, la propiedad evolucionó, fraccionándose aquí y acumulándose allá, hasta llegar al comienzo del siglo XIX y á la emancipación americana. Pero desde 1492 hasta 1810 cambió considerablemente. Aparte de algunos grandes bloques que se conservaron puros, la tierra pasó insensiblemente de manos de los conquistadores á la de los traficantes y la propiedad sufrió la misma metamorfosis que se operaba en Europa, donde una burguesía audaz desalojaba á la nobleza parasitaria é infecunda. Esa hegemonía económica que los tratantes, los agricultores y los mercaderes llegaron á ejercer sobre los hijos de los soldados victoriosos fué una de las causas principales de la revuelta. Como los acaudalados separatistas tenían en sus manos la mayor parte de la propiedad, resultó lógico que se negaran á discutir un sistema de posesión cuyo origen pudo parecerles injusto, pero que en el estado á que habían llegado las cosas, formaba la base insustituíble de su predominio. De aqui la incongruencia de que una revolución lanzada contra

la tiranía real conservase la forma y la manifestación más flagrante de esa tiranía.

Después de la absorción de las huestes conquistadoras, el grupo social nacido de las necesidades de una época de producción y de intercambio trató de sustituirse en la dirección de los negocios á la casta caduca, cuyo papel había concluído. La prueba de que esta suplantación era indispensable, es que las monarquías que resistieron en Europa á la avalancha del siglo XVIII sólo lo lograron á condición de ponerse al servicio de necesidades y gustos nuevos. Los que antes gobernaban para la aristocracia y en nombre de ella, tuvieron que resignarse á gobernar para y en nombre de la burguesía. El principio autoritario sólo pudo mantenerse por una transacción, apoyándose en la misma catapulta que trataba de destruirlo. Quedaron los reyes, pero el sistema cayó. Algunas monarquías, como la de Luis Felipe, sólo conservaron el emblema. Y la nobleza de la sangre se inclinó ante la del dinero, arrebatada en un empuje independiente de la voluntad de los hombres.

Lo mismo ocurrió en América. El dominador, recluído en sus recuerdos, tuvo que ceder el paso á otro grupo, español también, que, desplegando gran actividad en los negocios, había acabado por apoderarse de la mayor parte de la riqueza. Cuando la casi totalidad de la fortuna pública estuvo en el bolsillo de una categoría de hombres y la suma del poder en manos de otra, estalló el conflicto.

Pero estas divisiones no son tan firmes como puede suponerse. En los grandes momentos históricos las castas en lucha se compenetran. Algunos de los miembros de la clase social que monopolizaba el poder por delegación de España, ganados por el vértigo de la especulación, traficaron también, entrando así á simpatizar con la idea separatista. En cambio otros que, aunque formaban parte del grupo de hacendados, ocupaban un puesto en la administración, defendieron lo establecido. La línea que trazan ciertos historiadores entre españoles y criollos es demasiado neta, porque siendo los unos descendientes inmediatos de los otros, resulta difícil determinar dónde empiezan éstos y dónde acaban aquéllos. Hoy mismo no sabríamos resolver el punto. El hecho de haber nacido en territorio americano no es una prueba concluyente, porque abundan los hijos de inmigrante que han visto la luz en la tierra nueva y mantienen por su educación y sus costumbres la nacionalidad primitiva. En cambio hay extranjeros que llegan jóvenes al país y se anexan de tal modo á la vida local, que resultan fundamentalmente criollos. Más adelante volveremos acaso sobre el problema. Por ahora sólo quiero recordar que entre los nacidos en tierra americana hubo legitimistas y separatistas. Hijos todos de españoles, unos estaban educados para dirigir y otros para comerciar, prolongando así en los siglos la situación ó el empleo de los suyos. No diré que la carrera les sugirió de lleno la actitud.Pero es verosímil que contribuyó á deter-

minarla. Todo lo cual no impidió que desde los comienzos el nombre de criollo se aplicara de preferencia á aquellos cuyos ascendientes habían nacido en el país y el de godos á los recién llegados de la madre patria, y particularmente á los funcionarios, que opusieron naturalmente la resistencia más tenaz á la emancipación de las colonias.

Por otra parte, ya he tenido oportunidad de decir que la verdadera división que por entonces existía era la división entre dos concepciones diferentes. Unos vivían con las ideas modernas, otros con los prejuicios viejos. Y esa demarcación se hacía sentir igualmente en la Península y en las colonias. En las alturas predominaba el autoritarismo. En la masa fermentaban las ideas democráticas. Si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tan colosal empuje, fué porque la mayoría de los hispanoamericanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno profundamente conservador negaba á todos, no sólo en América, sino en la misma España. Los que pedían un régimen colonial más amplio en las tierras jóvenes se alzaban contra la misma fuerza opresora que combatían en el Mundo Viejo los que reclamaban una Constitución (1). La revuelta fué un paso dado hacia las ideas

---

(1) En una conferencia sobre las «Causas y consecuencias de la Revolución americana» pronunciada en el ayuntamiento de Barcelona el 27 de Mayo de 1910, el autor ha tratado detenidamente este punto.

liberales que defendían en la madre patria muchos patriotas ilustres. Y lo que se reflejó, agrandado por la distancia, lo que se encarnó en dos símbolos, el virrey y el comerciante, el pesado engranaje administrativo y las ágiles fuerzas productoras, fué la rajadura que dividía á la raza en dos porciones antagónicas. No nos levantamos contra España, sino contra el grupo retardario que en uno y otro hemisferio nos impedía vivir.

El jacobinismo y el volterianismo que la Revolución francesa había desparramado por el mundo, tuvieron su lugar en las preocupaciones de los rebeldes. Las negaciones de la época habían hecho camino, y asomaba una juventud librepensadora y fiel á la idea republicana. Pero no fué precisamente ese grupo el que se apoderó en todas partes del timón revolucionario. En muchas regiones la acción separatista triunfó apoyada por el clero. En otras fué obra de oligarquías adustas. De suerte que en el desorden de aquel vasto levantamiento, que abarcó la quinta parte del mundo, no es posible determinar un móvil ni una orientación excluyente. Los anhelos se contradicen en un hervidero de cascada. Por lo demás, ninguna revolución admite disciplina ni se desenvuelve al empuje de una voluntad serena. Todas son una nube de avideces y de furias que trae sin saberlo en su seno lo que la elaboración misteriosa de la vida ha hecho fatal.

Después de apoderarse de la administración, los virreinatos se inmovilizaron atónitos, sin saber

cómo servirse de la independencia. En las vacilaciones para elegir una forma de gobierno, en las veleidades de restauración inca y en las negociaciones con las casas reinantes, vemos una prueba de lo que venimos diciendo. Los ideales políticos que se agitaron alrededor del empuje separatista no le imprimieron una dirección neta. España, cuya combatividad estaba acaparada entonces por la guerra contra Napoleón, hubiera podido acaso encauzar el descontento mediante una autonomía generosa y liberal. Pero la Metrópoli apenas podía atender á la defensa de su territorio. La revolución tomó así, casi á pesar suyo, una forma política. No habiendo reyes disponibles, se proclamó la República. Y dueña de los enormes territorios, la clase que encabezó el movimiento le transmitió su sed de jerarquía.

Las ciudades de las costas establecieron su dominación sobre los pueblos del interior, como la gente acomodada había impuesto la suya sobre los pobres. Los países se organizaron de una manera antidemocrática. Y las insurrecciones, las «montoneras» y los disturbios que estallaron constantemente en las provincias, no fueron á veces más que protestas ineficaces y borrosas contra el centralismo y la absorción, que debía dar lugar más tarde al desarrollo desproporcionado y anormal de algunas capitales sudamericanas. El gobierno no escapó, sin embargo, á los que lo habían establecido después de precipitar la sacudida. Sólo en algunas épocas y en determinadas regiones declinó intermitentemente el

predominio, subrayando cada eclipse una reacción brusca.

Antes de proseguir este rápido esbozo, séanos permitido decir lo que entendemos por burguesía. Lejos de adoptar la definición de Flaubert—*j'apelle bourgeois quiconque pense bassement*—y de prestar á ese término una significación despectiva, lo empleamos para designar imparcialmente una clase social que, con más ó menos errores, ha desarrollado y ha cumplido su alta misión histórica. Ese título significó bajo otros regímenes respeto, consideración, riqueza, y en la órbita de los asuntos comunales, cierto poder superior. Los burgueses de una ciudad eran los banqueros, los contratistas, los que representaban la actividad, la fuerza, el empuje de los capitales. Y nadie desconoce los servicios prestados á la civilización por esa clase social, que fué en sus comienzos flexible, que defendió el calvinismo y la democracia y que determinó reformas decisivas que han preparado la transformación de la obediencia en libertad. Sin ella, las revoluciones que han cambiado la faz del mundo no se hubieran llevado á cabo. Ha sido un eslabón indispensable en la cadena del progreso. Pero después de admirar la eficacia de su intervención, hay que reconocer que, á raíz del triunfo, cedió, como toda fuerza nueva, al deseo de erigirse á su vez en poder omnímodo. No se resignó á ser un puente entre el pasado y el futuro. Se creyó el eje central de la historia. Fruto de una rebelión, se vistió de legalidad, llamó á su vez crimen á lo

que tendía á desalojarla y dió nacimiento á una nueva hegemonía que evolucionará como todas. Resorte indispensable en los comienzos, cuando se dedicó á encauzar la vida nueva, mecanismo adormecedor después, cuando acaparó los beneficios del cambio, representa en su forma actual una etapa que podrá resultar larguísima, pero que será sobrepasada fatalmente por la humanidad en marcha hacia su destino. Tiempos vendrán en que, sin violencia, por la fuerza combinada de las cosas, se verá obligada á abandonar gradualmente sus privilegios visibles para reconciliarse con las demás porciones de la humanidad en otra organización más perfecta, que á su vez será suplantada en un lejano porvenir por formas superiores que no podemos vislumbrar aún, cegados como estamos por la exigüidad de nuestros ojos.

Dentro de esa fuerza, asoman en la América de origen español dos variantes: la arraigada en el país, americana de hecho, que administra los Estados, y la de procedencia extranjera, que se limita á traficar, pero que pesa indirectamente sobre la vida y contribuye á afianzar el predominio de la otra.

Al llegar á este punto, hay que tener en cuenta una transformación profunda. La «élite» social que realizó la independencia con ayuda de los núcleos subalternos á los cuales hemos pasado revista en las páginas anteriores, sólo atendió á servirse de estos últimos, sin definir el porvenir. El primitivo

criollo arrastró á sus esclavos á la guerra, embanderó á los aborígenes y utilizó el descontento de las masas que aborrecían la dominación, ignorando que al cabo de los años esos elementos llegarían á ser tan «criollos» como él. La evolución ha seguido su curso y hoy nos encontramos ante un mar donde las corrientes de preeminencia de las sociedades coloniales se han perdido, para dar lugar á recientes jerarquías económicas que metamorfosean el conjunto, imponiendo nuevas divisiones y acercamientos inesperados. De suerte que el grupo y la palabra sobreviven su antigua significación.

Por eso conviene delimitar una vez por todas lo que hoy podemos entender por criollo. La definición resulta, como ya hemos dicho, difícil, porque muchos que han nacido fuera del país lo son y otros que han nacido en él, mueren tan extranjeros como sus padres. Sin embargo, estas mismas comprobaciones señalan un indicio, dejando suponer que nuestra nacionalidad, insegura todavía en países donde se superponen las mareas humanas, puede residir á veces por lo menos en los grandes centros y mientras dure la época de elaboración por la cual atravesamos ahora, más que en el origen, en la modalidad de espíritu y en cierta suma de particularidades. Algo análogo ocurre en los Estados Unidos, donde la originalidad local ha sido acumulada también por aluviones contradictorios. Pero esa patria moral, que más que del suelo parece nacer de la atmósfera, fluctúa según las regiones, la composición étnica y la

intensidad de la inmigración. Además de las discrepancias inherentes á grupos heterogéneos que se han desarrollado sin comunicaciones entre si en un campo ya de suyo tan enorme, hay que tener en cuenta desde luego las tendencias y las costumbres traídas por los recién llegados. En las comarcas donde éstos se agrupan en núcleos independientes según su procedencia, se simplifica la observación. Hay lugares donde los naturales sólo han sufrido la influencia de una nacionalidad. En las capitales, donde las diversas capas se superponen, el tipo es más complejo y equidistante. De aquí que nos encontremos en presencia de un nombre que se aplica á Estados diversos, que tienen á menudo serias diferencias entre sí. Un arriero de Caracas, un *pelao* de Zacatecas, un negro de Cuba, un colombiano de pura descendencia española, un gaucho de la Pampa, un descendiente de suizos y un calabrés arraigado en Buenos Aires son hoy igualmente criollos. De lo cual parece deducirse que la palabra se aplica á varias especies principales:

1.° Al descendiente directo de español que ha conservado su sangre pura de todo contacto con los inmigrados y con las razas aborígenes.

2.° Al mestizo y al mulato.

3.° Á los indios y á los negros puros que han nacido en la región y se han atado á su destino.

4.° Á los nacidos en el país de extranjeros inmigrados de la misma nacionalidad.

5.° Á los nacidos de la alianza del descen-

diente directo de español con el extranjero inmigrado.

6.° Á los productos del cruce del extranjero inmigrado con el indio, el negro y sus derivados.

7.° Á los nacidos en el país de padres extranjeros de diferente nacionalidad.

8.° Á los extranjeros que han llegado muy jóvenes y se han adherido al país.

De más está decir que estas categorías podrían subdividirse á su vez, pero fuera vano trazar límites en un conjunto donde se funden tantas moléculas diferentes.

Algunos se sirven de la palabra «criollo» como equivalente de campesino, otros la emplean para designar á la persona de cierta respetabilidad y fortuna. Pero estas interpretaciones no se justifican ya. Es innegable que la propiedad rural y la administración de las repúblicas están en poder de un grupo limitado. Innumerables multitudes se ven obligadas, en un territorio cuya población es apenas doble de la de Francia y cuya superficie es cuarenta veces mayor, á alquilar por sumas ínfimas su trabajo ó su ingenio á los dueños de la tierra. Algunos de estos últimos poseen extensiones equivalentes á la de ciertos Estados de Europa. En ellas se apacenta un número fabuloso de ganado, se siembra una cantidad inverosímil de trigo y trabaja en las épocas favorables un ejército de obreros. Esta concentración, que pudiera determinar en el porvenir grandes conflictos, no es ahora tan absoluta á causa de los frac-

cionamientos que impone la inmigración, pero suscitó en ciertas épocas una variante *sui generis* de potentados, á los cuales se dió por antonomasia el nombre de criollos. También se ha designado así á los que tienen unas gotas de sangre aborigen. Pero la palabra no puede ser desviada de su verdadera significación. Al hablar de la raza del porvenir, trataremos de saber cuáles pueden ser mañana las características finales del tipo que se acumula. Porque el criollo definitivo no ha nacido aún. Existe la armazón y el perfil flotante, pero todas las fuerzas concurrentes no han cuajado todavía en una personalidad ó en un símbolo.

IX

Los extranjeros inmigrados

Cuando las regiones que se habían independizado de España ofrecieron una estabilidad relativa, empezaron á afluir á ellas los hombres que, ahogados en Europa, buscaban empleo para su vigor en las patrias nuevas, donde todo estaba por hacer. Huyendo en unos casos de la persecución ó los salarios exiguos y tratando en otros de satisfacer gustos ó veleidades de aventura, desembarcaron en las costas cien muchedumbres ávidas de sensaciones, de riqueza y de libertad.

Unas venían de Inglaterra y de los países del Norte, donde el industrialismo y la fiebre reducían las posibilidades y obligaban á buscar en otros teatros mejor colocación para el dinero ó los músculos; otras derramaban con sus industrias y su verbosidad envolvente la sabia civilizadora del espíritu francés; aquéllas traían la noble seguridad de la Alemania rubia, cuyo empuje manufacturero se multiplica en exportaciones hábiles; las más humildes eran heraldos de la pasividad y del deseo de ahorro de las tierras napolitanas, miserables y prolíficas; las más

boscas desembarcaban con la cara vuelta hacia Rusia, de donde huían dejando pedazos del corazón en las prisiones; las más serenas acudían de la propia España, cuyo estancamiento inducía á atravesar de nuevo el mar, como hace cuatro siglos; y otras, en fin, brotaban del Asia, de Oriente, de los países más exóticos, sedientas todas de bienestar, de olvido, de independencia ó de esperanza.

Los celtas, semitas, galos, latinos, visigodos, árabes ó cartagineses, convertidos en italianos, húngaros, belgas, polacos, franceses ó españoles, traían la decisión y la audacia que distinguió á los antepasados en las migraciones confusas de otras épocas. Eran las mismas columnas de vida que, espoleadas por el deseo de multiplicarse, atravesaban pesadamente los territorios, con nuevas facilidades de comunicación, pero con igual aspereza en los ideales. Sólo diferían en una cosa. Las primeras iban á desalojar ó á sumergir á otros pueblos. Éstas llegaban á un mundo casi deshabitado, donde en vez de sembrar la desolación y la ruina debían aumentar la felicidad común.

Pero los hombres que, al confundir sus esfuerzos, creaban sin sospecharlo una raza nueva, se subdividían en varios grupos. Entre los que venían á hacer fructificar sus capitales y los que sólo aspiraban á ganarse el pan; entre los que abrigaban el propósito de regresar al país de origen y los que se instalaban en el de adopción para siempre; entre los que de-

jaban del otro lado del Océano una familia y los que se la creaban al llegar; entre los que sólo realizaban un capítulo de su programa y los que querían rehacerse una vida, había naturalmente diferencias profundas que, vistas á cincuenta años de distancia, en la necesaria síntesis que impone un cuadro estrecho, pueden ser reunidas y unificadas en dos corrientes esenciales; aquí los «asimilables», los que echaban raíces y lo entregaban todo al país, y allá los «transitorios» que, alcanzando el triunfo ó comprobado el fracaso, tendían de nuevo el vuelo, después de haber beneficiado también á la región contribuyendo temporalmente con su trabajo, su capital ó su ciencia al engrandecimiento general.

Desde este punto de vista, como desde muchos otros, los elementos más útiles, los que mejor se confundieron con los nativos y los que se ataron al nuevo Continente, fueron los que provenían de España, Italia y Francia, países concordantes que acentuaron el carácter latino que ya tenía la América del Sur en contraposición á la del Norte.

Los originarios de España encontraban desde luego el terreno más propicio que podían soñar. La identidad de lengua, el parentesco de las costumbres y la simpatía de sangre, indestructible á pesar del amor propio que empujaba á veces á los dominadores y á los dominados de ayer á prolongar vanas querellas, determinaron una fusión que fué acentuándose á medida que se apagaban los ecos de la campaña separatista.

La inmigración italiana, más numerosa, brindó á la América del Sur los músculos necesarios para abrir los caminos, construir los ferrocarriles, edificar las ciudades y dar forma material á la civilización y á la riqueza. En contraposición á la española, donde predominaban los empleados, ésta se componía en su casi totalidad de jornaleros. Pero Italia había puesto en esas cabezas su sol y con ellas venía á las patrias nacientes un poco de la sangre de Rómulo. ¿Qué analogías misteriosas había entre aquellos hombres y los que habitaban el país? Quizá hallemos más tarde el tiempo y la oportunidad de buscarlas. Lo cierto es que los recién llegados se confundían con los naturales, se casaban en América y tenían hijos fundamentalmente criollos que imponían al Continente, con la costumbre del trabajo, el orgullo de la civilización latina.

Más que con sus inmigrantes, difundió Francia su influencia con su pensamiento. Sin embargo, ha contribuído también poderosamente á nuestra elaboración social, no en el sentido de componente, porque el francés, poco numeroso, no se ha confundido á menudo con los elementos del país, sino en el de fuerza indicada para embellecer la vida. Las que venían de Burdeos ó de Marsella eran gentes relativamente acomodadas que propagaban su cultura y daban á la raza en formación un fondo artístico que sirvió de punto de apoyo á la influencia intelectual, de que hablaremos después.

Con las inmigraciones inglesas y alemanas lle-

garon los elementos moderadores que exigía la anterior superposición de meridionalismos y el confort, la sobriedad, la solidez que tanto urgía difundir en las tierras nuevas. Fueron poco numerosas y no se aclimataron. Contribuyeron á la formación nacional con su riqueza y no con su sangre. Sin embargo, generalizaron la afición á los deportes, é impusieron á la raza cierta tendencia á lo práctico que nos ha ayudado á romper con la tradición vetusta y con el formulismo ancestral.

Las otras inmigraciones no anuncian corriente especial. Sin embargo, en conjunto, han contribuído á crear el carácter que hace de la América latina una síntesis de los pueblos todos.

Pero ¿cuál es el puesto que ocupa el extranjero inmigrado? Aunque la naturalización ha sido facilitada considerablemente, no es todavía muy amplia. Algunos años de permanencia en el país y una simple declaración escrita pudieron bastar quizá para conceder los derechos de ciudadano elector en países nuevos, de tradición escasa y población insuficiente. Bien sé que no se consiguen con tanta facilidad en Europa esas prerrogativas. Mas lo que resulta admisible en naciones hechas, que viven con fuerzas propias, no lo es en repúblicas improvisadas, que deben precisamente á ese inmigrante la mayor parte de sus progresos. Porque la riqueza de nuestros territorios, su habitabilidad, su empuje y su porvenir son en gran parte la obra de los aventurados obreros de la civilización que, buscando campo á su iniciativa,

han ido á dejar lo mejor de su personalidad en las tierras nuevas. Las que podríamos llamar familias históricas, que predominan aún en algunas regiones con ayuda de elementos heterogéneos, han hecho relativamente muy poco en favor del adelanto material. Desdeñosas de todo esfuerzo, confinadas en trabajos de escritorio y ensoberbecidas á menudo por una fortuna que en la mayor parte de los casos no han contribuído á acumular, se desangran en vidas hoscas y estériles. Por eso es por lo que el extranjero que—traficante, industrial, constructor ó comerciante—acelera el ritmo de la existencia, debiera ser invitado á tomar parte en las elecciones. Siendo él en cierto modo el que al cultivar los campos ó al implantar las industrias dirige las prosperidades, no es justo que gesticule, en lo que toca á las cosas de la política, al margen de la vida continental. En buena ley le corresponde en los asuntos internos una parte de influencia proporcionada á la actividad que pone al servicio del país. La nacionalidad y el espíritu autóctono tienen ya el vigor necesario para absorber esa fuerza sin peligro y sin disminución.

Así se normalizaría quizá el libre juego, todavía difícil, de los resortes democráticos y así acabaríamos con los caudillos para dar lugar á los grandes debates que deben situar la orientación futura.

Por otra parte, á igual distancia de las prohibiciones que son características de los países retardatarios y del fomento artificial de la inmigración, que parece ser uno de los síntomas ocasionales del pro-

greso en las naciones de formación reciente, hay un tejido de realizaciones mentales y de fórmulas prácticas que pueden atenuar la desorientación ó favorecer el empuje de los que acuden á las tierras nuevas en busca del posible bienestar. La inmigración no debe continuar siendo entre nosotros una cosa informe. Es uno de los hechos más culminantes de la vida sudamericana y tiene que imponerse por lo tanto á la atención colectiva, suscitando un gran movimiento de refundición y de equilibrio.

X

La raza del porvenir

Después de haber agrupado alrededor de los diversos componentes algunas de las características principales, trazando así al pasar y en bloque un cuadro vertiginoso de nuestra historia social, vamos á remover ahora las posibilidades que dejan colegir la forma y la esencia de la evolución posible.

De más está decir que partimos de la base de que la América española no forma, moralmente, á pesar de la variante del Brasil, más que una colectividad única. Las patrias de ahora son el resultado de una primera ebullición puesta al servicio de caudillos locales en una época en que las comunicaciones eran rudimentarias. Á medida que se expande el pensamiento y se unifica la atmósfera de las diferentes repúblicas, á medida que la ilustración se difunde y surgen hombres de tendencias altas, á medida que nos damos cuenta de nuestra situación general y de los intereses finales, empieza á surgir un alma colectiva, una conciencia continental, que añade una cús-

pide en el escalonamiento de nuestros patriotismos y crea algo así como un sentimiento nacional nuevo que, elevado por encima de los odios provinciales, resulta lógicamente de la identidad de historia, lengua y origen, casi tanto como de la inferioridad en que se encuentra aisladamente cada uno de los Estados ante las posibles asechanzas del imperialismo.

Desde el punto de vista de la raza, como desde los otros, las repúblicas de origen hispano no pueden ser más semejantes. En todas encontramos la misma base india, la misma irrupción peninsular, la misma ligera contribución africana y la misma resultante criolla, con idénticas cualidades y defectos equivalentes. Por lo único que podrían singularizarse es por la intensidad y la procedencia de la inmigración. Pero estas inundaciones relativamente recientes, que han sido simultáneas y se equilibran en los diversos territorios, no alcanzan á romper la unidad del bloque ya formado, ni á destruir las leyes que imponen para el desarrollo de un pueblo las características del país, que en este caso son las mismas. Aun admitiendo que existieran algunas diferencias secundarias entre la mentalidad de los habitantes de una república y la de los de otra, ellas son incalculablemente menores que las que comprobamos entre las diversas provincias de las naciones más viejas, donde, como en España y en Francia—para no citar el caso de Austria Hungría—, coexisten regiones tan antagónicas como Bretaña y Provenza, Castilla y Cataluña.

Las desviaciones de detalle que advertimos entre los nacidos al borde del Plata ó al borde del Orinoco, entre los que miran al Pacífico y los que se bañan en el Atlántico, entre los que pueblan las costas y los que habitan las cordilleras, no interrumpen la armonía y la homogeneidad del conjunto.

Nos encontramos, pues, en presencia de una extensión de más de veinte millones de kilómetros cuadrados, donde se acumula una raza que es, en conjunto, una resultante de la fusión latina.

Sentadas estas ideas preparatorias, abordemos el punto que más debates ha provocado y el que más se presta á fomentar el desmigajamiento de hoy: los prejuicios que perduran entre algunas de las fracciones del enorme núcleo en fermentación.

Puesto que el elemento europeo—lo mismo el de la conquista, que el de la independencia y que el de la época actual—no supo mantener su sangre pura y consintió en acercamientos con las razas menos adelantadas en su evolución, fuerza será aceptar valientemente los hechos y, en la imposibilidad de modificarlos, sacar el mejor partido posible de lo que, después de todo, no es una herida mortal. Las vanas querellas para saber en cuál de las repúblicas hispanoamericanas predomina más definitivamente el elemento blanco, son hijas de orgullos menores que nada prueban. Un notable escritor cubano, el doctor F. Carrera y Justiz, adelanta en su *Introducción á la Historia de las instituciones locales* una afirmación que da una idea del modo de ver que paraliza la

voluntad de muchos. «Nuestro país es—dice—una excepción en toda la América española, puesto que nuestra estirpe originaria no está mezclada con ninguna raza indígena.» Lo mismo avanzan hablando de su República algunos escritores chilenos. Lo mismo piensan en la Argentina las clases elevadas, que por habitar en las grandes ciudades ignoran frecuentemente lo que ocurre en los lejanos territorios. Y en los tres casos hay un error contra el cual conviene reaccionar.

Bien sé que el grueso de nuestra población está compuesto de raza blanca de origen hispano y que esa raza blanca es el núcleo esencial, la base primera alrededor de la cual se van agrupando los materiales multicolores que han traído todos los países desde los cuatro puntos cardinales. Pero lejos de olvidar las salpicaduras viejas y de borrar la historia con un gesto desdeñoso y pueril, debemos aceptar los beneficios y los inconvenientes de la circunstancia que nos ha dado una parte de nuestra originalidad, de la que en cierto modo nos sitúa, permitiéndonos mayor arraigo y hasta mayores derechos sobre el Continente. Porque ¿qué somos en definitiva? Reivindicar el título de europeos, por más puras que conservemos la sangre y las tradiciones, sería aspirar á una situación flotante de transplantados y de prófugos. Nuestros países no pueden ser un mosaico de desertores sin más lazo entre sí que la expatriación. Sería fundamentalmente absurdo. Por el contrario, todos convienen en que ya existe, muy marcada, la bandera

interior. No es posible negar que los americanos del Sur se distinguen de una manera profunda de todas las nacionalidades, sin exceptuar la española. ¿De dónde proviene la diferencia? ¿Cuáles son los factores que han desviado, completado, disminuído ó matizado los tipos primitivos hasta crear la modalidad de hoy? Sólo pueden ser el suelo, las inmigraciones y la levadura indígena.

Aquí asoma una objeción. Los Estados Unidos han alcanzado una originalidad nacional sin recurrir á la mezcla con las razas aborígenes. Pero esto no es más que la comprobación de un hecho que subraya la diferencia entre dos sistemas de colonización, entre dos caracteres, entre dos fenómenos sociales. Lo que nos ha perjudicado hasta ahora en la América del Sur ha sido precisamente el teoricismo que nos induce á resolver nuestros problemas con fórmulas importadas y á calcar nuestra vida sobre otras vidas, sin tener en cuenta que si todos los grupos se desarrollan de acuerdo con las mismas leyes, en cada región existen causas que intensifican ó atenúan su ejecución ó su eficacia. Además, los mismos principios no convienen indistintamente á todos los casos, y así como la historia no se repite y no encontramos dos veces en el curso de los siglos iguales situaciones y conflictos idénticos, tampoco podemos pretender que dos países de diverso origen, sin más lazo de unión que la solidaridad humana, se ajusten exactamente á la misma manera de ver y al mismo paso. Los hombres que coloniza-

ron la América del Norte, contenidos por su puritanismo ó á causa de una antipatía natural, no se mezclaron con el primer ocupante. Los que acudieron á la América del Sur procedieron de una manera contraria. No cabe epilogar sobre lo que pudo ser más conveniente. El hecho está ahí, para marcar quizá una diferencia, amplificada después. Los Estados Unidos, formados por una acumulación de gentes frías y razonadoras, se han desarrollado de acuerdo con su origen, haciéndose una originalidad de la vida febril y del industrialismo desbordante. La América del Sur, donde predomina el elemento latino, ha tomado otros rumbos, que no son ni superiores ni inferiores, que son simplemente diferentes. Tengamos la audacia de cargar con el pasado y confesar lo que somos. En vez de atarnos á la zaga de otros pueblos, tratemos de cohesionar las moléculas, utilizando del mejor modo posible nuestras características y nuestra composición.

La alianza con el primer ocupante, lejos de ser nociva, es útil, no sólo porque nos hace, por así decirlo, herederos de los primeros propietarios de la tierra, sino porque tiene que rejuvenecer la estirpe, infundiéndole algo de la firmeza, la salud y la sinceridad de Moctezuma ó Guatemozín, de quienes nadie puede avergonzarse. De ese fondo inexplotado provienen algunos de los matices que nos distinguen hoy y de él sacaremos quizá mañana la fuerza y la cohesión indispensables para mantener la autonomía y la unidad en medio de todos los lazos y todas las dispersiones.

No podemos obrar á la manera de los Estados Unidos, donde la superioridad de los blancos se traduce en tiranía. Los indios no han sido barridos de nuestros territorios y la Memoria publicada por el jurado de Montgomery á propósito de la situación de los negros en ese Estado no ha tenido nunca imitadores en la América del Sur. Lo que precisamente nos distingue, lo que se opone á toda idea de unión entre las dos Américas y lo que constituye nuestra superioridad moral, es la adivinación de verdades posteriores con que hemos renunciado en este punto á la injusticia, desde los comienzos. Una obra como *The leopard's spots,* de Mr. Thomas Dixon, no podría aparecer en la América latina. Y no es, como han tratado de insinuar algunos, porque todos tengan su gota de sangre exótica en las venas. Sin contar los millones de europeos emigrados, existe una mayoría enorme de criollos de puro origen español. Pero éstos, como aquéllos, reprueban los errores que hacen ley en los Estados Unidos. En contraposición á la aspereza que domina en el Norte, se acentúa en el Sur la tolerancia y la amplitud de miras. Y al obrar así, estamos de acuerdo con nosotros mismos. Porque aunque en un momento de locura quisiéramos sacrificar los ideales para adoptar la táctica y el prejuicio anglosajón, nada podríamos conseguir. No sólo á causa de las raíces que la equidad ha echado en el alma, sino á consecuencia también de las diferencias que existen entre las dos regiones. Ni hemos apriscado á las razas en deter-

minados territorios, ni tenemos *carpet-baggers* que organicen *feedmen's offices* y susciten sociedades de *Ku-klux-klan*. Además hay que contar con lo que en los Estados Unidos no existe, con la casta intermedia que atenúa los choques, facilitando la refundición. Por eso es por lo que, lejos de alentar la tendencia orgullosa que podría inclinar á algunos á excluir ciertos componentes de nuestra formación definitiva ó á considerarlos como elemento vergonzoso ó incómodo, debemos proclamar las lejanas parentelas, aceptando en bloque la historia de nuestro grupo social. Que así como los individuos sólo son fuertes cuando obedecen á sus herencias de familia y se declaran, con las necesarias modificaciones de la época y del medio, continuadores celosos de sus antepasados, los pueblos sólo alcanzan su osificación y su plena audacia cuando establecen el equilibrio interior, nivelan las asperezas y de un extremo á otro de su historia y de su conjunto sienten la rítmica palpitación de una voluntad que no se interrumpe ni se desmiente.

Lo que fortifica á las naciones es la unidad de la raza. Antes de hacer nada grande, los hombres necesitan tener la convicción de pertenecer á un conjunto homogéneo, y no á una muchedumbre en derrota. Cuando en la América del Sur, donde nadie odia al negro, ni al indio, ni al judío, se habla de contrarrestar el empuje de los anglosajones, todos comprenden que el mejor medio es sacar los músculos indispensables de nuestras propias característi-

cas. La fuerza de todos los países no reside en las mismas cualidades. Cada uno perdura por su originalidad. Y sólo fortificaremos la nuestra cultivando el orgullo de lo que somos.

Nada de recriminaciones contra España. Los sudamericanos que reniegan de su origen son suicidas morales y parricidas á medias. España fué la cuna y el brazo de la nacionalidad. Somos sus hijos cariñosos y ninguna bandera debe estar como la suya tan cerca de nuestro corazón. Claro está que esto no nos obliga á cultivar sus errores. El cariño debe, por el contrario, traducirse en franqueza, en lealtad, en empuje para remover su espíritu. Amar á España no es querer que siga siendo como es, sino desear que sea como debe. Cuando formulamos votos para que realice los sueños de la democracia, cuando condenamos su inmovilidad y cuando aplaudimos á los españoles audaces que tratan de imprimirle nuevos rumbos, no atacamos á la nación, sino á las supersticiones que persisten. El respeto impone la sinceridad. Hay más cariño en la rudeza del que nos advierte que nos equivocamos, que en la adulación del que nos empuja á seguir, á riesgo de que rodemos al abismo. Así se explica que, aunque en libros anteriores he dicho sobre España muchas verdades penosas sin medir los comentarios que iba á provocar una frase ni calcular las antipatías á que podrían dar lugar las apreciaciones severas, declare hoy que me siento parcialmente español y reconozca la necesidad de ser consecuente con los que nos dieron el

espíritu que se prolonga en nosotros á pesar de todas las modificaciones posteriores. Si pudiera escribir de nuevo las *Visiones de España,* las volvería á publicar aumentadas con observaciones que lejos de atenuar su espíritu lo fortifican. Pero esa misma franqueza me conduce á proclamar que si renegamos del punto de partida, nos condenamos á edificar en el viento. España está presente en nosotros con sus grandezas y sus debilidades. Á un siglo de distancia, cuando ya se han borrado los ecos de la lucha, podemos reconocer la verdad y hacer de ella un punto de apoyo para robustecer nuestro espíritu, que no es cerrando los ojos á la luz como llegaremos á adquirir el aplomo y la solidez de lo durable.

En el criollo se han modificado de una manera pasmosa, dado el tiempo transcurrido, las distintivas del español, pero no se han borrado completamente. La evolución determinada por la independencia es quizá, en lo que toca á las raíces íntimas, más visible que fundamental. Los procedimientos han cambiado ó se han rejuvenecido, pero las fuerzas propulsoras y el mecanismo interior han conservado la marca del origen. Sin embargo, ¿quién podría negar las influencias que hemos sufrido posteriormente, y especialmente la determinada por el pensamiento francés?

Las inmensas extensiones que la España del siglo XV consiguió domar por la fuerza de las armas, la Francia moderna las ha catequizado á su vez por la virtud del pensamiento. Y esta orientación, antigua

ya, puesto que el separatismo fué en parte una de las consecuencias de la sacudida de 1789, no deriva de una campaña más ó menos hábil. Los diplomáticos han hecho muy poco. Son los novelistas, los poetas, los pintores, los músicos, los sociólogos los que han proyectado á lo lejos, sin saberlo quizá, el prestigio de la nación, favoreciendo así, no sólo una corriente industrial y comercial que aumenta día á día, sino una infiltración vasta y profunda que tiene más importancia de lo que á primera vista parece. Un diario de Nueva York, *The Evening Post*, se asombraba hace algún tiempo de la impotencia de los anglosajones para penetrar el alma de las repúblicas en las cuales los Estados Unidos entienden prolongar su hegemonía y se quejaba de no descubrir en ellas la influencia que la vecindad y la historia hubieran debido favorecer. El publicista tenía acaso razón. Es innegable que los yanquis han cosechado hasta ahora en el Sur algunas decepciones. Pero no es posible atribuirlo ni á la incapacidad de éstos para la conquista, ni á la energía de aquéllos para la defensa. Hay ahí dos fuerzas independientes que así lo imponen: el origen español, que nos hace ser hostiles á todo acercamiento con la raza enemiga, y los gustos, las ambiciones, las repugnancias, el ideal, que Francia nos ha sugerido desde nuestros primeros pasos en el camino de la Independencia. Librados á nosotros mismos, hubiéramos flaqueado quizá. Pero una simpatía y un recuerdo nos han dado desde el punto de vista interior un objetivo y una atmósfera.

El porvenir dirá—y de ello hablaremos largamente en otros capítulos—si bajo estos fundamentos generales la comunión de las repúblicas sudamericanas es posible. Se trata de un territorio dos veces más vasto que la Europa, cuyas riquezas, en parte desconocidas ó mal explotadas, pueden revolucionar el mercado del mundo. Así lo ha comprendido Francia. Y adivinando que la nación que tendrá mayor prestigio entre nosotros será la que más celosamente respete nuestra independencia, sólo ha aspirado á ser un guía en la democracia y en la libertad. Por eso cabe decir que su influencia ha sido un beneficio inapreciable y que sobre ella contamos principalmente para fundar y solidificar nuestra personalidad definitiva.

Porque es un error admitir que la independencia política implica una independencia absoluta. Á pesar del gobierno autónomo, los pueblos que todavía no se han formado siguen dependiendo indirectamente de los que contribuyen á su elaboración. Y así como los hombres necesitaron siglos para pasar de la vida nómada á la sedentaria, los hispanoamericanos necesitaremos mucho tiempo para sustituir á la vida internacional una que nazca integralmente de nuestro espíritu.

Por eso es por lo que al hablar de la raza del porvenir debemos empezar por tener en cuenta lo que nos dieron y nos dan—cada vez menos copiosamente—otras naciones. Si los godos dejaron la noción de la vida patriarcal, el respeto á la familia, la

concepción del honor, el heroísmo y la elocuencia, de los franceses recibimos la predisposición al libre examen, la exactitud, la sutileza y el matiz. Á estos factores, que tan poderosamente obraron sobre la progenie en formación, han venido á unirse después otros menos decisivos, pero también importantes, que superponiendo influencias sobre la base criolla determinan un tipo nuevo formado con componentes multicolores. Pero ¿cuáles serán las características que resultarán mañana de la fermentación? ¿Cuál será el gesto de la raza que surge?

Nada más difícil que trazar los itinerarios del porvenir. Aunque nuestra evolución está ya suficientemente adelantada y definida para que podamos encontrar en el tipo de hoy los gérmenes del de mañana y en las costumbres actuales la semilla de las futuras, siempre queda una zona librada á la incertidumbre. Sin embargo, las corrientes sociales traen en ellas mismas ciertas prolongaciones que nadie puede desviar. Tratemos de esbozar la síntesis de las que parecen más seguras.

Una de las cosas que sorprenden cuando consideramos el desarrollo de nuestras naciones, es la atmósfera de independencia que en ellas se respira. Hasta los inmigrantes que acuden de patrias en que todo concurre á sofocar la voluntad, se metamorfosean y adoptan lo que parece estar en contradicción con sus gustos. Se diría que en el ambiente persisten no sé qué extraños perfumes que despiertan la savia ancestral. Esa inclinación se combina con cierto

orgullo superlativo que nos lleva á considerarnos superiores al recién llegado, aunque éste venga de los países admirados por nosotros. Pero no cabe insistir sobre la contradicción. En las regiones más prósperas el extranjero mismo se contagia con la manera de ver local y ganado por el ímpetu mira á su vez con altura á los que vienen tras él. Ello deriva acaso de la confianza que tienen todos en el porvenir del Continente y en los destinos de sus habitantes. El triunfo es un axioma, aunque á veces sólo surja de la Naturaleza, de la generación espontánea y de las cualidades de improvisación. Aquí tocamos uno de los puntos débiles del tipo que se acumula. Me refiero á la costumbre de vivir al día, á lo cual se une un gran desequilibrio de los odios y de los entusiasmos. Pero la inteligencia y un instinto maravilloso de asimilación atenúan los defectos fundamentales y dan al conjunto aptitudes que sorprenden en agrupación tan heterogénea. Añadiendo el culto al valor, el sentimiento agudísimo de la dignidad, la viva inclinación al lujo y la largueza desbordante y paradójica, tendremos una primera silueta de nuestro ser futuro.

En una sociedad en formación en que todavía existe cierta hostilidad entre el hombre de la ciudad y el de los campos y en que cada uno de los grupos se esfuerza por imponerse, tenían que existir naturalmente los patriotismos de provincia. Sin embargo, ello no impide que florezca en cada república un sentimiento nacional tan vivo, que no puede ser compa-

rado con ningún otro. Porque parece que su misma juventud, su realización reciente, su proximidad de origen, da entre nosotros á la idea de patria una atracción incontrarrestable. Ésta no es, como en otras naciones que datan de muchos siglos, una cosa independiente de nuestro querer, sino algo cuya constitución está tan cerca que parece obra del propio esfuerzo. De aquí el orgullo con que defendemos, más que un hombre y una bandera, el conjunto cuyos límites materiales y morales hemos trazado á una generación de distancia. El deseo de subsistir ha hecho del amor patrio una realidad tangible que recuerda la fusión que se establece entre el artista y la obra que sale de su ingenio. En este ímpetu de propiedad y de orgullo creador se apoyarán probablemente mañana las tentativas de acuerdo continental que tienen que nacer al conjuro de una necesidad reconocida por todos.

En cuanto á la pereza y la incapacidad para la lucha que algunos europeos nos atribuyen, basta echar una ojeada sobre la América del Sur para comprender la verdad. Cabe reprochar esos defectos á los árabes, que duermen á la sombra de banderas extrañas, sin ánimo para remover y dirigir la vida, pero no se puede hablar en ese tono de naciones que, sin más armas que la voluntad, han tenido el ímpetu necesario para independizarse primero y para defenderse después de las solicitaciones más difíciles. Los levantamientos que tanto nos reprochan sólo son manifestaciones palpables de un empuje

creador. La nacionalidad data de ayer y tiene que pasar por las mismas agitaciones que Europa. No han de maravillarse de la inquietud de nuestras costumbres los que edificaron su Constitución alzando barricadas y decapitando reyes. Y en lo que respecta á la actividad industrial, todavía insegura, tampoco nos la pueden echar en cara los que antes de alcanzar el brillo de hoy vivieron la indecisión de quince siglos. Al medirnos como si nuestra entidad social datara de Clovis y al asombrarse porque no los hemos igualado en pocas décadas, ciertos sociólogos dan forma á la injusticia más dura. Podrá ser lícito lamentar el ensimismamiento de determinados países que, como Servia ó Bulgaria, han prolongado su atraso, á pesar del tiempo transcurrido y la proximidad de las grandes naciones. Pero á los que acaban de nacer y se adelantan ya gallardamente por las sendas nuevas no es posible pedir un desarrollo definitivo. La infancia turbulenta y bulliciosa no es quizá, después de todo, más que un síntoma prometedor, porque los pueblos, como los estudiantes, indisciplinados, son precisamente los que más altas posiciones conquistan en el porvenir.

La reeducación nacional que se impone rectificará los rasgos de la raza, cuyas primeras características dejan sospechar desde ahora lo que el siglo XX le reserva. Si se mantiene la integridad étnica, política y territorial del conjunto y si continúa sin tropiezo la elaboración en que estamos empeñados, se puede decir que el nuevo grupo que se incorpora á la fer-

mentación mundial alcanzará una importancia inverosímil á causa de su número y de la amplitud de la zona en que desarrollará su acción. Lo que va á nacer de él no puede delimitarse aún. Pero basándonos en lo ya dicho y palpando las realidades, salta á los ojos que los cien millones de hispanoamericanos que poblarán dentro de poco la parte inferior del Continente tendrán que defender la tradición, el ideal y las características que los distinguen. La cálida América de origen español, de influencia italiana y de cultura francesa, que ha fraternizado con las razas aborígenes, ostenta una unidad y una fisonomía excluyente que la separa de una manera fundamental de la fría América del Norte, donde al margen de todas las promiscuidades y con otras tendencias filosóficas se ha robustecido el espíritu de Inglaterra, Holanda y los países escandinavos.

La integridad territorial y moral

I

Las dos Américas

El peligro reside para una colectividad, más que en las amenazas que la acechan, en las debilidades que la roen. Los pueblos perecen por su propia imperfección, como los objetos caen por su propio peso, y las guerras desgraciadas, las derrotas económicas y los reveses históricos, no son á menudo más que resultados y comprobaciones palpables de una inferioridad anterior á ellos. De suerte que lo que los hispanoamericanos pueden temer, no es la codicia de los demás, sino su blandura para vivir—nos explicaremos mejor—, su inaptitud para contrarrestar la invasión de otras vidas.

Yo no sé si, como dicen en Europa, es el Continente el paraíso de la incertidumbre. Pero resulta innegable que su desmigajamiento parece empujarlo desde el punto de vista internacional á las tormentas, aunque por su espíritu independiente, su seguridad y su orgullo, esté diciendo á gritos la voluntad de barrer las agresiones para imponerse al porvenir. Todo ello deriva acaso de que tenemos

una gran debilidad: la despreocupación, y una fuerza incontrarrestable: la confianza en nosotros mismos.

De aquí que podamos examinar el problema de la futura integridad territorial y moral sin limitaciones y sin cóleras; porque si existe un defecto que nos compromete, también hay una cualidad que hace concebir las esperanzas más lisonjeras.

Ya hemos declarado que desde el punto de vista étnico, político y social, florecen dos Américas. Pocas demarcaciones se hallan tan netamente establecidas, tan brutalmente marcadas como la que divide en porciones numéricamente equivalentes y moralmente inarmónicas á los habitantes del Nuevo Mundo. Así como hay dos lenguas y dos tradiciones, hay también dos grupos de orientación diferente: el que fué colonizado por Inglaterra, y que forma con sus cien millones de almas una de las naciones más poderosas del globo, y el de origen hispano, que reune alrededor de ochenta millones de hombres, trabajados á veces por sacudimientos inútiles y disueltos en una veintena de repúblicas desiguales. Europa misma parece haber reconocido y subrayado este límite, enviando preferentemente su emigración anglosajona al Norte y la de origen latino al Sur. La frontera de México es, pues, más que una convención política, un límite entre dos civilizaciones.

Los motivos de alejamiento se pueden sintetizar en pocas líneas. Primero, el origen; segundo, la

educación y las costumbres, aquí ásperas, imperiosas y brutales en una sociedad trepidante de actividad y de vida, y allá inseguras, escépticas y bulliciosas, con un enjunto soleado y negligente, y tercero, la locura imperialista. Los sudamericanos, que apenas tienen un siglo de independencia y que nacieron á la libertad treinta años más tarde que los Estados Unidos, no pueden dejar de ver con recelo la fantástica prosperidad de un país que al ensanchar su acción no hará, después de todo, más que conformarse á una exigencia de su crecimiento y sus victorias. En las regiones más inmediatamente limítrofes, la sangre hispana se ha arremolinado ya contra la tutela deprimente y el posible aniquilamiento. Porque se trata, como acabamos de decir, de elementos inconciliables. Aunque una de estas fuerzas se plegara parcialmente á la otra, no podrían compenetrarse ni confundirse, no sólo porque emanan de necesidades, virtudes y apetitos diametralmente opuestos, sino á causa de los roces que han subrayado las diferencias iniciales. Los Estados Unidos sobrepasan las cúspides del progreso, y ceñidos en sus límites, experimentan la necesidad de derramar su producción sobre las tierras vecinas. La América hispana comprende algunas comarcas de prosperidad inverosímil, pero en conjunto prolonga una etapa subalterna, como lo atestigua el detalle de que, exceptuando quizás dos ó tres países, sólo importa productos manufacturados y sólo exporta materias primas. De suerte que nos encon-

tramos en presencia de una antinomia histórica: todo tiende á alejar á los latinos de los anglosajones y todo concurre al mismo tiempo á hacer que estos últimos influyan de una manera preponderante sobre los primeros.

Porque lo que más salta á los ojos cuando consideramos estas grandes extensiones, es la debilidad particular y colectiva de los países de origen español, preparados—desde el punto de vista económico, como desde el punto de vista bélico—para defenderse los unos de los otros en un universo minúsculo, reducido á sus fronteras inmediatas, pero completamente á la merced de la acción verdaderamente extranjera, es decir, de la que podría venir, ya sea de las naciones de Europa, ya de los anglosajones instalados al Norte del Continente. No creo asombrar á nadie si digo que en este orden de ideas la América española es, hoy por hoy, una comarca sin más defensa que su extensión y que sólo subsiste en conjunto á la sombra de equilibrios que un soplo puede romper.

Más adelante expondremos con la debida prolijidad las causas que nos hacen inducir que el peligro no se acumula en los países lejanos, sino en el gran conjunto limítrofe. Por ahora sólo queremos tocar incidentalmente un punto. Armados de la paradoja imperialista, según la cual un pueblo que no hace valer sus riquezas no tiene derecho á conservarlas, los Estados Unidos vienen utilizando desde hace algún tiempo la desigualdad

para empujar sus fronteras hacia el Sur, absorbiendo ó regenteando territorios que forman parte de la América española. Basta citar el caso de Nuevo México, Cuba y Panamá. No queremos discutir la concepción ni compararla á la que nos llevaría á apoderarnos de la fortuna del vecino argumentando que éste no especula. Proclamar que cada pueblo, por atrasado y minúsculo que sea, tiene el derecho de vivir y progresar á su capricho, sería exponernos á que nos motejaran de ideólogos los hombres prácticos que predominan actualmente. Pero un hecho se alza para destruir el razonamiento conquistador. Ciertos triunfos extraordinariamente significativos atestiguan que, en oposición á esas afirmaciones, los hispanoamericanos no son incapaces de tomar posesión de su energía y triunfar á su vez. ¿Quién niega el empuje de la Argentina y del Brasil, cuya prosperidad sorprende á los norteamericanos mismos? Si algunas repúblicas han progresado en pocos años con un ímpetu tan prodigioso, ¿por qué no han de seguirlas mañana las demás? La evolución ha podido ser lenta, pero nada indica que resulte imposible. En todo caso una vasta zona que comprende Argentina, Brasil, México, Chile, Perú y Uruguay, destruye la objeción interesada y prueba—aun desde el punto de vista que condenamos—la innegable capacidad de nuestra América y su derecho á perdurar.

Por otra parte, es evidente que nada nos atrae hacia los vecinos del Norte. Por su origen, su edu-

cación y su genio, la América del Sur es esencialmente europea. Nos sentimos cerca de España, á la que debemos la civilización y cuyo fuego llevamos en la sangre; de Francia, fuerza concurrente en el pensamiento que nos anima; de Inglaterra, que nos presta su oro libremente; de Alemania, que nos nutre con sus manufacturas, y de Italia, que nos brinda los brazos de sus hijos para arrancar al suelo la riqueza que debe derramarse sobre el mundo. Pero á los Estados Unidos no nos unen en realidad más lazos que la timidez y el miedo.

No quiero insinuar así una corriente de odio. El deseo de expansión es una consecuencia de la vida pletórica. Dentro de las formas actuales, no hacen quizá los norteamericanos más que ceder á una necesidad inextinguible, porque la política no gira aún sobre la base serena que soñaron los filósofos. Muchas naciones luchan aquí y allá en el mismo sentido, con mayor ó menor intensidad, según el carácter de la raza ó la fuerza de que disponen, y se puede decir que no hay una que, con pretextos más ó menos visibles, no aproveche las debilidades para extender su influencia en torno. De suerte que, lejos de agotar las recriminaciones estériles, lo que conviene es adaptarse á la atmósfera, medir el horizonte y desarrollar la acción más eficaz para salvaguardar los destinos. La peor de las debilidades es la ignorancia de la debilidad. Empecemos por saber hasta dónde llegan nuestras fuerzas para poder defender si es necesario á medio

siglo de distancia las prolongaciones de nuestro espíritu.

Quien estas líneas escribe está lejos de ser un adversario de la América anglosajona. Pero por lo mismo que admira sus progresos fantásticos, por lo mismo que ha vivido en Nueva York, por lo mismo que reconoce la grandeza y el empuje de la estirpe, es por lo que se vuelve hacia los de su raza y les designa el punto que conviene examinar.

Bien sé que en el Sur nada es más imposible que la conquista directa, dada la falta de comunicaciones, la extensión de nuestros territorios y la distancia á que se hallan algunos de ellos de la nación absorbente. Pero una constante preeminencia moral, una infiltración económica progresiva, una inútil protección acordada á la independencia, la difusión del idioma y la especie de paternidad ostentada ante los europeos, ¿no pueden ser acaso los agentes de una invasión espiritual, comercial y política que la prosperidad portentosa de aquel país y la habilidad de un ministro como Mr. Root logre empujar al fin hasta los límites? Recordemos que la gran república del Norte ha asumido ante varios congresos internacionales la representación del conjunto, que el nombre de «americanos» se aplica por antonomasia á los habitantes de los Estados Unidos, como si éstos lo sintetizaran todo, y que la doctrina de Monroe, invocada tan á menudo, sólo implica en resumen una protección innegable. Además, el apresuramiento sistemático con que el yanqui pesa en

nuestros conflictos, el papel interventor que se atribuye y la persistencia con que aparece ante el mundo como nuestro fiador, tienen que hacernos recapacitar un poco.

Basta una ojeada sobre la política europea para medir el papel de la previsión en el destino de las naciones. Nada se improvisa ni se aventura. Las zonas están delimitadas de antemano, las combinaciones conocidas y las probabilidades pesadas minuciosamente para ofrecer á la sorpresa el menor flanco posible. Es una lucha impalpable, á la que ningún país puede sustraerse, y en la que todas las operaciones no son de aplicación inmediata. Se dejan destacamentos, se explotan caminos, se ocupan fortalezas y se estudian lazos que sirven para preparar ó facilitar acciones futuras, que se creen posibles dada la marcha lógica de la vida. Para subsistir, un país tiene que ser como el banquero que abarca el aspecto del mercado, induce la suba ó la depreciación de los valores, prevé las causas indeterminadas que pueden modificar las perspectivas, y sabe escudarse de tal suerte, que su futuro resulta dentro de lo humanamente hacedero tan seguro é inconmovible como lo que el pasado petrificó.

Si es un axioma científico que las naciones de civilización más intensa están siempre seguras de someter á las limítrofes, ¿por qué hemos de desdeñar nosotros la acción que todos desarrollan para precaverse? Encaremos sin temor y sin jactancia el

problema. Hay dos grandes divisiones en el Nuevo Mundo, y no es difícil que los habitantes del Sur se vean obligados un día á contener á los del Norte en esos grandes atropellos de razas que serán como el prólogo del apaciguamiento general.

II

La América española

He aquí un territorio dos veces más grande que la Europa, habitado por ochenta millones de hombres y dividido en veinte repúblicas, de las cuales la más pequeña tiene veinte mil kilómetros cuadrados y la más grande ocho millones (1).

Desde el punto de vista económico y moral, lo podemos dividir en tres zonas:

1.ª La del extremo Sur, que comprende Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, en plena prosperidad y libre de toda influencia norteamericana directa.

2.ª La del Centro (Perú, Bolivia, Paraguay, Ecuador, Colombia y Venezuela), que goza de gran adelanto también, pero que trabajada en parte por las discordias y menos favorecida por la inmigración, sólo puede ofrecer una resistencia muy débil.

---

(1) Para tener una idea de cómo está distribuida la población, basta recordar que San Salvador cuenta 53 habitantes por kilómetro cuadrado, Guatemala 14, Ecuador 8, Méjico, 6, Uruguay 5, Chile 4, Colombia, Venezuela, Paraguay, Perú, Argentina y Brasil 3, y Bolivia 1, mientras en Europa, Alemania alcanza á 108, Inglaterra á 137, Holanda á 162 y Bélgica á 234.

3.ª La zona del Norte, dentro de la cual advertimos dos subdivisiones: *a)* la república de México, que progresa al igual de las del primer grupo, pero que por ser limítrofe con los Estados Unidos se encuentra atacada por su política y sometida en cierto modo á una vida de defensa, y *b)* los seis Estados de la llamada América Central (Nicaragua, Honduras, Guatemala, San Salvador, Costa Rica y Panamá), que con las islas de Cuba y Santo Domingo, parecen particularmente expuestos á caer definitivamente en la esfera de atracción de la América anglosajona.

Si las relaciones entre estos grupos, más ó menos indemnes, más ó menos prósperos, no son á veces íntimas y estrechas y si algunos países se desarrollan sin más intercambio entre sí que media docena de noticias y cuatro frases de fraternidad, culpa es de la falta de comunicaciones y del ensimismamiento de los habitantes. Pero las analogías que los unen son indestructibles. La mejor prueba de ello es la sonrisa fácil con que los sudamericanos emigrados de una república se aclimatan en otra. Entre ellos existe lo que constituye el lazo primero de toda colectividad: el parecido. Con ligeros matices, el medio social, las costumbres, las inclinaciones, los sentimientos y los gustos son idénticos. En la Argentina, que empieza á ser un foco de atracción para los países limítrofes, hay más de cincuenta mil sudamericanos de otras regiones que ocupan plazas de periodistas, empleados de administración, comisarios de policía, etc., y que se adaptan de

tal suerte á la vida nacional que ni la opinión ni ellos mismos advierten una diferencia con los hijos del país. Á veces los vemos alcanzar altas posiciones sin que nadie levante una objeción, porque, en el fondo, no pueden ser considerados como extranjeros. Algunas guerras sudamericanas han sido precisamente hijas de este intercambio flexible. Las revoluciones para derrocar á un gobierno fueron preparadas á menudo en la república vecina, provocando así susceptibilidades y choques que, en conclusión, no han sido entre dos pueblos, sino entre un presidente amenazado y el presidente que protegía á sus enemigos. Una prueba de ello es el entrelazamiento de alianzas entre partidos afines que se estrechan la mano en la frontera, internacionalizando, por así decirlo, la política interior y creando en el territorio de habla española, por encima de la nacionalidad tangible, una nacionalidad moral mucho más amplia.

Sin embargo, estos Estados, que Bolívar y San Martín hicieron lo posible por reunir y confederar desde los comienzos, se desarrollan independientemente, sin acuerdo y sin plan. Algunos de ellos son más vastos, más ricos, más emprendedores y han dejado atrás á los otros, creando grandes altibajos y contrastes que se pueden atribuir también, más que al clima, á la mayor inmigración. Porque esta última circunstancia parece ser al mismo tiempo el barómetro y el motor del triunfo en la América del Sur. Sea que los europeos sólo acuden á las comar-

cas que progresan, sea que el progreso surge como consecuencia de su llegada, sea que ambas cosas se combinan, el caso es que basta saber á cuánto asciende la inmigración anual para deducir el estado económico y la prosperidad de cada república. En determinadas regiones los extranjeros equilibran casi en número á los naturales, sin que esto quiera decir que el adelanto sea obra exclusiva de ellos. En muchas ramas de la producción los hijos del país defienden una primacía indiscutible. Además, ya hemos visto que en tierras de inmigración correntosa, donde se superponen las mareas humanas, nada es más difícil que determinar el límite entre éstos y aquéllos. Lo único que se puede afirmar es que así como los inmigrantes son los que han dado nacimiento al tipo sudamericano de hoy, y así como contribuyen á fomentar el progreso que desmiente la paradoja imperialista de que hablamos en el capítulo anterior, son también los que se oponen con más energía á la infiltración norteamericana y los que crean entre las repúblicas el lazo más definitivo.

La enorme zona fraccionada se debilita en una confusión de esfuerzos contradictorios. Los países que disfrutan de un alto desarrollo material son dentro de ella como miembros sanos en un cuerpo paralítico. Su empuje tiene que vencer la modorra de otros que forman parte de la misma confederación moral y que han retardado su evolución en los puntos estratégicos, haciendo posible la infiltra-

ción de la gran república. Porque—séame permitido adelantar aquí algo de lo que desarrollaré al final de esta subdivisión del libro—aun admitiendo que la zona indemne rompa el pacto espiritual que la une al resto de la América latina y se desinterese de lo que pasa en el Norte, resulta claro que para defender el porvenir, para salvar el imperio de nuestra raza en la mitad del Nuevo Mundo, no basta que cuatro ó cinco repúblicas se mantengan inaccesibles. Desde el punto de vista general, sería reducir de una manera monstruosa el radio de nuestra influencia, sin conseguir trazar por eso una demarcación definitiva. Y desde el punto de vista particular de cada Estado, las tierras sacrificadas así no resultarían más que un puente tendido al invasor, que se acercaría irradiando cada vez con mayor fuerza desde la frontera en marcha, hasta transformarse en un gigantesco vecino absorbente. De suerte que los mismos países que han triunfado se hallan en cierto modo prisioneros de los que al adelantarse con menos vigor debilitan el conjunto y dan cierta verosimilitud á los vaticinios peores.

La política de «cada uno para sí» y el razonamiento primario que entretiene la credulidad de algunos gobiernos no resiste al análisis y es un error visible que además del egoísmo que denuncia contiene males innúmeros. «Admitiendo que el peligro exista—declaran en la Argentina algunos—, para llegar hasta nosotros el coloso tendría que atravesar toda la América.» Olvidan que si la situación geo-

gráfica logra ponernos, según la región, parcialmente al abrigo, que si la prosperidad económica puede quizá anular ó detener el primer ataque, cada vez que una nueva comarca sucumbe, el conquistador está más cerca. Es un mar que viene ganando terreno, como lo probaremos en los capítulos siguientes. Por otra parte, las repúblicas triunfantes no pueden dejarse ahogar y arrinconar en el Sur. Todo indica que muy pronto serán entidades exportadoras que necesitarán mercados en el propio Continente. No es un sueño suponer que la Argentina, el Brasil y Chile resultarán, en ciertos órdenes, los proveedores obligados de muchas cosas en la zona que se extiende hasta más allá del Ecuador. Además, ¿cómo suponer que el huracán se detendrá al llegar á nuestros límites? Nada más desconsolador que la política que espera á que los peligros le pongan la rodilla en la garganta para tratar de conjurarlos. El buen sentido más elemental nos dice que las grandes naciones sudamericanas, como las pequeñas, sólo pueden mantenerse de pie apoyándose las unas sobre las otras. La única defensa de los veinte hermanos contra las asechanzas de los hombres es la solidaridad.

Porque si salimos de la relatividad del Continente, vemos que nuestras repúblicas más prósperas, las que van á la cabeza y parecen enormes al lado de las demás, no son todavía más que entidades incompletas, menos pobladas que Rumania, con menos ferrocarriles que Australia y con menos

escuelas que el Canadá. No discuto el porvenir. Pero no podemos imaginarnos á cubierto de todos los peligros en la etapa en que nos encontramos actualmente. Aun desde el punto de vista más favorable, somos inferiores á lo que la opinión cree. Una sola provincia rusa es más vasta que cualquiera de nuestros países, exceptuando el Brasil, y agrupando la población de las veinte naciones de la América española, sólo alcanzamos á reunir la quinta parte de la que tiene Inglaterra en sus colonias. Todo esto sin contar con que si nos faltan capitales para emprender las obras de la civilización y de la paz, nos faltarían con mayor razón para agotarnos en resistencias militares desiguales y absurdas.

Claro está que quien escribe este estudio se halla lejos de cosquillear el amor propio que desata las hecatombes. Nacido en un siglo de razón, sólo ve en los choques sangrientos una prolongación lamentable de la barbarie primitiva. Pero el hecho de reprobar la violencia no nos obliga á aceptarla con mansedumbre, y mientras llega el imperio de la equidad, cada hombre es solidario de su conjunto en el triunfo como en la derrota. De suerte que al estampar aquí algunas de esas verdades ásperas que, como los baños fríos, fortifican el temperamento y el carácter, sólo quiero contribuir á hacer ver la realidad, disipando los espejismos de vanidades prematuras y mal equilibradas.

Porque aquí tocamos el punto verdaderamente débil de la América española. Basándose en el hecho

de que algunos Estados no pueden tener vida propia á causa de su población ó su situación geográfica, parecen haber empezado á asomar también—á la manera de los Estados Unidos—entre las repúblicas más prósperas ciertas ambiciones de predominio ó de hegemonía que introducen en el conjunto un hálito de desconfianza y de disolución. El deseo pueril de imitar á Europa las ha llevado á crear dentro del Continente un entrelazamiento de susceptibilidades y de apetitos que absorben y debilitan lo que orientado hacia problemas más urgentes pudiera ser un escudo para todos. Parece inútil establecer que las vanas querellas en que se debaten denuncian un olvido incomprensible de la realidad, que nuestras rivalidades sólo tienen la importancia de un desacuerdo de familia, y que lo único que nos puede inquietar hoy es la situación en que se halla la América hispana ante las naciones absorbentes. Cuando comprobamos que tres repúblicas reunidas —Bolivia, Paraguay y Uruguay—tienen menos habitantes que la ciudad de Nueva York y que el total de las exportaciones de dos grandes naciones sudamericanas—Argentina y Chile—no alcanza á equilibrar en pesos oro lo que los Estados Unidos exportan en algodón solamente, hay algo que se sobrepone á los fanatismos de campanario y hace brillar por encima de las fronteras convencionales un sentimiento de solidaridad salvadora.

Contemplemos el mapa de América. Lo que primero salta á los ojos es el contraste entre la unidad

de los anglosajones reunidos con toda la autonomía que implica un régimen eminentemente federal, bajo una sola bandera, en una nación única, y el desmigajamiento de los hispanos, fraccionados en veinte naciones, unas veces indiferentes entre sí y otras hostiles. Ante la tela pintada que representa el Nuevo Mundo es imposible evitar la comparación. Si la América del Norte, después del empuje de 1775, hubiera sancionado la dispersión de sus fragmentos para formar repúblicas independientes; si Georgia, Maryland, Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Nueva Hampshire, Maine, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Pensilvania se hubieran erigido en naciones autónomas, ¿comprobaríamos el progreso inverosímil que es la distintiva de los yanquis? Lo que lo ha facilitado es la unión de las trece jurisdicciones coloniales que se separaron de Inglaterra, jurisdicciones que estaban lejos de presentar la homogeneidad que advertimos entre las que se separaron de España. Este es el punto de arranque de la superioridad anglosajona en el Nuevo Mundo. Á pesar de la guerra de Sucesión, el interés supremo se sobrepuso en el Norte á las conveniencias regionales y un pueblo entero se lanzó al asalto de las cimas, mientras en el Sur subdividíamos el esfuerzo, deslumbrados por apetitos y libertades teóricas que nos tenían que adormecer.

III

La América anglosajona

Los Estados Unidos tendrán, según Mr. Carnegie, en el año 2000, más de mil millones de habitantes, y como, dado ese crecimiento fabuloso, se verán obligados á extender sus límites, no es difícil adivinar que la comarca que tiene que parecerles más favorable es la que forma como un brazo de su propio territorio.

El rudo cazador de esterlinas afirma—y esa es también la opinión de Mr. Hanotaux, según el cual la América del Norte será el árbitro de los dos Océanos—que el centro comercial del mundo cambiará. Los puertos yanquis ejercerán tal fuerza de atracción, que todo el movimiento tendrá que converger á ellos. «Á menos de que se resistan las grandes naciones», argumentan algunos. «¿Pero qué puede intentar para defenderse contra un Continente unificado un Continente dividido?», responde el millonario célebre. Y Mr. Schwab, uno de los directores del *United States Steel and Iron Corporation*, añade: «Si no existieran las tarifas aduaneras inundaríamos

á Europa con nuestros productos y la obligaríamos á renunciar á la lucha.»

Basta, pues, un razonamiento muy simple para medir la situación. Europa cuenta, en una superficie de nueve millones de kilómetros cuadrados, con una población de trescientos sesenta millones de hombres. En doble superficie, la América española sólo reune la quinta parte. Europa está separada de la gran nación por el Océano. Nuestra América es, como ya hemos visto, un miembro de ella. Europa tiene en plena paz un ejército de nueve millones de combatientes, una escuadra de cuatrocientos acorazados, un comercio formidable y una riqueza fabulosa. Nuestros Eldorados que no saben manufacturar sus productos y nuestras Prusias que compran sus armamentos al extranjero, sólo son, en cambio, valores relativos. ¿Cómo contemplar con indiferencia las gesticulaciones del gigante que empieza á alarmar al Viejo Mundo?

Para tener una idea de lo que representan los cien millones de anglosajones que ocupan al Norte del Continente alrededor de diez millones de kilómetros cuadrados, conviene recordar que educan en sus escuelas más niños que Francia, Inglaterra y Alemania juntas, que disponen de más ferrocarriles que toda Europa, que uno sólo de los cuarenta y cinco Estados (Pensilvania) tiene más habitantes que la República Argentina y que tres de sus ciudades (Nueva York, Chicago y Filadelfia), suman más población que Costa Rica, Guatemala, Honduras,

Nicaragua, San Salvador, Santo Domingo, Cuba, Uruguay y Paraguay en bloque.

Consultemos cualqier anuario comercial. ¿Qué nos dice? «La riqueza acumulada de los Estados Unidos es superior á la de cualquier otra nación del mundo. Son los más grandes productores de algodón, carbón, maíz, hierro, acero, plata, cobre, plomo, arneses, teléfonos, telégrafos, tabaco, ferrocarriles, maderas, aceites, cueros, harinas, trigo, frutas, muebles, relojes, papel, pulpa de madera, conservas, calzado, vidrio, periódicos, locomotoras, carros, carruajes, bicicletas, máquinas de coser, maquinaria para agricultura, máquinas de molinos, manufacturas de latón, instrumentos de música, etc. El valor de la riqueza en 1890 era de 65.037.091.197 pesos oro. Hoy es de 120 mil millones. Todos los años aumenta en la proporción de 4.000.000.000. El pueblo disfruta de más lujo y bienestar por término medio que cualquier otro del mundo. El comercio con los demás países de la tierra arroja un saldo anual á su favor de quinientos millones...» Y las cifras que erizan la prosa como brillantes bayonetas no alcanzan á dar, á pesar de todo, la visión clara de las realidades.

La fuerza de los Estados Unidos reside, más que en la prosperidad adquirida, en las cualidades de audacia, entusiasmo y serenidad que les han dado la grandeza y el predominio. Así como en el orden privado el capital tiene el valor que le presta el talento de quien lo esgrime, en el orden social el engrandecimiento y la altura de un pueblo deben

impresionarnos, sobre todo, por los músculos morales que ponen en evidencia. Especialmente cuando, como en el caso que nos ocupa, lejos de hallarse éste en el punto máximo de donde arranca el eclipse ó la inmovilidad, empieza apenas á conocer los resortes de su organismo férreo. La vitalidad y el poder que exterioriza el yanqui sólo pueden ser considerados como indicios. La fuerza, que ha sabido sacar de la nada el estado actual, logrará con mayor razón, como los especuladores hábiles, hacer producir el rendimiento supremo á su tesoro. Nadie puede, pues, prever dónde se detendrá la energia que avanza capitalizando intereses y multiplicando su volumen en un ímpetu vertiginoso. Lo único que cabe afirmar es que, lámpara ó sol, los Estados Unidos irradian sobre nuestras repúblicas, que parecen en torno, según la distancia ó el volumen, mariposas ó satélites.

IV

El peligro

Los optimistas que se niegan á admitir la incompatibilidad de intereses entre las dos Américas y persisten en afirmar que los Estados Unidos son fieles guardianes de nuestra libertad, acentúan los defectos del alma latina, que por ser demasiado entusiasta sólo percibe á menudo lo muy visible, y se desinteresa de lo relativamente remoto, olvidando que en el estado actual las naciones están obligadas á observarse sin tregua, porque todas preparan á un siglo de distancia su destino. Quien haya viajado un poco, sabe que en Nueva York se habla abiertamente de unificar la América bajo la bandera de Wáshington. Y no es que el pueblo abrigue rencores ó que el partido que gobierna se sustituya á los deseos de la nación. Mr. Bryan y los demócratas no podrán obrar de otra suerte. Tampoco hay que acusar á la plutocracia de especuladores que organizan *trusts* y exigen nuevas comarcas para saciar sus avideces. El argumento de que nuestros tesoros naturales permanecen inex-

plotados á causa de la pereza y la falta de iniciativa que injustamente nos suponen, no expresa, después de todo—de una manera confusa y en cierto modo irresponsable—, más que una necesidad de atmósfera y de espacio superior á la consciencia y á la voluntad de los hombres que, sin concertarse ni quererlo quizá, se ven impelidos en una tromba por el hálito de grandeza que se desprende del conjunto.

La política yanki, en lo que toca á la América del Sur, fué definida hace poco: «Una nación de cien millones de almas no puede admitir que su supremacía sea impunemente comprometida. Sus intereses económicos y políticos tienen que ser defendidos. Los Estados Unidos pueden emprender la obra de pacificación (se trataba de una revuelta en un pequeño Estado de origen español) con la confianza absoluta de que es el derecho innato de la raza anglosajona y deben imponer la paz al territorio sobre el cual tienen una autoridad moral para proteger sus derechos, á la vez contra la anarquía interior y contra toda inmiscuición europea.» De aquí que aprovechando los pretextos más inverosímiles para hacer sentir su vigilancia paternal en una forma aplicable á cada región, los Estados Unidos, cuyas relaciones comerciales con la América del Sur son infinitamente inferiores á las de las naciones de Europa, hayan acabado por otorgarse una especie de derecho confuso sobre el resto del Continente. El buen sentido más elemental nos

dice que si los intereses comerciales dan derecho á intervenir en la política interior y exterior de un pueblo—cosa que nos permitimos poner incidentalmente en duda—, con más razón que los yankis podrían pesar en nuestras discordias las naciones que, como Inglaterra, Francia ó Alemania, monopolizan, por así decirlo, el intercambio con la América española. La simple desproporción entre el papel secundario que actualmente desempeñan los norteamericanos desde el punto de vista del comercio y la preeminencia que ejercen en las cosas políticas, deben hacernos comprender los proyectos que tienden á crear en el Sur una especie de dependencia, escalonando en zonas graduadas el predominio protector, la influencia económica, la dominación indirecta y—cuando las circunstancias lo permiten—, como en Santo Domingo y Nicaragua, la ocupación militar. Los jirones arrancados á México en 1845 y 1848 sólo son un preludio interrumpido por la necesidad de adormecer las inquietudes de la raza (1). Pero ¿no fué el senador norteamericano Mr. Preston quien dijo en 1838 que «la bandera estrellada debía flamear en Veracruz y seguir de ahí hasta el cabo de Hornos», único límite que reconoce la ambición de los yanquis? ¿No ha declarado Mr. Taft, siendo ministro de Mr. Roosevelt, en su discurso del 22 de

(1) La República de México que, según los historiadores, tenía á principios del siglo XIX seis millones de kilómetros cuadrados, sólo tiene hoy dos millones.

Febrero de 1906, que «las fronteras de los Estados Unidos se extienden virtualmente hasta la Tierra del Fuego?»

Sin caer en el alarmismo, podemos analizar una situación que presenta peligros innegables. No diremos, como el notable escritor venezolano don César Zumeta, que «sólo una gran energía y una perseverancia ejemplar pueden salvar á la América del Sur de un protectorado norteamericano». Quizá fuera esto último más difícil de lo que algunos creen. Pero es evidente que urge contrarrestar la influencia invasora de la gran República, poniendo obstáculos á su marcha hacia el Sur.

Recordemos lo que afirma M. Tarde al tratar del imperialismo:

«Los medios de locomoción, sobre todo los ferrocarriles y los transportes fluviales, son, como los idiomas, procedimientos lentos, pero infalibles, de anexión moral y de conquista. Así se auna estrechamente el imperialismo lingüístico con el imperialismo económico. Si consigue difundir su idioma ó desarrollar los medios de transporte, es decir, hacerse dueña de los ferrocarriles ó de los canales, una nación está segura de conquistar poco á poco á otra, de *desnacionalizarla* y anexársela sin ruido. Los europeos proceden de esta suerte en China, en África y en Oceanía. Á los medios de locomoción no tardan en añadirse los medios de producción. Y cuando la mayor parte de las riquezas de un país pertenecen á una nación extraña, ésta es en el te-

rritorio ajeno más dueña y señora que lo fué Alejandro en Persia ó César en las Galias. César no afianzó su conquista hasta que, después de las victorias militares, la Galia, deslumbrada y persuadida de la inferioridad de su civilización, importó con la lengua de Roma las carreteras romanas, las industrias romanas y las artes romanas. Ahora nos preguntamos: ¿cuál debe ser la actitud de los pueblos amenazados por esas mareas de imperialismo lingüístico, económico, político, étnico? ¿Qué debe hacer la nación que comienza á sentirse vencida en la lucha por la riqueza, por el poder, por la nacionalidad? ¿Debe resignarse y abandonarse á su suerte según la teoría de algunos historiadores que reprochan á Demóstenes el hecho de haberse levantado contra Filipo y haber entorpecido así inútilmente el curso del progreso? ¿Está probado que cuando una corriente se anuncia en favor de una lengua, de una nación, de un tipo de civilización, esa victoria sea un juicio de Dios que condena infaliblemente al vencido y sanciona su inferioridad intrínseca? Á nuestro juicio, no es admisible. Ya hemos demostrado, á propósito de la lengua, que el más perfecto se encuentra á menudo derrotado por el que lo es menos; y lo que digo de la lengua hubiera podido decirlo de todos los otros elementos de la vida nacional. Si algunas veces hay una limitación de espíritu en el hecho de no sentir la superioridad verdadera del vencedor y la necesidad de un triunfo justificado, resulta más á menudo una

debilidad, un error profundo, que confina con la cobardía, el admirarlo, copiarlo y considerarse inferior á él.»

Después de lo cual añade:

«No serán los anglosajones y los latinos, ó los latinos unidos á los esclavos, los que contendrán política y navalmente el empuje de los Estados Unidos; serán más bien los Estados federados de Europa, porque el crecimiento maravilloso de la América del Norte no permitirá á los europeos la prolongación de la presente anarquía internacional.»

Esta expansión pletórica, que alarma á las naciones seculares, no ha logrado inquietarnos á nosotros todavía. Si mucho nos apuran, confesamos la verdad. Pero nada sabemos hacer para defendernos. Encerrados en patriotismos enjutos, dominados por ambiciones tan inmediatas como pequeñas, no acertamos á ver más allá de nuestra vida, por encima del tiempo, las prolongaciones de la raza, y mostramos tal persistencia en los errores, que justificamos casi la incertidumbre de los que se preguntan si estamos preparados para la vida libre. Porque son las guerras y las revoluciones las que al poner á una parte de la América española fuera de la ley común y al margen del derecho de gentes, facilitan la tutela que nos arrincona en una situación de subordinados contra quienes todo es lícito siempre que lo consienta el protector. Lo ocurrido en Panamá, en Venezuela ó en México es

un síntoma inquietante para todos. Sólo un criterio infantil puede limitar las consecuencias. Los que sólo ven lo que ocurre en la propia ciudad en que nacieron, dan prueba de una incapacidad fundamental. Lo que urge entre nosotros es tener al fin una concepción de conjunto para empujar el porvenir y obrar sobre la vida en la seguridad de que ésta nos pertenece y de que el hombre puede dirigir los acontecimientos.

Para confirmar la realidad del peligro, recordaré algunos párrafos de un opúsculo que apareció hace algunos años á raíz de un incidente entre el Perú y Chile, con la firma de un peruano de origen yanqui, el señor Garland. La doctrina era esta: el Perú, amenazado por Chile y expuesto quizá á perder nuevos jirones, debe buscar el apoyo de la Gran República. Pero el interés de la publicación residía en los argumentos. Después de aludir á la protección indirecta prestada por los Estados Unidos al Perú durante la guerra del Pacífico, recordaba que aquella nación «ha resuelto no permitir conquistas en suelo americano». (Frase que además de dejar ver la omnipotencia que los Estados Unidos se atribuyen y su deseo de impedir que un Estado se fortifique, atrae los ojos sobre la contradicción de que se oponga á las conquistas una nación que acaba de realizar algunas. Pero los comentarios brotarán espontáneamente en la conciencia del lector.) En otros párrafos hacía el señor Garland un cuadro sombrío de los grandes imperios que se

acumulan en Europa—Rusia, Inglaterra, etc.—, y aseguraba que dentro de poco la independencia de la América del Sur estará amenazada, insinuando que sólo puede garantizarla la intervención de los Estados Unidos. Luego removía los sentimientos de los peruanos, recordándoles la indemnización y asegurándoles que seguirán perdiendo terreno hasta desaparecer del mapa. Según él, sólo había una salvación: solicitar el auxilio de los Estados Unidos. Para convencer, pintaba el interés que los yanquis se toman por la libertad y ponderaba las grandes instituciones democráticas que rigen á aquel pueblo. (Olvidando decir, naturalmente, que de tales instituciones sólo disfruta la Metrópoli y que Filipinas y Hawai sólo son colonias menos libres que la Guadalupe ó la Martinica.) Para imponer respeto, declaraba que los Estados Unidos, con su inmenso poder comercial, aumentado considerablemente después de la guerra, son ahora el árbitro de nuestros desatinos. Y después de declarar que es hacia Wáshington hacia donde debemos volver las miradas, citaba las ocasiones en que la América del Norte ha defendido á los países del Sur contra las agresiones de Europa.

Lejos de exagerarnos la importancia del señor Garland y de detenernos á probar que Cuba fué defendida también contra otras naciones por los que se reservaban el derecho de ocuparla después, nos limitaremos á considerar el opúsculo como un

simple indicio que ayuda á determinar las direcciones generales de una política y á evidenciar un deseo de hacer pie en algún punto del territorio, aprovechando los desacuerdos entre las diferentes repúblicas.

La maniobra fué confirmada después por el corresponsal oficioso de un gran diario sudamericano. Después de comentar la guerra del Pacífico y de halagar á la Argentina haciéndole ver las ventajas que de ella podría sacar, hablaba de un choque entre los Estados Unidos y Chile y de protectorado de aquella nación sobre el Perú. Si no copiamos mal, el articulista decía, atribuyendo sus palabras á un tercero, lo que va á continuación, sin modificaciones de fondo ni de estilo.

«La América del Norte aceptará la zona que el Perú le ofrezca y el protectorado que solicite, desde que uno y otro no causan gasto de sangre ni de dinero; desde que más necesita una estación carbonera y un campo de ensayos industriales y comerciales en Sud América que en cualquier colonia de Asia. Chile, á pesar de que Perú y Bolivia caben en uno de sus zapatos, conoce la opinión de uno de los almirantes norteamericanos, que declaraba que «la mitad de la escuadra empleada en Santiago de Cuba tendría para tres horas en acabar con la vencedora del Huascar». Además, los Estados Unidos, después de su neutralidad en la guerra del Transvaal y de su actitud con Alemania en Samoa, no tienen que pensar en protestas de los únicos que sean capaces

de molestar. Que el Perú, en caso de protectorado, corra riesgo de cambiar de nacionalidad, que el yanqui es invasor, que es humillante necesitar y pedir ayuda, puede ser cierto; pero no lo es menos que apoderándose de esa nación los chilenos, el cambio y el yugo serían peores, que más humillante é invasor es el conquistador que el voluntariamente llamado y obsequiado, y que más vergonzoso es rendirse y entregarse como vencido que defenderse y darse por propia voluntad.»

Bien sé lo que estas conjeturas tienen de grotesco y de inverosímil. Pero no es posible atribuirlas al capricho de un hombre. Se trata de algo que está en la atmósfera de la opinión norteamericana. Mr. Waterson, que tuvo una gran actuación política en 1904, aconsejaba á los Estados Unidos que renunciaran á la doctrina de Monroe y se entendieran con Inglaterra y con Alemania para proceder al reparto de la América del Sur. «Puesto que queremos el canal—decía en síntesis—tomémoslo, y si las circunstancias lo exigen tomemos también el istmo y la América Central. Esa solución no puede inspirarnos cuidados. Sería pueril mantener un principio formulado en 1823, en vista de circunstancias que ya no existen.»

Son avisos que tienen que disipar la ceguera optimista para recordarnos lo que adelantaba el autor de *The Leopard's spots:*

«El anglosajón ingresa en el nuevo siglo con la corona imperial del pasado y del presente sobre su

cabeza y con el cetro de lo infinito en sus manos. ¿Quién resistirá á la marea de la conciencia ansiosa de nacionalismo y de misión mundial? Los clamores del triunfo preceden al sajón conquistador del universo. Nuestros antepasados soñaban con la supremacía continental: nosotros soñamos con la conquista del globo. Creemos que Dios ha elevado nuestra raza, como otrora la de Israel, al grado de tutora, creando y conservando como un depósito sagrado de la civilización para las razas menos vigorosas los principios de la libertad civil y religiosa y las formas del gobierno constitucional.»

En todo esto entra por mucho el *bluf,* suprema enfermedad de la raza. Pero á igual distancia de la credulidad y del alarmismo, fuerza será comprender al fin, sin esas atenuaciones que son como las cobardías del pensamiento, la situación en que la América del Sur se encuentra actualmente. Y una vez adquirida la triste seguridad, nuestro empuje ha de traducirse en hechos precisos y ordenados, en sutiles planes de combate, en sabias combinaciones, en trabajos consecuentes y tenaces que reparen el desorden, el desmigajamiento y la falta de cohesión y de rumbo que advertimos en determinadas repúblicas. Ya tendremos ocasión de esbozar en otro capítulo la táctica posible y de recordar sin amor propio—cuando se grita una certidumbre no es por el orgullo de haberla aprisionado, sino por la felicidad de echarla á volar—algunas de las iniciativas que, expuestas por nosotros en la prensa, han sido vulgarizadas

después. Sigamos por ahora el hilo de esta sucinta exposición.

Nadie negará que de acuerdo con la teoría de M. Tarde, en algunas repúblicas sudamericanas los medios de transporte y las grandes empresas están en poder de los norteamericanos. En otras, la acción envolvente reviste formas más sutiles, porque no es posible emplear el mismo lenguaje y los mismos procedimientos con el gobierno de Buenos Aires que con el de Panamá. Pero el fondo y el resultado son los mismos. Al fomentar ambiciones de preeminencia, al buscar hacer pie en los territorios y al insinuar la posibilidad de un peligro europeo, los Estados Unidos entienden dividir para introducirse y absorber. De aquí que convenga reaccionar.

La doctrina de Monroe, el «derecho inviolable», los «altos intereses civilizadores» y todo cuanto imagina la diplomacia que es el arte elemental de preparar Egiptos lo venimos admitiendo con demasiada buena fe. Ignoramos que cuando la política envolvente y obsequiosa de las grandes naciones tiende lazos, los tiende de seda para que resbalen mejor. Su costumbre de entrar y salir por todas partes le da una holgura de movimientos, una libertad sonriente y un conocimiento del corazón que la hace temible en las escaramuzas de cancillería con nuestras naciones inexpertas, cuya ignorancia de la historia universal y de la propia—ó por lo menos de su espíritu, porque si hacemos con entusiasmo el recuento de los hechos, olvidamos casi siempre el

estudio de las causas que los determinan—se explica lógicamente en comarcas regionalistas por inmovilidad, donde las fronteras caprichosas no separan nada.

Nuestras repúblicas han atribuído hasta ahora á los otros su propia ingenuidad. La desconfianza secreta con que asisten al avance, no les ha impedido secundar á menudo la política del invasor. Así se excusan los congresos panamericanos que las convierten en una sucesión de ceros destinados á multiplicar el valor y á dar volumen á la diplomacia mundial de los Estados Unidos, así se justifica la existencia de la doctrina de Monroe, que puede ser comparada al trabuco con que *Fra Diavolo* tenía en jaque á los curiosos mientras despojaba á sus víctimas, así se admite el viaje de Mr. Root alrededor de la América española y así se comprende que como el Minotauro de la mitología, la gran república del Norte se disponga á continuar exigiendo del resto del Continente el tributo de habitantes y de territorios que su organismo vigoroso é insaciable ha venido asimilando hasta ahora sin tropiezo (1).

---

(1) Cuando Francisco I proporcionó al navegante florentino Verrazani los medios necesarios para ir á colonizar la América del Norte y cuando el capitán español don Pánfilo Narváez tomó posesión de lo que es hoy uno de los más hermosos Estados de la Unión en nombre de Carlos V, no era posible prever el nacimiento ni menos aún el poder de la gran nación que debía engrandecerse incesantemente hasta alcanzar con la anexión de la Luisiana en 1809, la de la Florida en 1819, la de Texas en 1845 y la de California y Nuevo México en 1848, el desarrollo enorme que no se ha detenido un instante.

¿Hemos olvidado la exploración sintomática que la cañonera norteamericana *Wilmington* hizo en 1899 en el río Amazonas, la tentativa del sindicato que pugnó algunos años después por hacerse dueño del territorio en litigio entre Bolivia y el Perú, la aventura inverosímil de la célebre república del Acre y el movimiento separatista del Panamá, que tan milagrosamente coincide con la apertura del istmo? ¿Quién ha prestado apoyo á las últimas revoluciones de Costa Rica? ¿Dónde fué robustecida y alentada la insurrección que dió por resultado—no la libertad—sino el cambio de soberanía en Cuba?

Y puesto que empezamos á preguntar, ¿qué es la *Oficina de las Repúblicas Americanas* sino el esbozo y el germen de un futuro ministerio de Colonias? Ni Francia ni ningún otro país tiene una *Oficina de Naciones Europeas.* Tampoco existe en la América del Sur un organismo semejante. ¿Cuál puede ser la utilidad de ese resorte de la Administración? ¿Cómo recibiría Alemania—ó cualquier otra potencia del antiguo Continente—la noticia de que acababa de fundarse en Londres un *bureau* oficial presidido por un ex ministro plenipotenciario con el fin único de «estudiar su situación y cultivar las relaciones con ella»? ¿Por qué no estamos sometidos nosotros como los demás países á la simple jurisdicción del ministerio de Relaciones Exteriores?

Hay cosas que es necesario decir al fin en América, donde lo toleramos todo siempre que nos halaguen la vanidad y donde el adormecimiento de la

opinión contribuye á crear una atmósfera de impunidad y de misterio.

El deseo de no embrollar con nuevas razones nuestro capital de ideas y de mantener intactas las perspectivas que nos hemos acostumbrado á ver desde la niñez no puede cegarnos completamente. Claro está que resulta mucho más cómodo repetir frases clásicas sobre el porvenir de cada República que encararse con la situación y denunciar los males entre la sorda hostilidad de los que están acostumbrados á vivir en un invernáculo de elogios. Pero urge romper con la costumbre. Nada nos perjudica más que la opinión exageradamente orgullosa que tenemos de nosotros mismos. Lejos de imaginarnos débiles ante el extranjero, suponemos, por una ilusión tan infantil como funesta, que somos incalculablemente superiores á él. Y engruñidos en esa ingenuidad, nos desinteresamos de todo. Claro está que en la América española existe el empuje necesario para la magna empresa. En el fondo de la raza duermen energías que pueden cambiar la faz del mundo. Pero falta la certidumbre de que el esfuerzo es indispensable. El día en que lleguemos á alcanzarla transformaremos nuestros destinos. Y eso es lo que tienen que contribuir á determinar todos. Porque la suerte ha asignado á la democracia sudamericana un papel que debe prepararse á cumplir. Su primera obligación es perdurar, mantener sus posiciones, resistirse á la infiltración y á la conquista y seguir cohesionando en sí la savia de todos los pueblos

para ser mañana la síntesis de la verdadera humanidad.

Hasta la política interior de algunos Estados de la América Central está hoy dirigida de una manera indirecta por el gobierno norteamericano. La falta de capitales y—confesarlo es justo—de audacia mercantil, han entregado á veces las minas, los ferrocarriles y las grandes explotaciones á determinadas empresas yanquis, dando así nacimiento á una especie de protectorado misterioso. Cuando un gobernante quiere sacudir el yugo, como Castro en Venezuela, nunca falta una revolución que pone en peligro su gerarquía. Sólo el extremo Sur del Continente está relativamente ileso. Y aun en esa zona, donde el desarrollo de la riqueza general y la importancia de los intereses europeos hacen imposible toda intervención franca, ha ensayado el invasor una manera de debilitarnos. ¿Cómo? Utilizando la vivacidad del carácter y las susceptibilidades nativas para crear y fomentar la atmósfera de desconfianza que paraliza nuestro empuje. El antagonismo entre Chile y la Argentina y la actitud de esta última nación ante el Brasil fueron, quizá en parte, producto de la hábil diplomacia que ha ido entreteniendo la sospecha y el encono con el propósito de evitar entre las naciones más fuertes y más prósperas una coordinación feliz.

Pero hay regiones—y esto es fruto del desmigajamiento y la desorientación propia—en que ocurre algo más grave todavía.

En ciertas repúblicas, que á causa de la exigüidad del territorio ó de la falta de habitantes se han desarrollado con particular lentitud, existen sudamericanos que, hartos de reyertas y de luchas interiores, no están lejos de pensar en normalizar la vida facilitando la realización de un protectorado. Nada puede ser más criminal y más ilusorio. Para desvanecer los sueños basta recordar la frase del cubano que escribía en 1898. «Hemos pasado de una cárcel á otra.» En esta lamentación había, además de la amargura que deja un ideal desvanecido y y además de la tristeza de haberse alejado de España para caer en manos del intruso, una gran lección para las demás repúblicas. Aunque las primeras marcialidades hayan sido atenuadas después por una diplomacia interesada en calmar las inquietudes, el simulacro de evacuación no engaña á muchos.

Bien sabemos en América lo que es la libertad nominal concedida á la isla en cambio de ventajas estratégicas y comerciales que parece inútil enumerar. Los que insinúan que las ocupaciones sólo fueron determinadas por el deseo de hacer posible una elección legal, son víctimas de un ardid que denuncia á los mismos que se ocultan detrás de él. Aun admitiendo que la independencia de un país sea compatible con las invasiones periódicas, no es posible echar en olvido que esa solicitud paternal cuesta cada vez á los cubanos un nuevo jirón de su autonomía. Además, cabe preguntarse qué libertad

es esa que está á la merced de un vecino tan diestro en el arte de suscitar revoluciones. Los que ofuscados por la luz proclaman que después de todo los Estados Unidos son una potencia y que no resulta una desgracia ser ciudadano americano, ignoran que las grandes naciones se anexan los territorios, pero no la población, y que el egoísmo yanqui se limitará á mantener con más ó menos agravaciones el estado actual, evitando soluciones definitivas que le son antipáticas por varias razones, entre las cuales entra por mucho el desprecio á la gente de color.

La historia de las Antillas puede servir de ejemplo á los países amenazados de una manera más inmediata. Las habilidades de las cancillerías no nos impedirán recordar que los Estados Unidos fingieron defender la independencia de Cuba y fomentaron la insurrección con el fin de suplantar al primer ocupante. De suerte que lejos de tolerar nuevas intervenciones, debemos formar una barrera impenetrable. Sería un cálculo infantil suponer que la desaparición ó la derrota de algunos podría favorecer á los demás. Por la brecha abierta en la raza se desbordaría la invasión como un océano.

De todas partes nos apostrofa la razón. M. Charles Boss escribía en *Le Rappel* de París: «Vamos á asistir, porque en Europa somos impotentes para oponernos á ello, á la reducción de las repúblicas latinas del Sur y á su transformación en regiones sometidas al protectorado de Wáshington. La Amé-

rica del Norte va á encargarse de hacer la policía de la América Central, va á examinar la situación y, no lo dudemos, va á descubrir que el derecho está del lado del que más le convenga, cuyos intereses tomará en sus manos.» Estas líneas, trazadas á raíz de uno de los recientes conflictos, coinciden con lo que Paúl Adam declaraba pocos días después en *Le Journal*. «Los yanquis acechan el minuto propicio para la intervención. Es la amenaza. Un poco de tiempo más y los acorazados del tío Jonathán desembarcarán las milicias de la Unión sobre esos territorios empapados de sangre latina. La suerte de esas repúblicas es ser conquistadas por las fuerzas del Norte.»

Consideremos, pues, la situación sin dejarnos impresionar por el peligro. De Europa poco tenemos que temer, porque, como veremos en el capítulo siguiente, las influencias de los diversos países que han prestado hombres ó capitales se equilibran y se funden en un cosmopolitismo que acabará por formar el alma de la región. Pero de los Estados Unidos—cuya divisa fué combatida en un Congreso Panamericano por el actual presidente de la Argentina, doctor Sáenz Peña, que opuso al grito de «América para los americanos» el voto de «América para la Humanidad»—no podemos decir igual cosa. Á pesar de todas las astucias, el Continente está dividido en dos porciones distintas, cuyos intereses son inconciliables. Al Norte, los que aspiran á unificarlo bajo su bandera; al Sur, los que tendrán que

levantar su autonomía material y moral por sobre todos los desmayos y todas las disensiones. Son dos mundos rivales, y no podemos declinar la responsabilidad de defender el nuestro.

V

La amenaza europea

Como la pluma no es un expediente para satisfacer vanidades, sino un instrumento para obrar sobre la vida, en estas páginas, que tienen el mérito de la absoluta sinceridad, vamos á seguir hablando sin atenuaciones y sin equilibrios hábiles. Al discutir los destinos de América no hay que poner los ojos en cada susceptibilidad, sino en el interés superior del grupo.

Basándose en el hecho de que la labor subterránea que comentamos ha sido descubierta por algunos publicistas de Europa, los Estados Unidos han tratado de hacernos olvidar un peligro agitando el espectro de otro. No queremos decir que todos los consejos sean completamente desinteresados y que la suave hostilidad que alimentan las naciones del viejo Continente contra los yanquis derive de un inmaculado amor á la justicia. Claro está que si los europeos nos ponen en guardia es porque verían con placer la excomunión de las industrias rivales. Pero

el interés y la amenaza son esta vez de otro orden y se anulan, como veremos en seguida.

El conflicto de Venezuela y los desacuerdos de la Argentina con Chile dieron lugar á una interminable serie de consideraciones en los grandes órganos de la publicidad del Viejo Mundo, y de más está decir que no faltaron los eternos chascarrillos sobre las disensiones de América. Es una reputación más enojosa que merecida. Las revueltas y los motines, exagerados por la distancia y por el comentario fácil de los irónicos, han creado una leyenda de ópera cómica que nos hace aparecer como combatientes de profesión, cuyo único ideal es el exterminio. Pero entre tanta fantasía hubo, naturalmente, estudios dignos de ser pesados con atención. También existen en Europa hombres serenos que se ocupan del Continente y comprenden los fenómenos que nos arremolinan. Quizá para combatir la leyenda de la «guerra civil interminable» hemos creado, á nuestra vez, otra según la cual todo europeo ignora completamente las cosas del Nuevo Mundo. Claro está que la América española no acapara actualmente el interés de las grandes naciones, que están solicitadas por asuntos y por inquietudes de aplicación más urgente. Pero á pesar de todo no es difícil encontrar quienes sin haber salido de la ciudad natal deduzcan con acierto y aprecien las cosas en su justo valor. No sería juicioso imaginar que cuanto se escribe en el extranjero sobre la América del Sur es obra vana de periódico que saquea el Larousse para improvisar una novela

con cuatro datos inciertos y una suposición antojadiza. Los hombres preparados comienzan á ocuparse de nuestros asuntos. Y como cada nueva victoria robustece el movimiento de curiosidad, no es difícil augurar que á medida que la América del Sur vaya acrecentando su vida económica y haciendo sentir la elasticidad de sus músculos, acabará por conquistar la atención de todos.

Pero este interés no entraña un peligro.

Los que suponen que ciertas naciones llegarán con el tiempo á establecer en determinadas provincias ó repúblicas sudamericanas una hegemonía ó contralor, ya sea por la fuerza de sus capitales, que acabarán por absorber las riquezas del país, ya por el número y la influencia creciente de sus inmigrantes, olvidan las circunstancias que vamos á delimitar sucintamente.

Dejemos de lado la doctrina de Monroe y sus barreras elásticas. Ningún país de Europa ha roto de frente con esa afirmación rigorista que á fuerza de ser formulada sin interrupción ha acabado por convertirse en axioma y parece ser hoy, más que la base de la política de los Estados Unidos, una ley fundamental é inconmovible, adherida á la tierra, como ciertos derechos feudales que subsistían aún en el siglo XVIII. Aun admitiendo que la doctrina en cuestión haya favorecido al pasar nuestros intereses, libertándonos indirectamente de algunas asechanzas ocasionales, los sudamericanos no podemos prevalernos de ella, porque

entraña una protección que prepara otras agresiones.

Parece inútil repetir que los Estados Unidos no han abrigado nunca el deseo de asegurar nuestra independencia en lo que ella tiene de definitiva, sino el propósito de impedir que otro se instale en lo que consideran, en un futuro más ó menos remoto, como cosa propia. Llevando el espíritu de conciliación hasta el límite, lo más que se podría admitir es que los norteamericanos han desarrollado sin quererlo una acción benéfica para nosotros, como los europeos, sin desearlo también, nos están prestando un servicio al hacernos ver el peligro que se acumula al Norte. En esa balanza de intereses que se anulan se esconde acaso el secreto de la salvación. Puesto que los Estados Unidos se empeñan en preservarnos de Europa, dejémosles hacer, á condición, naturalmente, de que Europa nos defienda de los Estados Unidos. Se me dirá que si el viejo Continente no ha podido intervenir ayer para arrancar concesiones de interés comercial, tampoco podría hacerlo mañana para apoyarnos eficazmente y que en este orden de ideas hemos enajenado el futuro en cambio de la seguridad del momento y hemos adoptado para nuestra generación la divisa de Luis XV para su monarquía. Todo ello contiene partículas de verdad. Pero la política es un junco flexible y nada resultará más fácil que invertir las actitudes si se realiza el plan de defensa de que hablaremos después.

Limitémonos por ahora á lo que exige este capítulo.

Lo que hace que el peligro europeo se desvanezca es su propia composición: la diversidad de naciones y de intereses que lo forman. La América del Sur no podría llegar á ser nunca la panacea que borra resentimientos seculares y unifica un mundo torturado por problemas y ambiciones múltiples. Por otra parte, Europa no sacrificará jamás sus intereses continentales ni detendrá el curso de sus ríos para lanzarse á una conquista inverosímil y aleatoria que sólo le prometería un imperio de inquietudes en el confín del Océano. ¿Qué puede ir á buscar á América que no tenga ya? ¿Los gastos, la responsabilidad y las luchas de una ocupación imposible? Todo el comercio sudamericano está en su poder. Las repúblicas hispanas son sus mejores clientes. Y su interés reside, por el contrario, en mantener lo que existe. Todo esto sin contar con que ninguna nación de Europa aisladamente ni todas ellas juntas podrían irradiar á tanta distancia la juventud, la fuerza de expansión y la vitalidad indispensables para remover y cubrir tan vastos territorios. En cuanto á la absorción de ciertas regiones limitadas por un país, basta recordar que la América del Sur recibe todas las inmigraciones y que los diversos intereses se equilibran á tal punto, que cada cual se ve contenido por los otros y nadie llega á apoderarse exclusivamente de nada.

De los Estados Unidos, en cambio, no se puede

decir lo mismo. Son el vecino más próximo y tienen mucho que ganar en la aventura. Nada es más significativo que la contradicción que se advierte en las regiones más prósperas de la América del Sur. Todas las grandes naciones han logrado hacerse en ellas un buen lugar para introducir su civilización ó sus mercaderías. La única que ocupa un rango inferior, es precisamente la que aspira á dominarlo todo. Los países sudamericanos importan apenas la octava parte de los productos extranjeros que necesitan de los Estados Unidos. El resto viene de Europa (1). Sólo en el Norte, en la zona 3.ª, son los yanquis el proveedor principal. De aquí que aspiren á empujar los límites hasta conquistar un mercado vastísimo. Bajo su influjo desciende actualmente hacia el Ecuador una inundación de capitales, de iniciativas y de productos que, si se realiza el proyectado ferrocarril de Nueva York á Buenos Aires, acabarán por llegar hasta el centro mismo de los territorios que todavía están indemnes.

La conquista reside, más que en una ventaja ocasional, en una infusión de sangre extraña que se sobrepone á la del pueblo vencido y la maniata para siempre. Europa no tiene hoy ni la juventud ni el ímpetu necesario para intentar esa proeza. La única posibilidad brotaría de la combinación que han empezado á defender algunos norteamericanos, entre

---

(1) Esta proporción ha cambiado considerablemente en los últimos diez años.

ellos Mr. Walter Wellman, cuyo artículo de la *North American Review* fué tan violentamente discutido hace algunos años.

El periodista emitía la opinión de que la doctrina de Monroe puede llegar á ser molesta para los Estados Unidos, y al citar las palabras de Mr. Howard en un Congreso («el hecho de que una potencia se establezca en cualquier arrecife de la América del Sur no tiene que acarrear necesariamente un conflicto»), hablaba de dar á la famosa fórmula cierta flexibilidad para servirse de ella en unos casos y abandonarla en otros, según las exigencias de la política diaria. El principio, que fué excelente cuando los Estados Unidos sólo eran una nación comercial é industriosa, resulta incómodo después de su transformación en potencia imperialista. Porque es evidente que si niegan los yanquis á Europa el derecho de intervenir en los asuntos de América, se prohiben ellos mismos una acción metódica en Asia. Y como todo les lleva á hacer papel de nación de primer orden y á compartir con Francia, Inglaterra, Alemania y Rusia el predominio del mundo, es natural que atenúen la contradicción que les impide desenvolver toda su influencia.

Mr. Wellman lo explicaba claramente en su artículo. «Ha llegado el momento—decía—de modernizar la doctrina de Monroe. No sostengo que sea necesario abandonarla. Por el contrario, tenemos que fortificarla, haciendo una aplicación más lógica de su principio vital. Esa doctrina contiene una idea de

gran trascendencia para los Estados Unidos. Pero la forma en que ha sido aprisionada no está ya en armonía con la vida moderna. En su forma original ha sobrevivido á su utilidad. El punto débil está en que se aplica, no solamente á las islas y mares vecinos de nuestras costas y al istmo donde tenemos incontestables intereses especiales, sino también á todo el hemisferio. Ahora bien; en ciertas partes de ese hemisferio nuestros intereses son completamente nulos. Los intereses de las otras potencias en la América del Sur son en muchas regiones superiores á los nuestros. Nada justifica la pretensión de un privilegio exclusivo. Tendríamos el derecho absoluto de decir que no queremos ver á los alemanes en Cuba, á los rusos en México ó á los franceses en el istmo. Pero ¿en qué puede interesar la seguridad de los Estados Unidos el control político de la Argentina, del Brasil ó de Chile? No tenemos la excusa de la proximidad. Nueva York está más lejos de Río de Janeiro que de Hamburgo, de Bremen, de Cherburgo ó de Liverpool. La distancia es mucho más grande entre Nueva York y Buenos Aires que entre Nueva York y cualquier otro puerto del Oeste de Europa. Hemos establecido nuestra soberanía en el gran archipiélago de Filipinas y crearemos en él una nueva nación que estará dos veces más lejos de nuestras costas que lo que el Brasil lo está de Alemania ó de Italia. ¿Sería entonces lógico que queriendo apoderarnos libremente de las islas que nos convienen en Asia ó en otras partes, nos empeñáse-

mos al mismo tiempo en ser los perros de guardia de la América del Sur?»

El razonamiento es lógico, y considerado aisladamente puede parecer hasta desinteresado. Pero Mr. Walter Wellman añade que los Estados Unidos continuarían prohibiendo en principio á las potencias europeas la adquisición de territorios en Sud América, «á menos de que tal empresa fuese justificada por las circunstancias ambientes, apreciadas según las reglas de una moralidad internacional ilustrada y alta.» *Primacy, not exclusiveness.* Los Estados Unidos se limitarían á presidir el reparto de la América del Sur.

Claro está que esto último es ilusorio. Sin embargo, Mr. Walter Wellman, lejos de ser un desconocido, goza en Norte América de gran reputación como periodista y explorador audaz. Él fué quien lanzó en 1892 la idea de levantar un monumento en el sitio en que desembarcó Colón, y su palabra tiene cierta trascendencia. Más que una opinión propia traduce el estado de espíritu de una parte de la opinión americana. Y ese artículo es síntoma de una perturbación mental muy peligrosa.

Pero la contradicción de intereses y las dificultades insalvables que se oponen á una acción común, hacen imposibles, aun en esta forma, las intervenciones europeas. Intentar conquistas en una región en que cuatro ó cinco grandes potencias persiguen la primacía comercial, sería precipitar una hecatombe. En último caso, quemando las naves y llevando al

delirio las suposiciones pesimistas, beneficiaríamos, como algunos países débiles, de los desacuerdos, que, aun después de habernos condenado, aplazarían indefinidamente una distribución difícil.

Son hipótesis paradojales. Los europeos, que apenas alcanzan á vigilar sus intereses en Asia y en África, sólo aspiran á vendernos ó á prestarnos sus mercaderías, su dinero ó su ciencia. Pero esa acción —dirán algunos—, ¿no puede llegar á poner en peligro también, á pesar de su carácter amistoso, la autonomía moral? ¿No puede determinar una absorción? Aquí palpamos la diferencia que existe entre la amenaza real de los Estados Unidos y la amenaza ficticia de Europa. Dejemos de lado las consideraciones secundarias. Olvidemos que Nueva York es actualmente la ciudad más populosa del mundo. Supongamos que los Estados Unidos no se engrandecen en la proporción inaudita y con la rapidez vertiginosa que les hace estar por encima de las naciones más fuertes. Imaginemos que no son colindantes y que están también separados por el Océano. Admitamos que pueden ensanchar sus fronteras sin rozar á la América latina. Siempre seguirían presentando para nosotros un peligro mayor que Europa. Porque lo que pretenda ésta lo pretende por intermedio de varias naciones que se equilibran en la misma zona, sin que ninguna alcance á apoderarse exclusivamente de nada. Cada bandera extranjera, al defenderse del avance de las otras, resulta para nosotros un escudo. Los Estados Unidos forman en

cambio una nación aislada que en caso de suplantar á los europeos operaría serenamente, sin ser detenida por nadie.

Si la América del Norte insiste en insinuar la posibilidad de intervenciones europeas, es con el fin dedistraer la atención de las naciones en peligro y si parece á veces inclinada á renunciar á un derecho excluyente es porque quiere desarmar las resistencias que pudiera levantar su acción en Europa. Pero en el caso improbable de que prevalezca la manera de ver de Mr. Wellman, los Estados Unidos no abandonarán, como hemos visto, su doctrina. Se limitarán á quitarle una rigidez extrema. Y es indiscutible que si el yanqui admite la ingerencia de otras naciones en los asuntos americanos, sólo lo hará á condición de conservar una superioridad indiscutible.

El caso no se presentará. Lo más seguro es que los Estados Unidos sigan siendo fieles á la política que, desde 1778, cuando solicitaron el apoyo de París para consumar su independencia, estipulaba que las tropas auxiliares se limitarían á apoyar la insurrección y que, terminada la lucha, volverían al país de origen, sin intentar reconquistar el Canadá, que Francia acababa de perder por aquel tiempo.

De suerte que el único peligro que amenaza á las repúblicas de origen español es la prosperidad fantástica del inmenso imperio, que va extendiendo los tentáculos de su industria y apoderándose del estómago universal. ¡Cuán pequeñas parecen las que podríamos llamar guerras civiles de los hispanos de

América, junto á los grandes conflictos que tendremos que resolver muy pronto! Sólo mediremos las distancias cuando, roto el velo de las querellas inútiles, nos sitien y nos ahoguen las responsabilidades. Por eso es por lo que, lejos de encastillarnos en los paisajes del momento, urge abrir los ojos por encima de lo que nos ofusca y estudiar las cúspides en que habrá que librar batalla. La fisonomía de las naciones no es una cosa eterna y glacial que conserva á través de los siglos la misma posición y el mismo aspecto. Un lustro basta para cambiar la faz del mundo. Recordemos las transformaciones que ha visto el siglo XIX y deduzcamos las que nos reserva el nuestro. La vida se acelera á medida que huye, y como los recodos del camino serán más bruscos cada vez, hay que prever á mayor distancia, sacudiendo la pereza que nos hace considerar las cosas como si estuvieran petrificadas para siempre en las perspectivas de hoy.

VI

La conquista comercial

Las conquistas modernas difieren de las antiguas en que pueden realizarse politicamente, sin recurrir á las armas. Toda usurpación material es consecuencia de un largo período de infiltración ó hegemonía que roe la armadura de los pueblos. Cuando un vecino imperioso se decide á apropiarse de una manera tangible de la región que ya posee moralmente, sólo tiene que pretextar la protección de sus esperanzas económicas, como en Texas, para consagrar el triunfo en un país que está preparado para recibirlo. De aquí que al pensar en el peligro yanqui no debamos ver una agresión brutal, sino un trabajo paulatino de invasiones subterráneas, que irían acrecentándose con las conquistas graduales y que, como ya hemos visto irradiarían, cada vez con mayor intensidad, desde la frontera en marcha hacia las comarcas hispanas.

No es cosa nueva decir que hemos entrado en una época en que las relaciones entre los pueblos dependen más del bolsillo que del alma. Las gue-

rras de antes tenían su origen en el amor propio; las de hoy derivan de razones más palpables. Los ímpetus de la Edad Media y las matanzas inverosímiles por una frase de embajador ó una hueca descortesía se han refugiado en la historia. Nuestros contemporáneos buscan terrenos más sólidos. De estallar mañana un conflicto entre dos grupos, será por causas que toquen á su vitalidad y á su porvenir. Y siempre que no medie una provocación deliberada, la lucha se traducirá en agasajos dominadores, en tarifas aduaneras y en esfuerzos industriales, dando así á los apetitos una forma más sutil.

Los viajantes de comercio, los representantes de industrias, los *placiers* que diseminan por el mundo el excedente de producción de un pueblo, acabarán por ser en cierto modo mañana los mejores agentes diplomáticos, y la fiebre manufacturera que devora á los grandes países habrá dado entre tantos resultados lamentables uno feliz, al reducir las probabilidades de matanza, para imponer á los odios, todavía indestructibles, otros procedimientos. La expansión va perdiendo su viejo carácter militar. Las naciones que quieren superar á las otras envían hoy á la comarca codiciada sus soldados en forma de mercaderías. Conquistan por la exportación. Subyugan por los capitales. Y la pólvora más eficaz parece ser los productos de toda especie que los pueblos en pleno progreso desparraman sobre los otros, imponiendo el vasallaje del consumo.

Todo nos dice que antes de entrar de lleno en el cauce de la razón el mundo pasará por una época de rapacidad exasperada. Cada país tratará de comprometer la suerte de los demás y las grandes potencias productoras especularán con la miseria y con el hambre de las naciones pequeñas. La crisis pondrá á prueba el organismo de los Estados. Los débiles pasarán á ser provincias más ó menos oficiales de los poderosos. Y sólo saldrán á flote los que, prevenidos á tiempo, hayan acumulado mayor suma de riqueza y actividad. Será un choque de industrias, menos sangriento, pero acaso más doloroso que una guerra. De aquí que todos los países pugnen desde hoy por evitar la derrota. Los esfuerzos de Alemania por apoderarse de ciertos mercados, las resistencias de Inglaterra, la desesperada lucha de Francia, que parece empezar á perder su privilegiado lugar, y el empuje arrebatador é incontrarrestable de los Estados Unidos, son síntomas que anuncian la inminencia del momento histórico de que venimos hablando.

Los yanquis se preparan á la lucha con la confianza ciega que les caracteriza. ¿Quién ignora sus proyectos? Sus representantes más conspicuos los corean en todos los tonos. La bandera de Wáshington está destinada, no sólo á unificar la América, sino á flotar sobre el mundo entero. Basta leer la obra de Mr. Stead *The americanisation of the world or the trend of the tuentieth century* para comprender el alcance y la flexibilidad del ímpetu.

De suerte que una de las formas iniciales de la arremetida que hemos esbozado en los capítulos anteriores será la expansión comercial.

En las luchas futuras, los Estados Unidos llevan además de la ventaja del oro la de la audacia. Una educación especial ha preparado á sus habitantes para afrontar la vida con menos prejuicios que los otros hombres. No son esclavos de los precedentes. No son prisioneros de los muertos. Ante la necesidad, no tratan de inquirir lo que se hizo, sino lo que se debe hacer. De aquí la originalidad de algunas de sus invenciones. Y de aquí el triunfo.

En este orden de ideas, conviene recordar la iniciativa de un centro comercial, donde Mr. Root dió una conferencia sobre las posibilidades industriales que ofrece América. Las adhesiones de Nueva York, Chicago, Boston y otros grandes mercados dieron á la empresa un carácter eminentemente nacional. En apariencia sólo se trataba de fletar un vapor y de organizar una jira de delegados deseosos de favorecer el intercambio entre las dos Américas. Pero si conocemos el criterio imperialista de que han hecho gala hasta ahora los Estados Unidos, si pesamos los propósitos que pueden inducir á sus gobernantes á apoyar al grupo emprendedor y si advertimos que la expedición debía ir capitaneada por un ex ministro, tenemos que caer en la cuenta de que en ello asomaban otros planes.

«Los Estados Unidos ocupan un rango secunda-

rio en el comercio exterior de los once países de la América del Sur propiamente dicha, ó sea la República Argentina, Chile, Brasil, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y las tres Guayanas», decía hace poco Mr. Barret en un discurso pronunciado en el Club Comercial de Lincoln, y se lamentaba del celo con que las principales repúblicas hispanoamericanas han sabido conservar hasta ahora la neutralidad comercial, que es garantía de la independencia. Porque salta á los ojos que al abrir campo á los intereses contradictorios, el extremo Sur ha establecido un equilibrio apaciguador que le permite desarrollarse al margen de penosas intrusiones.

Este sistema, que no es obra de una política hábil, sino de los acontecimientos mismos, y que resulta tan favorable para la América del Sur, cuya independencia garantiza, como para Europa, á la cual asegura la expansión comercial más libre, está amenazado por los que en nombre de un panamericanismo artificioso aspiran á sustituirse á los proveedores actuales.

De ello da testimonio, no sólo la iniciativa del Centro Comercial de Ohío, sino el proyecto de la *Young America,* escuela flotante instalada en un barco construído especialmente, que debía transportar sus 250 alumnos de la Florida á Río de Janeiro, de Charleston á Valparaíso, de San Francisco á Guayaquil y de Nueva York á Buenos Aires, haciéndoles estudiar sobre el terreno la geología, la

mineralogía, la legislación y los recursos de cada comarca.

Poco importa saber si estas ideas se realizaron. Sólo queremos considerarlas como un síntoma. Del resultado del esfuerzo podemos darnos una idea desde hoy, observando lo que ocurre en Cuba y en ciertas regiones de la América Central. El pueblo invasor no exterioriza un empuje disciplinado capaz de respetar á los otros y de coexistir con ellos. Lejos de aceptar la multiplicidad de infiltraciones y de resignarse á regentar una parte de la vitalidad de cada región, exige la totalidad y la exclusiva. Su carácter y su conocimiento de las cosas le empujan á los monopolios. Esgrimiendo ora la diplomacia, ora la corrupción, ora la fuerza, no tarda en desembarazarse de los competidores para convertirse en amo. Es una particularidad que se acentúa á medida que el tiempo pasa. Las naciones de Europa no logran disputar aisladamente la primacía al rival flexible, emprendedor y tenaz que trae armas nuevas y dispone de capitales inmensos. Lo que advertimos en la 3.ª zona lo comprobaremos quizá mañana en las demás si los intereses europeos y los hispanoamericanos no se coordinan para oponer una resistencia viril.

Porque aquí se plantea también para Europa un problema grave. ¿Debe desinteresarse de la suerte de nuestros países, que acabarán quizá por caer en su mayor parte bajo la influencia más ó menos visible del imperio que los amenaza? ¿Puede re-

signarse á perder el mejor mercado para sus productos y á favorecer el desarrollo de un rival ya peligroso?

Los sudamericanos tenemos particular interés en que Europa y especialmente España conserve sus posiciones. Primero porque ella nos dió la civilización, las aptitudes para hacer valer la riqueza y hasta el alma nacional, que sólo es una resultante de la conquista y de las inmigraciones posteriores. Y segundo, porque el equilibrio de influencias es la primera condición de la autonomía y porque el triunfo del empuje panamericano importa el aniquilamiento de nuestras nacionalidades nacientes.

La libertad de un pueblo que respira con pulmones prestados y se nutre de savia extraña, sólo es una libertad ficticia. Los grupos tributarios sometidos á ese vasallaje indirecto acaban por perder hasta la bandera, porque con el fin de proteger sus capitales, el proveedor único interviene á su capricho en los asuntos interiores. De aquí que un país no deba entregarse jamás á los empréstitos y á la industria de una sola gran nación. Su voluntad tiene que tender, por el contrario, á reunir el mayor número de competidores para neutralizar los apetitos y crecer al calor de las rivalidades.

Las nuevas generaciones norteamericanas—á la inversa de las nuestras—están admirablemente preparadas para la lucha. Esa juventud en la cual se ha cultivado la voluntad, la iniciativa y el espíritu aventurero y á la cual se enseña cuanto

puede ser útil para los grandes especuladores, se dispersará mañana por nuestros territorios suscitando empresas fantásticas, llevando hasta los confines el espíritu de su nación y apoderándose en todas partes de los puntos estratégicos de la vida. Si hoy nos ofuscan los Carnegie y los Pierpont Morgan, ¡con qué maravillas nos asombrarán mañana esos atletas adiestrados para las batallas del oro! ¿Quién detendrá el empuje de la nidada de aguilones? La juventud hispanoamericana, vaciada en moldes viejos, adormecida en la atmósfera de las pequeñas universidades locales, víctima de los prejuicios más penosos, ¿podrá cerrar el paso á la falange triunfadora? ¿El griego y el latín (1) con que nos entretienen los dómines resultará una arma útil en la lucha de conocimientos prácticos que será la vida de mañana? Cuando imaginamos el porvenir y palpamos la realidad de lo que viene, no es posible contener un movimiento de amargura al pensar en el destino que acecha á una parte de las naciones sudamericanas.

Los países de Europa disponen de poderosos medios de defensa y se concertarán seguramente ante la invasión industrial. Se ha hablado ya en serio de una coalición económica. Pero las repúblicas del Nuevo Mundo hispano, maniatadas por la doctrina de Monroe, ¿conseguirán mantener su

---

(1) No hablo de las repúblicas más prósperas, cuyo sistema de enseñanza ha sido modernizado en estos últimos tiempos.

equidistancia? La dominación comercial, ya lo hemos visto, no difiere de la conquista más que en la forma. Gobernar á un país por el dinero y por los productos, es poseerlo realmente. ¿Cómo atajaremos la avalancha de iniciativas y de empresas con que los ágiles traficantes cubrirán nuestras llanuras? Si hay regiones que están en plena prosperidad, en otras subsiste un estado lamentable, y los ambiciosos propósitos de expansión encontrarán en ellas el terreno más fértil. Los nativos, refractarios en su mayor parte á la industria, rara vez podrán oponer un producto nacional al producto invasor ó una iniciativa propia á la iniciativa extraña, y con excepción de algunos países fertilísimos que se mantendrán enhiestos en el vórtice de los huracanes, asistiremos al lamentable espectáculo de medio Continente perdido para los hispanoamericanos, á cuya molicie se habrá sustituído el vértigo de la actividad de los yanquis.

Dentro de diez ó quince años, cuando cuatro ó cinco hornadas de norteamericanos emprendedores se lancen á difundir su nacionalidad por nuestra América, y pacíficamente, con la sonrisa en los labios y el lápiz en el libro de *bank-notes*, adquieran las minas y los bosques, levanten las fábricas, construyan los canales, den forma á los productos, multipliquen las vías férreas y difundan su ardor febril hasta los confines; cuando los naturales de cada país se sientan inferiores en inventiva, en vigor, en esfuerzo razonado y tras largas luchas acaben por ceder el puesto á los que transforman á la nación

y la hacen próspera, afirmando así cierto derecho á la dominación política, entonces, sólo entonces comprenderemos el error inicial de la orientación latino-americana.

Nefastos atavismos nos han hecho considerar el trabajo como una disminución, sugiriéndonos la idea de que todo esfuerzo que no se halla rotulado por un título se ejerce en menoscabo de la dignidad del hombre. La opinión tiene en menos á los valientes *pioners* que abren surco, sin comprender que es más útil la obra del que al implantar en el país una industria nos liberta del producto similar extranjero, que la del que va á aumentar la falange de diplomados mediocres que ven pasar la vida.

Si en determinadas zonas alcanzamos á salir airosos, será porque, imitando á los inmigrantes que se adaptan al país, habremos comprendido el precio de la actividad comercial. Trabajar es defenderse. Dada la atmósfera reinante, el único medio de contener á los Estados Unidos consiste en intensificar las propias pulsaciones. No para preparar á nuestra vez una expansión, sino para contrarrestar la de ellos.

VII

La defensa hispanoamericana

Más nocivo que el optimismo ciego de los que afirman que nada tenemos que temer, sería el pesimismo absoluto de los que lo dan todo por perdido. Entre los dos extremos está el ángulo de la verdad. No hay amenaza irremediable. La América española puede defenderse. Trataremos de decir cómo.

En los capítulos anteriores me he esforzado por hacer tangible el problema. Después de ese esbozo, forzosamente deficiente, puesto que para trazarlo con verdadera exactitud sería indispensable un libro entero, parece útil señalar cuáles son los medios de que disponen nuestros países, no sólo para detener la influencia invasora de la América inglesa, sino también—de una manera más amplia—para ponerse al abrigo de todas las intrusiones.

Ya sabemos que el Nuevo Mundo hispano es suceptible de ser clasificado en tres zonas (México, Antillas y América Central, bajo la amenaza de los yanquis; Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Paraguay y Perú sin defensa eficaz ante la infiltra-

ción; Argentina, Brasil, Chile y Uruguay relativamente indemnes). Debido á la escasez de ferrocarriles, telégrafos y líneas de navegación, estos países se han desarrollado tan independientemente los unos de los otros, que á pesar de la identidad de origen y la comunidad de esperanzas, evolucionan en órbitas distintas. Sólo los más vecinos están en contacto. Cada pueblo gesticula y se desenvuelve en la sombra. Nos unen maravillosas vías de comunicación con el resto del mundo, pero entre nosotros no hay corrientes de intercambio. Sabemos lo que pasa en la China, pero ignoramos lo que ocurre en nuestro propio Continente. De aquí, ya lo hemos dicho, que las repúblicas que brotaron de la misma revolución no sean más homogéneas. Cada una se ha hecho dentro de sus límites, multiplicándose por sí misma, sin recibir más influencia exterior que la que venía de Europa en forma de inmigraciones ávidas. De suerte que algunas de esas sociedades, abandonadas por los españoles en plena niñez, han seguido repitiendo los ritos del coloniaje, sin tratar de relacionarse entre sí y sin tener la noción clara de que forman parte de un conjunto enorme.

La independencia sólo se tradujo á veces en un cambio de esclavitud, porque pasaron de manos del virrey, responsable ante el monarca, á las de una oligarquía ambiciosa que no tiene que rendir cuentas á nadie. Así se explican los altibajos entre países que ostentan un punto de partida común. Favorecidos éstos en cierto modo por la suerte—si-

tuación geográfica, clima—se han encaramado en grandes saltos hasta el progreso. Otros avanzan con mayor lentitud. Y algunos—que no son los menos aptos—empiezan á caer, impelidos por la fatalidad de las vecindades, bajo la esfera de atracción de la América del Norte. Pero esto no quiere decir que el conjunto sea profundamente heterogéneo. No nos separa ningún antagonismo fundamental. El territorio fraccionado es más armónico que muchas naciones de Europa. Nuestras grietas son puramente convencionales. Los odios, si los hay, datan apenas de algunos años y más que entre las banderas existen entre los gobiernos. Se adivina en los límites el capricho de hombres chicos que necesitaban patrias minúsculas para poder dominar. Y observando por encima de las pequeñeces, dando tregua á las rivalidades, nada se opone teóricamente á que los Estados Unidos del Sur lleguen á contrabalancear un día el peso de los del Norte (1).

El acercamiento no puede ser un sueño imposible, puesto que otros territorios más separados por los años y las costumbres se han reunido en bloques poderosos y durables bajo la presión de una necesidad histórica. Bastaría recordar cómo se consumó la unidad de Alemania y la de Italia. ¿Quién lamentaría que las repúblicas que han alcanzado mayor

(1) Una de las proposiciones presentadas hace un siglo por Bolívar al Congreso de Panamá, estipulaba que las repúblicas latinas debían considerarse «como aliadas y confederadas».

fuerza encabezaran el movimiento y olvidaran sus agravios para formar el primer núcleo alrededor del cual vendrían á agruparse las más débiles, suscitando así un tejido de concesiones que pueden llegar á refundir al fin los trozos en un bloque definitivo?

Claro está que los grandes acontecimientos no se improvisan. Los hombres están aún tan prisioneros del egoísmo, tan maniatados por preocupaciones de otras épocas, que casi siempre se resisten á hacer abandono de sus minúsculas ventajas para fundirse en un todo más ancho. Mil instintos se oponen al interés fundamental. De aquí que la unidad de muchos pueblos haya sido realizada por generales victoriosos que, doblando la resistencia de las fracciones, han impuesto por medio de las armas la felicidad común. Nada menos moderno que esas sacudidas bruscas, mediante las cuales un individuo se erige en tutor de inmensas comarcas y con el fin de favorecerlas empieza por tiranizar á los mismos cuya libertad defiende. No es admisible que una unidad se sustituya á las muchedumbres y les imponga su manera de ver, aun cuando sea con el fin de salvarlas. Si aceptásemos ese derecho superior dejaríamos la puerta abierta á todas las ambiciones, porque nada sería más difícil que especificar cuándo se ejerce la tutela en favor de los demás y cuándo en beneficio propio. Sin embargo, en ciertas épocas puede ser útil la intervención de un hombre expeditivo y resuelto. Imaginemos un conflicto fundamental del cual depende el porvenir de la América espa-

ñola. ¿Seguiríamos fraccionados ante el peligro para respetar el derecho á la inacción de los pequeños grupos? ¿Nos opondríamos á que surgiera del fondo de la raza un luchador de grandes ideales como Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins, Hidalgo, Miranda ó Nariño?

Todo esto en situaciones excepcionales. Han pasado los tiempos en que la idea necesitaba ser subrayada por la pólvora. Si el acuerdo se establece, tendrá que ser por voluntad colectiva. La inminencia del peligro y las ventajas múltiples de la unión son razones sobradas para amalgamar los ímpetus, sin que intervenga lo que todos—unos de lleno, otros con atenuaciones—estamos contestes en combatir.

No se trata, pues, de una operación estratégica, sino de un razonamiento. Pero esto no quiere decir que nos atengamos á las frágiles declamaciones de fraternidad que son los romanticismos de la política. Á igual distancia de la verbosidad y del gesto hay un campo favorable que trataremos de delimitar.

La primera condición del triunfo consistiría en estar al cabo de lo que ocurre en las diferentes regiones de América. Los grandes diarios que nos ofrecen en Buenos Aires, Río de Janeiro ó Santiago de Chile los detalles minuciosos de lo que pasa en Londres ó en París nos dejan casi siempre ignorar las evoluciones del espíritu público en Quito, en Bogotá ó en Cuba. Se comprende que la vida europea nos fascine, puesto que de ella sacamos nuestros progresos materiales y morales, pero no es juicioso

descuidar tampoco las palpitaciones del propio ser. Entre un telegrama sobre la salud del rey de Suecia y otro sobre un cambio de ministerio en el Ecuador, nuestro interés reside naturalmente en el último. Es un contrasentido que las noticias de la América española nos lleguen después de haber pasado por Wáshington. La curiosidad, lejos de detenerse en las naciones limítrofes, debe abarcar la América toda. Ocurre á menudo que discutimos las cosas de Rusia, cuando ignoramos hasta el nombre del presidente de Nicaragua y apenas sabemos cuáles son los partidos que se disputan el poder en Costa Rica. Un tratado de comercio entre Colombia y los Estados Unidos tiene que apasionarnos más que las aventuras de un soberano europeo. Y el pálido reflejo de la existencia de ciertas regiones que nos llega hoy con ayuda de las líneas telegráficas enemigas sólo sirve para proclamar la urgencia de establecer comunicaciones especiales entre las diferentes repúblicas.

Pero estas líneas han de ser construídas ó administradas por los países sudamericanos, con capitales propios si cabe, ó con capitales europeos que se neutralicen. Las empresas yanquis tendrán que ser relegadas á un lugar muy subalterno.

En este orden de ideas, el proyectado ferrocarril intercontinental de Nueva York á Buenos Aires resulta un camino de infiltración y quizá el comienzo de la catástrofe. Nada es más urgente que multiplicar las comunicaciones entre las repúblicas hispa-

noamericanas, pero para alcanzar el resultado apetecido sería preferible que esas comunicaciones no se unieran con las de la nación invasora y dejaran al Norte, por lo menos durante algunos años, mientras ganamos vigor, una interrupción y un hueco. De llevarse á cabo la empresa, que sea por lo menos propiedad de los Estados por los cuales atraviese. El dinero abunda en nuestra América y en Europa. Pero bajo ningún pretexto puede ser admisible que la enorme vía de comunicación que debe vivificar el Continente quede en manos de los que imponen á menudo con sus ferrocarriles la tiranía de sus costumbres y de su idioma. La evidencia del error es tal, que hasta la China construye el terraplén de Kalgan á Pekín con capitales chinos y con ingenieros de la misma nación.

Apartados estos obstáculos, la instalación de telégrafos y vías férreas en la América española tiene que traer beneficios incalculables. Las relaciones se harán cada vez más estrechas, los límites perderán su antiguo carácter de murallas mongólicas y los diferentes pueblos en contacto quemarán sus prejuicios para empezar á conocerse. No será ya un viaje extravagante ir de Montevideo á Caracas. Se establecerán grandes corrientes comerciales. Y del intercambio de produetos, gentes é ideas, de la creciente comunidad de costumbres y de propósitos, brotará acaso al cabo de poco tiempo la necesidad de estrechar los vínculos hasta unificar el porvenir como confundimos el pasado.

Pero además de la unión y la solidaridad, la América española dispone, para preservarse, de una serie de recursos que combinados con destreza pueden determinar una victoria. El más poderoso sería la presión que los intereses europeos deben ejercer sobre las ambiciones norteamericanas. Francia, Inglaterra, Alemania é Italia han colocado en las repúblicas del Sur grandes riquezas, han establecido vastas corrientes de intercambio y de emigración y no pueden ver comprometidas las prolongaciones de su esfuerzo. En caso de que los yanquis pretendieran extender la obra que ya han comenzado en el Centro, se encontrarían, si sabemos dirigir las cosas, en pugna con los más grandes. Este choque de apetitos es la mejor salvaguardia. Cediendo á intereses particulares y acariciando imposibles proyectos de colonización intensiva, los europeos se opondrán siempre—si manipulamos con soltura los detalles sutiles de la política exterior—á todas las amenazas del imperialismo.

Un diario de París decía hace poco: «Conocemos demasiado las mediaciones americanas para tener confianza en ellas. Desde hace algún tiempo terminan como la fábula de la ostra y los litigantes. Es necesario impedir que la diplomacia de Wáshington repita lo que hizo en Cuba y en Filipinas. Con pretexto de proteger á ciertos Estados, se los anexa. Sería prudente calmar esos apetitos. Es necesario que Europa evite los terremotos que amenazan á la América española.

No se trata de destruir un peligro provocando

otro, puesto que ya hemos comprobado que si los europeos están de acuerdo para poner trabas á las pretensiones de los yanquis, no lo están para determinar hasta qué punto deben graduar las propias. Forman un bloque de oposición ante la amenaza americana, pero están divididos entre sí por antagonismos insalvables. Las ambiciones de Inglaterra se ven contrarrestadas por las de Francia, las de Italia por las de Alemania. De suerte que estaríamos defendidos contra los americanos por los europeos y contra los europeos por los europeos mismos. Además, bien se sabe hasta dónde alcanza el poder de Europa. Las naciones del viejo Continente intentaron la aventura hace un siglo, y el fracaso de ayer no puede alentarlas á reanudar un imposible. Como peligro no pueden inquietarnos; como defensa constituyen un arma que no conviene empuñar ostensiblemente, pero que tiene que desmoralizar al enemigo.

Apoyada en su unidad moral, en esta formidable fuerza exterior y en la simpatía de sangre de España, la América nuestra puede oponer una resistencia invencible.

El peligro desaparece ante una simple combinación de fuerzas, porque la poderosa República del Norte tiene también sus puntos vulnerables. La concentración de las fortunas y el aumento de los monopolios debe provocar allá, acaso al mismo tiempo que en Europa y sin disputa mucho antes que en la América del Sur, las crisis gigantescas que todos los

pensadores han previsto. Aspira á ejercer una acción mundial que tiene que debilitarla. Y trae en su propia carne, como fístula de mal augurio para el porvenir, un hondo antagonismo de pueblos, una lucha á muerte entre blancos y hombres de color que, utilizada por un adversario inteligente, puede llegar á desangrar su empuje. Por otra parte, en los paises últimamente anexados queda un fermento de rebelión que estallará así que se presente una circunstancia oportuna. Sin contar—y de esto hemos de hablar con más detenimiento en otro capítulo—con que el Japón, que tiene intereses considerables en Filipinas, aprovechará todas las ocasiones de disminuir al rival poderoso que le disputa el predominio en Asia.

Acumulados sobre la base de la unidad, estos elementos constituyen el andamiaje de un sistema de defensa.

Claro está que se trata de regiones que han vivido tan extrañas las unas á las otras, que en los comienzos será obra difícil hacerlas evolucionar armónicamente. Sòlo puede prepararlas para ello una larga época de elaboraciones minuciosas, durante la cual los más ilustrados y los mejores se entreguen á un infatigable esfuerzo de propaganda. Sería ilusión suponer que es inmediatamente realizable la coordinación de Estados que el abandono de un siglo y las ambiciones inmediatas de los hombres han entregado á la indiferencia y al azar. Sólo cabe por hoy abrir las puertas á lo que vendrá después.

La acción podría traducirse en congresos, enviados diplomáticos especiales, tratados de comercio, acuerdos para establecer líneas de comunicación, cuerpo consular numeroso y elegido entre gente de palabra ó de pluma, creación de tribunales de arbitraje y cien iniciativas análogas que están en la conciencia de todos. De este primer escalón no parece difícil subir á otro á medida que el espíritu público vaya penetrándose en todas partes de la necesidad del esfuerzo. Se fundarían diarios especiales, se multiplicarían las conferencias, habría intercambio de comisiones encargadas de estudiar un punto ú otro de la administración de los Estados, se perfeccionaría el servicio internacional de correos, se organizarían con estudiantes delegados de cada facultad viajes colectivos alrededor de América, se aumentaría el canje regular entre los diarios de las diferentes capitales, se dictarían leyes que redujeran la naturalización de los hispanoamericanos de otras repúblicas á una simple declaración escrita, y con las líneas de comunicación cada vez más rápidas y más completas, con la propaganda eficaz de los escritores, industriales, cónsules y poderes públicos, no parece difícil conseguir al cabo de pocos años un recrudecimiento de idealismo y de fraternidad.

Todo nos dice que á medida que el coloso yanqui violente á los Estados inmediatamente limítrofes, éstos tendrán la revelación del porvenir y buscarán aire, acercándose á los que por su adelanto y vitalidad parecen oponer mejor escudo á la conquista.

Este foco de resistencia, favorecido por las circunstancias que enumeramos en las páginas anteriores y calentado por las simpatías de Europa, podría llegar á poner límite á la expansión. La mejor prueba de ello es la insistencia con que los anglosajones multiplican los resentimientos y los conflictos para levantar muros insalvables y disolver los primeros núcleos.

El buen sentido basta para poner las cosas en su lugar. Lo que parece más grave es el desdén con que en algunas zonas, engreídas por el triunfo, se habla á veces de ciertos pueblos hermanos. No ha faltado quienes digan, refiriéndose á varias repúblicas de las que designamos bajo el nombre de 3.ª zona, que no merecen ser libres los que nada han hecho para salvaguardar su nacionalidad. Aunque lleguemos á adquirir la convicción de que es así y de que estas ó aquellas regiones son momentáneamente incapaces de dirigir sus vidas, nada nos autorizaría á abandonarlas. Nuestro deber y nuestro egoísmo nos aconsejan esgrimir todos los recursos para contrarrestar, obrando simultáneamente, la arremetida del extranjero. Encogerse de hombros sería herirse á sí mismo por la espalda. Si alguien puede y debe ejercer en el Nuevo Mundo latino un seguro derecho interventor, son las naciones—Argentina, Brasil, Chile, Perú, México y Uruguay—que han triunfado y que representan con más brillo en el Continente el espíritu de la raza. Todo esto dentro del desinterés más absoluto. Porque si la federación que los acon-

tecimientos harán fatal encontrara resistencias en algunas regiones y fuera indispensable violentarlas, habría que marcar bien el carácter superior de la ayuda encaminada á asegurar la libertad final de todos.

Sólo un prodigio de obstinación podría mantenernos en el estado actual. Las perspectivas son tan claras, que es incomprensible que no se haya emprendido ya la tarea de trazar las líneas de una política común, remover por medio de la diplomacia los intereses comerciales de Europa y levantar por encima de las querellas de campanario el grito augusto de solidaridad. Pero la iniciativa de la democracia puede adelantarse á la de los gobiernos. Nada sería más hermoso que crear una vasta agrupación de hombres conscientes que difundieran la luz, suscitando grupos simpáticos hasta en las aldeas de las provincias más lejanas. Encabezada en cada país por las personalidades más salientes, la Asociación debilitaría lo que nos aleja, robustecería lo que nos une y trabajaría sin descanso en favor de lo que llamaremos la unificación nacional.

«Ensueños de poeta», dirá alguno. «Verdades de mañana», contestamos nosotros. La obra de los poetas no ha sido hasta ahora tan frágil como se cree. ¿Es necesario recordar que las únicas relaciones útiles que existen entre ciertas repúblicas fueron iniciadas por escritores que simpatizaron y se escribieron sin conocerse? Algunas revistas de la gente joven han sido, en estos últimos tiempos, el foco

fraternal donde se reune en la persona de sus más altos representantes el Parlamento de la raza. Los poetas han hecho en realidad hasta ahora por la unión mucho más que las autoridades. Y á ellos les corresponde seguir fecundando el porvenir. Sobre todo en una circunstancia en que del buen acuerdo entre todos depende, en bloque, la salvación ó el fracaso de los hispanos del Nuevo Mundo.

VIII

Un factor nuevo: el Japón

La escuadra de los Estados Unidos dió en 1907 la vuelta á la América española, como si quisiera trazar un círculo de protección, marcando con la quilla de los barcos el límite de sus ambiciones. Bien sabemos que no fué ese el propósito directo. Después de las victorias recientes, la actitud del Japón es una amenaza para los que dominan en Filipinas y en Hawai. El almirante Evans sólo llevaba la misión de imponer respeto en el Pacífico. Pero nadie pudo dejar de ver lo que había de simbólico en esa exhibición silenciosa de las fuerzas navales de un país que aspira á unificar el Nuevo Mundo bajo su cetro. Si recordamos las circunstancias que acentúan su carácter, es imposible negar que la jira tuvo indirectamente la severidad de una advertencia.

Consecuentes con su política, los Estados Unidos utilizaron la ocasión para cosquillear el amor propio. Á raíz de un Congreso en que dejaron suponer preferencias enojosas, la escuadra se detuvo espe-

cialmente en determinadas capitales. Y el viaje no fué, en resumen, más que un capítulo de la táctica sutil que consiste en sembrar discordias para destruir la cohesión que debe fortificarnos. No cabe asombrarse de lo que desde hace medio siglo se viene repitiendo de Norte á Sur para burlar á todos. En un continente donde tres ó cuatro países podrían aspirar á la hegemonía, nada es más fácil que dejar suponer á éstos que llegado el caso serían favorecidos indirectamente en detrimento de aquéllos, ó hacer sentir á aquéllos una simpatía que les aliente á hostilizar á los de más allá. Pero si el viaje de la escuadra y el conflicto á que pudo dar origen levantó en la América del Sur tan honda emoción y tan vivos comentarios, no fué por la causa que acabamos de apuntar. Cada cual cuida lo suyo. Y salta á los ojos que el posible choque del Japón con los Estados Unidos tendría para nosotros una importancia enorme, porque al libertarnos momentáneamente de la presión que nos ahoga, favorecería el empuje y el restablecimiento de la fraternidad entre los diferentes grupos de la América española.

De más está decir que nos hallamos lejos de desear catástrofes. Pero teniendo en cuenta los intereses superiores de la raza y las necesidades ineludibles de la lucha en estas épocas de imperialismo en que el derecho de los débiles pesa tan poco en la balanza de la justicia internacional, no podemos dejar de comprender que si, á raíz del

conflicto, la escuadra del almirante Evans hubiera resultado menos fuerte, se transformaban para ochenta millones de hombres las perspectivas del porvenir.

No ignoro que en esos acorazados aleteaban las ambiciones de una nación triunfante cuya fiera juventud no puede despertar antipatías. Pero en las costas que iluminó la escuadra al pasar bullen una veintena de naciones jóvenes también, también audaces y prolíficas, que aunque no disponen del mismo poder, han alcanzado en algunas décadas una prosperidad sorprendente y entienden defender su derecho á desarrollarse de acuerdo con sus inclinaciones y con su origen. Son en la tierra nueva los representantes de una civilización cuyo espíritu ansían prolongar libremente, como los Estados Unidos reviven en su radio la gloria de otro pueblo. Y es natural que vean sin enojo cuanto concurre á asegurar la inmunidad de sus esperanzas.

Pero aquí asoma la objeción de siempre. ¿No puede llegar á ser á su vez el Japón un peligro para ciertas regiones de la América española? El conde Okuna ha dejado entender que el Perú y Chile podrían convenir para la emigración japonesa. Sin embargo, una frase que no ha sido corroborada aún no basta para establecer la posibilidad de un hecho tan incompatible con el estado actual y con la historia. Las razones que se oponen á él son concluyentes. Los intereses del Japón le llevarán

á derramar su sobrante de hombres en Filipinas, en Hawai, en Corea, en los archipiélagos del mar de China, pero no á dispersarse en países refractarios. La zona de acción de cada pueblo está delimitada por la Naturaleza. Las ambiciones del Imperio del Sol no pueden abarcar el mundo. Su ímpetu tiende á difundir su superioridad en Asia y establecer una especie de tutela sobre las naciones dormidas que le circundan. Algunas colonias como Borneo ó la Indochina francesa podrán tener algo que temer. Pero imaginar un empuje hacia Sud América es como decir que los Estados Unidos tienen la veleidad de poseer colonias sobre el Mediterráneo.

Si el Japón entra en las combinaciones de nuestra política internacional y si la diplomacia hispanoamericana debe contar con él desde ahora, es porque la hostilidad entre esa nación y los Estados Unidos puede ser utilizada con éxito en un momento dado.

Un notable escritor de Yokohama, Mr. Soshai, decía hace poco en el *Courrier Europeen* que la guerra será quizá la solución á la cual se verán obligadas á recurrir las dos naciones que se disputan la hegemonía en el Pacífico. La rivalidad comercial en China, el problema de la emigración en California y otras causas igualmente durables mantendrán entre los dos Estados una tensión hostil que si no se desencadena, prolongará por lo menos la desconfianza. En este sentido, cabe decir

que el Japón, como Europa, contribuirá á contener á los yanquis si sabemos encauzar los hechos hasta equilibrar las tres fuerzas que se anulan.

Todas las habilidades de la diplomacia no conseguirán borrar el antagonismo entre la república del Norte y el imperio asiático. En Hawai hay 70.000 japoneses, que son de hecho los dueños de la isla. En San Francisco sólo ascienden á 40.000, pero unidos á los chinos, más numerosos, empiezan á hostilizar á los anglosajones en la misma América del Norte, como lo prueba cierto estudio de la revista *Shinin*, de Tokío:

«Hasta ahora se creía que en los asuntos comerciales, industriales y agrícolas los japoneses estaban lejos de poder igualar á los pueblos de raza blanca. Nosotros hemos revelado muchos hechos que destruyen esa concepción. Los trabajadores japoneses que residen en los Estados Unidos luchan con mucho éxito contra los obreros americanos. Para no citar más que un ejemplo tomado en el Canadá, la pesca del salmón en el río Frazer estaba hace diez años monopolizada por los indígenas, los blancos y los chinos. Hoy pertenece exclusivamente á los japoneses. Cuando viajé por la región bañada por esta ribera, me dí cuenta de que los japoneses que ganaban menos llegaban á recibir 300 dólars. Algunos, durante la estación de la pesca, acumulaban hasta 3.000. Pasando á otro ejemplo, Frezno es un lugar donde se cultivan en gran cantidad viñas que gozan de particular renombre. Los japoneses han

conseguido, después de algunos esfuerzos, monopolizar esta cultura, aunque todos los propietarios son americanos. Además, son los agricultores japoneses los que mejor realizan el cultivo de los espárragos, de las patatas, de las fresas, etc. Sin contar con que en estos últimos tiempos los japoneses han empezado á ocuparse de asuntos industriales. Una compañía, la Kangyoska, empezó á hacer trabajos de construcción por cuenta de las empresas ferrocarrileras. Hoy es la única concesionaria de 60 millas de ferrocarril de Yozemite Valley. En Seattle, como en Portland, otras compañías japonesas emplean más de 3.000 obreros. Así crece día á día la influencia japonesa sobre la costa americana del Pacífico. Los obreros japoneses envían anualmente diez millones de yens al Japón. Los comerciantes del imperio del Sol expiden mercaderías destinadas á los obreros japoneses expatriados por valor de cinco millones. Nadie puede prever hasta qué punto se desarrollará la influencia japonesa en los Estados Unidos.»

Admitamos que la revista *Shinin* se equivoca, y con ella el *Manchyo,* el *Asahi Shimbun* y todos los periódicos que remueven el asunto. Lo que es innegable es que el Japón será siempre un motivo de inquietud para la América del Norte. Utilicemos la circunstancia, y sigamos con simpatía el empuje de ese pueblo, antes amenazado, que, por un prodigioso esfuerzo sobre sí mismo, ha conseguido libertarse de las influencias extrañas, afirmar de una manera indiscutible su autonomía y emprender

dentro de su Continente la obra de emancipación que empieza á contrarrestar las ambiciones de Europa. Nada puede ser más simpático que la personalidad política del gran país, al propio tiempo secular y joven, que nos da lecciones de optimismo, mostrándonos cómo puede un conjunto aletargado metamorfosearse en potencia que discute con los tiranos del globo.

IX

Congresos panamericanos y congresos hispanoamericanos

Los congresos panamericanos reposan sobre una ficción y un olvido voluntario de las realidades. Sabemos que hay dos Américas y que entre ellas no asoma ningún lazo común. El origen, el idioma y la religión son diferentes. ¿Cómo discutir en conjunto el porvenir de dos países, de dos razas, de dos civilizaciones? Obstinarse en que los Estados Unidos y nuestras repúblicas tienen idéntico destino porque se desarrollan en un mismo Continente, equivaldría á pensar que Francia y Alemania deben seguir una política única porque ambas son naciones europeas. La proximidad, lejos de favorecer la paz, la dificulta, y el panamericanismo es el engaño más peligroso, el error más funesto y capital. En nombre de él elaboramos nuestra ruina y favorecemos los intereses de la nación que nos amenaza. ¿Cuáles han sido hasta ahora los beneficios? El hecho de agruparnos de tiempo en tiempo bajo la tutela de los yanquis no ha contribuído á resolver ninguno

de los problemas que nos sitian. Antes bien, las manifestaciones reglamentadas desde Wáshington sólo han servido para subrayar nuestro papel de satélites.

Lejos de nosotros el pensamiento de criticar la recepción dispensada hace algún tiempo á Mr. Root en las diferentes capitales. Aunque algunas de éstas acentuaron las genuflexiones con un apresuramiento de pueblo chico, acordando aturdidamente á un secretario de Estado los honores de jefe de nación (¿cómo marcaríamos ahora la diferencia si nos visitara Mr. Taft?) (1), conviene admitir que todo ello fué obra de nuestro carácter obsequioso. Otra vez seremos más protocolares. Lejos también la idea de atribuir á impericia de nuestros hombres la responsabilidad del papel á que nos vimos reducidos. El talento no basta en ciertos casos. Y el mal deriva de la falta de orientación general que nos consume. No tenemos, como los demás países, un plan común que amalgame los actos en vista de propósitos más ó menos remotos. De aquí la falta de prosecución y el estado inseguro que disminuye nuestro prestigio. Las susceptibilidades son, al fin de cuentas, secundarias. Lo que importa es la inclinación que pudo quedar en el ambiente detrás del humo de las demostraciones fáciles. Una vez apagadas las iluminaciones y muerto el rumor de las arengas imprecisas,

---

(1) Este libro fué escrito durante la presidencia del señor Taft.

los américoespañoles trataron de desentrañar la esencia de lo que acababa de ocurrir.

Dos cosas saltaban á los ojos: el avance evidente de los Estados Unidos y la vaguedad de las frases dirigidas por el hombre que encarnaba la idea de los congresos panamericanos á los jefes de las diversas repúblicas. Basta recordar que á los vecinos del Norte no nos atan ni los lazos del intercambio, ni las vías de comunicación, ni el idioma, ni los atavismos, ni las costumbres, ni las ambiciones, ni los ideales, para comprender cuán huecas y cuán antojadizas fueron las «comunidades de intereses» y las «identidades de porvenir» multiplicadas al descorchar cada botella de champaña. De toda esa retórica atrayente no quedan más que vanas suposiciones. Apuntemos la más verosímil.

Como la política yanqui no ha sido nunca una escuela de lirismo, parece evidente que algún fin práctico debió determinar la visita de Mr. Root. Y en la opinión de muchos, no pudo ser otro que el que condensó un célebre escritor español en la frase que transcribo textualmente: «Este diplomático parece una cañonera disfrazada de yacht de recreo que entra á sondar los ríos de la opinión sudamericana.» Bien sé que después de tantos entusiasmos la opinión tiene que desafinar un poco. Pero en tan graves asuntos incumbe á cada cual el deber de decir su pensamiento, sin atender á los comentarios ó los ataques que con él pueda levantar. El mejor modo de poner de manifiesto la independencia de que nos

jactamos, es discutir al aire libre los asuntos que nos conciernen. Nada puede impedirnos tratar estos tópicos con independencia y repetir que lo único que amenaza comprometer la suerte de las repúblicas de la América española es la intrusión de los Estados Unidos. La habilidad de que los gobernantes de esta nación vienen dando prueba desde hace tanto tiempo, podrá marear á los hombres, ganar las voluntades, desbaratar las resistencias y hasta extraviar la opinión. Pero el hecho es evidente y hay que proclamarlo cada vez que asoma una oportunidad.

El que estas líneas escribe tiene para insistir así sus razones. Ha estado en Cuba y ha palpado la desdeñosa superioridad con que el «Libertador» desgarraba el ensueño de un pueblo que puede competir en heroísmo con los más altos ejemplos de la historia. Ha departido largamente en París con personalidades centroamericanas y aun oye el relato conmovedor de los sucesos de Panamá, donde una empresa financiera organizaba la revolución. Ha ido á México, en fin, y sabe que las tropas yanquis logran violar los límites para sofocar en territorio mexicano una huelga de obreros mexicanos cuando ésta puede perjudicar á los accionistas de Nueva York. Y en todas partes ha advertido los mismos proyectos ambiciosos y el mismo desdén hacia nuestras naciones. Por eso es por lo que, desde tierra remota, con la serenidad del que ve las líneas á través del Océano, no puede menos que gritar á su pueblo, á su raza, al conjunto de que forma parte y cuyas vicisitudes

compartirá siempre que no se deje seducir por vanas insinuaciones y que afirme su prescindencia entre Europa, que acaso nos tenga que defender de los Estados Unidos, y los Estados Unidos que, en un caso improbable, también pudieran defendernos de Europa. Nuestra táctica debe inspirarse en la que Francia siguió durante cierto conflicto: ni con aquéllos ni con éstos.

Claro está que como demócrata soy partidario de la unión universal y confío en el advenimiento de una época feliz que reconcilie á los hombres bajo una misma bandera. Pero mientras se elabora la metamorfosis, tenemos el deber de defender la autonomía de nuestros grupos etnológicos, casi tanto para salvaguardar la independencia colectiva como para evitar la acumulación de los grandes imperios, que son la negación de la libertad. Por eso es por lo que en las luchas que se desencadenarán mañana entre las dos entidades—la del Norte engreída y ávida de expansión y la del Sur recelosa y cohesionada ante el peligro—no seremos nosotros los últimos en agitar la opinión gritando á los cuatro vientos que no debemos pensar en más solidaridades que las que impone la comunidad de origen y de historia entre los pueblos que ocupan la parte inferior de América.

Si los congresos panamericanos son estériles, los congresos hispanoamericanos tienen que dejar gérmenes fecundos. En vez de ir á la zaga de los extraños en asambleas confusas que sólo tienden á mantener el prestigio de un tutor y á dar atmósfera

á sus ambiciosos ímpetus, fortifiquemos nuestra simpatía de raza, multiplicando las conferencias internacionales dentro de la nacionalidad superior. Nada de confundir los intereses con los del vecino, nada de discutir los asuntos bajo la presidencia injustificable de un maestro. Las repúblicas hispanoamericanas no deben dejarse deslumbrar ni ensordecer por el tumulto del Norte. El punto de reunión y de mira está al Sur, en el centro mismo de nuestra tradición y nuestra cultura.

En las previsiones de la diplomacia, la América española ocupa un lugar que todavía no está delimitado. Somos aún algo neutro, como lo prueba el detalle de que la conferencia de la Haya tardó mucho antes de incorporarnos á sus deliberaciones. Los prejuicios puestos en circulación por los que tienen interés en seguir hablando en nuestro nombre, colocan á la mayoría de las repúblicas al margen de la vida internacional, en una zona donde ni se les niega la personalidad ni se les reconoce tampoco. Ese mismo aislamiento debiera contribuir á acercarnos en un congreso anual, donde discutiriamos el modo de dar á nuestra América una representación de conjunto, con ayuda de una política solidaria y armónica. La periodicidad de las reuniones permitiría conciliar los intereses forzosamente diversos, combinar medidas de utilidad común, prevenir los conflictos locales, difundir una conciencia continental y crear dentro de las fronteras ensanchadas, bajo la autoridad de las veinte repúblicas, un

esbozo de tribunal de arbitraje encargado de solucionar todos los roces.

Se me dirá que tales asambleas degenerarían en instrumentos de dominación en manos de los más fuertes. Pero eso es poner en duda nuestra voluntad de vivir. Los que quisieran ensayar intrigas y encarar las cosas desde la obscuridad de su egoísmo, no sólo traicionarían la causa común, sino la propia, porque ningún país de la América del Sur está preparado para resistir aisladamente á los peligros futuros, y el que, cegado por los apetitos, quisiera sacrificar á los otros, sólo lograría precipitar su propia pérdida. Además, hay que tener confianza en nuestras aptitudes para la vida libre. Si dejáramos entender que los congresos tienen que degenerar en tumultos siempre que sus deliberaciones no se hagan á la sombra del *big stick* de los Estados Unidos, daríamos razón á los que defienden las soluciones extremas. Pero no somos una muchedumbre suicida. Y no creo equivocarme si afirmo que esas reuniones escalonadas á lo largo de una década acabarían por establecer de nuevo la atracción molecular.

La urgencia de tales deliberaciones se hace sentir cada vez con mayor vigor. Algo nos dice á todos, desde el Norte de México hasta el estrecho de Magallanes, de un límite á otro de las comarcas donde triunfa el alma latina, que hay que coordinar el empuje y reunir el pensamiento de los países que se debaten en la sombra. Y algo que parece un estan-

darte hecho con todas las banderas empieza á flotar sobre los odios del Continente fraccionado. Si los hombres que dominan faltan á su misión y persisten en prolongar el aislamiento que nos disminuye, fuerza será que el apóstrofe á los intereses supremos de la raza lo lancen las generaciones últimas. Por más vivo que conserve el recuerdo de las querellas históricas, nadie puede dejar de sentir las brisas de fraternidad que nos inclinan los unos hacia los otros. El buen sentido exige los congresos latinoamericanos. Si no los abre el presente, los madurará el porvenir; si no los realizan los gobernantes, los reunirá la juventud.

X

La patria única

Los hispanoamericanos no pueden menos que decirse: «Al Norte, en comarcas inmensas, otra raza domina en todo el esplendor de su genio. Su fuerza se ensancha por minutos; su ambición no tiene límite. Es un mar que va cubriendo los llanos. México ha perdido varias provincias. Cuba se ahoga bajo un protectorado doloroso. La autonomía de Santo Domingo no existe. El canal absorbe á la América Central. El dinero estrangula á las repúblicas más pequeñas. Y nadie sabe ante qué río ó ante qué montaña se detendrá el avance del país cuya población creciente exige una expansión indefinida. Ya ha dejado sospechar el yanqui lo que puede hacer. Nada le impedirá disminuirnos si su felicidad lo exige. ¿Acaso esconde la esperanza de extender la dominación como un océano? ¿Cerraremos los ojos para no ver el porvenir? Acurrucados en torno de vanidades pueriles, ¿nos abandonaremos á la melancolía de ver subir la marea que debe sumergirnos? ¿Es inevitable la absorción de los latinos

por los anglosajones? ¿Nos someteremos á la fatalidad? ¿Aceptaremos pasivamente el *land grabbing* y la política del *big stick?* En vez de unirnos para conjurar el derrumbe, ¿continuaremos multiplicando nuestras discordias? ¿Sólo despertaremos al peligro cuando éste nos haya aplastado?»

Un anglosajón declaraba hace poco que «á consecuencia del canal de Panamá, Centro América estará en breve, respecto á los Estados Unidos, en el mismo caso en que desde hace algún tiempo se halla Cuba». De la invasión que avanza no culpemos á los demás, sino á nosotros mismos.

Lo que nos ha perjudicado hasta ahora ha sido la noción que tenemos de la nacionalidad. Las fronteras están más lejos de lo que suponen los que sólo atienden á mantener dominaciones efímeras, sin comprender que por sobre los intereses del grupo están los de la patria y por sobre los de la patria los de la confederación moral que forman los hispanos dentro del Continente.

M. Paúl Leroy Beaulieu ponía para el mantenimiento de nuestra común independencia tres condiciones: orden en el interior de los Estados, paz entre las repúblicas hermanas y relaciones económicas con Europa. Lo que más urge es establecer un leal acuerdo entre los partidos dentro de la nación y entre las naciones dentro de la América amenazada, para no seguir favoreciendo el ímpetu de los yanquis. Que sobre nuestras luchas flote algo así como una preocupación superior, como un espíritu de

raza, como un patriotismo final que sea la resultante de todos los otros. Tengamos, por lo menos en lo que se refiere á la política internacional, una patria única y sepamos defenderla de la manera más alta: con el sacrificio de las pasiones egoístas, subordinando los intereses de aldea á la salvación del conjunto.

El porvenir depende de nosotros. «El progreso se hará si queremos que se haga—decía Tarde—, si tomamos consciencia de sus condiciones y de sus medios y si lo juzgamos subordinado á nuestro querer, á nuestro espíritu de sacrificio. Creer que se realizará solo, es hacerlo imposible.» Así de la salvación integral de la América española. Será la obra de nuestra perseverancia, de nuestro desinterés, ó no será.

Ya hemos visto que la coordinación de las repúblicas no es un sueño irrealizable. Italia se formó con provincias heterogéneas y Alemania reune principados que se combatieron más de una vez. Nada se opone á un acercamiento de los países nacidos de la misma revolución y el mismo ideal. Supongamos que en una gran Asamblea hispanoamericana, después de admitir la urgencia de acabar con las rivalidades que nos roen, se resuelve dar forma práctica al deseo de unión que está en la atmósfera. Imaginemos que se acuerda que cada una de las veinte repúblicas nombre delegados y que, sin rozar la administración interior, limitándose exclusivamente á nuestra fachada ante el

mundo, esos representantes se erigen en comisión de Relaciones Exteriores y asumen la dirección superior y la representación externa de la raza, de acuerdo con leyes generales discutidas en los Parlamentos respectivos. ¿Quién puede sentirse lastimado? El órgano centralizador que pondría nuestro orgullo y nuestra integridad territorial á cubierto de todas las ansias, lejos de disminuir la independencia de los países adherentes, la garantizaría en grado máximo, porque al entorpecer las intervenciones dejaría á todos mayor reposo para realizar dentro de los límites de cada Estado los ideales de la democracia local.

Sólo se opondrían á la realización del proyecto las susceptibilidades minúsculas. Pero llegados á este punto, nada sería más fácil que calmarlas, concediendo á las naciones chicas una representación que equilibre el predominio de las otras y especificando que el comité funcionaría sucesivamente en cada una de las capitales, escalonadas por orden alfabético, número de habitantes ó día en que proclamaron su independencia. Montevideo podría ser quizá, á causa de su equidistancia, el Wáshington de la América del Sur. En todo caso los detalles de aplicación no deben poner trabas al triunfo de una idea comprendida y adoptada por todos, especialmente en una circunstancia en que el hecho mismo de desear la *entente* equivale á consentir los sacrificios sin los cuales ésta no puede ser posible.

La creación de un resorte supremo que coordine

las pulsaciones de la raza y dé á nuestros ochenta millones de hombres la cohesión indispensable para afrontar las luchas futuras y presentar ante el extranjero un bloque, una voluntad y una fórmula, acabaría por disipar las incredulidades que entorpecen la transformación del proyecto en realidad. No nos dejemos convencer por los que llaman ensueño á todo lo que no ha sido vivido aún. El porvenir no es ilusión, sino vida inexpresada que espera el instante de surgir y que nosotros podemos traer á la superficie con una flexión de los músculos. Los pueblos necesitan para realizar sus destinos y para defender su vigor algo así como lo que mantiene la frescura de los lagos: un hilo de agua cristalina que trae los gérmenes vivificadores y un desagüe progresivo que se lleva los elementos inútiles. Sepamos olvidar lo que dió á nuestra tradición cuanto traía en sí, para favorecer el triunfo de las energías renovadoras que aguardan el momento de manifestarse. Y familiaricémonos con los imposibles. En la mayoría de los casos, éstos sólo son aparentes, porque el empuje es siempre superior á la resistencia, cuando existe la voluntad de vencer.

Al acortar la distancia entre las repúblicas, defenderemos hasta en sus raíces el espíritu que nos anima. Porque no es sólo la independencia de un pueblo lo que hay que salvar; es una civilización que comienza á definirse. El alma de la raza reverdece en el Nuevo Mundo y los españoles de América experimentan el deber de salvaguardar lo que debe

nacer de ellos; como los de Europa sienten la obligación de dar atmósfera á lo que puede ser acaso la prolongación brillante de una hegemonía. Extirpemos en ciertas regiones la opinión infantil de que el peligro no existe. Destruyamos en otras la creencia desconsoladora de que es irremediable. El ímpetu capaz de reconstruir el porvenir está paralizado por el optimismo hueco de los unos y el pesimismo resignado de los otros. Y recordemos á cada instante que los hombres que hicieron la Independencia tendieron siempre á la unión, como Bolívar y San Martín. El desmigajamiento vino después, con las pasiones y los bandos. Pasadas las épocas de desorientación y de delirio—que quizá fueron necesarias, porque conmovieron la conciencia continental á la manera del arado que destroza para preparar las cosechas futuras—, es justo que vuelva á resurgir la tendencia de los fundadores de la patria. El empuje salvador forzará acaso los límites de lo que nos parece irrealizable, y bajo la espuela del peligro, las primeras tentativas de concordia tendrán que tomar cuerpo hasta trocarse en la alianza que puede ser el primer paso hacia la confederación triunfal.

Desde el punto de vista moral formamos ya un bloque seguro. ¿Qué diferencia hay entre la literatura chilena y la uruguaya, entre la de Venezuela y la del Perú? Con leves matices, se advierte de Norte á Sur un sólo espíritu. En lo que toca á las instituciones, ¿no hemos adoptado todos la república y no hacemos gala dentro de ella de las mismas cualida-

des y los mismos defectos? Y en lo que se refiere al idioma, que es el lazo esencial entre los grupos, ¿no conservamos el culto del que nos legó la madre patria? ¿No son en muchos casos comunes nuestros héroes? ¿No obedecemos al encontrar en Europa á un hispanoamericano nacido en la república más lejana de la nuestra á algo así como un ímpetu obscuro que nos hace considerarle como á un vecino de nuestra propia ciudad natal? ¿Y no circula igualmente por nuestras venas la sangre española y la savia americana que nos confunde bajo una denominación única?

Tengamos fe en el porvenir. Robustecida la noción de la grandeza de mañana por las ventajas crecientes que registra el orgullo nacional; vigorizado el ímpetu con ayuda de una certidumbre; ensanchados los horizontes ante la urgencia de cohesionar las patrias, la América española puede aspirar á los triunfos más altos y más duraderos. Todo contribuye á hacer de ella una de las cimas del mundo. Su situación privilegiada, que le concede todos los climas desde el Ecuador hasta el mar austral; su prosperidad inverosímil, que la pone á la cabeza de las naciones exportadoras; su juventud viril, su cosmopolitismo generoso y su noble audacia la transforman en campo abierto á las promesas del sol. Si la prudencia la pone al abrigo de mortales intervenciones, se podrá decir que la especie ha ganado un campo de oro. Porque no se trata de alternar los egoísmos ni de impedir la tiranía anglosajona para

imponer la nuestra, sino de mantener el libre juego de una nacionalidad alimentada internacionalmente para abrir en el mundo, bajo el amparo de la civilización latina, una posibilidad de acción á todos los hombres.

Derribemos el obstáculo que se opone á la ascensión total. Nuestra América es hoy copia de esos juguetes que consisten en una infinidad de cajas concéntricas. Se rompe la primera y aparece la segunda; se destruye la segunda y surge la tercera, sin que tenga límite el fraccionamiento cada vez más artificioso, que parece obra de maniáticos empeñados en pulverizar la vida. Ha llegado el momento de hacer síntesis. Á la Argentina, al Brasil, á Chile y á México incumbe el deber de encabezar la cruzada. Su prestigio, su alta cultura y sus progresos capacitan á esos países para salvar la situación. Desde el punto de vista colectivo, la dispersión nos perjudica más que una derrota diaria. Desde el punto de vista particular, cada república se halla indefensa ante las amenazas del imperialismo. No hay que gesticular con el pensamiento en lo que dirán los contemporáneos, sino en lo que fallará el porvenir. Los mejores patriotas serán los que pospongan los patriotismos locales al patriotismo continental.

Lo que la Argentina dividida y anárquica de hace cincuenta años hizo para defenderse de un pueblo hermano como el Brasil, tenemos que hacerlo ahora en bloque con mayor razón para preservarnos

de la arremetida de los yanquis. El canal de Panamá modifica las perspectivas del mundo y nuestras grandes ciudades del Sur, orientadas parcialmente hacia el idealismo práctico que predomina entre los anglosajones, tienen el deber de encabezar la cruzada, oponiendo la civilización victoriosa que florece en las costas del Atlántico á la avidez agresiva de los conquistadores nuevos.

La organización interior

I

La democracia hispanoamericana

Tan importante como el de la integridad material y moral, es el problema de la organización interior, porque de la buena utilización de las energías hispanoaricanas depende la salud nacional.

Si queremos trabajar sobre el futuro, hiriendo al mal en su reserva de siglos, conviene tener ante todo una visión clara de lo que desde el punto de vista social significa nuestro carácter. La desorientación que comprobamos en torno, proviene de que durante un siglo el sudamericano no ha tenido más imagen de la vida que su aldea, su barrio, su calle y su casa. Ha dormitado en un sótano. Nadie le recordaba que existen millones de casas, calles, barrios y aldeas y que sus iguales no son sólo los seres con quienes vive en intimidad, que sus compatriotas no acaban en el límite de su Estado ó su república, sino que son las masas innumerables que cubren la América española. Á medida que el progreso remueve las costumbres, la visión de las cosas

se metamorfosea y empezamos á salir del villorio para vivir en el Continente. Sin embargo, nos falta aún el conocimiento de la propia atmósfera, sin el cual no hay ímpetu ni acción durable.

No quiero exagerar la afirmación. Quizá dentro de cada república lleguemos á tener á veces una idea aproximada de lo que somos. Pero ¿cuántos logran abarcar y comprender la síntesis de la nacionalidad superior? ¿Abundan los hispanoamericanos que puedan erguirse y dominar mentalmente el territorio como un francés cierra los ojos y se siente en contacto con toda Francia? ¿Existe dentro de cada uno la noción ó el esbozo general de lo que podemos alcanzar colectivamente? Á ciertos pueblos se les gana con un elogio, como á determinadas mujeres se las conquista con una corbata, pero esa puerilidad no puede ser el rasgo predominante de nuestra América, y justo es confesar, saltando por encima de las susceptibilidades, que en este punto no hemos salido aún de la infancia.

Cuando, después de las negaciones de la primera juventud, empezamos á experimentar la sed de construir, el primer obstáculo que nos detiene es la falta de conocimiento de nosotros mismos. ¿Cómo remover y modificar un mundo cuya suprema esencia ignoramos? ¿Cómo asignar forma y límites á una masa que no alcanzamos á definir? De aquí la timidez. En la imposibilidad de abarcar hasta el límite, por encima de las vegetaciones y de las nieblas, nos refugiamos en minuciosidades de terruño, fraccio-

nando hasta el infinito la enorme zona que escapa á nuestra comprensión.

Contra este defecto vamos á tratar de reaccionar en los últimos capítulos, aunque en tan pocos párrafos no sea posible estudiar el asunto con la extensión que él exige. Saber lo que son y lo que valen las veinte repúblicas, delimitar las esperanzas que ese conjunto inspira y definir el espíritu de las reformas que se imponen para dar á la raza nueva el sentimiento de su responsabilidad, la medida de sus ambiciones y el campo de sus posibilidades, sería obra superior al cuadro que nos hemos trazado al comenzar. Por eso debemos limitarnos á cuatro líneas. Á medida que se desarrolle el sentimiento de solidaridad y se despierten las curiosidades y las inquietudes que imponen el pasado, el presente y el porvenir, irán surgiendo los sociólogos que deben analizar los orígenes, las realidades y las prolongaciones del grupo enorme y confuso de que formamos parte. Estas páginas solo contienen un sumario, cuya vaguedad, impuesta por la amplitud del asunto, será remediada quizá después por los que estudien fragmentariamente nuestro proceso social y los problemas vitales que nos sitian.

Nada es, por otra parte, más difícil que tocar ciertos puntos. Como el telégrafo nos pone por intermedio de nuestros grandes diarios en contacto constante con Europa, hemos acabado por creer en algunas regiones que formamos en cierto modo parte de ella, y nos sentimos lastimados cada vez que

alguien remueve las supervivencias ó los errores que queremos esconder. Pero dado que la civilización no consiste en aplicar dócilmente todas las fórmulas modernas, sino en tener vida propia y en examinar las que se ajustan al grupo, fuerza será romper algún día con la ilusión que nos adormece. En realidad, no somos ni como el mundo nos cree, ni como nos suponemos nosotros mismos. Entre el injusto desdén del extranjero y la propia suficiencia, hay forzosamente un punto de equidad. La cultura de la América española es, desde luego, incalculablemente más alta de lo que la opinión supone. Podrá haber manchas y contrastes, asperezas y descuidos, anacronismos y desafinaciones, pero en resolución se trata de un gran conjunto prodigiosamente apto para el progreso intensivo, que es la característica de hoy.

Sin embargo, hay que confesar que todavía no somos pueblos productores de vida. Nuestro músculo es la agricultura, nuestra fuerza está en la facilidad para la aplicación y en ningún caso podemos medirnos con las grandes naciones. Llevamos los sentimientos de primera intención, rectangulares y rústicos, mientras que ellas los tienen afiligranados y flexibles. Nos falta el ansia de crear, que es una de las distintivas de los grupos hechos. Y nuestro mecanismo interior tiene la pesada simplicidad de los relojes clásicos.

¿Que si esto implica una jerarquía? Á nuestro juicio marca una diferenciación, sin probar una

inferioridad. Acaso resulte esa frescura la mejor de las habilidades, porque el ideal sería absorber la suprema ciencia, evitando el cansancio y el refinamiento de las razas que traen sobre sus hombros desde la fuente de los siglos, no se sabe si como una fatalidad ó como un trofeo, el fardo obscuro de la civilización.

En todo caso, somos *diferentes*, y esto es lo que han de tener en cuenta los improvisadores que creen sentar plaza de hombres nuevos transportando al terruño cuanto florece ó triunfa en Europa. Pidamos á todas las civilizaciones lo que puede concordar con nuestras características geográficas, étnicas y sociales, pero no nos obstinemos en ir contra la lógica, imponiendo por imitación lo que debe nacer espontáneamente.

Claro está que al hablar del espíritu de la democracia hispanoamericana, sólo tenemos en cuenta el de la mayoría dominante. Algunas repúblicas están en plena actividad, otras inmóviles, y fuerza es dar á los unos y quitar á los otros para establecer un equilibrio. Sin contar con que dentro de las corrientes de cada país existen minorías que reman hacia otros rumbos. Pero éstas no tienen la fuerza indispensable para imponer su voluntad y se ven arrastradas casi siempre en el esquife común hacia los mismos horizontes. Sin embargo, nada es más contradictorio que el alma de nuestro Continente. No porque carezca de la unidad indispensable para inspirar un juicio en bloque, sino á consecuencia

de la etapa de elaboración en que nos hallamos. No es posible fijar de lleno los relieves de una masa en fusión que no ha cuajado todavía.

Volviendo los ojos hacia el pasado nos explicamos algunos puntos. Bajo la dominación española, la América del Sur fué un mar de hielo, donde se ahogaban los espíritus. Un aletear de ideas bastaba para amedrentar á la multitud sumisa. La Metrópoli se impuso como un dios de la inmovilidad. Y aunque el espíritu de la Revolución triunfó más tarde, hay que confesar que, aun en medio del motín creciente de las pasiones, la tradición logró conservar su influencia sobre las muchedumbres. Los gobiernos optaron por la forma autoritaria. Vanos prejuicios se interpusieron entre el progreso y las tierras nuevas. Y fué necesaria mucha sangre para alcanzar por lo menos la sombra de la libertad. Como he tenido ocasión de decirlo en el prólogo de mi *Joven literatura,* con excepciones raras, el estado social de las repúblicas después de la independencia fué lamentablemente caótico. Desmelenadas, sedientas de acción, con todo el ímpetu de quien recupera la vitalidad después de una inacción larga, aquellas sociedades, demasiado precoces para ser reflexivas, demasiado ardientes para ser justas, se lanzaron en tropel á explorar lo desconocido. La vida perteneció á los más hoscos, á los más violentos, como la fruta, la mujer ó la choza, pertenecían á los más fuertes en las selvas obscuras de las edades primitivas. Y de esta orgía de instintos, que se prolonga aún en de-

terminadas regiones, nacen los desfallecimientos que han entorpecido la ascensión triunfal.

Lo primero que se advierte en el Nuevo Mundo es la contradicción entre la amplitud de las constituciones y la bajeza de la vida política. El derecho de voto, que es la base de nuestro contrato social, resulta casi siempre un fantasma, porque los gobiernos ó los partidos se sustituyen á la voluntad del pueblo mediante el fraude ó la revolución. Esto haría suponer que se trata de democracias dóciles, incapaces de defenderse. Pero no es ese el bache que facilita los atentados. El verdadero origen es la falta de educación política, como veremos en el capítulo siguiente.

Algunos han atribuído el desorden á la forma de gobierno, basándose en la frase de Rousseau: «La democracia conviene á los Estados pequeños, la aristocracia á los medianos y la monarquía á los grandes.» Pero ni Rousseau hizo por justificar esa máxima, ni los que invocan tan alta autoridad tienen en cuenta el ejemplo de los Estados Unidos. Además, en tales cuestiones no basta considerar lo conveniente; hay que tener en cuenta lo justo. Aun suponiendo que en los países vastos resulte difícil mantener la forma republicana, no sería ésta una razón para caer en el contrasentido más evidente. Partiendo de la base de que según el mismo Rousseau cada ciudadano tiene derecho á la libertad, y dado que ésta es propiedad inalienable de cada uno, fuera sofisma inconcebible reconocerla á qui-

nientos mil para negarla á diez millones. Toda forma de gobierno encierra sus peligros, y en evitarlos está la habilidad del legislador. Suprimir el sufragio libre porque de él derivan la dictadura y el fraude, fuera lo mismo que abolir el pensamiento porque éste es susceptible de encaminarse hacia el mal.

No niego que si ciertas repúblicas hispanoamericanas han reaccionado victoriosamente en estos últimos tiempos contra los errores que nos ocupan, otras se debaten aún en la sombra. Un escritor yanqui comentaba así en la *North American Review* las costumbres de algunos países del trópico.

«Cuando uno va hacia la América latina piensa que la estrella de la libertad, como la de Belén, es la que nos guía y que allí encontraremos á los hombres animados de nobles resoluciones, luchando por ellas como lo hacemos nosotros. Esta suposición parece cierta al leer las profusas declaraciones en favor de la libertad, la igualdad y la justicia; pero pronto conoce el viajero que todo eso sólo sirve para vociferar desde lo alto de esas comunidades, en donde la anarquía y el despotismo reinan como soberanos. Todas esas visiones de Constitución con sagradas garantías de la libertad personal, todas esas leyes cuajadas de rotundos períodos sobre la igualdad se disipan en breve, y el observador encuentra, en vez de ellas, los decretos de los dictadores y de los déspotas militares. Á la verdad, los tales decretos están llenos de animosas protestas de

imperecedero patriotismo, de referencias á la sagrada voluntad del pueblo y de llamamientos á la Divinidad, en testimonio de la pureza de intenciones y de la inmaculada nobleza de carácter de sus promulgadores. Pero nada de esto engaña al observador inteligente, quien al poco tiempo de hallarse en el suelo latinoamericano, descubre que se halla fuera de los límites de la civilización. Para cada paso que dé ha de obtener del jefe militar un pasaporte, y adondequiera que vaya ha de ser examinado por un soldado ó un policía, que le pregunta su nombre y ocupaciones; si envía un telegrama ha de obtener previamente la aprobación del censor del gobierno; si escribe una carta tiene cien probabilidades contra una de que sea abierta y leída por las autoridades postales antes de ser remitida; si va por una acera no sabe en qué momento lo detendrá el *¿quién vive?* de un soldado que le apunta con su maüser y le oblga á seguir por el arroyo; si reclama ante el cónsul norteamericano, puede ocurrir que la boca de este funcionario haya sido desde hacía tiempo sellada por concesiones del gobierno ó que sea partidario de las intrigas del momento. Con todo esto no ha hecho el viajero más que comenzar á iniciarse, pues esto lo ve cualquier inteligente á las cuarenta y ocho horas de haber pisado territorio latinoamericano, á excepción de las repúblicas de México, Chile y la Argentina. Las leyes de todos esos países establecen la manera de proveer por elección los cargos públicos y los trámites diversos á que han de someterse las

leyes antes de ser promulgadas; pero eso no pasa del terreno puramente teórico, pues jamás se verifica una elección á la manera de las nuestras, ni se legisla por otro procedimiento que por los decretos del dictador. Cabrá la duda á los lectores de si esta situación anárquica será solamente anormal y pasajera, pero en ciertos países latinoamericanos ha sido lo ordinario desde su emancipación de España, y sólo ha cesado á intervalos, cuando algún dictador, más fuerte que sus contrarios, lograba por la fuerza de las armas hacer respetar su autoridad.»

Descontando la pomposa exageración inevitable, no deja de haber algo cierto en estas duras palabras. Nuestro punto de partida no fué el más propio para facilitar el florecimiento de repúblicas al estilo de la que los anglosajones fundaban al Norte del Continente. Y las particularidades de la vida nacional, las falsas direcciones que nos impusieron algunos de los gobernantes surgidos de la casta directora inamovible, mantienen en determinadas zonas un estado político enojoso que está muy lejos de realizar las aspiraciones comunes. Una tradición hosca y un conservatismo ciego nos hacen olvidar que el lema de la República, libertad, igualdad, fraternidad, contiene el programa de los partidos más avanzados. Parece que una mano de sombra nos barre de la vida para arrinconarnos á obscuras en la concepción autoritoria. Sin embargo, en nuestra historia ha habido hombres que pudieran servir de ejemplo bajo las democracias más perfectas. El desprendimiento

con que abandona Puyrredón una parte de sus honorarios á los estudiantes pobres y la dignidad con que se aleja San Martín de las repúblicas que han nacido de su genio—para no citar más que dos rasgos familiares—, son hechos que hablan muy alto en favor del Continente y de la raza.

En lo que toca á atrevimientos políticos, también hemos tenido figuras que se adelantaron en cierto modo á los ideales modernos. Bien sé que algunas desaparecen á nuestros ojos tras la leyenda sanguinaria que levantaron los adversarios como una polvareda de huída. Los procedimientos rudos unidos á la dificultad de separar en lo que á tales episodios se refiere la verdad del error, envueltos como estamos todavía en las pasiones y las represalias, hacen que nos dejemos influenciar á menudo por la opinión corriente. Pero deduciendo sin pasión, leyendo la vida á través de los comentarios que la adulteran ó la violan, caemos fácilmente en la cuenta de que Rosas y Artigas, hombres apasionados y violentos, no hubieran levantado tantas resistencias en una época que precisamente pertenecía á los hombres violentos y apasionados, si no hubieran vivido en lucha con las pequeñas oligarquías locales. Dueñas éstas de los medios de publicidad, é inspiradoras de los pocos que por aquel tiempo podían servirse eficazmente de una pluma, se defendieron con entusiasmo, y los dictadores rojos tuvieron que sucumbir ante el ataque de los que, apostados en las cuatro esquinas de la opinión, les hacían una guerra insos-

tenible. Pero esos gauchos bravos habían nacido en momentos en que Europa ardía en la llama de la Revolución, y á medio siglo de distancia, con las modificaciones fundamentales que imponía la atmósfera, sintetizaban de una manera confusa en el Mundo Nuevo el esfuerzo de los de abajo contra los de arriba. No eran instrumentos de la barbarie. Eran producto de una democracia tumultuosa en pugna con los grupos directores. Si la independencia había sido hecha á la sombra de los girondinos, los jefes sanguinarios de nuestra era caótica se inspiraron confusamente en Robespierre. Este último error les impidió triunfar. Todos reprobamos sin atenuaciones los atentados á que dió margen la concepción tiránica. En nuestras épocas en que, empleando la frase de Saint-Just la libertad ha dejado de ser el furor de un partido, no se conciben tan hoscas desafinaciones. Pero hay que juzgar á los individuos según la época y el medio en que desarrollaron su acción. Y los que nos ocupan no fueron, después de todo, más que excrecencias selváticas favorecidas por un ambiente enervador y volcánico.

La violencia sólo resulta en nuestro siglo una forma anticuada de la energía y la vitalidad social. Los países más sólidos de la América española han dejado atrás las supervivencias del caudillaje. El horizonte se ha ensanchado de tal suerte, que ya no son posibles los procedimientos de otras épocas. Una gran masa autóctona, antes pasiva y alejada de la vida nacional, y una inmigración copiosísima que

aumenta en proporciones formidables, se han incorporado más ó menos directamente á la política y á la opinión, dando mayor estabilidad á las instituciones y dificultando los vuelcos del individualismo exasperado. De suerte que no está lejano el día en que podremos saludar aquí y allá el advenimiento solemne de una democracia integral.

Desgraciadamente en otras regiones el problema político es todavía inseparable del problema de la seguridad nacional. El desmigajamiento excesivo, la incapacidad para gobernarse y las ingenuas luchas tumultuosas, favorecen en el orden interior la intrusión disolvente del brazo imperialista y facilitan la acción deprimente de los interesados en mantener la anarquía. De aquí que en esos países lo que más urge sea asegurar la independencia. Hablar de organización sin haber afianzado la autonomía, equivale á discutir el color con el cual vamos á pintar nuestra casa antes de estar seguros de tener una. Pero esto no equivale á argumentar en favor de militarismos inútiles. Lo que conviene en esas zonas no es armarse, sino desarrollar los músculos, dar volumen á la vida y crear una entidad digna de respeto con ayuda de las naciones hermanas más fuertes. Amenazados por influencias incalculablemente superiores, sólo pueden aspirar ciertos grupos á mantenerse por el derecho y por la fraternidad.

II

Costumbres políticas

Las persistentes revoluciones han difundido la convicción de que las repúblicas sudamericanas son entidades sujetas al capricho de tiranuelos absurdos. Descontando la exageración, hay que reconocer que se han encorvado casi siempre bajo el azote de la dictadura. Pero justo es confesar también que los sangrientos desórdenes que interrumpen la prosperidad de las comarcas nuevas derivan paralelamente de la tiranía de las autoridades y del espíritu levantisco y susceptible del pueblo.

Á la distancia, nada resulta más inexplicable que los movimientos caprichosos que imprimen á la América del Sur la apariencia de un mundo de pesadilla, donde todo naufraga en bataholas impotentes. El telégrafo no parece unirnos á Europa más que para notificar conmociones que derriban á los césares y los reemplazan, sin que nadie vislumbre nunca los beneficios ó la finalidad del cambio. De suerte que no es posible reprochar á los irónicos la sonrisa con que subrayan nuestras discordias. El

estado normal es la guerra, y la frase de una actriz ilustre: «¿No podrían hacer ustedes otra revolución para mí?» sintetiza en cierto modo la opinión de muchos.

Claro está que al argumentar así no se tiene en cuenta que se trata de veinte naciones y que la revolución no estalla siempre en la misma. También se ignora que muchos Estados gozan de una constitución federal y que una provincia bulle por razones que no tocan al resto de la república. Á pesar de todo, es imposible dejar de asombrarse de la facilidad con que en determinados países se combina un complot, se sublevan los regimientos y se desencadena la violencia.

El origen del mal arranca de las alturas. Si en comarcas donde el sufragio libre es una realidad, los partidos contraen el compromiso de honor de emplear los medios legales, en pueblos sometidos á la tiranía, la rebelión puede ser un movimiento legítimo. Sobre todo en América, donde no es posible detener la historia en mitad de su curso para decir: «De hoy más toda sublevación es ilegal», siendo así que la mayor parte de las legalidades actuales son hijas de las luchas y los levantamientos de ayer. Al condenar las intentonas de los aventureros que sólo aspiran á escalar las cúspides para saciar sus apetitos, hay que tener en cuenta la opresión de los que por las mismas artes y con iguales fines se han afianzado en el gobierno. La futura paz interior será un resultado de la honra-

dez de los directores y de la creciente capacidad de los dirigidos para exigir su soberanía. Hoy por hoy no es posible condenar todas las cóleras, porque el orden sólo puede ser durable á condición de reposar sobre la equidad. Cuando los jefes quieran hacer efectivos los derechos teóricos que acuerdan las constituciones, y cuando los ciudadanos sepan contribuir á determinar por medio del voto los destinos de la nación, no se planteará el problema de la paz porque todos estarán interesados en mantenerla. Claro está que los motines sin plan y sin doctrina, que se multiplican en algunos Estados no contribuyen á mejorar nada. Pero lo que alienta la esperanza de los aventureros de abajo es el éxito de los usurpadores de arriba, y para destruir á los caudillos revoltosos, lo más eficaz será acabar con los gobiernos tiránicos que difunden la idea criminal de que la dirección de los asuntos colectivos pertenece á los audaces y á los que saben sustituirse á la voluntad del grupo.

Á pesar de todo, las sacudidas dolorosas que detienen el empuje de algunas de nuestras regiones más fértiles no pueden perpetuarse. La rápida evolución que nos lleva no tardará en dejar atrás las etapas primitivas por las cuales atravesamos parcialmente. De aquí que no urja cicatrizar las llagas, sino extraer las raíces. Estamos en un período de organización, y hay que empezar por el principio, estableciendo en cada república, según sus características y su estado, el punto de partida legal de

donde arranca una organizacion definitiva. Lo esencial es cambiar la atmósfera en que se desenvuelve la democracia. Aunque las dirijan los hombres más íntegros y aunque las consideremos desde el punto de vista de la libertad popular, las revoluciones son casi siempre ineficaces. «Imaginan derribar la tiranía—decía Luis Blanc—derribando al tirano. ¡Error! El mal está en el fondo de las cosas. No existe porque alguien lo representa; alguien lo representa porque existe.»

Antes que nada, hay que modificar la concepción que tenemos del esfuerzo común. El fondo de nuestra política es el personalismo, y lo peor de todo es que ese personalismo está representado en la mayor parte de los casos por gentes que no tienen personalidad ninguna. Cuanto más altos son los hombres, menos inclinados se sienten á dominaciones inmediatas; ¿pero quién limita la voracidad de los enanos? El pueblo tiene su parte de responsabilidad en estas cosas. Hacer política ha sido para nosotros sinónimo de acaudillar muchedumbres. Sólo concebimos el adelanto á la zaga de los caudillos. Tenemos una predilección particular por el valor y los grandes gestos, y aunque hemos renunciado á los hombres providenciales y á los fanatismos de horda, hay que reconocer que no son los choques de doctrina los que remueven con más frecuencia la opinión.

Para comprender nuestras batallas sin gloria, el extranjero tiene que olvidar las clasificaciones

corrientes en el resto del mundo. En la Argentina, por ejemplo, hay un Partido Nacional y un Partido Radical. El primero lleva ese nombre porque hace mucho tiempo, casi en los orígenes de la nacionalidad, se pronunció en favor del federalismo, en contraposición á los unitarios que persiguieron la hegemonía de la ciudad principal, y el segundo adopta ese título porque constituye la fracción intransigente de una Unión Cívica que defendió en su tiempo, entre otras cosas elementales, el sufragio libre y la honradez pública. Pero como ni los *nacionalistas* se hacen un programa del patriotismo, ni los *radicales* sueñan en separar la Iglesia del Estado, salta á los ojos que las palabras sólo tienen una significación muy relativa.

Los programas se aderezan, en general, con nombres sonoros, alrededor de los cuales se agrupan más apetitos que simpatías. Las promesas son clásicas: orden en la administración, paz, protección á la industria... Claro está que á falta de ideas, subsisten algunas tradiciones. En el Uruguay, por ejemplo, los «colorados» son más demócratas que los «blancos». El señor Batlle y Ordóñez ha sido un gobernante avanzadísimo. Pero esas lejanas preferencias no se traducen en todas partes en decretos y las luchas políticas son casi siempre rivalidades de personas. De aquí la facilidad con que se producen los choques. Un grupo juzga que el presidente gobierna mal, decide que él gobernará mejor y la revolución está hecha.

Felizmente la prosperidad prodigiosa y el inevitable reposo de la edad madura han modificado en el extremo Sur las costumbres. La política, que hasta ayer estuvo en manos de profesionales y de algunos hombres probos á quienes se sacrificaba sistemáticamente, comienza á interesar al gran público. Las aventuras revolucionarias, cada vez más difíciles, marcan los últimos esfuerzos del pasado para mantenerse en un campo rehecho por la mentalidad de Europa. Y como la juventud empieza á medir el vacío de las luchas sin objeto en que perdía su vigor, los viejos partidos se arremolinan, trabajados por la necesidad de manifestarse simpáticos ó hostiles á las corrientes regeneradoras. Nada es, desde luego, más difícil para ellos que adoptar una actitud. Formados por gentes venidas de los cuatro puntos cardinales, cobijan todos los matices del arco iris. Las ideas tienen la virtud de desmoralizarlos. Un simple proyecto de ley de divorcio los anarquiza. De suerte que no es arriesgado prever la desaparición de grupos que sobreviven á la modalidad que les dió atmósfera y el nacimiento de otros, formados, al influjo de las necesidades modernas, alrededor de una analogía de razonamiento ó de carácter. En Chile se ha hablado ya de separar la Iglesia del Estado; la Argentina estudia leyes encaminadas al mejoramiento social; México ha hecho efectivas desde hace años las más avanzadas reformas, y el Uruguay empieza á singularizarse por su espíritu juvenil, suscitan-

do así en todas partes un movimiento nuevo que reconcilia á los grupos más antagónicos y hace posible en el porvenir la creación de fuerzas más seguras.

Pero esto asoma en germen todavía. Aun nos hallamos en una etapa inferior; producto mixto de nuestras concepciones rudas y de las grietas del carácter. Al norteamericano le basta para ser feliz con tener excelentes ferrocarriles, buenos caminos, hoteles espléndidos y una vida sonriente de comodidades corporales. El hispanoamericano de ciertas regiones necesita, además de la sombra de todo eso, el derecho de alcanzarlo sin moverse de su hamaca. El primero, arrebatado por la actividad y el goce de una existencia vigorosa y fecunda, es un incomparable juglar de cifras y un gobernante ejemplar. El segundo, esclavo del ensueño, víctima de los abandonos, tiene todas las condiciones esenciales para ser escritor ó músico y carece de los resortes indispensables para dirigirse. Si el yanqui busca el camino más rápido para llegar á un fin, el latino elige el más hermoso. De aquí que resulte un dilettante mal adaptado á la época en que nació, de aquí qne cultive celosamente el patriotismo de sus vicios, que son, por otra parte, los del Olimpo griego: la Pereza, el Amor, la Vid y la Discordia, y de aquí que sea violento en política como en todo.

Si, como un autor declara, la esencia del individualismo consiste en transformarse en rebelión

cuando soporta el poder y en tiranía cuando lo posee, somos profundamente individualistas. Pero el individualismo de la masa toma una forma personal y servil. Nos apasionamos y nos hacemos matar por un hombre, sin que nos asalte la idea de saber cuáles son las corrientes morales que él representa. Los credos reposan sobre pedestales de palabras. Z y X declaman períodos grandilocuentes que terminan en «libertad», «progreso» ó «constitución», y tomamos partido por uno ó por otro, sin razón atendible, como elegimos cara ó escudo en un juego de azar. Luego nos enceguecemos al calor de la terquedad nativa, y cuando venimos á las manos, como ocurre á menudo, rompemos, herimos y destrozamos con insuperable convicción, pero sin tener ninguna idea segura sobre el antagonismo que nos separa. Por otra parte, nuestros hombres necesitan siempre ser jefes de algo. No reina aún en la América del Sur la era en que las ambiciones avanzan escudadas por doctrinas. La lucha es brutal y clara entre los que quieren ocupar el primer puesto. Y como en países altivos, donde el peor insulto que se le puede hacer á un ciudadano es llamarle adulador, son muchos los que aspiran á trabajar por cuenta propia, se explica que la guerra civil haya sido hasta hace poco una función nacional.

Ya hemos visto que en determinados puntos el problema político se complica con el de la raza. Los indios y los mestizos, despojados por la con-

quista ó consagrados inferiores por la revolución, se encuentran en la nueva colectividad como en un mundo extraño.

Los políticos utilizan la combatividad de esas masas, corrompiéndolas con la vida aventurera de los combates y haciéndoles ver la dicha en la exasperación de la individualidad. Quizá es ese el mayor obstáculo que se opone á la renovación de nuestras costumbres. En las capitales populosas, no es difícil imponer la realidad del sufragio. Pero en las ciudades del interior y en los villorrios donde se agazapan aún las hosquedades de América, parece por ahora cosa imposible. De suerte que sin aceptar la frase de Pascal—«cuando no es posible forzar á los hombres á obedecer á la justicia, es justo obligarles á obedecer á la fuerza»—habrá que esperar el establecimiento de la legalidad de una presión ejercida por una «élite» sobre los partidos y las administraciones locales.

Es evidente que la raza que se acumula acabará por imponer la verdadera fisonomía. Se trata de hombres nuevos que unen muchas particularidades europeas al carácter rudo del medio en que se desarrollan y que se han creado una mentalidad particular, un poco autoritaria, pero equivalente en impaciencias á la del colegial que quiere saberlo todo. Esa precipitación es causa de muchas confusiones, pero en el fondo resulta favorable, porque abre la puerta al porvenir. Un soplo desconocido se insinúa. Se oyen voces ignoradas. Y en el des-

orden de los veinte países simpatizantes ó enemigos, prósperos ó ahogados por césares que sucumben á las revoluciones en incesantes luchas de primacía, empiezan á surgir intelectuales que se esfuerzan por transformar el medio que los oprime.

Pero en esa atmósfera hostil, la razón del que trabaja se exaspera fatalmente. Comienza por luchar contra la riqueza inmediata que le subyuga y concluye por descubrir el encadenamiento de las cosas y por combatir más ó menos teóricamente toda la organización social. Esto explica que la mayoría de los jóvenes escritores de la América española sean revolucionarios en el sentido más elevado de la palabra. Del choque de los espíritus superiores con los espíritus menos cultos ha surgido quizá la visión de la injusticia. La inestabilidad causada por guerras civiles, que sólo parecen apagarse para renacer con mayor fuerza, hace desear una organización en la cual la suerte de todos no sea juguete de una minoría ociosa y mal inspirada. Las llanuras fértiles que se extienden bajo el sol y donde queda aún, en la atmósfera y en el corazón de los habitantes, algo de la independencia y de la libertad primitivas, contribuyen á inspirar el deseo de una vida más sana. Por los puertos entra en forma de libro y de periódico el porvenir y el presente del pensamiento universal. Y al influjo de una literatura moderna empieza á formarse, inseguro y flotante aún, un gran núcleo de hombres independientes que se levantan contra las costumbres actuales. Unos se inscriben

en los partidos extremos. Otros conservan su libertad de acción. Pero todos forman una *montaña* donde se codea lo más sano de cada país.

Como no tenemos un pasado monárquico, en América no existen las fuerzas de reacción que hay en Europa. Los partidos más conservadores son turiferarios de la República. De suerte que la burguesía no es en el Nuevo Mundo latino el eje de la balanza, sino una de sus pesas. El terreno de lucha se encuentra delimitado entre el futuro y el momento actual. Y desde el punto de vista de las reformas se puede esperar todo.

Sin embargo, ciertas costumbres no desaparecerán fácilmente, porque derivan de vicios arraigados. El escritor chileno don Jenaro Abasolo decía en un estudio: «Los centros de amigos, que son como los focos legítimos de la opinión, se convierten en centros de camaradas inmorales, institutores de esa falsa opinión pública que hoy domina. Al pensador se le llama soñador, porque en efecto, va mucho más allá de la actualidad; al político generoso se le desecha como inexperto y visionario. Los grandes espíritus se dispersan, los pequeños se unen. Y esta dispersión de los pensadores, dejando solos y entregados á sí mismos á los conservadores y á los prácticos, éstos, por espíritu de oposición, se hacen rutinarios insolentes y políticos bufones que degradan la administración pública, si es que no van hasta entronizar dictaduras sangrientas. Mientras que cuando es posible la asociación de los buenos

y de los malos, si ella perjudica un tanto al enérgico desarrollo de los primeros, en cambio contiene á los segundos y los modera y los mejora. Esto tal vez tenía presente Solón al prohibir la abstinencia política, notando que los mejores ciudadanos, por pudor y por altivez natural, se abstenían generalmente de mezclarse en las elecciones y en la administración, viciadas á menudo por la intervención de odiosos intereses.»

Todo ello no es quizá más que un corolario, y por así decirlo, una continuación de nuestra historia. No haremos á los hombres de la Independencia el reproche de haber dado margen á una especie de oligarquía. Claro está que no era posible que se adelantasen á su tiempo para adivinar verdades. Grandes montañas de costumbre arrinconaban por entonces á las gentes en un campo engañoso y limitado. Mariano Moreno declaró que «toda persona que brindase por un individuo particular de la Junta debía ser condenada á seis años de destierro», pero se maravilló de que en una reclamación del vecindario interviniera una sociedad gremial. Por entonces dominaba el espíritu girondino de Condorcet. Y no es posible asombrarse de que la Revolución de 1810 olvidara la condición del indio, del mestizo y del proletario en general, cuando hasta la Asamblea Constituyente negaba en Francia el derecho de voto á los que nada poseían. Las audacias de la Convención llegaron al Nuevo Mundo y convertidas en leyenda de sangre. Por lo demás, la emancipa-

ción de las colonias españolas se produjo después de muerto el ímpetu, cuando el imperio había doblado todas las cabezas. Se puede decir que si los Estados Unidos usufructuaron en 1775 la aurora de una Revolución que estaba por nacer, nosotros sólo heredamos en 1810 la desorientación y el desorden de un movimiento sofocado. La mejor prueba de ello son las tentativas de restauración que, aunque combatidas por los generales y los políticos á quienes beneficiaban las luchas, dan una idea del pánico que se difundía en las comarcas incapaces de adoptar una forma de gobierno en tantos años de revoluciones sangrientas.

Si recordamos que la *charte* que Belgrano elaboró en Europa mientras recorría las cortes solicitando un rey, se titulaba *Proyecto de Constitución del Reino Unido de la Plata, Perú y Chile*, y si tenemos en cuenta que allí se especificaban entre otros puntos la inviolabilidad del monarca, la nobleza sin privilegios y la creación de una Cámara de nobles junto á otra de representantes elegidos por el sufragio, salta á los ojos que aquellas juntas compuestas de hacendados y doctores no tenían una idea muy clara de lo que convenía defender. Castro Barros declaró en el Congreso de Tucumán en 1816 que «el sistema monárquico es el que el Señor dió al pueblo de Israel, el que Jesucristo constituyó en la Iglesia y el más favorable á la conservación y progreso de la religión católica».

No ignoro que en otras regiones el pensamiento

futuro estuvo mejor defendido y que en Caracas se proclamó la república casi á raiz de la revolución. Pero en general, dentro del vasto levantamiento donde los obispos representaban un papel importante, donde Monteagudo y Agrelo pasaban por jacobinos, y donde el mismo San Martín trabajaba en secreto en favor de una monarquía; se multiplicaron, no sólo en el Río de la Plata, sino en los otros virreinatos, las contradicciones y las perplejidades de una masa tan irresoluta como heterogénea.

Cuando al estudiar estos entreveros confusos pongamos menos cuidado en escalonar cronológicamente las órdenes de los Cabildos y nos apliquemos á precisar mejor el alcance de las gesticulaciones colectivas, llegaremos quizá á la certidumbre de que el estado actual no es una improvisación caprichosa, sino la resultante de errores que persisten, y que sólo bajo el empuje de nuestras generaciones, desligadas del pasado por la lectura y por los viajes, podrá emprender la América del Sur la vida nueva que conviene á un pueblo joven, prometido á todos los triunfos en un continente privilegiado.

Robespierre afirmaba que hay dos maneras de errar en política; ó porque no se alcanza el fin, ó porque se va mucho más lejos. Al emprender la tarea que se impone, habrá que flexibilizar los ideales para remover gradualmente las costumbres en un ímpetu bilateral y armónico. Ya hemos tenido

ocasión de decir que las metamorfosis no son posibles dentro de la Naturaleza más que en forma de catástrofes. Nada sería más difícil que cambiar los resortes y la esencia da una modalidad nacional tan arraigada como la que coloca nuestras costumbres políticas. Para hacer posible la transformación gradual de los grupos expeditivos y tumultuosos en democracias seguras de su fuerza y convencidas de sus responsabilidades, hay que remontar hasta el origen, empezando por crear los útiles que exige la labor nueva.

Lo primero que se impone es el estudio y la adopción de sistemas electorales que sean una garantía de equidad para los partidos y que establezcan las penas más duras contra los que sustituyen á la voluntad del pueblo. Falsear el sufragio, poner trabas á la libre expresión de la energía nacional y hurtar la victoria mediante sutilezas culpables, tiene que ser en las repúblicas uno de los delitos más odiosos, porque es el que más directamente lastima las prerrogativas del ciudadano y el que perjudica más hondamente á la colectividad entera. Los que se hacen culpables de ese crimen, ya sea desde el llano, ya sea desde las cumbres, merecen ser puestos, con apoyo de una legislación severa, al margen de la sociedad y de la vida pública, afirmando así el derecho y la inviolabilidad de una soberanía.

En pueblos adelantados que siguen de cerca cuanto ocurre en Europa, no puede ser imposible

reunir en un haz armónico las disposiciones más hábiles aconsejadas por la experiencia en otros países y componer así un organismo adaptado á la tierra nueva. Claro está que el fraude que consiste en prestar apoyo á un candidato mediante una recompensa pecuniaria ó un favor de otro orden tiene que escapar á menudo á las sanciones previstas. Pero el voto secreto, la multiplicación de los fiscales, el fraccionamiento de los barrios, la inscripción obligatoria y algunas otras medidas que analizaremos quizá muy pronto en un estudio especial, pueden depurar el mar revuelto de nuestras consultas á la opinión. Todo esto sin contar con que en las condiciones actuales no basta garantizar la legalidad para obtener el resultado apetecido. Hay que combatir las tendencias atávicas del grupo, hay que atrofiar el instinto personalista de la raza, hay que poner la libertad á cubierto de nuestras propias debilidades, mediante la adopción de las dos medidas que tienden á afianzar el programa y el libre juego de los partidos: el escrutinio de lista y la representación proporcional.

No es difícil prever que muchos de los favorecidos por el estado presente se resistirán á la adopción de procedimientos que destruyen la impunidad que hoy reina. Pero si se puede decir que nuestros países están mal encaminados, no se puede decir que estén corrompidos. Todo lo que es joven conserva un andamiaje ideal que se impone con poco esfuerzo, siempre que lo favorezcan las circunstancias. Y no

puede ser imposible llegar á un compromiso de honor entre los grupos, á una tregua de duplicidad y de sangre que fortifique la confianza propia y acreciente, dentro de la legalidad, la consideración de los extraños. Porque los pueblos como los hombres, sólo logran hacerse respetar á condición de respetarse ellos mismos.

III

La educación

Si la educación consistiera en enseñar á leer y á escribir á todo el mundo, nada sería más fácil para un pueblo que escalar las cimas más altas de la cultura. En este orden de ideas, como en todos, hay que ver la extensión y la calidad. Parece inútil decir que somos partidarios de universalizar la instrucción y de difundirla, hasta acabar con el último analfabeto. Pero entre un país donde una enseñanza deficiente ha llegado hasta las raíces, y un país donde un sistema bien concebido sólo ha preparado á un pequeño número, la ventaja y la superioridad final, resultante al fin de cuentas del estado de los grupos directores, no sería en beneficio del primero. Claro está que nadie aboga en nuestro siglo en favor de una instrucción limitada. Sería retrogradar á las épocas más nebulosas de la historia. Si el ejemplo surge, es porque prueba que en países en formación como el nuestro, donde todo depende de las direcciones del origen, más importante que la generalización de los conoci-

mientos, resulta la elección de los principios y las inspiraciones que deben presidir al parto de la consciencia nacional.

Hasta ahora hemos acariciado una visión borrosa de lo que conviene perseguir. En el desmigajamiento de la América española, subdivididos como estamos en repúblicas que no tienen á veces más razón de ser que el capricho de los que trazaron una frontera al azar de la emancipación ó de las guerras civiles, carecemos de los ideales necesarios para hacer brotar del suelo mismo una modalidad que apasione y que se imponga (1). En Inglaterra, en Alemania ó en Francia, la educación gira alrededor de grandes corrientes morales que sintetizan el espíritu ó las ambiciones de la raza. Los detalles tangibles se coordinan con ese empuje, en vista de su elevación. Y la enseñanza no es una empresa subalterna que tiende á difundir el alfabeto, sino un gran ímpetu que arrebata á todos hacia las cimas que señala la conveniencia final del grupo.

Nuestra incertidumbre filosófica (que empieza á traducirse en el carácter de la juventud en forma de incredulidad, malevolencia, indisciplina y pesimismo) deriva de la situación nacional. Las patrias no son un capricho de los hombres, sino una imposición más ó menos durable de la historia y del

(1) Lo que ha empujado á muchos hombres jóvenes á los partidos extremos, es la exigüidad de nuestro ideal nacional.

medio. No es posible hacer brotar de cada una de las veinte repúblicas, nacidas de divisiones convencionales, una razón superior y diferente que aune la voluntad en vista de un esfuerzo seguro y un fin alto. Los apetitos de los que mandan ó especulan dentro de ellas no bastan para determinar la titilación constante de un soplo salvador. Salta á los ojos que el orgullo estridente é irrazonado que inculcan las escuelas sólo es una abstracción que nos conduce, ignorantes de nuestra pequeñez, á las fanfarronadas más dolorosas. Todos sentimos que falta la fuente suprema de inspiración de donde arrancan los sacrificios y las grandezas morales. Pero esto no quiere decir que estemos condenados á vivir sin brújula. Bastaría reunir los fragmentos de la raza y sacar á luz las raíces de la nacionalidad, para ofrecer al conjunto la bandera lógica, el ideal tangible y la seguridad en las propias fuerzas que necesita un pueblo para afianzar sus destinos. Si formásemos, por lo menos ideológicamente, un conjunto de ochenta millones de hombres, si supiésemos que nuestra bandera moral flota sobre la décima parte del mundo y si nos sintiéramos herederos y responsables en bloque de la tradición hispana, cuyo espíritu hay que defender en América contra los avances de la civilización anglosajona, no cabe duda de que un hálito nuevo vendría á sacudirnos. Arrebatados en la tromba de los grandes momentos históricos, los hombres se agigantarían al contacto de las cúspides.

«En un país de sufragio universal todo ciudadano debe saber leer y escribir», decía Napoleón III. Y si obedeciendo á esa orden Duruy supo determinar una transformación para complacer al monarca, no puede ser difícil que otros hombres lleguen á imitarlo bajo la presión de necesidades superiores, sostenidos por el aplauso popular, en la atmósfera favorable de la República. Pero al emprender esa obra, cuyos resultados veremos á varias generaciones de distancia, habrá que romper con los vicios que nos han perjudicado hasta hoy.

«Rendimos un tributo inicial á la mentira y al fraude, manteniendo un aparato engañoso de enseñanzas ilusorias, inútiles, insuficientes y huecas, sólo eficaces para crear el espíritu de falsía, desde que se comienza por engañarse á sí mismo, para acabar por lanzar á la vida almas extraviadas por falsos conceptos de la moral, del destino del hombre en el mundo y en la nación á que pertenece; desarmadas para la lucha real y para las crisis morales imprevistas en la escuela y el colegio.» Así se expresaba en un estudio el doctor Joaquín V. González, ex ministro de Instrucción pública de la Argentina, y así razonan los que han sufrido en su propia carne las consecuencias del error inicial. Al recordar que á nuestras generaciones les enseñaron la historia argentina, la griega y la romana, pero no les dijeron una sílaba de la del resto de América, no es posible contener cierta irritación contra los profesionales de la didáctica, incapaces

en aquellos tiempos de preparar á los hombres para el esfuerzo más elemental.

La educación moderna debe concurrir á hacer hombres fuertes y sanos, instruídos é inteligentes, íntegros y altruístas, á suscitar seres preparados para la suprema ventura, que consiste en ser útil á los demás y á sí mismo. Desde la escuela primaria, que en nuestros climas cálidos pudiera ser un gimnasio y un jardín, hasta los estudios superiores, en los cuales hay que hacer entrar una concepción más amplia de la vida y un sentimiento más profundo de las responsabilidades, todo tiene que tender á dar volumen en sus tres aspectos á la personalidad humana, mediante una educación física, una educación intelectual y una educación moral.

Las dos primeras son igualmente importantes, porque si una nos da el vigor necesario para realizar los esfuerzos, la otra nos brinda los antecedentes indispensables para concebirlos. Pero por encima de ambas está la educación moral, que decide el empleo que podemos hacer de la sabiduría y de la fuerza. Lo que hasta ahora hemos visto con desdén, es precisamente lo más importante. Nuestra juventud crece al azar, sin más direcciones filosóficas que las que le presta el individualismo áspero de las costumbres. Sale á la vida sin una trayectoria, sin una luz, y encalla dolorosamente en la impotencia y en la burla contra todo lo que sobrevive á su fracaso. Esta circunstancia, unida á la que

hemos expuesto al comenzar, marca quizá el origen de los males que nos aquejan. Si ceden los patriotismos y si faltan caracteres es porque la educación no ha sabido ofrecer un ideal á los hombres, ni en lo que toca á la colectividad ni en lo que respecta á los individuos.

La última palabra de la filosofía para las nuevas generaciones parece ser en todas partes, como dice Tolstoi, «la charlatanería hueca, inmoral y grosera de Nietzsche». Pero en ningún lugar ha florecido esa planta monstruosa como en la América hispana. Pretexto y escudo de todos los egoísmos disolventes, el filósofo alemán ha venido á subrayar las enfermedades de la raza, empujando hasta la locura la preocupación personal, que perjudica á los mismos que quieren medrar con ella. Porque la virtud de ciertas direcciones eficaces se anula y hasta se invierte así que forzamos el resorte, y el individualismo subrayado, de que damos testimonio, es tan perjudicial para la comunidad, como para nosotros mismos. La bajeza que asoma en los actos más corrientes de la vida americana, la preocupación constante del *yo* y la falta de reparos y de escrúpulos, no ha hecho que los hombres alcancen una suma mayor de bienestar. Por el contrario, salta á los ojos que al obrar así se disminuyen y se perjudican, porque al desinteresarse de la suerte del medio en el cual deben vivir, se obligan ellos mismos á la vida más precaria.

El egoísmo que reprochamos corrientemente á

los anglosajones es, en el fondo, más generoso y más útil para la colectividad que nuestro meridionalismo declamador é inconsistente. El yanqui tiene el culto de su persona, pero sabe que la suerte y la felicidad de ésta se halla subordinada á la del conjunto y que cuanto mayor sea la abundancia, la civilización y la fuerza de una ciudad ó de un país, mayor será la suma de satisfacciones, bienestar y gloria de que puede disfrutar cada habitante. De aquí el empuje que le lleva á dosificar sus instintos inmediatos y á vislumbrar su interés á través del del vecino, en una especie de universo de correlaciones donde los astros gravitan unos sobre otros y donde le existencia de cada uno depende del orden y la buena marcha de los demás.

Así nació el pragmatismo, que utiliza las ideas que ayudan el desarrollo común y desdeña las que lo contrarían, induciéndonos á ser utilitarios, en el noble sentido de favorecer á la colectividad. William James es el antípoda de Federico Nietzsche, y el axioma «no hay más criterio de verdad que la utilidad social» vale por todos los equilibrios del superhombre, porque nos induce á alejarnos de lo puramente especulativo para adoptar verdades prácticas que puedan ejercer una influencia favorable sobre el conjunto.

Los filósofos antiguos, como los modernos, atraídos por lo absoluto, han contribuído á extraviar frecuentemente el criterio de las masas. Cuando el autor de *Más allá del bien y del mal* sostiene que

toda moral es un regazo de esclavitud, que sólo debemos respetar nuestro empuje interior y que el hombre tiene derecho á sacrificar á sus semejantes si así lo exige el desarrollo de su personalidad, aconseja una regresión culpable y da forma á la utopía más peligrosa. Y cuando Zenón declaraba que como el sabio está por encima de toda debilidad y de toda ambición, debe despreciar la voluptuosidad y el sufrimiento, ser superior á todas las vicisitudes como á todos los favores de la fortuna, á la gloria, al oprobio, á las riquezas, á la miseria, á la esclavitud, y que dado el orden armónico que preside á nuestras acciones no hay diferencia entre las faltas y los crímenes, trazaba un tipo ideal é irrealizable que puede seducirnos con su pureza, pero que no tiene aplicación en la vida. Entre los dos extremos está el matiz que conviene á nuestra edad, en que el idealismo y el materialismo se aunan y se compenetran, suscitando una modalidad desconocida. Si la juventud sudamericana quiere salvar el porvenir, tendrá que moderar sus desvaríos y sus avideces, equilibrando el deber y la ambición en un sistema que sin ser copia del que predomina entre los yanquis, reuna una eficacia social equivalente.

Por educación debemos entender todo lo que concurre á suscitar hombres cada vez más útiles, superiores y perfectos. De suerte que abarca desde la alimentación y la higiene, que son base y resorte de la conservación de la vida y del franco des-

arrollo de la personalidad, hasta las inducciones filosóficas más difíciles. Pero en todo ello ha de haber lo que llamaremos un criterio humano y viviente. Al margen de lo que es puramente teórico y en cierto modo académico, hay que hacer de la enseñanza algo aplicable á la existencia, teniendo presente que si de las aulas no salieran más que profesores y gobernantes, desaparecería el país. Lo que necesitamos son hombres de empresa que se encaren con las necesidades colectivas y las llenen, multiplicando los manantiales de savia y dando á la América española su verdadero empuje triunfal. Bien está que tengamos médicos, abogados y legisladores, pero una nación moderna no vive de jarabes, pleitos y eufemismos. Lo que le da atmósfera es la masa trepidante que siembra las tierras, manufactura los productos y sube por escalones de iniciativa perseverante hasta las cúspides llevando sobre sus hombros, como un peso suplementario, á los que nada podrían pretender sin ella. Esa tendrá que ser una de las direcciones esenciales de la educación en el Nuevo Mundo: engendrar generaciones aptas para explotar las riquezas de nuestro suelo, llevando al grado máximo el desarrollo del grupo y romper con el prejuicio de las facultades que crean en países que deben ser laboriosos é igualitarios por definición, una especie de casta inmóvil y parasitaria destinada en muchos casos á vivir de expedientes en una sociedad moderna y ágil.

Pero estas ideas exigen para su eficaz aplicación una unidad de enseñanza que sólo puede obtenerse mediante el monopolio. De más está decir que comprendo las objeciones que tiene que levantar el sistema. No hay procedimiento nuevo que no desgarre parcialmente alguna fibra sensible de la colectividad. Sin embargo, el Estado es el único que puede acabar con la desorientación y el desmigajamiento que paraliza el empuje de nuestra juventud. No es posible confiar á los particulares la tarea de hacer la patria de mañana. Sólo la colectividad, representada por los parlamentos y los presidentes, puede asumir las responsabilidades que entraña el hecho de marcar rumbo á las generaciones por venir y sólo el Estado puede tener la autoridad necesaria para imponer la orientación que conviene.

Tales son, á nuestro juicio, algunas de las bases que servirán en la América española para reorganizar la enseñanza de acuerdo con nuestras necesidades y destinos. La costumbre de empezar por lo menos urgente nos ha hecho agitar en algunas regiones el problema de adoptar un idioma propio. Pero los caprichos en que se complace la *reverie* de la raza no deben hacernos olvidar las grandes líneas. Antes que una lengua, necesitamos un carácter. No es la gramática la que provoca la diferenciación de un grupo, como lo prueba el hecho de que los Estados Unidos mantienen sin injuria para su nacionalidad el culto del idioma que les legó la

madre patria. Y no es multiplicando los arabescos y los problemas incidentales como alcanzaremos la seguridad que exige la obra enorme de la educación continental.

Decimos continental, porque confederada ó dispersa, la América española forma un bloque, y una de las primeras condiciones de éxito será difundir una enseñanza armónica de un extremo á otro de sus límites.

IV

La noción del bien público

Si nuestros presidentes han tenido siempre algo de esos alcaldes de villorrio que se ponen á la cabeza de la población para ir á recibir á los viajeros distinguidos y si no asoma en nuestras repúblicas, en lo que se refiere á las relaciones exteriores, esa altivez deferente y esa serena cortesía protocolar y distante que advertimos en otros países, es porque quienes nos representan se agitan en la mayor parte de los casos por cuenta propia y no sienten tras sí ó dentro de sí la gravitación del orgullo y de la voluntad de todo un pueblo. Las dictaduras más ó menos ostensibles ó inconfesadas á que se han visto sometidas la mayor parte de las repúblicas durante un siglo de desorden y de ambiciones afónicas, han hecho olvidar á los mandatarios, entre otros axiomas viejos, el origen y la razón de ser de su jerarquía. No accionan como representantes, gesticulan como jefes. No traducen la voz de un conjunto, formulan su voluntad personal. Hablan de hombre á hombre, y no de nación á nación. Y quie-

ren alzar tan alto la cabeza, que cuando tienen que dialogar con sus iguales parecen obsequiosos porque se inclinan para hacerse oir.

Falta la comunión de los dirigentes con los dirigidos, y como consecuencia de ello la inquietud del bien público. También es verdad que no existe la opinión vigilante y segura de su poder que en otros países mantiene en tutela á los directores. Poco preparados para las luchas de la democracia y atraídos por avideces personales y directas, los hispanoamericanos no han comprendido aún que para gobernarse hay que empezar por gobernar á los gobiernos y que para que la preocupación de los asuntos generales se refleje en las alturas, es necesario que nazca de la colectividad.

Una prueba de ello es la vida obscura y hosca que llevamos. Mientras los europeos residentes en la América del Sur se agrupan con pretextos de higiene, deporte, arte, enseñanza ó socorros mutuos en sociedades férreas que hacen de ellos una palanca formidable, los nativos se abandonan al ensimismamiento más infecundo. Quizá arguya alguien que lo propio de los expatriados es acercarse para revivir en cierto modo la vida nacional, y que esos inmigrados tienen más razones que los criollos para multiplicar los centros de simpatía. Pero conviene tener en cuenta que, lejos de haber nacido en ellos al llegar, el instinto de asociación de que hacen gala en la tierra nueva no es más que una resultante de las costumbres del país de origen, donde, menos

aislados que nosotros, puesto que son más numerosos, los hombres sienten la necesidad de estrechar lazos dentro de las propias fronteras, multiplicando así los focos de calor y de luz.

De esa falta de ilación y de enlace entre los intereses ha nacido acaso la enfermedad que nos lleva á no tener en muchas situaciones más criterio de justicia que el bien personal. Lejos de mí el propósito de disminuir la eficacia creadora y las cualidades morales del grupo. La mejor prueba de la confianza que me inspira es el optimismo sereno con que encaro el porvenir. Pero al remover este punto es imposible dejar de comprobar que si ocurre tan frecuentemente entre nosotros que los funcionarios prevariquen, que los contratistas engañen, que los contribuyentes mientan, que los poderosos se burlen de las leyes y que los depositarios de la fuerza abusen de sus privilegios; si vivimos en una atmósfera de mentira y de delincuencia donde todos esquivan los deberes, fascinados por el ideal único de ser útiles á su persona, es porque falta la noción indispensable de los derechos de la colectividad.

Cuando están en juego intereses enormes, cada cual tiene el deber de decir lo que piensa, y no creo sorprender á nadie recordando que una de las primeras condiciones para afianzar la prosperidad y el triunfo de nuestras repúblicas consiste en poner término á los fraudes, restableciendo en la administración, desde las esferas más humildes

hasta las más altas, el orden, la honradez y la equidad más absolutos. Una «Comisión Superior de Cuentas» formada en cada país por los hombres más honorables y por los que á causa de su fortuna tienen que estar vírgenes de toda rozadura injuriosa, podría ser la base y el mecanismo de una campaña de saneamiento y de depuración. Si damos á una veintena de poderosos contribuyentes interesados en fiscalizar el empleo de los caudales públicos las atribuciones necesarias para establecer un contralor sobre los contratos ó licitaciones y para acusar ante los tribunales ó ante los parlamentos á los que hayan delinquido, no tardará en normalizarse el juego de la contabilidad administrativa. Hasta ahora engañar al Tesoro ha sido un pecado venial. Los precios ficticios, las gratificaciones abusivas, los contratos onerosos y todas las habilidades subalternas han saqueado impunemente la fortuna pública para mayor gloria del parasitismo y de la concusión, sin que se levante una sola vez de manera concreta y eficaz nuestra reprobación ó nuestra cólera. El ejemplo clásico no ha perdido su frescura. Se desprecia al paria que arrebata un reloj al transeunte, pero al concesionario que nos vende á peso de oro productos inutilizables, al empleado que encubre el dolo mediante una recompensa y al administrador que dispone para su uso particular del dinero de los contribuyentes se les saluda con el mayor respeto, porque representan recursos y habilidades decisivas que en un momento

dado pueden ser útiles para todos. De suerte que sólo una reacción violenta presidida por los ciudadanos más íntegros y basada en las sanciones más rudas puede llegar á poner término á la epidemia que ha llegado muy hondo y que será difícil extirpar.

Pero la honradez más irreprochable no bastaría para normalizar de una manera absoluta el funcionamiento de los resortes administrativos. Para devolver al Estado la respetabilidad perdida en tantos años de avidez y de desorden, habrá que romper con la idea errónea de que todos los hombres sirven para todo y de que las oficinas públicas han sido creadas para prestar asilo á los desorientados y á los inutilizables de la sociedad. Una curiosa inversión de valores nos hace suponer que lo que urge no es llenar la función que asegura la buena marcha del conjunto, sino otorgar un destino al partidario ó al amigo. «Yo me limito á lo que me concierne—arguye la mayoría—; que del bien común se ocupen otros.» Y como cada uno dice lo mismo, resulta que nadie se acuerda de lo que en último resorte debiera ser la preocupación general.

La enfermedad se complica con cierta menguada predisposición á conseguir títulos y honores. Mientras en Francia ó en Suiza los presidentes son monsieur X, Y ó Z, y mientras en las naciones más civilizadas los ministros arbolan el mismo título, entre nosotros todo tiende á multiplicar los tratamientos sutiles y las *Excelencias* fastuosas, olvidando que en una democracia el calificativo más

honroso es el de simple ciudadano. De estos vicios derivan errores más fundamentales. Un hombre acepta un cargo por las satisfacciones que de él puede sacar y no por el bien que cabe hacer desde las alturas. La austeridad de los que determinaron hace un siglo la revolución se ha esfumado en el vértigo de la vida moderna y sólo subsiste el deseo de encumbrarse para acumular satisfacciones efímeras. Los depositarios del poder en todas sus gradaciones, desde el humilde hasta el magnate, consideran el puesto que ocupan como una presa y no como una delegación que arroja sobre ellos la responsabilidad de los intereses más altos. Y la situación es tal, que sólo puede ser remediada mediante un escalonamiento de reformas en la Constitución y en las costumbres. Si limitamos las atribuciones de los presidentes, si damos á los Parlamentos el poder de derrocar á los ministros, si aseguramos la libertad del voto y la honradez gubernamental por los medios que hemos apuntado sumariamente ó por otros que intimiden á los que falsean el sufragio ó dilapidan los dineros públicos, si favorecemos la creación de grandes empresas nacionales que susciten astilleros, implanten talleres de construcción y funden los Bancos y las compañías de seguros, que deben acabar con los proveedores extraños que absorben buena parte de nuestra riqueza y nos mantienen en una inferioridad palpable, si dictamos leyes contra la acumulación de los empleos, si abrimos escuelas de administración y si orientamos la vida hacia los

grandes ideales que aseguran la victoria y la estabilidad de un grupo, el estado de confusión por que atravesamos tiene que desaparecer fatalmente para dar lugar á un gran empuje espontáneo y juvenil.

Porque, como ya hemos dicho, en el fondo de la raza existen energías capaces de transformar el medio. Los errores que persisten en las diferentes repúblicas—con mayor ó menor intensidad, según el adelanto y la fuerza de ellas—no comprometen la armadura nacional. Son direcciones falsas que cambiarán al calor de los principios que animan á las generaciones nuevas. Al apuro que hasta hace poco tuviéramos por hacernos conocer de los extraños, se sustituye un ansia de conocernos nosotros mismos, y como quien descubre una verdad borra con ella sus errores todos, esa inquietud reciente puede ser el punto de partida de la regeneración. Una cosecha de cerebros equilibrados está removiendo la atmósfera. Un viento desconocido nos empuja. Y no está lejos el instante en que se producirá—al margen del empuje personalista y de los caudillos—la tan deseada metamorfosis. Porque en medio de estas luchas no hay que perder de vista la independencia, brazo y motor de las reformas: la juventud no debe *darse*, debe *ser*.

Basta obervar lo que ocurre en los grandes países para medir lo que nos falta. Á través de las transgresiones, porque en moral como en todo nadie puede aspirar á lo obsoluto, tenemos que admirar la constancia con que se lucha en favor del bien común

y el espíritu de prosecución que anima á los que al asumir la dirección de los negocios saben que sólo cabe obedecer á los ideales más altos. Cuando consigamos levantar las ambiciones por encima de las vanidades subalternas, habremos adquirido, con la noción del bien público, la seguridad de todas las victorias.

V

La justicia

Todos sabemos que cuando las grandes empresas extranjeras establecidas en la América española —y especialmente las norteamericanas—evitan someter á los tribunales de la república en que actúan las diferencias que pueden tener con el gobierno local, sólo obran así para obtener ventaja, transportando el litigio á su jurisdicción, y haciendo pesar en favor de sus exigencias la masa enorme del país de origen. Sin embargo, es evidente que esos conflictos que acentúan la situación indecisa de ciertas comarcas que parecen estar al margen del derecho, contribuyen á poner en evidencia la falta de prestigio de nuestro sistema judicial. Si éste hubiera tendido desde los orígenes á hacer reconocer su noble inclinación, nadie se atrevería, so pena de lanzar un desafío al mundo, á poner abiertamente en duda la equidad prolija de sus fallos. Lo que favorece las ambiciones, lo que hace posible el *dessaisissement* de los tribunales, lo que justifica en cierto modo ante los extraños los procedimientos de

que abusan algunos, es la lamentable desorganización de un Poder Judicial sin independencia á veces ante los presidentes, sin prestigio á menudo ante la opinión y sin respetabilidad acaso ante sí mismo.

El mal se precipita desde las cúspides y se extiende hasta las últimas capas de la vida criolla. Cuando comprobamos que los inmigrantes se hacinan en los centros populosos, donde tienen que luchar á menudo con serias dificultades para subsistir y se niegan á aceptar salarios tentadores en algunas aldeas de las provincias más remotas, sólo atinamos á condenar la falta de iniciativa y de carácter de los recién venidos. Á nuestro modo de ver, esos hombres que han atravesado el mar, ávidos de mejorar su suerte, sólo obran así al influjo de la pereza y del deseo de disfrutar la vida de los grandes núcleos. No niego que más de una vez pueda ser así. Las olas humanas que cubren los territorios de la América española traen de todo en su seno, y no es difícil que depositen al llegar á las costas una pobre resaca aventurera. Pero no cabe olvidar tampoco lo que se impone á la atención común. ¿Qué garantías brindamos al inmigrante que se aventura en el interior de nuestras tierras? ¿En qué forma defendemos su vida, su libertad y su peculio? ¿Cómo mantenemos alrededor de él la relativa armazón de equidad que exige un europeo, por más atrasado que sea?

De más está decir que en este punto todas las repúblicas no se parecen. Unas han conseguido

difundir tierra adentro la civilización de las capitales, otras prolongan en sus más vastos territorios la confusión de los orígenes. Aquí hay cónsules extranjeros hasta en las aldeas; allá sólo asoman en los puntos de desembarco. Se trata de un área enorme que no es posible envolver en una afirmación única. Pero los propietarios rurales que contratan obreros á precios seductores y les pagan después un salario ínfimo, los jueces de paz que encubren y sancionan esos despojos, y los comisarios de policía que ejercen, al margen de todo contralor, una tiranía absurda, no son excepciones raras en los llanos semidesiertos, donde el favoritismo, el interés y la amistad lo solucionan todo. Falta en los campos, y hasta en algunas ciudades, la seguridad individual, que es la distintiva primera de la civilización. Las falsas concepciones del poder de que hemos hablado, la latitud de los territorios y el carácter cerril que parece ser la marca distintiva de los delegados del poder, hacen que, no ya el extranjero, sino el sudamericano mismo, se exponga á verse en cierto modo fuera de la legalidad así que traspasa el límite de las zonas más centrales. De suerte que, en el orden interior como en lo que toca á los asuntos externos, urge normalizar la marcha de una justicia que más que á mantener la confianza tiende á difundir la impunidad de que disfrutan los funcionarios.

En América, como en todas partes, los que han cometido un atropello ó mantenido un error, benefician de la rapidez y la fugacidad de las impresiones.

La reprobación que el hecho levanta no persiste, porque surgen nuevas chispas de interés ó se renuevan las perspectivas. Un caso preciso no se mantiene en el horizonte de la actualidad más que el tiempo indispensable para producir el fogonazo y desaparecer. De suerte que la maniobra clásica de los que cometen un atropello ó falsean un principio consiste en esperar á que se abra la noche impasible de la impunidad y el olvido se encargue de arreglarlo todo. Pero en ningún país dormitan los sumarios y las averiguaciones como en la América española. Los mismos que formulan una queja saben de antemano que, aunque se pruebe la injusticia, nunca se castigará al culpable. Si la protesta acrece, se ordena una averiguación para sofocar el escándalo. Pero las cosas han de quedar siempre como estaban. Desde tiempo inmemorial viene ocurriendo lo mismo. «El derecho y la fuerza han acabado por ser la misma cosa—dice M. Gustave Le Bon hablando de los conflictos europeos—; el derecho de un país está medido exactamente por la fuerza de que dispone para hacerlo valer.» Entre nosotros justicia y autoridad son sinónimos. La fortuna, las amistades, la influencia de que un hombre es depositario indican lo que debe permitirse. El fraude judicial añade prestigio á quien lo maneja, y la ley resulta á menudo la más amarga de las parodias.

Contra estos vicios atávicos tendrá que reaccionar una juventud hoy inactual dentro de su propia patria, nacida para otra época y para otro empuje.

No es posible que las naciones donde todo se depura al influjo de un crecimiento vertiginoso, continúen atadas á formas inferiores y á modalidades subalternas que desmienten su porvenir. De aquí que una de las tareas que se imponen á nuestra atención sea la de reorganizar serenamente el andamiaje de la justicia. Inglaterra, Alemania, Suiza y España pueden servir de ejemplo. Nada más fácil que perfeccionar un sistema cuando para conseguirlo basta imitar las disposiciones que otros países han adoptado después de ensayos múltiples. Pero al copiar lo que rima con nuestro carácter y al coordinar los trozos multicolores en un organismo definitivo, habrá que hacer patente, además de la buena voluntad y del conocimiento de las costumbres locales que la empresa exige, una segura orientación moderna y cierto empuje de concordia social. En pueblos jóvenes no caben las timideces y las supervivencias de Europa. Un soplo nuevo nos inclina hacia horizontes futuros. Y dada la evolución que nos arrebata, no sería juicioso levantar un monumento para tener que transformarlo en seguida.

El hecho de discutir si los jueces deben ser inamovibles ó no, si la jurisdicción del Jurado puede extenderse á todos los delitos; si los Consejos de Guerra son legales en tiempos de paz; si resulta justo conceder la libertad bajo fianza y de rozar algunas de las cuestiones atrayentes que hace surgir la simple enunciación de la reforma, nos llevaría á desarrollos injustificables en un estudio general como el

que estamos intentando. Lo único que cabe afirmar es que conviene quitar á la Justicia las nebulosidades en que se ha envuelto hasta ahora, para hacer de ella un recinto abierto á todos. Basta de lentitudes, de enredos, de intervenciones oficiosas, de tretas hábiles, de gastos abusivos y de fórmulas incomprensibles. La Justicia no debe resultar una selva donde sólo se aventuran los profesionales, sino un lago rectangular y cristalino, donde los ojos miden el fondo. Tiene que ser serena, incorruptible, rápida y gratuita. La simplificación de los procedimientos y la supresión de las diferentes categorías de parásitos que obstruyen los caminos que dan acceso á la ley, puede contribuir á depurar un organismo que hoy parece perseguir lo contrario de lo que indica su definición.

Pero todas las modificaciones parecerán vanas si no removemos y metamorfoseamos el fondo. Aunque el sistema cambie, el resultado será idéntico si no rejuvenecemos el ideal de los que lo accionan. Para restablecer la confianza en la ley que debe poner coto á muchas venganzas expeditivas, habrá que difundir la preparación, el carácter y la austeridad que exige función tan alta. La negligencia y el aturdimiento con que se ha procedido hasta ahora tendrá que ceder el paso á la equidad, el orden y la sabiduría de los que miden y comprenden su responsabilidad. Y no han de ser los magistrados los únicos en depurarse; ha de ser el pueblo todo. La falta de respeto, el vicio de las recomendaciones y el fraude

ininterrumpido á que se abandonan los litigantes, son quizá la causa inicial de los vicios que lamentamos. Parodiando la frase clásica, se puede decir que cada pueblo tiene la balanza que ha merecido. No es posible exigir que todos los jueces sean incorruptibles, cuando el público que acude á ellos agota las reservas de la mentira y el dolo. Para que exista una justicia más pura, será necesario que el pueblo tenga de ella una concepción más alta. Las leyes y las costumbres son como la atmósfera, que corresponde á los escalonamientos de la ascensión moral de un grupo. Si queremos respirar el pleno oxígeno, subamos hasta las cumbres donde se pierden las emanaciones del pantano y donde soplan los vientos de la purificación individual.

VI

La religión

Al abordar este asunto sin audacia y sin timidez, conservando el respeto que exigen las convicciones sinceras y manteniendo la libertad de juicio que impone el estado de los conocimientos modernos, sólo me propongo hacer, al margen de todos los sectarismos, una ligera síntesis desde el punto de vista nacional. De más está decir que sé las resistencias que remueve entre los amigos y los enemigos de la religión toda tentativa de equidistancia. Lo común al dirimir estas cuestiones es el grito estridente. Comentarlas al margen del odio y de la fe, equivale á indisponerse con todos. Pero como este estudio no ha sido compuesto para alcanzar el aplauso, sino para exponer determinadas certidumbres y para dar forma á algunas anticipaciones que se refieren al porvenir común, afrontamos el peligro y la dificultad serenamente.

La masa enorme de creencias, acatamientos, tradiciones, idealismos, ceremonias y jerarquías que hemos convenido en llamar religión, es susceptible

de ser clasificada en cuatro subdivisiones principales: el deísmo, el ritualismo, el clericalismo y la moral. Examinémoslas separadamente, sin dejarnos influenciar por las pasiones hostiles ni por los arrebatos místicos. Observemos el fondo de nuestra alma. Las verdades, como el poder, van ahora de abajo arriba y no de arriba abajo, como antes, y al método deductivo y monárquico que consistía en formular una afirmación suprema para sacar un escalonamiento de conclusiones, se ha sustituído el método inductivo ó democrático que, partiendo de las verdades palpables, trata de subir hasta la certidumbre de lo más confuso ó difícil.

El deísmo ha sido el punto de apoyo ideal de los pueblos en la marcha penosa hacia el porvenir. Intuición ó revelación, esa idea los ha sostenido en la batalla. Aislados en medio de la noche, sobrecogidos por la inmensidad que nos circunda, absortos ante los enigmas del universo, los seres han buscado una explicación, una voluntad y un fin, encarnando en un rey divino todos los efectos y todas las causas. Un soplo superior, con nombres y atributos variables ha flotado así sobre la especie, desde las épocas más remotas. Y á través de los siglos el sentimiento se ha arraigado de tal suerte, que parece estar en la carne del hombre. Como la ciencia sólo nos explica una ínfima parte de lo que existe, como un campo inconmensurable se halla librado á la incertidumbre, hemos encendido la linterna del alma y hemos proyectado una luz: Dios. No sé si todavía tenemos

dentro de nosotros una chispa del pánico que agitó á los trogloditas sorprendidos en plena selva por las manifestaciones de lo sobrenatural, pero me parece que no cabe nada más noble dentro de los gestos posibles. Los humanos han sentido una inquietud y han multiplicado la grandeza de su pequeñez reflejando el infinito en la interrogación formidable que llevaban dentro. ¡Superstición!, dirán los intransigentes. ¿Superstición, por qué? En el reinado de la hipótesis, cuando sobrepasadas todas las certidumbres nos sentimos flotar de nuevo en las tinieblas, tan lícito es imaginar una fábula materialista como una explicación ideal. Si faltan pruebas jurídicas en este sentido, también faltan en aquél. Pasado un límite, los argumentos se transforman en adivinaciones. Y dado que al llegar á cierta altura no hay atmósfera respirable para nuestra pobre razón, justo es dejar que el instinto interprete según su empuje el alcance y la finalidad de la sombra.

Sobre todo en un caso en que la creencia no debe ser perjudicial para la libertad ni para el progreso. El principio divino, separado de los oropeles y de las manillas que le añadió el orgullo y la ambición de los pueblos, sólo puede ser un bien para la humanidad, porque sitúa al átomo en medio de un sistema de correlaciones y suscita un ansia de luz que deriva de la perfección ideal del mismo Dios al cual queremos acercarnos. De aquí que los países en que el deísmo predomina en su forma á la vez más humana y más pura que sean los que marchan

á la cabeza de la especie, y de aquí que las naciones meridionales donde coexisten las dos formas de la negación--el fanatismo religioso y el ateísmo—, carezcan á menudo de la rigidez y la austeridad que son las condiciones esenciales de la victoria.

Pero si el soplo deísta es, á nuestro modo de ver —mientras no asomen certidumbres que no sospechamos aún—, indispensable para la buena marcha de los pueblos, el ritualismo, conjunto de fórmulas para honrar á la Divinidad ó religión propiamente dicha, no lo es tanto. La idea originariamente incontaminada de levantar el espíritu hasta ponerlo en comunicación con el Ser Supremo mediante gestos alegóricos, ha sufrido tales deformaciones en el transcurso de las épocas y ha servido de escudo á tantos apetitos inconfesables, que hoy se excusa la frase de Robespierre, en su discurso sobre la relación entre las ideas religiosas y los principios republicanos: «No conozco nada que se parezca más al ateísmo que las religiones que nos ofrecen. Á fuerza de desfigurar á Dios, lo han anulado. Tan pronto han hecho de Él un globo de fuego, tan pronto un buey, tan pronto un hombre. Los humanos han creado un dios á su imagen: lo han mostrado celoso, caprichoso, ávido, implacable; lo han tratado como en otro tiempo trataron los dueños del palacio á los descendientes de Clovis para reinar en su nombre y ponerse en su lugar... El verdadero sacerdote del Ser Supremo es la Naturaleza, su templo el Universo, su culto la Virtud y sus fiestas el goce del pueblo

eunido bajo sus ojos para estrechar los lazos de la raternidad universal.»

El ritualismo arrastra á veces una corriente mixta donde se confunden las creencias más altas y los apetitos más censurables. El deseo de dominación y de lucro ha penetrado en él, entorpeciendo el empuje purificador del deísmo inicial, y desde el punto de vista de la historia nada es más penoso que seguir las huellas que han dejado las organizaciones que se disputan el imperio del hombre. Unas han tratado de limitar el campo de investigación, otras han servido de escudo á las tiranías, y en lo que se refiere á la moral práctica, quizá han justificado algunas parcialmente la dura frase de Tolstoi:

«Estamos tan habituados á la falsa religión que nos rodea, que no notamos lo atrozmente absurdo y cruel de ciertas enseñanzas. Nosotros no lo notamos, pero los niños sí lo notan y su alma se deforma irremediablemente. Puro, inocente, no habiendo engañado ni sido engañado, el niño se dirige á nosotros y nos pregunta acerca de los principios que deben dirigir su vida. Y ¿qué le respondemos? Le enseñamos como una verdad santa lo que sabemos que es imposible y que no tiene sentido alguno para nosotros, esto es, que hace seis mil años un Ser extraño é incomprensible pensó en crear el mundo y lo creó, así como al hombre; que el hombre pecó y que el Ser implacable lo castigó, así como á todos nosotros; que después Él mismo expió el pecado con la muerte de su hijo, y que el objeto principal de nuestra vida

es librarnos de los sufrimientos á que nos ha destinado. No damos importancia á esto; nos parece hasta que es útil que el niño lo sepa, y le oímos repetir con gusto estos horrores, sin reflexionar en la terrible transformación espiritual que se produce en aquel momento en su alma. Hay en él un tenue resplandor, una vaga idea sobre el origen de su vida, conforme con las ideas de todo hombre sensato acerca del origen de toda realidad, y en vez de esto se le dice que este origen no es otra cosa que esa terrible y malvada creación. El niño tiene un concepto vago, pero verdadero, del fin de la vida que ve en la felicidad obtenida por la comunión del amor. En lugar de esto se le dice que el fin principal no es sino un capricho y que el fin personal de cada uno es evitar los castigos eternos reservados á muchos y los sufrimientos impuestos á todos. Todo niño tiene la intuición de que los deberes del hombre son de índole moral; en vez de esto se le dice que sus deberes residen principalmente en la fe ciega, en las oraciones, en pronunciar ciertas palabras en determinados momentos, etc. Creemos que ello no es grave, y sin embargo, esta enseñanza llamada instrucción religiosa que se da á los niños es el mayor crimen que se puede imaginar.»

La idea originaria se ha deformado á veces. Para decir el estupor ante la sombra desconocida ha nacido el espíritu del mal, que no es más que una resultante de la educación insuficiente de los hombres. La preponderancia de las ceremonias ha empe-

queñecido al ser á quien se pretende honrar. Lo humano se ha sustituído á lo celeste. Y el ritualismo sólo ha logrado, en muchos casos, poner en fuga al Dios al que quería acercarse.

Sin embargo, el hombre no ha llegado aún á la etapa suprema en que la mejor plegaria consistirá en recogerse dentro de sí mismo. Las diferentes interpretaciones religiosas, siempre que no obstaculicen la marcha del progreso ni contrarresten el empuje de la democracia, siempre que se mantengan en el estricto terreno ritual, pueden ser un noble apoyo para los seres y un estímulo para la virtud. Hay muchas probabilidades para que un país que dedica un día por semana á las súplicas resulte un país de deber y de responsabilidad, y por lo tanto, un país sólido. El hecho de que los hombres se congreguen de largo en largo en su casa ó en un templo para meditar sobre los destinos de una vida efímera tiene que ennoblecer y levantar el carácter, orientándolo hacia las causas generosas y los grandes gestos. El origen de la codicia y de la bajeza moral que sube, es quizá la extraña mezcla de incredulidad y de fanatismo, de religión adulterada y de no-religion, que corrompe igualmente el carácter, aquí con las bajas supersticiones y allá con la falta de responsabilidad. De suerte que el ritualismo puro, lejos de ser grillete, sirve de ayuda y de báculo. Sostenidos por la nobleza de ciertas prácticas periódicas, reconfortados al elevarse hasta otro ambiente, los hombres reanudan la vida diaria con mayor

entusiasmo, mayor generosidad y mayor ímpetu para trabajar en favor del bien común y facilitar el encumbramiento de la especie.

Desgraciadamente el culto ha dado lugar á una de las enfermedades más peligrosas. No creo asombrar á nadie si adelanto que la religión olvida sus más altas aspiraciones y se pone en pugna con el siglo desde el momento en que tiende á pesar en las cosas temporales y desde el punto en que los servidores de la Divinidad ensayan dirigir la vida en beneficio de sus organizaciones. La teocracia, por más sutil y más hábil que resulte, hace imposible todo progreso y toda libertad. Una religión que quiere apoderarse de las riendas, monopolizando la educación del niño, intrigando en las alturas, lanzándose á fondo en las luchas políticas, ó blandiendo el prestigio de un pontífice extranjero, resulta siempre una fuerza de inmovilidad ó de atraso que tiene que ser combatida por los grupos celosos de su porvenir. La vida mística y la vida electoral no pueden confundirse. En beneficio de ambas hay que mantener una separación infranqueable, porque si la política se envenena al mezclarse con la fe y al hacerse dogmática, la religión se pervierte al descender de las alturas para ponerse al servicio de pasiones subalternas. De aquí que los países donde el divorcio de estas dos actividades es más hondo sean aquellos que gozan de mayor libertad en los dos órdenes. Porque de más está decir que la persecución religiosa ó antirreligiosa resulta un anacro-

nismo en nuestras épocas. Si somos partidarios de excluir del gobierno y de la vida pública toda partícula de misticismo hasta colocar al Estado por encima de las confesiones, no es con el fin de entorpecer el desarrollo de la fe. Así como no hay que confundir el deísmo con el clericalismo, no hay que confundir el libre pensamiento con la negación. El mismo principio que nos conduce á buscar la libertad de todos haciendo de la vida púbiica un resorte estrictamente laico, nos lleva á reclamar para el culto las más amplias garantías de respeto dentro de su esfera. En este terreno y en lo que se refiere á la educación nada puede ser más eficaz que el compromiso adoptado en algunos países, donde la escuela se abre una vez por semana á los sacerdotes de los diferentes ritos para que expliquen su interpretación en locales separados á cuantos quieran escucharles. Así se confirma la neutralidad que, sancionada al establecer el Registro civil, puede ser mantenida en toda su extensión desde la cuna hasta el sepulcro.

En cuanto á la última de las subdivisiones que hemos establecido al abordar este tema, empezaremos recordando que la moral existe á veces sin la religión, como la religión existe á menudo sin la moral. El cristianismo primitivo contiene las direcciones más altas que sea posible concebir. Pero ese haz de preceptos y de axiomas forma un cuerpo aparte que puede ser separado del conjunto y utilizado aisladamente al margen del ritualismo y hasta al margen de la convicción deísta. Porque, al revés

de lo que piensan muchos, la moral que reglamenta la conducta del hombre en sus relaciones con los semejantes y la fe que preside al intercambio entre el creyente y el Ser Superior, son cosas completamente distintas. Sin embargo, es innegable que, en el estado actual de las costumbres, una moral que arranca de la consciencia tiene menos probabilidades de hacerse oir que una moral hija de la certidumbre de que al practicarla honramos á la Divinidad. Hasta los más conscientes se hallan alentados á perseverar en el bien por la presencia de la Perfección, á la cual desean acercarse. Pero el hecho de preferir una moral apoyada en un Dios no implica aceptar á ciegas la moral teológica. La experiencia dice que el abuso de ésta ha sido á menudo contrario al desarrollo y á la victoria de los pueblos. Traduce una concepción contemplativa que no coincide con la vida actual. La riqueza, la ventura y el triunfo dependen del empeño que ponemos en alcanzarlos. Los que dejan correr los días sin voluntad, abstraídos por un sueño o inmovilizados por un fanatismo se resignan a la derrota. En nuestras épocas hay que gobernar los acontecimientos, hasta salvar los muros que limitan el empuje del hombre. Pero no es el que acabamos de apuntar el mayor defecto de la moral corriente. Si la examinamos á la luz de la justicia, comprendemos que algunas de sus severidades y muchas de sus condescendencias no se avienen con el espíritu del momento actual. Hay cierta falta de proporción en las apreciaciones. Entre su predomi-

nio y la equidad no se decide siempre por la segunda. Pero formuladas estas reservas y hecha la división entre los errores de la doctrina y los de los que la defienden, hay que confesar que no cabe por ahora en el Sur una moral que no tenga por base la que fué cuna de nuestra civilización.

Los que dicen que vale más no remover estas cosas fomentan, sin quererlo, los más graves conflictos para el porvenir, porque dentro de algunos años será imposible prolongar el desorden. La extraña mezcla de fanatismos y de independencias perjudiciales ó viciosas que compone el fondo de nuestro código moral corriente, tiene que desaparecer para dar lugar á una concepción más pura. Y la moral cristiana, tal como la encontramos en ciertos pueblos donde ha recuperado en parte su virtud, rehecha al ambiente mediante la superposición del esfuerzo y de la responsabilidad, parece destinada á servir de lazo entre los principios vetustos y las concepciones nuevas.

Pero al examinar al vuelo el porvenir, no conviene perder de vista las prolongaciones posibles de las corrientes de ayer. Si creyendo que ciertas fórmulas no pueden respirar más que en los invernáculos de las oligarquías y las aristocracias, la Iglesia ha apoyado á menudo en Europa la contrarrevolución y ha puesto todo de su parte para determinar en las repúblicas la vuelta de los reyes, en América ha seguido un procedimiento diametralmente antagónico. Como la presión de la Metrópoli

se hacía sentir en todos los círculos y como el movimiento de la emancipación podía serle favorable porque los pueblos desorientados tenían que volverse hacia lo único que quedaba en pie, no dudó en inclinarse en favor del separatismo, á pesar de las rudas encíclicas y las pomposas admoniciones. De suerte que mientras en todas partes el renacimiento de la religión coincide con la reaparición más ó menos velada de las viejas ideas aristocráticas, al punto de que á medida que la democracia pierde terreno, el fanatismo retoña, en la América del Sur fué en el empuje insurreccional y en las doctrinas últimas donde se apoyó la Iglesia para subir más alto, rejuveneciendo así, á pesar suyo, sus principios, y abandonando un poco de su pesada vetustez.

Claro está que esta circunstancia no pudo cambiar la esencia de la institución. Hijas de España, las jóvenes naciones se dejaron llevar en ciertas horas por el ultramontanismo. Las que mejor se sustrajeron al vértigo son las que van hoy á la cabeza del adelanto continental. Pero aun subsiste en todas partes, á pesar de la creciente emancipación que nos empuja á separar la Iglesia del Estado en unos países y á proclamar el divorcio en otros, un profundo sentimiento de adhesión á los principios religiosos que el político y el sociólogo tienen que respetar.

Lo que importa actualmente no es ir á buscar querella á Dios en las alturas, no es combatir la religión en lo que ella tiene de esencial y de doctrinario,

sino separar una vez por todas el poder religioso del poder político, y aclimatar en las almas, junto á las fuertes bases de la moral primitiva, los grandes axiomas de utilidad común que nacen de la existencia y de la lucha de hoy. Lo absoluto debe ser abandonado á los ideólogos, y la moral y la religión sólo valen según lo que reflejan sobre la especie. Parodiando la frase de William James, se puede decir que el oportunismo del bien es la única forma razonable de la justicia. La religión es necesaria para los pueblos y especialmente en la etapa por la cual atraviesan actualmente las repúblicas hispanoamericanas. El ateísmo causa en las colectividades más estragos aún que el ultramontanismo. De lo que se trata es de abolir toda tendencia extrema, buscando sobre todo la solidez y la estabilidad del bloque nacional.

En la campaña para contrarrestar la infiltración norteamericana, el catolicismo tiene que ser una de las fuerzas de resistencia y de apoyo. Los pueblos conquistadores que quieren desnacionalizar y absorber á otros grupos empiezan por atacar las creencias. Y es en este terreno en el que tendremos que librar las primeras batallas si queremos conservar integralmente nuestra personalidad colectiva. Modificarla por iniciativa nuestra, marcaría acaso un progreso; alterarla cediendo á influencias extrañas, sancionaría una sumisión.

VII

Las reformas sociales

En lo que toca á la cuestión social, como en muchos otros puntos, obedecemos á la letra de sentimientos atávicos que no alcanzamos á discernir. Hay males que están tan cerca de nosotros y defectos que forman de tal suerte parte integrante de la existencia, que acaban por pasar inadvertidos, como la cojera ó la jiba de un pariente. Á veces los creemos indispensables. En vano nos maravilla la historia con el cinematógrafo de sus fugas desde la época feudal, en que los posesores del suelo eran dueños de los habitantes, hasta nuestro siglo de libertad, en que el sufragio lo nivela todo. En vano comprobamos que al avanzar en la vida se metamorfosea gradualmente la realidad de los horizontes. En vano es nuestra propia carne un ejemplo de transformación tenaz. Cada generación cree haber llegado á la cúspide de los adelantos, cada lustro ve el ideal en sus resortes y muy pocos recuerdan que somos los judíos errantes del progreso en el campo sin límites de las ideas por venir, como el planeta

en que nos desarrollamos es el viajero eterno de la atmósfera en medio del espacio y lo desconocido.

La evolución será imperceptible, si queréis, pero es innegable que las perspectivas cambian á medida que avanzamos y que hoy asoman problemas que nadie sospechaba hace medio siglo. El empuje investigador de los hombres, la complicación creciente de la vida y las nuevas formas de actividad que nacen en la sociedad, atormentada por una trepidación brutal, han dado nacimiento á exigencias y escrúpulos que empiezan á modificar las convicciones. Un análisis firme descubre antinomias nuevas. Un soplo desconocido empuja las voluntades hacia rumbos inéditos. Y una concepción ensanchada de la justicia empieza á exigir que, después de haber democratizado el poder político, hagamos lo posible por democratizar el poder económico.

Los enemigos de la igualdad están en todas partes, en el presente, en el pasado, en los hombres y en las cosas. Nadie puede aspirar á una metamorfosis que nivele los músculos y las conciencias, los corazones y los intelectos. Pero no es imposible buscar nuevas inspiraciones para la vida moderna. Un siglo de intercambio y de industrialismo pide leyes en consonancia. La legislación no ha sido nunca un axioma, sino el resultado movible de una equidad pasajera. La balanza se inclina según las generaciones. Y las ideas revolucionarias (ser revolucionario no es esgrimir un fusil, sino declararse en favor de una reforma), que vienen traídas por un

alud de pensamiento más grande que el que determinó el derrumbe de 1789, están por encima de las exigencias del artesano y surgen de un proceso obscuro que se opera dentro de nosotros mismos. Removamos la sinceridad que duerme. Preguntémosle si adora lo que nos rodea. Tratemos de inquirir si nuestra alma, que es un Diógenes de ensueño, se considera feliz dentro del individualismo actual. La costumbre podrá hacer que la ley sobreviva á las ideas que se extinguen. El temor de lo nuevo detendrá quizá el aletazo de los espíritus. Pero no cabe duda de que, si profundizamos bien, comprendemos que la riqueza de cada país empieza á ser considerada, no como cosa útil y agradable para los que la poseen individualmente, sino como instrumento de grandeza y de felicidad para el conjunto.

Todo concurre á reglamentar esa fuerza y á esgrimirla en bloque para intensificar el adelanto regional. Las viejas autonomías personales ceden el paso á una preocupación superior que engloba en un sólo gesto los intereses últimos. Para alcanzar las reformas que ambiciona, el trabajador necesita favorecer la creación de un país próspero, porque sólo contribuyendo al avance general puede mejorar su vida. Para llevar al grado máximo el desarrollo de las industrias, el poseedor tiene que ennoblecer la situación del trabajo, porque sólo regando las raíces logran crecer las ramas y dar fruto. La prosperidad y la mayor justicia son así cosas que se compenetran de tal suerte que, aun en

medio de nuestros sistemas viciosos, hay una imperiosa correspondencia entre el capital, que es trabajo acumulado, y el trabajo, que es capital mal retribuido. Comparemos el salario de los obreros de Inglaterra con el de los de la China, y veremos que existe entre ellos una diferencia equivalente á la del poder de expansión de ambos países. Quizá son los progresos económicos una consecuencia de las victorias democráticas, quizá resultan estas últimas un corolario de los primeros. No vamos á discutir ahora el orden en que aparecen estos fenómenos inseparables. Lo único que quiero dejar sentado es que son los pueblos de vitalidad más desarrollada los que hacen más hondas concesiones al espíritu del siglo.

El vértigo de prosperidad que nos empuja tiene que imprimir fatalmente á la América española un movimiento análogo. Las fórmulas radicales que aconsejan los economistas nuevos podrán ser prematuras en países donde falta el industrialismo intensivo y donde predominan aún la agricultura y la agranomía. Nos moveremos quizá durante muchas décadas en la órbita del intervencionismo y la participación. Pero aun dentro de esos límites, el ciclo puede ser particularmente fecundo si, lejos de esgrimir las reformas como un medio de ahogar las exigencias del trabajador, las encaramos como un procedimiento para acercarnos al fin que nadie puede perder de vista.

El intervencionismo es una necesidad impuesta

por el carácter de lucha que ha tomado la vida actual. La colectividad modera los gestos individuales para proteger á sus miembros más débiles. Y al obrar así no hace más que salvaguardar la libertad de todos. Porque si el Estado se negara á inmiscuirse en las relaciones de los grupos que coexisten en su seno, tendría que negarse, para ser lógico, á intervenir en las disputas callejeras. La abstención sólo puede ser interpretada como un incentivo á la tiranía. «Si arrojado, débil, en medio de mis semejantes—dice un autor—encuentro todo ocupado en torno mío; si muerto de hambre no puedo matar un conejo, ni coger unas frutas, ni arrancar á los campos, al precio de mi sudor, lo necesario para conservar la vida, porque el suelo, los animales y la Naturaleza son propiedad exclusiva de algunos, ¿cómo empleo mis facultades?... ¿Soy libre?» La asistencia á los débiles es un principio de intervención que ha sido sobrepasado al conjuro de las necesidades públicas. Cuando Enrique II sometió la industria al Consejo, estableciendo que era éste el que tenía que «fijar el precio del trabajo con arreglo al de las viandas», no hizo más que tomar una medida de utilidad social. El derecho que tenían unos á disponer á su antojo de su propiedad no podía ahogar el derecho que otros tenían á vivir. Nadie se atreverá á pensar que la capacidad de los estómagos varía según el barrio en que la casualidad hizo nacer á los hombres. Pero ese intervencionismo *in extremis* no marca un límite en nuestras épocas. ¿Qué es la

vida sin la salud, sin la libertad, sin las satisfacciones más elementales? Después de tender la mano á los enfermos, á los ancianos y á los débiles, después de garantizar á todos la utilización de sus músculos, habrá que pensar en cosas más altas para favorecer la ascención general.

«En una nación libre—escribía Chapelier, en el informe presentado hace un siglo á la Convención—, los salarios deben ser suficientemente elevados para que quienes los reciben se hallen fuera de esta dependencia absoluta que implica la privación de las cosas de primera necesidad, y que equivale á la esclavitud.» La retribución del obrero—podríamos añadir hoy—no debe ser calculada según las necesidades de éste, sino según la riqueza y los rendimientos de la producción. Al fijar un mínimo de salario habrá que tener en vista las exigencias superiores en lo que toca á distracción, limpieza, lectura y todo lo que ensancha la personalidad.

Junto á esta tendencia á hacer que las costumbres se depuren y se eleve el nivel moral de todos, hay que colocar la que nos empuja á reglamentar las condiciones intrínsecas del trabajo. El porvenir de un país no puede inmolarse en aras de la riqueza individual. Para mantener el tipo sin disminuciones físicas y para hacer surgir las generaciones fuertes que deben determinar el triunfo, habrá que resolver, con el corazón abierto, los problemas más urgentes. La jornada de ocho horas, que existe en algunas ciudades de Nueva Zelanda y de Australia desde

hace medio siglo; el descanso semanal, que después de seis días de labor monótona es en cierto modo una renovación del hombre; la reglamentación del trabajo de la mujer y del niño, que llevan en flor ó en germen los destinos de la patria; la prohibición de velar después de media noche, que libertará á algunas industrias de la dura ley que les oprime, y la higiene escrupulosa, la amplitud y la belleza de los talleres, son condiciones esenciales de salud, de vigor y de entusiasmo para un pueblo. No es posible abandonar el porvenir á la merced de las limitaciones de los que sólo ven en cada brazo una máquina productora y olvidan que por sobre las conveniencias personales están los intereses inconfundibles del conjunto. Al intervenir en la reglamentación del trabajo para restablecer el equilibrio, los poderes públicos no hacen más que mantener su neutralidad, subsanando los desfallecimientos de una legislación antigua que sólo defiende las propiedades en detrimento de los hombres.

Pero el intervencionismo trae un corolario obligado: la participación. Si en la sociedad primitiva se aunaban el capital y el esfuerzo cuando cada uno poseía el área que podía cultivar, en la sociedad de hoy, donde el que posee aumenta su peculio con ayuda de los brazos de otros hombres, el antagonismo se hace cada vez más rudo. El obrero, el agricultor ó el empleado, que manipula, cultiva ó pone en juego los resortes de una empresa, no ignora que es un músculo pensante que contribuye á mantener la

prosperidad y á determinar los beneficios. La retribución que recibe no equivale al valor de lo que da. Y si no salva la frontera de lo justo al reclamar el «salario parcialmente variable» de que nos habla M. Leroy Beaulieu, tampoco la viola al pedir que un residuo de las utilidades del patrono ó comanditario sea repartido proporcionalmente entre los que lo hicieron posible. Porque si los que entregan su oro á una empresa reciben dividendos, ¿por qué no ha de recibirlos el operario que incorpora á ella su capital de sangre?

Para completar una remoción social habrá que combinar el intervencionismo y la participación con la asistencia á los débiles de que hablamos al comenzar este capítulo. En un país culto todos los hombres deben tener, de un extremo á otro de su vida, la posibilidad de desarrollarse integralmente. La miseria, la vejez, las enfermedades, la orfandad y la falta de trabajo tienen que ser remediadas ó suprimidas mediante socorros, pensiones, tutelas ó seguros que establezcan una solidaridad tangible entre las diversas porciones de la nación. Los sacrificios que para realizar esta obra tengan que imponerse las clases acaudaladas, les serán pagados en empuje y en adelanto, porque el bienestar multiplica el vigor de un grupo y porque el entrelazamiento de los intereses de todos es la fuente más pura de la energía nacional.

El impuesto progresivo sobre la renta y los derechos del Estado en las sucesiones, en la forma

que los establece el proyecto discutido hace poco por el parlamento inglés, no puede sorprender hoy á nadie, porque si á raiz de ciertas hecatombes se ha usado ese procedimiento para defender el territorio, es justo que nos sirvamos de él en la guerra social de todos los días para vencer el pauperismo y la degeneración, que son la derrota permanente de la raza. La ciudad de París votó, hace más de cien años, en 1793, para combatir la insurrección bretona, una serie de disposiciones según las cuales sólo se consideraba como renta normal la suma de 1.500 libras, de tal suerte que todo usufructuario de 2.000 tenía que pagar 30, todo usufructuario de 3.000, 50, y así sucesivamente hasta el favorecido con 50.000 libras, que debía abandonar 25.000. Claro está que se trata de medidas excepcionales. Pero en un país joven, donde el tradicionalismo no ha echado raíces todavía, debemos estar más cerca de la plena democracia que en Europa y no podemos sorprendernos de lo que ha sido superado en otro siglo. En cuanto á los derechos de intervención, tienen que ser, en las sucesiones colaterales, cada vez más rudos, hasta acabar con la paradoja que da á veces á un hombre la facultad de enriquecerse con los despojos de otro á quien no ha visto en su vida. Y si estas fuentes no bastaran para sufragar los gastos que ocasiona una remoción profunda, siempre quedaría el recurso de poner á contribución el factor principal de nuestras prosperidades.

Si está probado que en toda producción agrícola

existen tres factores correlativos, la tierra, los capitales que exige su adquisición y abono y el trabajo del que la cultiva, también es indiscutible que los campos tienen entre nosotros una capacidad para aumentar su valor, que excede el interés legítimo de los capitales y los gastos. Es lo que puede llamarse, desde el punto de vista de las especulaciones, una multiplicación de la inmovilidad propia por el esfuerzo de los demás. Porque cuando se duplica ó se triplica en pocos años el precio de una hectárea sin que el dueño la cultive, haga construcciones ó la mejore en cualquier forma, cuando un campo desnudo hace bola de nieve con la fortuna del poseedor que no se ha allegado nunca hasta él, hay que convenir en que como las causas del fenómeno no son ni el capital, que teóricamente ha quedado improductivo, ni el trabajo que, como acabamos de explicar, está ausente, han intervenido factores extraños al capitalista y á la tierra. Los nuevos ferrocarriles ó caminos construídos por el Estado, las industrias instaladas en las cercanías, el aumento progresivo de la población y la prosperidad de la República determinada por el esfuerzo de todos los habitantes, son los que han «trabajado», por así decirlo, esa riqueza y la han hecho fructificar. De suerte que, puesto que el propietario es el que menos hizo en favor de su propiedad, no puede ser injusto que una parte del aumento de valor que le favorece vaya á manos de la nación, es decir, del grupo que lo determina.

En nuestras épocas complicadas y oscilantes entre dos concepciones, hay que encontrar formas mixtas qne traduzcan el equilibrio y la verdad del momento. Si la antigua libertad comercial empieza á ser un principio en ruinas que los hechos se encargan de desmentir porque el gobierno la limita en beneficio de la democracia y el trust la absorbe en favor de la plutocracia, ¿por qué no hemos de intentar restablecer las equivalencias, haciendo que lo que retienen algunos especuladores sirva para alimentar en forma de monopolio y por intermedio del Estado las necesidades comunes? Los beneficios que deja el gas en Bale, Zurich, Dresde y Colonia, se cifran por millones. Los tranvías son para otras ciudades una preciosa fuente de recursos. Y nadie ignora que ciertos ferrocarriles, minas y canteras fructifican aquí y allá en beneficio del Estado. Completando los monopolios municipales con los nacionales, se abren puertas de oro á la prosperidad colectiva. Pero de más está decir que en patrias en formación no conviene abusar tampoco de un sistema que exige para su buen funcionamiento una difícil nivelación de propósitos. La iniciativa individual es indispensable en las etapas penosas que preceden al desarrollo definitivo. Sin embargo, ante industrias que, como la del Seguro, absorben desde el extranjero una parte fabulosa de nuestra riqueza, no es posible dejar de desear que, si faltan dentro del país los hombres ó los capitales necesarios para asegurar ese servicio, asuma el Estado la responsa-

bilidad de hacerlo, para libertar á todos del tributo que están pagando dócilmente. Esto no importa un absolutismo de doctrina. El proteccionismo y el libre cambio no son quizá para nosotros más que abstracciones de biblioteca. Lo que se aplica á nuestro carácter es el sistema mixto y racional que afluye de la época de transición por que atravesamos aún.

Volviendo á las reformas sociales, hay que recordar que éstas no se improvisan y que las modificaciones de fondo ó de forma que acabamos de esbozar serán el resultado de un esfuerzo larguísimo. Además, al discutir tales asuntos habrá que tener en cuenta un problema *nuestro*, que no se confunde con el de otros países y que no puede ser esclavo de fórmulas importadas. Junto á las ciudades y á los centros urbanos quedan en la América del Sur inmensas zonas habitadas por indios cuya civilización rudimentaria garantiza la impunidad de los traficantes y plantadores. Hay lugares en que el único salario consiste en bebidas y productos alimenticios. Los más indiscutidos preceptos de la higiene y las garantías más nobles se anulan bajo la avidez de un amo que lleva á veces el abuso hasta decretar castigos corporales. En estas extensiones, el problema social pasa á segundo término para dar paso á un problema de simple civilización. Hay que impedir los desmanes de los patronos y hay que educar á esas muchedumbres para favorecer su acceso á las mejoras de que hablamos más arriba.

De suerte que en la América del Sur la cuestión se impone en dos planos diferentes, uno aplicable á las capitales y á los puertos, donde una vida europea hace posible, con las necesarias modificaciones de carácter y costumbres, la implantación de cuanto se ha adoptado en el mundo, y otro aplicable á los territorios que mantienen su idiosincrasia primitiva. Dentro de la primera división los choques serán resueltos en parte por los obreros mismos, porque nadie conoce mejor que ellos sus aspiraciones y porque los movimientos corporativos deben guardar su carácter anónimo, que desdeña las similitudes ideológicas para basarse en identidades de intereses. Pero en la segunda el cambio tiene que venir de arriba, porque se trata de hombres de mentalidad precaria, que son momentáneamente incapaces de concebir un estado mejor.

En este orden de ideas lo que más puede contribuir á acabar con ciertos feudos y á difundir hasta los más lejanos villorrios la civilización de los núcleos principales, es el fraccionamiento de la tierra, que multiplica los intereses y crea una atmósfera saludable de responsabilidad. Los grandes territorios que, á manera de principados, se acumulan en el Nuevo Mundo en poder de un solo hombre, son un peligro para la libertad y un obstáculo para el progreso. Un peligro para la libertad porque se sustraen á todo contralor y confieren á sus propietarios cierta autoridad secreta que se sobrepone á la de los agentes de la República. Y un obstáculo

para el progreso, porque si, en vez de estar centralizados en favor de un individuo que los hace fructificar ó no, según sus ocios, se dividieran entre centenares de agricultores ávidos de prosperar, se hubiera metamorfoseado ya el aspecto y la vitalidad de las repúblicas.

Los cambios fiscales de que hemos hablado removerán las costumbres hasta orientarlas hacia una solución mixta. Porque al emprender ciertas obras hay que evitar los apasionamientos. La cuestión obrera no puede desinteresarnos del problema nacional. La victoria del país y el adelanto corporativo son vasos comunicantes. Tarde y Bakounine se completan. El segundo dice: «Mejorad las condiciones del trabajo, dad al obrero todo lo que en justicia le pertenece por razón de este trabajo, proveed al pueblo de seguridad, de bienestar, de descanso, y entonces estad seguros de que se instruirá, creando una civilización más amplia, más sana, más elevada que la vuestra.» Y el primero afirma: «El obrero más hosco tiene quizá tanto interés en ver triunfar á su nación en la lucha de naciones, como á su clase en la lucha de clases. Porque ¿de qué le serviría el triunfo de su clase, si al mismo tiempo su nacionalidad se viera disminuída y como consecuencia de ello la industria arruinada, la producción declinante y los salarios ínfimos?» Una nación se fortalece en proporción del bienestar que acuerda á sus clases laboriosas; pero éstas sólo consiguen ese bienestar á condi-

ción de contribuir al progreso de la nación en que actúan. En esta reciprocidad habrá que buscar mañana las inspiraciones de una política serena que atenúe los roces y facilite la realización progresiva de los ensueños de hoy.

VIII

La familia

«Nuestras democracias—dice el escritor cubano don Arturo R. de Carricarte, comentando un libro del publicista chileno Pinochet Le Brun—han dado demasiado impulso al individualismo y han desdeñado lo que constituye la fuerza de los países más adelantados: la especialización, y con ella la disciplina y la clasificación de las capacidades. Juzgándonos individualmente omniscientes, nuestro esfuerzo colectivo se resiente de la atomización y las actividades disgregadas no tienen ni la unidad de acción que garantiza el triunfo, ni aun siquiera la unidad del propósito que es imprescindible para que cristalice en un éxito. Este mal depende exclusivamente del error inicial con que la educación del pueblo ha sido acometida.» El literato boliviano don Alcides Arguedas afirma algo semejante en su admirable estudio *Pueblo enfermo*. Y todos los que ven á través de la costumbre y la miopía nacional, piensan más ó menos lo mismo. En lo único que difieren algunos es en la manera de eliminar el

origen. Éstos lo sitúan exclusivamente en la escuela y aquéllos admiten que quizá arranca á la vez de otro manantial más lejano: la familia.

Lejos de mí el propósito de discutir el buen estado de este resorte esencial, que conserva todas las virtudes que nos legó España. La pureza de la mujer y la cohesión de los componentes son base segura de las conquistas del porvenir. Un soplo de sinceridad reune á los seres y los vivifica. En pocas comarcas se mantiene ese lazo con tan admirable solidez. Pero en nuestras sociedades, desprovistas de unidad, faltan las grandes direcciones que unifican un conjunto y la disciplina que ordena la progresión de las cosas. Los que guían á los grupos suelen hacerlo de una manera nerviosa, mezclando el cesarismo y el abandono, la severidad excesiva y la condescendencia culpable. Á menudo apoyan su cetro en la autoridad y no en la mayor preparación. No sabiendo ser directores, se contentan con ser jefes. Y el mismo empeño que ponen en ser respetados, hace sospechar que ignoran á menudo las condiciones necesarias para conseguirlo.

De aquí que la juventud se sienta heredera de tradiciones levantiscas y desorbitadas que la empujan á la pretensión, á las precocidades y á la independencia prematura. La naturaleza lujuriosa, la desorganización social y la falta de programa y de molde la hacen crecer desde los primeros años como una planta loca, llena de ramajes inútiles y de floraciones excesivas. Si á esto añadimos el

prejuicio que nos lleva á no considerar como honorables más que las profesiones que surgen á la sombra de un título universitario, y si tenemos presente que el ejemplo de ayer no puede ser en todos los órdenes la mejor reserva de ideal, se explican sin esfuerzo las imperfecciones. El mal arranca desde la familia, dentro de la cual se ha desarrollado el niño, esperándolo todo del concurso de los acontecimientos. Rico ó pobre, ha visto vivir á los suyos sin más ambición que la de alcanzar ciertas comodidades, sin más filosofía que la del menor esfuerzo y sin más patriotismo que el orgullo irrazonado de la nacionalidad. No ha comprobado en torno ni una inquietud personal aplicada á las cosas de la vida, ni un interés por los asuntos colectivos, ni una gran generosidad para con los menesterosos, ni un carácter inflexible, ni una ambición brusca y no aspira á descollar ni como hombre de ciencia, ni como patriota, ni como filántropo, ni como banquero, ni como inventor, ni como guía. Algo tiene de todas estas cosas á la vez; pero la dispersión de su espíritu, la multiplicidad enojosa, resultado de una educación sin ideales, es la que le perjudica más. Todo estaba en él en germen, pero no se ha cultivado nada.

No ignoro que del seno de esa juventud han surgido cerebros y voluntades que desmienten el proceso de que venimos hablando. El gran empuje de la América española data de ella. Si en todos los órdenes de la actividad triunfa un florecimiento

fecundo, es debido en parte al esfuerzo ó á la sugestión de los que no gobiernan todavía. Ellos son los que han removido la existencia en las ciudades temerosas y prudentes y ellos los que han hecho saltar del fondo de la raza las posibilidades de victoria que debían inundarnos. Pero después de reconocer la fiebre eficacísima de los menos, hay que dejar constancia de la incapacidad terca de los más. Los esfuerzos que aumentan el prestigio y el poder del hombre resultan inútiles ante cierta categoría vanidosa que sólo vive para parecer y no para ser. Alcanzar un empleo bien rentado es el programa supremo de los más bulliciosos y visibles. Un escepticismo fácil les da aureola. No creer en nada y erigir por encima de la vida múltiple una pobre personalidad hueca, parece ser el grito estentóreo de la sabiduría. La doblez que corrompe las costumbres cree alcanzar una victoria cada vez que pospone el bien á los intereses momentáneos. Pegar equivale á tener razón. Ser altruísta es ser neófito. Y no es aventurado decir que en muchos casos la falta de cultura y de punto de mira en el ideal malogra la savia fuerte que pudo vibrar al sol.

Entre los latinos y los anglosajones de América hay, en medio de tantas discrepancias curiosas, una increíble: cuando los anglosajones comprueban un mal, se apresuran á ahogarlo sin pronunciar una sílaba; cuando nosotros descubrimos uno, nos lamentamos elocuentemente sin hacer nada para acabar con él. Parece que acariciamos el error,

como si formara parte de una atmósfera útil. El orgullo radioso de saber que seguimos un gran conjunto, no nos hace reaccionar contra el vértigo. Estamos todavía en la etapa preparatoria en que las corrientes exteriores influyen sobre el ser mucho más de lo que éste logra influir sobre aquéllas. Tornadizos, improvisadores y perezosos, nos dejamos llevar por la vida en vez de darle rumbos.

Esta es quizá la causa del desdén con que asistimos á la multiplicación de ciertas llagas que, como el juego, la maledicencia, el matonismo y el alcohol, nos estrangulan moralmente. Si la primera se ha difundido es á causa de la abstención de los que pudieron ponerle límites, debilitando la ociosidad, la codicia y la moda, que empujan á una parte de la juventud al hipódromo, al frontón, al reñidero ó al garito, y combatiendo la formación de una categoría de hombres estériles que viven en forma parasitaria, sin ofrecer á la colectividad más que el espectáculo de su caída. Los pretextos de deporte sólo sirven para satisfacer la inclinación á dilapidar la riqueza ó á alcanzarla por un capricho del azar. Pero esto sólo atañe á los individuos. Lo que está pidiendo á voces la intervención del Estado es el perjuicio colectivo que esas abdicaciones determinan. Al mal ejemplo, á la inacción y á la vida aleatoria que los jugadores difunden en torno suyo, hay que añadir el peso enorme qne constituyen para una colectividad en marcha que tiene que arrastrarlos y dejarse sangrar por ellos.

Otro vicio que puede ser contrarrestado desde las primeras crisis, en el seno mismo de la familia, es el que nos lleva á interpretar con malignidades simiescas toda palabra y todo gesto, creando una atmósfera asfixiante de burla, de pesimismo y de desconfianza. La superficialidad con que se juzgan los actos más nobles y la costumbre de esgrimir el insulto en vez de la flecha irónica, que es el arma de oro de los grandes, han dado nacimiento á una especie de disminución colectiva. La calumnia prospera y lo desmoraliza todo. La maldad hace ley. Y el tejido sutil de intrigas que obstruye el cielo azul barre y destruye la lealtad interior, que es la gloria de los férreos pueblos del Norte.

Los que argumentan que estos vicios, lejos de ser nacionales, son reflejo ó producto de la imperfección universal, tendrán razón teóricamente. De más está decir que no hemos inventado pasiones ignotas. Pero en la densidad alcanzada, en las formas crudas y en el supremo abuso existe acaso el germen de una transformación que las renueva y las nacionaliza. El matonismo es una enfermedad universal. Sin embargo, nada reviste entre nosotros un gesto más inconfundible que esa desviación del instinto. No nos ha bastado modificar el personaje; lo hemos rehecho completamente. Hemos aumentado su virtud nociva. Y hoy constituye un elemento de desorden que detiene en parte el ímpetu y el desarrollo de la raza. Pocas cosas han sido entre nosotros más funestas que la superstición de la vida correntosamente me

lodramática y el prejuicio de los actos medioevales y heroicos.

Si á estos errores superponemos el abuso del alcohol, que tantos estragos hace en América, tendremos una rápida síntesis de las direcciones que conviene ir rectificando desde la etapa inicial de la familia para dar á nuestros pueblos un alma superior, más arraigo y aptitudes nuevas.

El método, la austeridad y la inclinación á la labor fecunda que predomina en algunos países, es obra de una vida sana y regular. Un hombre que se acuesta temprano, ejercita sus músculos, y al levantarse con el alba, corre a la ducha fría, tiene que ser más ágil, más resuelto y más puro que el que trasnocha y se embriaga. Pero al favorecer el desarrollo de la voluntad, hay que tener en cuenta que lo que urge no es injertar nuevas direcciones, sino cultivar los buenos gérmenes que palpitan ya. Nuestro estado es superior á lo que á menudo se cree. Y nada será más fácil que depurar progresivamente el medio, mediante la ley severa y el optimismo salvador. Porque, aunque parezca paradoja, á menudo se hace nacer el bien á fuerza de decir que existe.

IX

El arte

Así como nada puede suscitar artificialmente un arte autónomo antes de que sea favorable la atmósfera del país en que el hecho debe ocurrir, tampoco está dentro de lo humano detener la espontánea floración que surge cuando el conjunto posee características que lo distinguen. Con cada nueva forma de civilización aparece fatalmente una modalidad desconocida que da ropaje propio al ideal y es algo así como la síntesis de las inclinaciones, las tristezas, las añoranzas y los anhelos de un grupo.

Desde el instante en que una colectividad comprende su situación y sus destinos, las formas espirituales que deben traducir la vida interna surgen bruscamente, como una perspectiva en una encrucijada. Lo que tuvimos siempre delante se revela de pronto á nuestros ojos, sin más razón atendible que la evolución total que se ha realizado adentro. Hace veinte años la pampa tenía más color que ahora, los tipos aborígenes conservaban más puros

los rasgos de su carácter, y el ambiente criollo, menos diluído por las inmigraciones, era, en su esencia y en su forma, más acentuado aún. Sin embargo, no se hizo sentir de lleno la corriente en favor de un arte nacional, porque no era posible traducir el empuje colectivo cuando individualmente nos ignorábamos. Las copias y las reminiscencias de entonces atestiguan la inquietud de un alma que se interroga sin alcanzar á descubrir los hilos que la acercan ó las distancias que la separan de lo que la circunda. Sólo la revelación de las finalidades, sólo la certidumbre de tener rasgos propios, pudo hacer salir de la sombra el mundo material y moral en que el conjunto se movía. De suerte que lo que hoy empieza á florecer no es más que el resultado de una elaboración misteriosa que todos contribuímos á fomentar con nuestra presencia y que halla en el recuerdo y en las costumbres durables su oxígeno y su apoyo.

He aquí una comarca enorme donde bulle la más formidable confusión de pueblos que registra la historia. Sobre ella se han hacinado, en aluviones sucesivos, todas las caravanas aventureras y todos los sobrantes de población del mundo. Una gran capa autóctona, cuyas raíces arrancan de la noche de la especie, ha servido de base á la obscura metempsicosis. Y del caos creador, ha brotado una hornada de ochenta millones de hombres inquietos que tienen conciencia de sus diferenciaciones y de su porvenir. Un patriotismo estridente les

induce á considerarse superiores al extranjero. Una firme certidumbre los empuja. Y como si por un prodigio de magia obedeciera la vida á su aletazo orgulloso, una marea formidable de triunfo los ensoberbece y los transporta. Todo es en torno de ellos nuevo, desde los climas, los productos y las costumbres, hasta los vicios, las aspiraciones y las victorias. Mil problemas raros oprimen á la enorme colectividad naciente, mil inquietudes creadas y amamantadas en su seno la doblan y la torturan. Los silogismos, las pasiones, los gustos y hasta el lenguaje han sufrido una deformación que los embandera. Y todo nos dice que el grupo diferente tiene que aspirar á una belleza distinta y que del gran entrevero de sangres, culturas y panoramas surgirá ante horizontes desconocidos una expresión artística original.

¿Quién se atreve á sostener que estamos destinados á vestir eternamente los harapos de los muertos? Nadie critica que después de la Independencia se ajustara el Continente, desde el punto de vista literario, á las formas y á los procedimientos coloniales, puesto que sólo se trató en los comienzos de un cambio administrativo y en el conjunto subsistían, más ó menos modificadas por la atmósfera, las cerebraciones antiguas. Nadie censura que cuando la influencia universal renovó nuestros átomos y empezó Francia á ejercer la hegemonía ideológica que fué la distintiva de la última mitad del siglo XIX, se redujera el arte inseguro á una

imitación inmediata de lo que florecía en la nación inspiradora. Todo ello está dentro de la razón y de la marcha ruda de la vida. Pero después de un siglo de independencia, cuando el Continente empieza á tomar un color inconfundible, cuando el carácter nacional surge en todas sus manifestaciones y cuando la personalidad naciente irradia hasta el punto de envolver en su tromba á los recién llegados, no es posible prolongar un arte ajeno al territorio, á los habitantes y á la bandera interior.

Los que arguyen que la belleza es universal, olvidan que el sol también lo es, y que sin embargo su aspecto y su influencia cambian según el lugar del mundo que nos sirve de observatorio. Lo que ha hecho del arte una destreza de especialistas y un rito extraño á las preocupaciones comunes, ha sido la falta de concordancia entre la nacionalidad viviente y el ideal importado ó postizo. Cuando la literatura, la pintura, la escultura y la música nazcan de nuestras concepciones nacionales y engloben el alma de nuestro conjunto, coordinando las influencias contradictorias y mezclándolas con el componente salvaje que imponen el territorio y los atavismos, la masa acogerá con arrobamiento la síntesis moral que habrá nacido al fin de ella.

Si la vida fuera menos flotante y si las clasificaciones no resultaran infantiles ó efímeras, me atrevería á decir que en el océano de las multitudes, viendo á través de la fachada, asoman siempre dos clases de hombres: los que *ven* y los que

recuerdan. Éstos pueden ser ministros, gendarmes, verdugos ó académicos. Aquéllos resultan indistintamente sabios, acróbatas, mecenas ó galeotes. Pero por sobre la altura y la pequeñez, por sobre las buenas y las malas obras, cada uno de estos grupos conserva una unidad sutil. Aquí predomina la disciplina, la minuciosidad y el acatamiento; allá la audacia y el odio á las convenciones. Y claro está que desde el punto de vista del carácter es más útil la independencia del humilde contramaestre que perfecciona un detalle de la labor común, que la pasividad brillante del alto funcionario lleno de títulos, cuya misión consiste en mantener en movimiento la vetusta noria. Poco importa que uno escale las cúspides y el otro permanezca ignorado. El renombre no es en suma más que un atavismo alimentado por los odios. El bien del conjunto, la belleza y el deber serán en épocas por venir barreras ó imanes más poderosos que el miedo ó la felicidad de los aplausos ó las críticas. Lo que importa, de acuerdo con nuestra clasificación, en el caso que nos ocupa, es la antítesis entre los dos instintos: el que impele á la iniciativa y el que aconseja la copia; el que señala, inspirado en sentimientos sanos ó en pasiones deleznables, un ser autónomo y el que refleja de una manera ilustre ó vergonzosa la sombra fría de los mármoles. Si miramos bien, comprendemos que es la indisciplina la que ha hecho nacer todo lo que nos ayuda á dominar el mundo. De suerte que lo que la patria en

gestación está pidiendo son hombres que *olviden* y que *vean:* que olviden las formas extrañas de la cultura cuyo jugo se han asimilado ya y que observen los horizontes claros y los matices inéditos que les brinda nuestra América.

Esta es la obra que, acometida en parte por la juventud de hoy, será completada acaso por las generaciones últimas. Un gran conjunto vigoroso está pidiendo una expresión artística que sea como la confirmación de su alma autónoma. Y á pesar de todas las deficencias, las realizaciones alcanzadas contienen quizá los brotes del gran esfuerzo futuro.

Las reservas de los exigentes se explican por dos razones: porque la separación entre lo nacional y lo gauchesco no está bien definida aún y así que faltan ciertos modismos rurales, parece que se deslíe el color y se neutraliza el ímpetu, y porque á lo largo de las tentativas para crear hueso propio no hemos tenido siempre en cuenta que el arte es interpretación y que para hacer revivir las costumbres hay que conceder una importancia preponderante á la atmósfera. Nada es en realidad más difícil que hacer entrar en la literatura, sin encogimientos académicos y sin chabacanismos vulgares, los tipos, las costumbres y el ambiente de naciones todavía inorgánicas donde se entrechocan todas las fuerzas. Á la dificultad de no contar con una tradición artística y de tener que improvisarlo todo, desde los materiales hasta los útiles, pasando

por las grandes abstracciones y los perfiles individuales, se une para el escritor la que deriva de la falta de consistencia del medio, cuya ascensión vertiginosa empuja á hablar del ayer reciente como de un pasado polvoriento y paradójico. Pero nuestras democracias no están pidiendo detalles minuciosos, sino grandes síntesis de las corrientes que trabajan las fibras maleables de un alma de transición. Y por más honda que parezca la vida, por más que hasta el límite de los años, por encima de las claridades que tienen que venir, se acumulen las sombras que deben devorarlas, siempre hay á través de las tinieblas y de lo desconocido un soplo ideal que unifica y escalona el ansia dispersa de los grupos. Como cada mujer tiene su sonrisa y cada civilización su genio, la atracción y el enlace persisten á través de los vuelcos y las vicisitudes. Y es en la unidad superior de las perspectivas donde lograremos encontrar, no ya el ropaje y las formas llenas, sino las raíces y las resultantes del esfuerzo espiritual que arranca desde los orígines.

De aquí que el arte no pueda ser en el Nuevo Mundo ni aristocrático, ni artero, ni precioso. Sin renunciar á la lejana chispa de locura y de neurosis que es, por así decirlo, el punzón y el complemento de los artistas, tendremos que negarnos á los desequilibrios para buscar la belleza dentro de la palpitación normal. Las palabras de Rodin parecen escritas especialmente: «Es feo en el arte todo lo que es falso, todo lo que es artificial, todo lo que aspira

á ser bonito ó hermoso en vez de ser expresivo, todo lo es travieso y preciosista, todo lo que sonríe sin motivo, todo lo que se acicala sin razón, todo lo que se arquea y se cuadra sin causa, todo lo que carece de alma y de verdad, todo lo que no es más que apariencia, todo lo que miente.» Así como á una revolución en las ideas corresponde una revolución en la manera de expresarlas, á una nacionalidad joven y garrida conviene un arte sencillo y natural. Obstinarse en perseguir la inquietud y el rebuscamiento de los grupos seculares, es recluirse en un sótano en vez de salir al sol. Sin contar con que en nuestras épocas no es la literatura la que suscita el pensamiento del pueblo, sino el pueblo el que dirige el movimiento literario. Y en la América española se empieza ya á sentir la presión de una gran masa que espera el advenimiento de su forma autónoma, dispuesta á apoyar las manifestaciones conscientes del espíritu nacional.

Nada más arduo que decir lo que será el arte en formación. Curioso amasijo de fuerza y de melancolía, exteriorizará acaso el ímpetu de los conquistadores, dulcificado al contacto de las tierras inexploradas y mantenido en otras órbitas por el heroísmo sin sangre de las luchas de hoy. La actividad febril de los puertos que irradian vida sobre el mundo, dará quizá una trepidación nueva al pensamiento y á los párrafos. La abulia tropical y la incertidumbre afectiva que duerme en nosotros como un presentimiento de melopea, se fundirá acaso con los fervores

primitivos del indio. Nadie puede trazar la ruta al porvenir. Éste es producto de la voluntad de los hombres y son ellos en su masa tumultuosa y diversa los que darán fibra y alcance al sentimiento nuevo. Nada más vano que prever la resultante de un esfuerzo múltiple. Nada más infantil que imponer forma á las olas. El primer paso del arte es la independencia individual. Pero un siglo de luchas rudas, la fisonomía del país que habitan y el cosmopolitismo invasor han dado margen á un tipo que tiene rasgos propios. Y dentro de la literatura tendrá que gesticular esa silueta, en medio de la vida fuerte, de las costumbres originales y de la atmósfera que la subraya.

Así se confirmará la existencia durable del grupo y así alcanzaremos el puesto que perseguimos. Nuestras generaciones han soportado en Europa el injusto desdén de los que ignoraban que en Sud América se está operando una metamorfosis semejante á la que cambió las perpectivas del Japón. Pero ahora que los recién llegados empiezan á hacerse escuchar, ahora que los que tienen que decir muchas cosas que saben se sustituyen á los que hablaban de todo sin saber nada, conviene dejar morir los vicios que determinaron el desconocimiento de nuestra personalidad. Si la literatura hispanoamericana no obtuvo hasta hoy de la crítica la atención que merece, es á causa de su internacionalismo y de su excesivo desmigajamiento. Por eso urge fortalecer la preocupación localista y unificar la obra del conjunto que

tiene los mismos ideales y escribe en la misma lengua. Pero para triunfar ante los extraños es indispensable el apoyo de la colectividad. Si los artistas no sienten detrás de sí la orgullosa solicitud de una raza que los alienta, gesticularán en el vacío, porque como dice M. Jules Romains, ¿qué es el genio sin la masa enorme que debe empujarlo irresistiblemente?

X

El porvenir

Á pesar de los errores que hemos enumerado, la América española es quizá la promesa más alta que ofrece el porvenir al mundo entero. Un territorio que en un siglo de vida libre ha conseguido alcanzar la fabulosa prosperidad que comprobamos, tiene que reservar á sus habitantes—y á la humanidad toda sobre la cual irradia su producción—las sorpresas más puras y más inverosímiles.

Pero la fertilidad y el adelanto, lejos de ser un escudo, son un incentivo á la codicia de los imperios que se reparten los girones del planeta. Para asegurar la floración futura, para que todas las victorias que duermen en el fondo de la raza puedan fructificar en un mundo regido por nuestra omnímoda voluntad, fuerza será dar cima á la obra y poner á cubierto, en todas las latitudes y en todos los órdenes, la común independencia. Hay que contrarrestar las invasiones imperialistas que extienden su deseo sobre la tentación del Continente dividido, hay que reunir los trozos para formar el bloque donde se

romperán las flechas y hay que medir el campo con la confianza de los que saben que la historia les pertenece y que la vida es dócil prolongación de nuestros músculos.

Si alguien moteja de *chauvinisme* este amor á la tierra en que nacimos, será porque no descubre las intenciones que me guían. La discordia es una catástrofe. Todos somos enemigos del empuje que arrastra á las multitudes á exterminar á otros pueblos y á extender dominaciones injustas á la sombra de una bandera ensangrentada; todos somos adversarios del empaque orgulloso que nos mece por encima de los demás hombres y nos hace mirar con desdén cuanto viene del extranjero; todos nos erguimos contra el culto de las supervivencias bárbaras que prolongan las costumbres de tribu ó de rebaño. Pero hay otro patriotismo más conforme con los ideales modernos y con la consciencia contemporánea. Y ese patriotismo es el que nos hace defender contra las inmiscuiciones extranjeras la autonomía de la ciudad, de la provincia, del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho á vivir y gobernarnos como mejor nos cuadre. En este punto no hay fórmulas. Los cerebros más independientes, los hombres más fríos, tienen que simpatizar con el Transvaal cuando se opone á la arremetida de Inglaterra, con Marruecos cuando se encabrita bajo la invasión de Francia, con la Polonia cuando, á pesar del reparto, tiende á reunir sus fragmentos en un ímpetu admirable de bravura, y con la America espa-

ñola cuando contiene el avance del imperialismo que se desencadena sobre ella para ponerle un collar de protectorado y arrastrarla hacia el *trust*, hacia el prejuicio de raza y hacia la paradoja culpable de la dominación universal. Llegado el caso se esfuman las discordancias, y hasta los más intransigentes ideólogos tienen que unirse al enorme remolino de protesta, porque si admitiéramos en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande ó la opresión del débil por el más fuerte, justificaríamos en el orden interno la tiranía de los poderosos sobre los desamparados y proclamaríamos el triunfo de la fuerza y del egoísmo ancestral.

Todo nuestro esfuerzo tiene que tender á suscitar una nacionalidad completa y á rehacer en cierto modo, respetando todas las autonnmías, el inmenso imperio que España y Portugal fundaron en el Nuevo Mundo. Para que las generaciones futuras no nos hagan el reproche de haber dormido de pie en tan grave momento histórico, necesitamos algo más que un patriotismo seccional y mutilado, algo más que un orgullo intermitente y frágil. Interroguemos el fondo de nuestras almas. ¿Qué hemos hecho hasta ahora en conjunto para preparar la vida de los que vienen? ¿Cómo hemos utilizado en la tercera zona el territorio, el clima y las circunstancias más favorables que haya conocido una colectividad? ¿Cuál es el porvenir que nos espera? Urge que cada hispanoamericano rehaga dentro de sí, con sus convicciones y sus razonamientos propios, el pro-

ceso de este libro, que no es más que una voz que sale de la multitud. Hemos vivido de reflejo durante muchos años y es hora de que saquemos de nuestra entraña una doctrina, una concepción continental que responda, no á la quimera de lo que imaginamos ser, sino á la realidad de lo que somos. Sólo se llega al porvenir pasando por el presente, y no basta tener los ojos fijos en el sol: es necesario mirar las piedras donde posamos el pie. No nos dejemos seducir por el optimismo de los que ante la amenaza se embozan en su imaginación, como los tribunos romanos en su túnica. No nos dejemos intimidar por las incertidumbres que flotan sobre nuestra raza. El equilibrio es la mejor fuerza y las preocupaciones contra un grupo sólo duran hasta que éste reune los medios necesarios para hacerse respetar.

Emprendamos en todas partes la obra de vencer á la Naturaleza, imponiendo de un extremo á otro del Continente la marcha triunfal del hombre. Las florestas impenetrables, los ríos que desbordan, las montañas inaccesibles y hasta los hoscos volcanes que nos fulminan tienen que ser dominados al fin. Poco importan los obstáculos. Más emocionante que las batallas, más sangrienta que todas las hecatombes de la discordia internacional, pero mucho más gloriosa, es la lucha entre la especie y la creación, el duelo trágico entre la Naturaleza y el genio. Sin dar tregua al imposible, la raza humana ha ido destruyendo la distancia, contrarrestando la noche y luchando brazo á brazo con la muerte. Como un

ser de carne, el planeta se ha desembarazado á menudo de sus parásitos. Pero nada resiste á la inteligencia. Después de apoderarse del subsuelo, como ya se ha apoderado del aire, la estirpe victoriosa acabará quizá por ahogar las últimas rebeliones, y dueña de un mundo indefenso, libertada de la timidez y del límite, transportará su empuje á nuevos soles.

En nuestras repúblicas, en parte selváticas y tropicales, hay que añadir á la lucha contra los elementos indisciplinados la lucha contra la distancia y contra la inmovilidad de una parte de los habitantes. Después de disponer la vida de tal suerte que sea posible pasar sin brusca transición de las costas á los lejanos territorios, habrá que destruir la antítesis que asoma entre las grandes capitales de aspecto europeo y ciertas comarcas de mentalidad colonial. Claro está que no hablamos de nivelar las costumbres de las poblaciones urbanas y rurales. En todos los grupos existen matices que son hijos de una diferenciación de la atmósfera. Pero lo que, á pesar de la inmigración cada vez más densa, se advierte á menudo en ciertas zonas, no es el contraste clásico entre las formas exteriores ó la actividad mental del porteño (1) y del campesino, sino la falta de ilación y de concordancia

---

(1) No doy á la palabra la significación que tiene en el Río de la Plata; la empleo para designar en general á los habitantes de los puertos.

entre la suprema civilización y los residuos bárbaros. Esta antinomia es la que conviene destruir ante todo, difundiendo la ilustración y haciendo que cada vez sea menos exacta la frase triste de Sarmiento:

«Da compasión y vergüenza comparar la colonia alemana ó escocesa y la villa que se forma en el interior: en la primera, las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbolillos graciosos; el amueblado sencillo, pero completo; la vajilla de cobre ó de estaño, reluciendo siempre; la cama con cortinillas graciosas, y los habitantes en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse á la ciudad á gozar de las comodidades. La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes, una mesita y petacas por todo amueblado, ranchos miserables por habitación y un aspecto general de barbarie y de incuria...»

Para remover todo esto y para dirigir el gran empuje que debe cambiar el rumbo de la América española, necesitamos hombres que se sacrifiquen, sin calcular las recompensas. Esas «almas frías que en las grandes conmociones no piensan más que en su sueño interrumpido ó en su fortuna desecha y que cuando un gran cambio se prepara sólo atienden á

preguntarse: «¿Qué ganaré con él?», equivalen dentro de la historia colectiva al hundimiento sigiloso de un muro que se disgrega sin que nada asome á la superficie. Cuando urge aprovechar la base para neutralizar una amenaza y sostener el resto del edificio, cuando en la improvisación de una defensa nos apoyamos de golpe en la iniciativa individual, bruscamente, sin que nadie lo adivine, se oye el crujido formidable y se desploma un mundo. Porque ser egoísta equivale en este orden de ideas á enajenar el propio porvenir en beneficio de un presente precario. En lo que toca á estos asuntos, el único egoísmo razonable es el que nos permite poner á salvo, no sólo nuestra fortuna, no sólo nuestra persona, sino los horizontes, las costumbres, el carácter, la nacionalidad, las esperanzas, todo lo que por ser músculo, base ó atmósfera forma parte del hombre ó es condición ó complemento de él. Al garantizar la autonomía común y al contribuir á poner á cubierto la integridad material y moral de los que, nacidos de un mismo origen y atados á la misma tradición, ocupan los inmensos territorios que se extienden desde la frontera Norte de México hasta el mar Austral, cada hispanoamericano no hará más que defender su propio ser y reclamar el oxígeno indispensable para su desarrollo. Porque los intereses generales y los particulares son solidarios en ciertos casos. Y como la independencia individual no es en resumen más que la síntesis de las independencias continentales, toda intrusión tiene que efectuarse en

este caso no sólo en detrimento de la autonomía nominal de un país, no sólo en perjuicio de la libertad efectiva de los habitantes que en él encuentran la expresión de sus gustos y de su originalidad local, sino en desdoro de la grandeza y de la expansión futura del conjunto.

Pero no basta garantizar la autonomía en todas partes. Para que ésta sea algo más que una aspiración flotante, es necesario que traduzca el ímpetu de democracias vivientes, capaces de sacar de sí, en todos los órdenes, los elementos de su victoria. La prosperidad inverosímil, el progreso fantástico y el estado social superior de la Argentina, del Brasil, de México, de Chile y del Uruguay, dejan sospechar lo que un gran conjunto regido por una doctrina única puede obtener en la gigantesca zona donde reflorece la tradición latina. Los atropellos y las disonancias tienen que ceder el paso á los debates serenos de una colectividad que renuncia á las audacias de forma para desarrollar mejor sus atrevimientos íntimos. La tarea que nos incumbe es de orden, de equilibrio, de esfuerzo obscuro. Hay que olvidar los gestos desmelenados, hay que invertir el orden de los factores para sacrificarse á la colectividad en vez de servirse de ella y hay que tener la inquietud constante de la obra que gravita sobre nuestros hombros. Basta de revoluciones, de dictaduras y de piraterías sociales. La América española tiene que ser algo más que un campo abierto á todas las demencias de la ambición y del instinto. Si continúan

los errores, las generaciones futuras sólo recogerán los escombros que habrá preparado nuestra obstinación fatal. Hay que reaccionar contra las cóleras y las languideces tropicales. Hay que cultivar los sentimientos generosos que se van ensanchando en órbitas concéntricas hasta abarcar el mundo. Hay que sentir el deseo, hacer cuajar la gran mole en fusión, para delimitar nuestras fronteras morales, suscitando una plataforma definitiva, y hay que renunciar, en fin, á las declamaciones. Á la patria no se le ofrecen lirismos inútiles; la mejor manera de honrarla es hacerla cada día más noble, más generosa y más grande, depurándola á medida que nos depuramos nosotros mismos.

Que cada hombre aspire á repetir lo que dijo Sócrates en un momento de la vida griega: «Yo no soy nada, pero mis palabras traducen el pensamiento de mis conciudadanos.» Que en política, como en todo, sepamos enlazar los neologismos con los arcaísmos para imponer á unos lo que es necesario y negar á otros lo que todavía no es posible. Que gesticulemos á la altura del porvenir que nos espera. Y que lejos de adular á las multitudes, sepamos elevarnos cuando la razón lo exige hasta las cimas del desprestigio, porque comprender que la opinión nos abandona, ver que la base oscila, sentir que hasta los más adictos empiezan á dudar en torno nuestro y sin embargo avanzar, insistir, tener fe en las convicciones, ese es el verdadero valor.

Salvemos de un aletazo los engreimientos que nos

desmigajan. Hay veinte repúblicas en la América española y cada una de ellas se cree superior á la vecina. Unas invocan su extensión, otras sus tradiciones, otras su cultura, otras su comercio. Todas quieren ser medidas por lo que valen aisladamente, al margen del bloque moral que las ata. Y sin embargo, ninguna tiene la solidez y el volumen de una nación inexpugnable. En vano esgrimen fusiles y cañones. Los balbuceos bélicos no indican personalidad final. Bien sabemos todos que esas armas no resultarán nuestras hasta que sepamos construirlas y que esos barcos no serán verdaderamente nacionales hasta que salgan con nuestra bandera de nuestros propios astilleros. Lo mismo ocurre en otros órdenes. Los productos del suelo fertilísimo no dejarán dentro del país todo su rendimiento hasta que logremos transformarlos y manufacturarlos sin traspasar las fronteras. Los pueblos, como los hombres, sólo son completamente independientes cuando se bastan en la medida de lo posible á sí mismos, y una nación no alcanza su virilidad triunfante hasta que extrae de sí los principales elementos que exige su desarrollo. No ignoro que la improvisación ha sido vertiginosa y que en cien años se ha impuesto á ciertas comarcas una metamorfosis. La distancia recorrida es paradojal. Sin embargo, aun en las regiones más prósperas, queda por hacer mucho más de lo que se ha hecho hasta el día. La suficiencia con que creemos poder competir con los más altos y el localismo que nos enceguece con superioridades

ínfimas retarda el esfuerzo que debe completarnos. No pongo en duda la apoteosis. Creo que tenemos pulmones para escalar todas las cúspides. Pero la verbosidad con que nos maravillamos de la obra realizada, nos impide esgrimir la autocrítica para saber lo que nos falta aún. El orgullo nos ensoberbece. Y la tarea de coordinar el enorme grupo, de añadirle los órganos que exige, de graduar sus equilibrios y de desarrollarlo en toda su profundidad y en toda su extensión no absorbe como debiera nuestras preocupaciones todas.

Claro está que nada puede cerrar el paso al porvenir. Á pesar de los desfallecimientos y las grietas, la America española tiene que elevarse hasta el triunfo, empujada, como todas las fuerzas históricas, por la rigidez de su destino. Dentro de la colectividad existe el germen que renovará el aspecto de las diversas repúblicas, el soplo vivificador que empuja y alza, el elemento indócil que todo lo toca, que todo lo discute, que á todo se atreve, que tiene la flexibilidad y el ímpetu de lo que nace, y que se llama la juventud. Ese es el brazo invencible que defenderá los fueros del terruño y ese es el motor de las proezas que el porvenir ya dora. Inspiradas en las fuentes más puras, mordidas por un deseo salvaje de vencer los obstáculos y arrasar los imposibles, rehechas por el estudio y por los viajes y obligadas al heroísmo por la necesidad de vivir y de desarrollar su acción en su propio ambiente, las nuevas generaciones empiezan á estar preparadas, en su

élite, para realizar en pocos años el esfuerzo histórico que el destino parece exigir de ellas. Los más profundos abrigan ya la convicción de que es necesario remover el medio. Los más activos alimentan la esperanza de que la obra es inmediatamente realizable. Y no está lejano el día en que todos se hallarán bañados y engrandecidos por el ideal, de tal suerte que parecerá que, después de captar los manantiales de la luz, se han transformado en luz ellos mismos.

Por eso ha de ser fácil abrir una era de solidaridad y de cordura, determinando un acto de fe en los destinos inquebrantables. Una gran liga de la juventud hispanoamericana que haga un llamamiento á las universidades, al ejército, á las industrias, á los partidos avanzados, al arte, al periodismo, á todo lo que vive, y que apoyada en la identidad de origen, en las simpatías de la Europa latina y en la consciencia de una diferenciación fundamental, pese sobre los gobiernos, intervenga en los conflictos, corrija los errores, difunda la cultura y agite por encima de las fronteras el estandarte de la Confederación moral, tiene que obtener los sufragios de todas las inteligencias y todas las voluntades que hoy se ahogan en el ambiente desmoralizador de las patrias impotentes y fraccionadas. Cambiemos los rumbos de nuestra política, modifiquemos el espíritu de las costumbres, depuremos los ideales colectivos, favorezcamos las corrientes últimas, levantemos, en fin, el nivel moral de nuestra América, y cuando los

años nos agobien y nos inmovilicen en medio del mundo victorioso que habrá nacido de nuestra voluntad serena, podremos decir quizá como Horacio: *Non omnis moriar*, no moriré completamente. Bajo una cúpula de gloria el Nuevo Mundo latino se habrá elevado á la altura de las razas que al negarse á desaparecer y al salvaguardar sus distintivas, defienden, con su concepción de la libertad y del progreso, un fragmento indispensable del alma universal.

FIN

ÍNDICE

TERCERA PARTE

La organización interior

Editorial PROMETEO.—Valencia

Obras de V. Blasco Ibáñez, Director literario e esta Editorial.—*Novelas:* Arroz y tartana. Flor de Mayo .a Barraca. Entre naranjos. Sónnica la Cortesana. Cañas y Barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La Maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. 4 ptas. vol.—Los argonautas. 5 ptas. —*Cuentos:* La Condenada. Cuentos valencianos. 4 ptas. vol.— *Viajes:* En el país del arte. Oriente. 4 ptas. vol.—Argentina y sus grandezas (segunda edición). 25 ptas.

Historia de la Guerra Europea de 1914, por V. Blasco Ibáñez. Ilustrada con millares de grabados y láminas. Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y ve de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creerá haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibáñez puede hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, el heroísmo, la guerra en el mar y en los aires, descripciones que figuran en este libro. Sólo un novelista de la realidad puede trazar retratos literarios como los de los principales personajes de esta gran tragedia que figuran en la presente obra. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que ha sido la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 17'50 pesetas.—También se vende por cuadernos á 50 céntimos.

Novísima Historia Universal, dirigida por Lavisse & Rambaud. Traducción de V. Blasco Ibáñez.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por Ernesto Lavisse, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Más de 20.000 retratos, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios, monumentos y reconstrucciones. Historia

gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al X. En prensa el XI.—Precio de cada tomo, 6 pesetas en rústica.

Historia de la Revolución francesa, por MICHELET. Admirable evocación de la epopeya de Francia. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Tres grandes volúmenes, 30 pesetas.

Historia Social, desde la Revolución francesa hasta el siglo XX, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, 40 pesetas. Por cuadernos, 50 céntimos cada uno.

Novísima Geografía Universal, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.°, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—Precio de cada tomo, 5 pesetas en rústica.

Libros célebres españoles y extranjeros. —ILIADA, de HOMERO (2 tomos).—ODISEA, de HOMERO (2 tomos).—TRAGEDIAS, de ESQUILO (1 tomo).—EURIPIDES, OBRAS COMPLETAS (4 tomos).—Traducciones nuevas del griego por el gran poeta francés LECONTE DE LISLE.—COMEDIAS, de ARISTÓFANES (3 tomos).—LA VIDA Y DOCTRINAS DE SOCRATES, por JENOFONTE (1 tomo).—OBRAS COMPLETAS, de SHAKESPEARE (12 tomos).—Todas estas obras están editadas con ilustraciones de arte griego y cubierta en colores. 1'50 pesetas volumen.

El libro de las mil noches y una noche. Traducción directa y literal del árabe por el DR. MARDRUS. Versión española de V. BLASCO IBÁÑEZ. Prólogo de E. GÓMEZ CARRILLO.—La gran obra imaginativa de los árabes con todas sus fantasías, sus audacias y su portentosa originalidad, literal y completa, sin ninguna de las modificaciones de otros traductores que suprimiendo y cambiando sistemáticamente alteraron de tal modo el original, que casi lo dejaron desconocido. Esta edición consta de veintitrés tomos primorosamente editados con viñetas orientales y cubierta en colores. 1'50 pesetas volumen.

Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART.—Es la obra más famosa y más competente en cuestiones de sociología. Un libro que enseña mucho y al que necesariamente tendrán que acudir los que quieran cimentar bien sus estudios sobre estas cuestiones tan importantes. Volumen tamaño grande, esmeradamente impreso, con cubierta en colores, 4 pesetas.

Biblioteca de las mejores obras.—Los libros de los grandes pensadores y de los grandes prestigios literarios forman el núcleo principal de esta Biblioteca. *Filosofía:* Obras de Diderot, Voltaire, Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche, Spencer, etc. *Ciencias:* Darwin, Büchner, Reclús, etc. *Literatura:* Víctor Hugo, Zola, Daudet, France, Maupassant, Sudermann, Gorki, etc. *Teatro:* Bjoernson, Ibsen, etc. *Bellas Artes:* Ruskin, Taine, etc. *Política:* Chamfort, Dide, Holbach, etcétera. *Sociología:* Proudhon, Kropotkine, Tolstoi, George, Hamon, Malato, Sorel, Engels, etc.—1'50 pesetas volumen.

La ciencia para todos: *Historia de Europa; Agricultura científica; El mundo de los microbios; El Polo Artico y sus misterios; La vida íntima de los griegos y los romanos.*—Tomos ilustrados y encuadernados en cartoné. 1'50 ptas. vol.

Biblioteca científica.—Hæckel, Historia de la creación. 2 tomos.—Lanfrey, Historia política de los Papas.—Renda, El destino de las dinastías.—Strauss, Nueva vida de Jesús. 2 tomos.—Fola Igúrbide, Revelaciones científicas.—Proudhon, De la creación del orden en la humanidad.—Ingegnieros, Histeria y Sugestión.—Simulación de la locura.—Büchner, La vida psíquica de las bestias.—A. Dide, El fin de las religiones.—R. Altamira, España en América.—Volúmenes en 4.° á 4 pesetas.

Biblioteca de la mujer y del hogar.—Abarca los conocimientos más indispensables, más útiles y más prácticos para la mujer en la dirección de la casa, en la vida de sociedad, visitas, viajes, correspondencia, higiene, modas, etcétera.—Consta de los siguientes volúmenes: La mujer en el hogar.—Vademécum femenino.—Las artes de la mujer.—Arte de saber vivir.—Modelos de cartas.—La cocina moderna.—Arte de la elegancia.—Salud y belleza.—El tocador práctico.—El arte de ser amada.—La mujer jardinero.—1'50 pesetas volumen.

Aventuras de Sherlock Holmes, por Arturo Conan-Doyle.—Esta serie de novelas, las más interesantes de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—1'50 pesetas volumen.

Lo que cantan los niños.—Cancion[illegible] de cuna, de corro, coplillas, adivinanzas, relaciones, jueg[illegible] otras cosas infantiles, anotadas y recopiladas por Ferna[illegible] Llorca.—Ilustrado y encuadernado en cartoné con tapa a[illegible] color. Precio, 2 pesetas.

